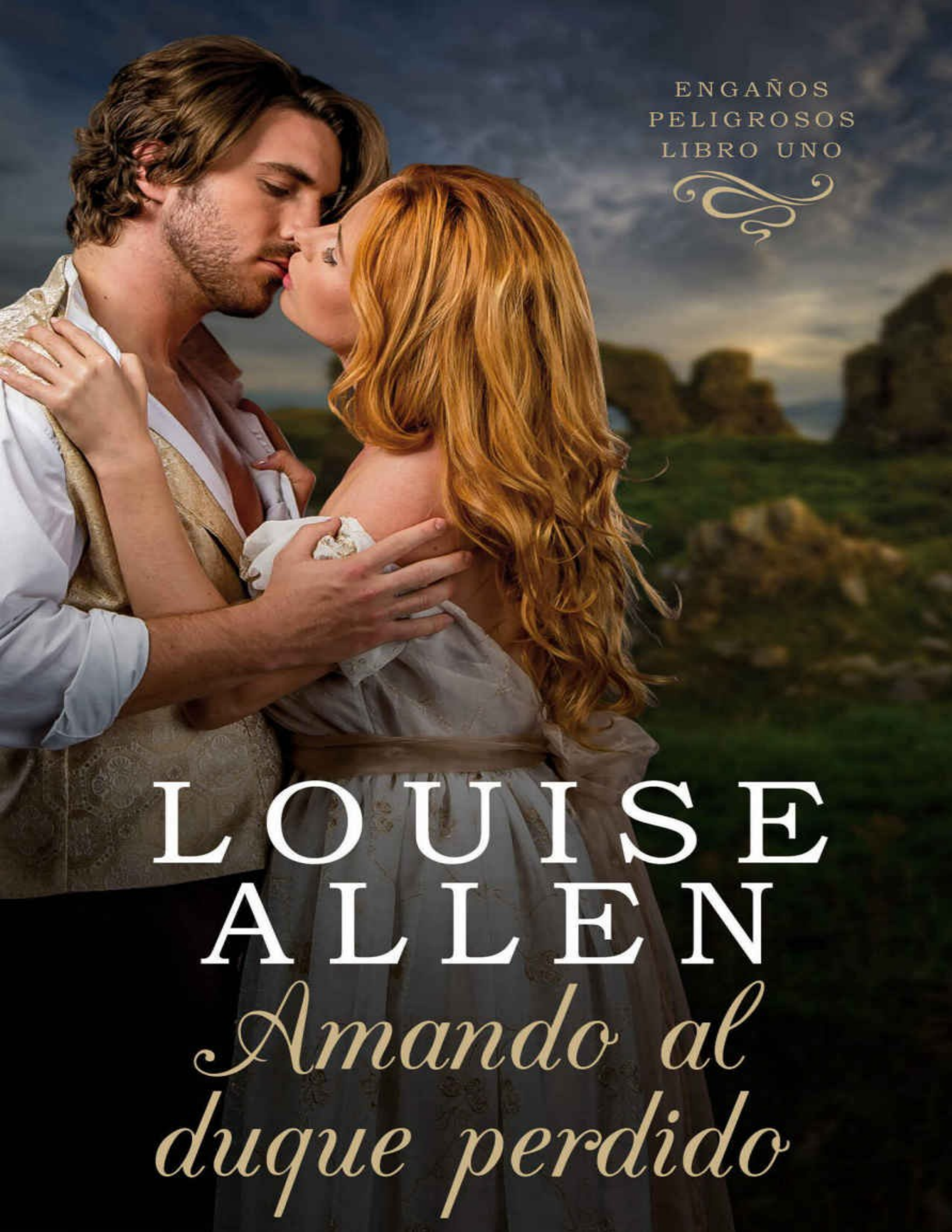




ENGAÑOS
PELIGROSOS
LIBRO UNO



LOUISE
ALLEN

*Amando al
duque perdido*

Amando al duque perdido

Engaños peligrosos Libro 1

Louise Allen

Contenido

[Amando al duque perdido](#)

[Copyright](#)

[Nota de la autora](#)

[Prólogo – Donde se reaviva un antiguo amor](#)

[Capítulo uno – Donde reaparece un duque perdido](#)

[Capítulo dos – Donde Sophie hiere al duque](#)

[Capítulo tres – Donde el duque descubre el deseo](#)

[Capítulo cuatro – Donde Sophie se vuelve indecisa](#)

[Capítulo cinco – Donde el duque provoca](#)

[Capítulo seis – Donde Sophie hace de Cupido](#)

[Capítulo siete – Donde el duque disfruta de los fuegos artificiales](#)

[Capítulo ocho – Donde Sophie confiesa](#)

[Capítulo nueve – Donde Sophie anticipa un peligro delicioso](#)

[Capítulo diez – Donde el pasado de Sophie vuelve para atormentarla](#)

[Capítulo once – Donde el duque sospecha](#)

[Capítulo doce – Donde Sophie pasa revista a las tropas](#)

[Capítulo trece – Donde Sophie y el duque examinan una cama](#)

[Capítulo catorce – Donde Sophie se encuentra con problemas en la puerta](#)

[Capítulo quince – Donde Sophie visita un castillo](#)

[Capítulo dieciséis – Donde el duque sucumbe a la belleza de la naturaleza](#)

[Capítulo diecisiete – Donde el duque sufre](#)

[Capítulo dieciocho – Donde el duque desenvaina la espada](#)

[Capítulo diecinueve – Donde Sophie hace magia](#)

[Capítulo veinte – Donde Sophie no se quita las perlas](#)

[Capítulo veintiuno – Donde la muerte sigue al amor](#)

[Capítulo veintidós – Donde el duque rompe un corazón](#)

[Capítulo veintitrés – Donde el duque confiesa](#)

[Capítulo veinticuatro – Donde el duque y la duquesa desaparecen](#)

[Sobre la autora](#)

Copyright

Copyright © Louise Allen 2017. Todos los derechos reservados.
Edición revisada en 2024.

El derecho de Louise Allen a ser identificada como autora de esta obra ha sido reivindicado por ella misma de conformidad con la Ley de Copyright, Diseños y Patentes de 1988. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo de los editores.

Este libro se vende con la condición de que no se preste, revenda, alquile o distribuya de cualquier otra forma sin el consentimiento previo del autor, en cualquier forma de encuadernación o cubierta distinta de aquella en la que se publica y sin que se imponga una condición similar al comprador posterior.

Una versión del prólogo de esta novela se publicó originalmente como relato corto en *Love Me, Love Me Not*, antología de miembros de la Asociación de Novelistas Románticas, publicada por MIRA (2009).

Portada diseñada por JD Smith Design.
Traducción de Isabel M^a Garrido Bayano

Las solicitudes para publicar extractos de este libro deben hacerse a través de www.louiseallenregency.com/contact

Nota de la autora

Amando al duque perdido comenzó como un relato corto, *Guinea Gold*, que apareció en la antología *Loves Me, Loves Me Not* de la Asociación de Novelistas Románticas en 2009.

Estoy en deuda con mi colega Jan Jones por la sugerencia de convertirlo en una novela completa protagonizada por Sophie. El relato original, ligeramente editado, constituye el prólogo de esta nueva novela y el comienzo de toda una nueva serie: *Engaños peligrosos*.

Prólogo – Donde se reaviva un antiguo amor

—Tu hija es encantadora. Te felicito, Lady Wilmott.

Thea miró al alto desconocido que se había acercado al rincón de las chaperonas.

—Muchas gracias, señor, pero el mérito no es mío, excepto quizás por su tono de piel. Sophie debe todo su encanto a su dulzura y su gracia.

No era momento para reticencias o falsa modestia, no cuando era la primera temporada de una jovencita. Pero, ¿quién era el elegante y sofisticado caballero que la admiraba y que al menos doblaba los diecisiete años de Sophie?

—¿No me reconoces, señora? —Preguntó el hombre con una sonrisa. A Thea le vino a la memoria un recuerdo de antaño. Una risa, una lágrima o dos, un beso vacilante, un chico torpe de su misma edad con pies y manos aún por crecer.

—Tal vez... —Thea sacudió la cabeza—. Me recuerdas a un joven de mi primera temporada, cuando tenía la edad de Sophie. Lucas Randall... —Vio cómo la boca del caballero se curvaba de nuevo en una sonrisa pícaro que le quitó los años de un plumazo—. ¡Claro que te conozco! Y has crecido... Qué tonterías digo, claro que has crecido, habrán pasado dieciocho años desde la última vez que... nos vimos.

Y qué injusto era que un joven desgarrado creciera hasta alcanzar aquella madurez tan elegante y convertirse en un hombre en la flor de la vida, con las canas en las sienes dándole seriedad y las líneas en las comisuras de los ojos aportándole encanto, cuando para una mujer de treinta y seis años todas estas señales de la edad la hacían invisible.

—Te uniste al servicio diplomático, ¿verdad? —Hace tanto tiempo, aquellos mensajes tácitos se enviaban con la mirada o una caricia. Al no pronunciar palabra, no podía mentir cuando su padre le decía: *Espero que no te hayas fijado en nadie más, querida*.

—Sí. —Estaba de pie junto a su enjuto sillón dorado, relajado, con los ojos siguiendo a la risueña muchacha a lo largo de la sala—. Me destinaron al extranjero y allí me quedé. De la India a España, a las Indias Occidentales y por último a Brasil. Para mí Inglaterra es ahora el país extranjero.

—¿Has vuelto para siempre? —Qué calor hacía, el largo salón de baile estaba repleto de gente, ruido y luz. El abanico le servía de poca ayuda, ni para el color de sus mejillas ni para el pulso acelerado.

—En efecto. Se me ha honrado con el título de vizconde de Elmham, con tierras que incluyen un pequeño territorio de mi propiedad. Es hora de sentar la cabeza.

—¿Y de formar una familia?

—Sí. Por supuesto, uno necesita una esposa para esa agradable tarea.

Cerca de ellos, Sophie reía en su justa medida y charlaba con su pareja de baile mientras esperaban su turno. Su compañero parecía encandilado con ella.

—Mi padre era de los que pensaba que un hombre en sus treinta debe casarse con una chica antes de que ella cumpla los veinte, una diferencia de edad muy adecuada —comentó Thea. *Conozco mi deber como madre: casar a mi hija en su primera temporada y casarla bien*.

—Tú misma seguiste sus consejos, Lady Wilmott.

—Sí. Mi padre siempre fue sabio en ese tipo de asuntos. —*Sabio, firme y siempre bienintencionado*.

Lucas abrió su tarjeta de baile y la miró. Sus dedos eran tan morenos y largos como los recordaba, pero ahora todo su musculado cuerpo había madurado y aquellas grandes manos le sentaban bien. Se quedó mirándolo. Thea se obligó a apartar la mirada, removiéndose con incomodidad sobre el duro asiento.

—Creo que hay un vals dentro de poco.

Todo iba a pedir de boca. Ahora seguiría lo inevitable. ¿Cómo no iba a estar encantado con Sophie? Los meses siguientes pasaron ante sus ojos con los esponsales, las compras, los planes, la boda, la soledad... los nietos. Qué extraño tener un yerno de la misma edad. Y justo este hombre de entre todos los hombres.

—Así es. —Thea consultó la tarjeta de baile—. Dos de las patronas han aprobado que Sophie participe en el vals. —El cálido resplandor de orgullo maternal de que su encantadora hija obtuviese la aprobación con tanta facilidad chocó contra la vergonzosa desazón que se retorció en su interior—. Pero aún quedan varios bailes, Lord Randall, y Sophie está ocupada en todos ellos hasta entonces. Tal vez quieras volver...

—Esperaré aquí contigo, si te parece bien. —Ante el asentimiento sorprendido de Thea, tomó la silla que estaba a su lado y con un gesto incongruentemente masculino se sentó en su enjuto armazón—. ¿O estás esperando a un compañero de baile?

—¿Yo? Ay, no, estoy aquí como chaperona. No bailo.

—¿No? —Observó en silencio cómo la música se detenía y otro joven reclamaba a Sophie. Caían a sus pies indefensos. Thea sabía que debía ser más estricta, pero el recuerdo y el remordimiento hacían que su corazón se ablandase y sus juicios fueran indulgentes. Lo suficientemente pronto para el deber y el decoro y para que los sueños no fueran más allá.

—¿Fuiste feliz? —Hablaron los dos a la vez y con las mismas palabras.

—Responde tú primero, milord —insistió Thea agitando el abanico—. ¿Fuiste feliz tan lejos de casa durante tanto tiempo?

—Al principio no —dijo Lucas—. Pero no lo habría sido en ninguna parte de Inglaterra, así que fue mejor alejarme de la fuente de mi descontento. Con el tiempo aprendí a sentirme realizado y satisfecho. Aprendí a ser feliz de nuevo, por fin.

—¿Por qué eras tan infeliz aquí? —El ruido de la sala se sentía muy lejos, los bailarines eran un borrón y la música un débil murmullo apenas perceptible.

—Porque me habían roto el corazón —dijo con aquella sonrisa que la retaba a tomarse en serio sus palabras y sentir lástima por él—. ¿Y tú?

—Durante estos años me he sentido... satisfecha. —Thea eligió la palabra con cuidado a pesar de la confusión en la que él había sumido sus pensamientos—. Lord Wilmott fue amable conmigo, mi padre sin duda tenía razón sobre los beneficios de un marido mayor. Murió hace dos años de una afección cardíaca, pobre hombre.

—Sí, pobre hombre, pero tuvo la dicha de un matrimonio feliz y una hija encantadora. Cómo se parece a su madre.

No tenía respuesta a eso. Se enamoró de ella una vez, cuando apenas eran mayores que Sophie, y se le rompió el corazón cuando se casó con Arthur. ¿Y ella? Nada. Ni sintió nada ni creyó en nada. No se atrevió a imaginar lo que podría haber sido, tan tímida e inocente como era. No como Sophie, una chica de oro audaz y segura.

Ahora Lucas había vuelto, próspero, con título, codiciado y deseable. Ah, tan deseable. Y allí estaba la imagen de la chica de la que se había enamorado hace tanto tiempo, demasiado madura para desplumarla. Solo tenía que colocarse entre aquellas jóvenes insensibles y tenderles la mano. ¿Cómo podría resistirse?

Thea lo observó con el rabillo del ojo, vio al niño dentro del hombre, sintió el dolor y supo que el anhelo siempre había estado ahí, aunque nunca lo había reconocido. Ahora tenía que volver a guardarlo en el oscuro armario donde había permanecido a salvo todos estos años.

—¡Mamá! —Demasiado pronto. Los bailes pasaron en un santiamén mientras estaban sentados juntos en silencio, y acababa de llegar Sophie—. ¡Creo que me he hecho agujeros en los zapatos!

Sophie se detuvo cuando Lucas se puso de pie, sus ojos se abrieron de par en par ante su altura, su aspecto oscuramente apuesto y su aire de confianza.

—Señor. —Su reverencia fue todo lo que una madre podría esperar, sus pestañas modestamente bajas eran el deleite de una chaperona.

—Sophie, este es Lord Randall.

Hizo una reverencia. Sophie se sonrojó.

—Lord Randall está esperando para invitarte a bailar.

La orquesta empezó a tocar el vals mientras las parejas llegaban a la pista.

—Sí, señorita Wilmott, esperaba que me concedieras un baile tradicional un poco más tarde.

—Un baile tradicional...

No la dejó terminar. Se volvió y le tendió la mano a Thea.

—Sí, cuando tú y yo volvamos de bailar este vals.

—¿Te refieres a mí? —Thea fijó la mirada en sus ojos color avellana y se encontró con el brillo dorado, las largas pestañas, la gracia y la ternura que emanaba cuando la miraba. Ella, de treinta y seis años. Ella, con las curvas de una mujer madura, las de una madre. Ella, con canas que nunca volverían a ser como las guineas de oro. Ella.

—Sí, Thea, me refiero a ti. He esperado dieciocho años para este baile. —Lucas extendió la mano—. ¿Lo aceptas?

La madre de su interior le decía que *no*. La chaperona de su interior le decía que *no*. La mujer posó la mano en la fuerte palma de Lucas.

—Sí, Lucas. Claro que sí.

Capítulo uno – Donde reaparece un duque perdido

—Mamá es una verdadera amenaza para las jóvenes impresionables. —Sophie Wilmott se apoyó en la barandilla del balcón y suspiró. Debajo de ella, la pista de baile se arremolinaba con colores y movimiento y, justo en el centro, una atractiva pareja de mediana edad se miraba a los ojos mientras bailaba. Estaban tan cerca que se podría decir que la decencia brillaba por su ausencia.

—Qué romántico que estén tan enamorados a destiempo. —Toby, su querido amigo desde la infancia, se apoyó en la barandilla del balcón de nogal pulido, con el codo apoyado en el de ella —. Todo el mundo conoce la historia de Lord Elmham. Regresó a Inglaterra después de dieciocho años en el extranjero y se enamoró de nuevo de su novia de la infancia.

—No fueron novios, se conocieron cuando mi madre hizo su puesta de largo. Además, todo fue horrendamente correcto y estaban reprimidos, que si miradas secretas por allí, suspiros pesados y anhelos conmovedores por allá. Es lo que me imagino por lo que me ha contado mi madre. Luego hizo lo que debía y se casó con un hombre lo bastante mayor como para ser su padre, me tuvo a mí y nunca dejó de querer a Lucas Randall. Mientras tanto, mi padrastro hizo lo que se supone que hacen todos los hijos menores humildes, se fue al extranjero, hizo fortuna y suspiró por ella. Luego regresó con un título y riquezas, descubrió que mi madre se había quedado viuda y fue a por ella. Y ahora las viejas viudas sacan el pañuelo para llorar como una magdalena cuando escuchan la historia.

—Sea como sea, ¿cuánto tiempo han estado disfrutando de su amor romántico? ¿Seis años? ¿Qué tiene eso de malo?

—Son la excepción que confirma la regla. ¿Por qué crees que la gente suspira y sonríe por ellos? Porque un amor verdadero así es tan raro como un perro verde. Pero verlos hace creer a cualquier chica tonta que un joven que la mira profundamente a los ojos y le susurra dulces palabras a la luz de la luna la ama en cuerpo y alma, cuando en realidad lo único que quieren es meterse bajo sus enaguas o en sus fondos fiduciarios.

Sin duda, se había enamorado de ese cuento de hadas. Cayó de cabeza en la trampa de la mujer romántica con los ojos cegados por el polvo de estrellas, hasta que la realidad del deseo masculino hizo desaparecer todo atisbo de magia. Fue una chica tonta, inocente y crédula.

La mayoría de los hombres solo querían una cosa: poder. También querían dinero y sexo, pero estaban tan íntimamente ligados al poder en la psique masculina que era difícil separarlos, al menos ella lo veía así. Su padrastro era una notable excepción, un hombre de honor y decencia. Esperaba sinceramente que Toby también lo fuera cuando creciera un poco.

El vals llegó a su fin, las parejas se hicieron una reverencia, la pista se vació y aumentó el murmullo de la muchedumbre.

—Eso me ha dado de lleno, Sophie. —Toby se enderezó y tiró del chaleco, un gesto que solían hacer los hombres cuando se sentían heridos—. No todos somos unos buscavidas o cazadores de fortunas. Otros tenemos intenciones más puras.

—Es evidente que tus intenciones, querido Toby, son muy puras y obvias: evitar el matrimonio. —Sonrió y se acomodó en la barandilla con ella. Si una joven respetable se te acerca a menos de cinco metros huyes escopeteado y gritando.

—No sabes lo que me asustan —admitió con un escalofrío—. Van arregladas como si fueran

un regalo y me suplican que les rompa el envoltorio. No soy un santo y siento la tentación, pero ya sabes que no hay que tirar de la cinta, de lo contrario se dispararán los rumores y me encadenarán las piernas antes de darme cuenta. E incluso a una distancia respetable se ríen, se ruborizan y miran a los chicos con sus grandes ojos. Además, no tengo ni idea de qué decirles.

—Conmigo no tienes esos problemas. —Sophie se ajustó las faldas de seda ámbar y le pestañeó. Sonrojarse para llamar la atención no era su estilo y, desde luego, no iba a soltar una risita, ni siquiera para burlarse de Toby.

Él sonrió y chocaron los codos.

—Te conozco desde que me empujaste al estanque de los patos a los seis años y no esperas que me ponga a ligar contigo, Soph. —Sintió sus ojos clavados en ella. Estaba a punto de decir algo sin tacto—. ¿Qué planes tienes? Ya tienes veinticinco años. —Se estremeció cuando ella lo miró—. Vale, vale, veinticuatro. Te quedarás fuera del mercado si no empiezas a flirtear tú también.

—Solo cuando esté preparada. Tengo un sistema que me evita hacer el ridículo con risitas y rubores. Además, elimina las malas hierbas y a los cazafortunas. Lo llamo EDIGG.

—¿Lo llamas qué? ¿Acaso es un nuevo partido político? ¿Es más whig o tory? —Toby se giró para mirarla y, como siempre ocurría cada vez que se enfrentaba al serio desconcierto de Sir Tobias Greenwich, sonrió.

—No, no es ningún partido político. Es una nemotecnia que me ayuda a recordar todas las características importantes del marido ideal. E, D, I, G y G. Pienso en ello si me enamoro de alguien con hombros anchos, pero sin cerebro, o con una cantidad indecente de encanto, pero con antecedentes dudosos. La E y la D significan...

—¿Estirado? ¿Don nadie? Encajaría bien con Dunsford y Pilling.

—Idiota. Educado y dotado.

—¿Dotado? Vaya, vaya, qué pillina. —La sonrisa de Toby era bastante malvada.

—Me refiero a pudiente. Es lo mismo, ¿no? —Toby sonreía—. ¿Qué tiene de divertido estar *bien dotado*? —Más le valía averiguarlo, probablemente era algo que nadie les decía a las jovencitas.

—Eh, bueno... —Toby se puso rojo. Desde luego era algo arriesgado. Hizo un gesto de barrido en la parte delantera de sus pantalones de noche de seda negra—. En esta parte de aquí, tú me entiendes.

—¿Qué?

—El aparejo de boda. Grande. Que cuelga bastante.

—¿El aparejo de...? Ay, Toby, de verdad, déjate de expresiones. ¿Y cómo se supone que una dama debe juzgar eso, si puedo preguntar? —Le dio un escalofrío solo de pensarlo. Le sería imposible juzgarlo sin una inspección cuidadosa, y de eso ni hablar. Ni siquiera echó un buen vistazo cuando Jonathan... *Ya vale*.

—No puedes. Quiero decir, los calzones suelen ser muy apretados hoy en día, pero no es igual cuando está en reposo que cuando está... —Su cerebro parecía estar poniéndose al día con su lengua y se puso rojo como un tomate—. Venga, Sophie, deja de hacer preguntas que un caballero no puede responder. Vale, me queda claro que debe ser rico y educado. ¿Qué más?

—I de inteligente. —Ya reflexionaría sobre la cuestión de los hombres bien dotados más tarde en la intimidad de su propia cama.

—Eso me descarta. —Toby no era de letras.

—Lo mismo te pasa con lo de dotado. —Acababa de heredar un modesto patrimonio—. De todos modos, no queremos casarnos entre nosotros, eso está claro. G de guapo y también de

gracioso, es decir, que tenga sentido del humor, no que sea un bufón fanfarrón.

—Casi nada, Sophie —observó Toby—. Prácticamente todos los hombres con los que te vas a encontrar socialmente son educados, pero en cuanto al resto de la lista, es difícil encontrarlo todo en el mismo paquete.

—Lo sé, pero es muy útil. Cuando me interesa una cara atractiva, o un conversador ingenioso o inteligente, aplico el EDIGG y puedo tachar al caballero porque no cumple los cinco criterios. —Y aunque los cumpliera, tendría que añadir los requisitos secretos: C de comprensivo y P de permisivo.

Pensó que podría haber encontrado al candidato ideal (agradable, guapo, nieto de un duque, compañía inteligente), pero no parecía tener más ganas de avanzar en el asunto que ella. No esperaba ni necesitaba amor (lo importante era la amistad y la fiabilidad), pero quería algo de entusiasmo.

—Casi suena como si disfrutaras tachándolos a todos, Soph. ¿Es que no quieres tener marido? —Se escucharon unos violines de fondo—. Vaya, van a tocar la siguiente pieza musical y tengo que ir con la flacucha de Harrison. Al menos está loca perdida por Adrian Haye, así que estoy a salvo.

Toby huyó hacia las escaleras y salió justo debajo de ella un minuto después, pasándose una mano por los rebeldes rizos mientras se dirigía hacia su compañera.

Ella también debería bajar pronto. Lord Heaton quería bailar con ella durante la pieza musical de la cena y estaba casi segura de que cumplía el EDIGG, aunque dudaba de su sentido del humor. O bien su solemnidad se debía a que quería mostrar su mejor comportamiento. Pero, ¿era mejor que Ralph Thorne, su excepcional y reticente candidato principal?

—Dime, Sophie —dijo una voz grave desde las sombras a sus espaldas—. ¿Quieres tacharlos a todos de la lista?

Se dio la vuelta, se tambaleó y se agarró a la barandilla del balcón. No lo conocía. Era un desconocido alto y moreno que había oído su conversación con Toby. Hasta lo de bien dotado y el aparejo de boda.

—Milord.

—Excelencia, más exactamente —comentó, saliendo completamente a la luz proyectada por la gran araña central.

—¿Un duque?

Guapo, educado, seguramente rico. Ya cumplía tres condiciones. Contrólate, le espetó su cerebro. Estás sola en una galería desierta con un desconocido y te acaban de escuchar en una conversación escandalosamente inapropiada. Es muy posible que esté haciendo suposiciones y que pretenda actuar en consecuencia. Lo que podría ser perversamente maravilloso... ¡Ya vale, Sophie!

—Sí, lo soy.

—No puede ser. Conozco a todos los duques y no eres uno de ellos. —Tenía el aspecto que los duques deberían tener según los cuentos de hadas y que, desafortunadamente, ninguno tenía. ¿Veintisiete años? Más de metro ochenta, hombros anchos, nariz patricia, ojos grises y bellos, traje de noche de corte exquisito, vientre plano. Su mirada empezó a desviarse hacia abajo, pero se obligó a retirarla y se encontró con una sonrisa divertida. Esperaba que no le leyera la mente.

—Todos son muy viejos. A menos que seas el duque perdido.

—No estoy para nada perdido —dijo—. Sé exactamente dónde estoy, en la galería del May Ball de Lady Radlett.

Ah, sí, su anotador interno de condiciones se volvió loco. Esa voz. Profunda, cálida,

pausada. Deberías haber añadido AS por asombrosamente sexy.

—¿Eres el duque de Calderbrook? —Él asintió—. Bueno, puede que no estés perdido ahora, ¿pero por qué te fuiste durante tanto tiempo? Has estado fuera casi más años que yo.

Perdido no era la palabra. Al parecer había escrito cartas a casa de vez en cuando, pero solo revelaban dónde había estado el noble errante y nunca adónde iba. O lo que estaba haciendo. O por qué.

—Me fui, pero no me perdí. Mis más allegados y... seres queridos sabían dónde estaba. Más o menos. —Avanzó hasta que pudo apoyar las manos en la barandilla junto a ella y mirar hacia abajo. Sus ojos entornados escudriñaron la pista de baile, pero Sophie se dio cuenta de que tenía cuidado de no inclinarse demasiado hacia delante para que no le vieran—. ¿Alguna vez has estado tanto tiempo fuera?

—Nos has estado escuchando a escondidas. —Al menos podría haber tenido la galantería de observar que ella no parecía lo bastante mayor según sus cálculos—. Me fui cuando tenía diecisiete años. —Hace siete.

—Tu joven amigo y tú irrumpisteis en mi morada. Sin embargo, me retiré discretamente a las sombras a la espera de que se produjera algún encuentro amoroso.

—Al parecer ni cerraste los ojos ni te tapaste los oídos.

—Claro que no —admitió—. Fue muy entretenido. —*Qué desfachatez*—. Te felicito por encontrar este escondite.

—Subimos por la puerta cercana a la biblioteca y la cerramos con llave, así que supongo que usaste la entrada del pasillo trasero.

—¿Conoces todos los lugares de encuentros románticos de todos los salones de baile de Londres, Sophie?

—Tal y como me has recordado, Excelencia, he estado fuera durante muchos años, así que sí, conozco cada rincón y esquina que utilizan los libertinos para atraer a sus víctimas a su red, sobre todo para poder evitarlos. Y, por favor, soy la señorita Wilmott.

—Gareth Thorne, duque de Calderbrook. A tu servicio, señorita Wilmott. —El duque le levantó la mano y le besó las yemas de los dedos, después la volvió a colocar con cuidado en la barandilla. Sophie se quedó mirando el fino bordado del dorso de sus propios guantes e intentó controlar la respiración.

—Esta noche no voy a tejer redes para inocentes, puedes estar segura de ello —añadió casi en voz baja.

Lo cual es bueno, dadas las circunstancias y dado que hasta la última pizca de sentido común que poseo parece estar tumbada boca arriba, moviendo la cola y pidiendo que le hagan cosquillas en la barriga.

Su olfato captó una nota limpia, ligeramente picante y aguda por encima de la maraña de olores y aromas que se elevaban con el calor del salón de baile.

—¿Qué estás haciendo aquí solo, Excelencia? No ha habido ningún rumor de tu regreso. Ralph... quiero decir, tu primo, el señor Thorne, no me dijo nada al respecto y la última vez que te mencionó fue para decir que estabas en los Mares del Sur.

El duque levantó las cejas al mencionar el nombre de Ralph, pero no dijo nada de él.

—Estoy realizando un reconocimiento del campo de batalla, señorita Wilmott. —Se apartó de su contemplación de los que bailaban y se apoyó en la barandilla del balcón para estudiar su rostro.

Sophie se puso rígida y le devolvió la mirada. No iba a ruborizarse ni a ponerse nerviosa.

—Eres la hija de Arthur Wilmott, ¿verdad?

—Sí. Mi padre murió hace algunos años.

—Tu madre debe ser una belleza en ese caso. —Extendió la mano y le acomodó un rizo suelto detrás de la oreja. Tenía los dedos fríos—. No heredaste de él la melena del color de las guineas de oro. Ni esos preciosos ojos azules. —Se inclinó más hacia ella—. No son color zafiro ni poseen la dureza de una piedra. Me recuerdan a una flor. ¿Delfinio? Puede que no...

—La mayoría de los caballeros los comparan con el cielo de verano, o con las nomeolvides. Se me hace un poco pesado —dijo ella, a sabiendas de que sonaba como una belleza mimada.

Pero al menos se apartó un poco. No necesitaba observar el gris plateado claro e inquietante de sus ojos, con un anillo más oscuro alrededor del iris. Ni necesitaba estar tan cerca para observar sus pestañas indecentemente largas o que tenía un pequeño lunar en el rabillo del ojo izquierdo. Cincuenta años antes, un galán se habría colocado un parche y lo habrían llamado «el pícaro», según relataban los cuentos de su abuela.

—He heredado el color de mi madre, sí. —Parece que, después de todo, todavía le quedaba aire en los pulmones—. Ahora está casada con el vizconde Elmham.

El duque seguía demasiado cerca, aunque volvía a mirar el salón de baile con los ojos entrecerrados. Luego sonrió y ella se estremeció.

—Tengo que bajar. Tengo prometido el baile de la cena. Bienvenido de nuevo a Londres, Excelencia.

—Permíteme que te acompañe a la pista de baile, señorita Wilmott.

—Gracias. —Dios sabe por qué le estaba dando las gracias, obviamente tenía la intención de abandonar la galería de todos modos, porque había visto a quién estaba buscando. Se alegraba de no ser su presa. Su sonrisa era definitivamente lobuna.

Sophie guio el camino hasta la escalera de caracol de la izquierda y, cuando salieron al pasillo, cerró la puerta y volvió a meter la llave en su escondite. Por aquí se va al salón de baile.

—Antes tengo que devolver la llave que he utilizado. —Le metió la mano en el pliegue del codo y la llevó en dirección contraria.

No es el momento de pelear. Se dijo a sí misma que la soltaría en cuanto llegaran a la otra puerta. Los duques no raptaban jovencitas en medio de bailes. *Por desgracia*, dijo la voz malvada en su cabeza. *¡Ya vale!* le ordenó el sentido común. Pero cuando devolvió la llave siguió caminando en la misma dirección.

Era duque, pero había pasado años viviendo en los lugares más incivilizados, según su primo Ralph. Puede que el sol tropical le hubiera torcido el cerebro o que alguna tribu del Pacífico Sur le hubiese adoctrinado en extraños ritos. ¿La estaba secuestrando?

Sophie mantuvo la voz firme, tanto para calmar sus propias imaginaciones como para poner orden.

—Tenemos que volver ya. Esto lleva al final de las escaleras y a la entrada principal.

Su costado estaba firme y caliente contra el dorso de su mano. Ella se movió con nerviosismo y sintió la seda del forro de su abrigo deslizarse sobre el raso de su chaleco. Capas y capas sobre la piel desnuda...

—¿Hay algún sitio mejor por el que entrar?

—Ya me han anunciado.

—A mí no.

Entonces, ¿cómo has entrado?

La fila de recepción había desaparecido cuando llegaron a la famosa escalera doble con sus *flambeaux* dorados, pero todavía había un criado anunciando a los que llegaban tarde.

—El duque de Calderbrook —dijo su secuestrador—. Ya se ha anunciado a la señorita

Wilmott.

El hombre abrió las puertas dobles, Sophie dio un respingo firme y se vio arrastrada a pesar de todo.

—La gente va a pensar que he estado fuera contigo —siseó entre labios rígidos.

—Y es lo que has hecho. No pasa nada, no tienes ni un pelo fuera de lugar y, desde luego, no parece que nos hayamos estado divirtiendo en un cuarto de retiro. No te pongas nerviosa, Sophie. *¿Divirtiéndote? ¿Intentaba ponerla histérica?*

—No me estoy poniendo nerviosa.

Me está secuestrando un hombre de brazos deliciosamente fuertes y me va meter en un escándalo. Si me estuviera llevando a cualquier otro lugar, estaría encantada. Aterrorizada, pero encantada. Me va a dar algo.

—Es señorita Wilmott y estoy muy enfadada contigo. ¡Podría darte un tortazo! —le espetó en un susurro mientras él no le hacía el menor caso.

—Ponte ya en la cola, Sophie. Estoy seguro de que tendrás bastante gente detrás de ti queriendo hacer precisamente eso mismo en un minuto. Allá vamos.

La música se detuvo. El criado se aclaró la garganta. Iba a llegar tarde a la siguiente pieza musical.

—¡Su Excelencia el duque de Calderbrook!

Estaban en lo alto de la escalera que bajaba al salón de baile. Las cabezas se giraron. Hubo un silencio repentino, luego las voces empezaron a hacerse más fuertes. *Calderbrook. ¿El Duque Perdido? Lleva años desaparecido. Calderbrook, Calderbrook, Calderbrook. ¿Señorita Wilmott?*

Sophie se apresuró a esbozar una leve y despreocupada sonrisa en los labios.

El duque descendió lentamente, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, con aquella curva diabólica aún en los labios. Su brazo se sentía perfectamente relajado bajo su mano.

Sophie pensó que desmayarse no iba a ayudarla, así que empezó a llamar la atención de la gente a su paso, sonreía, ponía cara de pena, levantaba una ceja, se encogía un poco de hombros. *Yo tampoco tengo ni idea de lo que está pasando*, daba a entender. *¿No es curioso? Qué divertido.*

Creyó que el duque iba a seguir adelante, atravesar el salón de baile y salir por el otro lado, pero se detuvo delante de alguien que ella conocía, un hombre de mediana edad y su hijo.

Se volvió hacia ella, le levantó la mano y le besó las yemas de los dedos una vez más.

—Señorita Wilmott, te agradezco que hayas acompañado a una pobre alma perdida. Quizás puedas tener el placer de un baile más tarde.

—Excelencia, me encantaría. Creo que tengo un hueco libre. —Hizo una leve reverencia y volvió a la multitud.

Nadie la miraba, gracias a Dios. Todos los ojos estaban fijos en el duque y en los hombres que tenía delante, Lord Peter Thorne, su tío, y Ralph Thorne, su primo. Su tío pretendiente. Parecían atónitos. No estaban alegres ni sorprendidos, sino tan solo conmocionados.

No era asunto suyo y resaltaría su poco convencional entrada si mostraba interés. Los violines empezaron a tocar unas notas y se detuvieron enseguida. Iban a tocar la siguiente pieza, ¿dónde estaba Lord Heaton?

—Señorita Wilmott. ¿No eras tú la que acaba de entrar? ¿Y ese era Calderbrook? —La acababa de encontrar su compañero.

—Sí, era yo, me acompañaba el duque. —*Y pon un cero en la columna de Inteligente bajo tu nombre, milord*—. Me lo encontré justo en la puerta y me alcanzó. Fue muy emocionante. Pensé

que me iba a arrastrar por las escaleras y huir conmigo. —Soltó una risita inane con preocupante facilidad.

—Me parece muy alarmante, señorita Wilmott. —Heaton frunció el ceño y apretó la mandíbula—. Voy a hablar con él muy seriamente. Por muy duque que sea, no puede ir por ahí abordando a señoritas. ¿Te sientes incómoda, señorita Wilmott? Tal vez prefieras que te lleve con tu madre.

Y otro cero en la columna de Humor. Y una marca en una nueva columna titulada Pomposidad. Madre mía. Lord Heaton había sido el segundo en su lista de posibles maridos. Mentalmente trazó una gruesa línea negra sobre su nombre.

—No pasa nada, no le digas nada, me sentiría muy avergonzada. Sin duda, el duque tiene sentido del drama, pero estoy segura de que el efecto de bailar contigo será de lo más tranquilizador, Lord Heaton.

Ella sonrió, tomó su mano y se dejó llevar para unirse al grupo que se estaba formando. Para ella la diversión había terminado por esa noche.

—¿Calderbrook? —Su tío lo miró como si hubiera descendido del techo en una carroza de fuego—. Cal, ¿eres tú? ¿Por qué no nos avisaste de que volvías? —Preguntó casi balbuceando.

—Sí, soy yo. Por favor, tío, cálmate. Seguro que este exceso de alegría no puede ser bueno para ti.

Parecía más conmoción que felicidad y Ralph también fruncía el ceño sin sonreír. Los espectadores, francamente boquiabiertos, parecían igualmente asombrados, así que tal vez la falta de entusiasmo pasaría desapercibida para todos menos para él. El primo Ralph había madurado hasta convertirse en un hombre de aspecto totalmente respetable que, al parecer, se tuteaba con la encantadora señorita Wilmott.

—Los horarios de navegación de nuestros hostiles vecinos franceses son una lotería, así que no tenía ni idea de cuándo desembarcaría. O dónde. —Puso en alerta a su familia por carta, pero, aunque hubiera podido cronometrarlo al minuto, no tenía intención de avisar a sus parientes de su regreso.

Su tío por fin consiguió recobrar la compostura, dio un paso adelante y lo abrazó. Cal le devolvió el abrazo. A pesar de todo, se sentía bien. Más que bien. Bajo sus manos, los hombros del anciano parecían más delgados, se había encorvado un poco. Por un segundo se le nubló la vista. Se sentía estúpido por sentir una punzada de... ¿De qué? ¿De culpa por preocuparle?

La multitud emitió un sentimental suspiro colectivo y se separaron. Ralph se inclinó hacia él y le estrechó la mano.

—Me alegro mucho de tenerte de vuelta, Cal, aunque apenas te reconozco. Cuando te fuiste estabas...

—¿Enfermo, flaco y tímido?

La boca de Ralph se estiró ante su tono burlón.

—Apenas estabas convaleciente del último ataque de fiebre, pero has florecido en siete años, eso es evidente.

—No podemos hablar aquí. Además, debo disculparme con Lady Radlett por haberme colado en su baile. Vi que la alfombra roja estaba bajada al pasar y no me pude resistir a cambiarme y salir de nuevo. Vendré a veros mañana por la mañana.

Al darse la vuelta, Cal vio a la sonriente matrona, a la que apenas recordaba, acercarse a él. Las plumas que llevaba se mecían al andar y movía su nariz romana con curiosidad refinada.

—Lady Radlett, ¿me perdonas? Acabo de llegar a la ciudad y no podía pensar en una mejor reintroducción a la sociedad londinense que tu famoso May Ball.

—¡Mi querido duque! Estoy encantada y honrada. —Sonrió cuando él se llevó la mano a los labios.

No tuvo reparos en abusar de su hospitalidad, el regreso del Duque Perdido convertiría su baile en la comidilla de la temporada y se deleitaría con cada momento de atención.

—Todos estamos ansiosos por saber de tus viajes. El querido Lord Peter y el señor Thorne nos han mantenido al corriente de vuestros viajes gracias a vuestras maravillosas cartas, pero eso no sustituye a oírlo de tus propios labios. ¡América! ¡Los desiertos árticos! Nueva Zelanda, ¿o era Australia? ¿O es lo mismo? Tan lejos... ¡Los Mares del Sur! ¡La India! Y estar fuera siete años... pero, obviamente, fue una sabia decisión, porque parece haber hecho maravillas con tu salud. —La mirada de Lady Radlett se deslizó por su pecho y sus hombros.

Cal respondió automáticamente mientras digería aquella información. Su tío había hablado abiertamente de sus andanzas, ¿verdad? Seguramente para evitar rumores desagradables, el tipo de habladurías que pueden surgir cuando un joven duque abandona el país inmediatamente después de alcanzar la mayoría de edad y liberarse de la tutela y el control de su tío. Más aún cuando el duque en cuestión había sido enfermizo y propenso a los accidentes durante su infancia y adolescencia y el tío en cuestión era su heredero al título, el poder y las vastas propiedades.

—Inglaterra nunca me ha sentado del todo bien —admitió cuando los invitados empezaron a agolparse para darle la bienvenida—. Pero he estado fuera demasiado tiempo y me alegro de volver a casa y, sobre todo, de ver a mi tío y a mi primo. Estoy deseando volver a conocer a mi familia.

Y de mientras averiguo cuál de ellos intentaba matarme.

Capítulo dos – Donde Sophie hiere al duque

—No sé si darte la mano o atizarte. —Su tío se paseó por la alfombra del centro del salón, se detuvo y miró a Cal por debajo de unas cejas aún más pobladas de lo que recordaba—. ¿Por qué demonios te fuiste así? ¿Por qué has estado fuera tanto tiempo?

—Te dejé una carta muy completa. —Cal se dejó caer sin invitación en el sillón más cercano y cruzó una pierna sobre la otra. Tenía que comprarse unas botas nuevas.

—Así es. Una misiva redactada con elegancia en la que agradecías que me ocupara de ti, esbozabas tus planes y sugerías que marcharte de esa manera evitaría «divagaciones tediosas».

—Bueno, veo que lo consiguió. Si hubiera mencionado mis planes primero, aún estaríamos discutiéndolos ahora —dijo Cal apaciblemente—. Necesitaba valerme por mí mismo. Necesitaba ver algo más allá de las cuatro paredes de Calderbrook. Necesitaba un poco de sol.

—¿En el Ártico? —Preguntó Ralph desde el otro extremo de la habitación.

—Eso fue más tarde. Además, allí el sol brilla todo el día y toda la noche en verano. —Su tío seguía frunciendo el ceño—. Me cuidaste con diligencia durante mucho tiempo, como tío y como tutor. Cuando cumplí veintiún años, te liberaste de esa carga, y yo... nunca había sido capaz de valerme por mí mismo. Sentía que me ahogaba bajo tanta preocupación. Fue estimulante sentirme libre.

—Claro, una forma estupenda de agradecer a mi padre por cuidar de ti —refunfuñó Ralph.

—Créeme, sé lo bien que cuidó mi tío de... mis propiedades. Fue tan diligente con ellas como si fueran tuyas. —Se esforzó por mantener un tono neutro, pero el anciano frunció el ceño—. En resumidas cuentas, pensé que estaría más sano fuera del país.

Ahí estaba, la señal que había estado buscando, una mirada vacilante entre los dos hombres, casi como si se sintieran incómodos el uno con el otro y no solo con él. Ralph miró a su padre y Peter miró a su hijo. *¿Culpa o ansiedad? ¿Preocupación o frustración?*

—Te eduqué para cuidar de tus grandes propiedades y en cuanto las tienes en tus manos te alejas de ellas.

—Las dejé en las muy capaces manos de mi cuidadosamente elegido secretario y hombre de negocios, que estaba plenamente informado de mis deseos y planes. He estado en contacto permanente con él. Creedme, no he eludido mis responsabilidades.

—Prescott, ese maldito secretario tuyo, no podía ser más misterioso. —Su tío seguía sin apaciguarse—. *Su Excelencia estuvo aquí, Su Excelencia estuvo allí. Su Excelencia está de viaje. Su Excelencia está en el mar.* Nosotros sí que estuvimos en el mar, te lo aseguro.

Se dirigió hacia el aparador, se sirvió una copa de brandy, hizo un gesto irritado a los dos hombres más jóvenes para que se sirvieran, y luego se dejó caer, furioso, en una silla.

—Te escribí todos los meses sin falta. —Cal se levantó, se dirigió a los decantadores y le sirvió una copa a su primo, que sonrió de mala gana cuando se la puso en la mano.

—Te preguntaba dónde habías estado, nunca hacia dónde te dirigías. —Lord Peter no estaba dispuesto a parar de quejarse—. ¿Cómo diablos íbamos a echarte una mano?

No lo ibais a hacer. Ese era el problema.

—Esperaba liberarte para que dedicaras toda tu atención a tus propiedades, a tus propios asuntos. Llevabas catorce años cargando con los míos, desde que tenía siete años.

—Era mi deber. —Su tío se aclaró la garganta y miró su copa como si se hubiera atrevido a

contradecirle—. Era más que eso. Sabes que para mí eras como otro hijo.

—Y tú fuiste el padre que nunca tuve. —*Y lo creí con cada fibra de mi ser hasta los veinte. Eso es lo que más duele. ¿Cómo puedo vivir conmigo mismo sospechando lo que hago? ¿Cómo no sospecharlo?*

Fue durante un sofocante día de agosto. Yacía con fiebre, acalorado, inquieto, con todas las ventanas y puertas de su alcoba abiertas de par en par. El médico de la habitación contigua mantuvo la voz baja mientras hablaba con su ayudante, pero se oyó lo suficiente por las ventanas.

—Es imposible de entender. El joven ha padecido más fiebres y trastornos internos inexplicables de los que yo he conocido jamás. Y además es propenso a los accidentes. —El ayudante murmuró algo y el médico reaccionó bruscamente—. Por supuesto que no. Menuda sugerencia. ¿Quién querría hacerle daño?

¿Quién querría hacerme daño? Nadie, excepto... Excepto mi heredero, el hombre que ha dedicado su vida a mi fortuna y mis propiedades. Mi tío y su hijo, para quienes nada de ese trabajo traerá el más mínimo beneficio. A menos que yo muera y todo sea suyo.

Y sin nada más en que ocupar su mente, la sospecha creció hasta que no pudo sacársela. Confinado en la cama, tuvo todo el tiempo del mundo para repasar los accidentes. La cincha rota, el tablón suelto de la barca de remos, la mampostería caída, el escalón resbaladizo, el misterioso disparo en el bosque que podría haber sido de cazadores furtivos. O puede que no. Y la sucesión de fiebres y malestares estomacales, los violentos dolores y calambres, las erupciones cutáneas y los dolores de cabeza que no afectaban a nadie más, ni siquiera a sus sirvientes más cercanos.

¿Cui bono? ¿A quién le beneficia? A su tío, por supuesto, el único hermano de su padre, y después a su primo Ralph. Nadie más podía sacar provecho de su muerte, pero ellos lo tenían todo. Hizo un registro de los accidentes durante su frecuente presencia en la casa y encontró patrones, aunque ninguna prueba. Nada. Tampoco hubo nunca nada remotamente sospechoso en la forma en que se comportaban con él. Sin embargo, la sospecha era como el veneno: insidiosa, debilitadora, imposible de erradicar una vez que se había apoderado de él.

Su tío le devolvió al presente al sonarse la nariz con vehemencia con un pañuelo grande.

—Bueno, ya estás aquí. Estás de vuelta con tu familia. Pero han pasado casi siete años, Cal.

—Seis y medio. —Tuvo cuidado de no llegar a los siete, el periodo en que la ley asumiría su muerte. Es mejor tener cuidado, aunque hubiese un rastro de cartas para demostrar que estaba muy vivo—. Pero ya hemos tenido suficiente con el pasado por ahora, hay muchas noticias con las que ponerse al día. No ha sucedido nada grave o me habría enterado, pero confío en que mi tía goce de buena salud. Y tú, Ralph, ¿todavía no tienes esposa?

El rostro de su primo se tornó rojo.

—Todavía no, pero tengo a alguien... Es decir, tengo algunas esperanzas. Es demasiado pronto para decirlo, no estoy seguro. Mamá está muy bien, gracias.

—¿Dónde te estás alojando? —Ahora que todo el incómodo asunto emocional había terminado, su tío se relajó un poco—. Sé que estarás en la casa que tienes en la ciudad, aun así, ya sabes que puedes quedarte en Mount Street cuando quieras.

—Gracias, pero la casa de St. James's Square se abrió la semana pasada. Escribí desde Italia.

—Estamos en guerra. —Ralph volvió a beber brandy, se levantó y tomó las jarras para rellenar todas las copas—. ¿Cómo te las has arreglado para viajar tanto?

—Con un poco de engaño y disfraces. Algún día te enseñaré a mi conde sueco y a mi mercader estadounidense.

Su tío sacudió la cabeza ante la frivolidad. Su pelo, antes espeso, estaba ralo y casi

completamente blanco, aunque solo tenía unos sesenta años. ¿Culpa, preocupación o envejecimiento natural?

—¿Qué planes tienes? ¿Irás a Calderbrook de inmediato?

—Dentro de una semana o dos. Antes tengo que hablar con mis banqueros, con mi hombre de negocios... y Prescott tiene trabajo suficiente para mí durante un mes. Luego están mis sastres, zapateros, toda clase de asuntos fastidiosos que atender. Y tengo que hacer lo que sea necesario para ocupar mi escaño en la Cámara.

—¿Tienes intención de meterte en política? —Ralph se inclinó hacia delante—. Al partido le vendría bien tu apoyo. Te voy a presentar a...

—Todavía no. —Cal levantó una mano para que dejara de hablar—. No he tomado ninguna decisión sobre a quién voy a apoyar, ni sobre los temas. Puede que me sienta en la bancada cruzada.

—En la valla —resopló Ralph.

—Un lugar desde el que soy libre de seguir mi conciencia y votar sobre las cuestiones que vayan surgiendo. Te veo muy intenso con en el tema de las lealtades. ¿Tienes ya un escaño en los Comunes, primo?

—Espero tenerlo pronto —admitió Ralph. Siempre se había considerado un whig, un apasionado de la política, según recordaba Cal. Era cuatro años mayor que él, pero parecía un hermano mayor por sus muchas experiencias e ideas. Sería interesante descubrir cómo se enfrentaba a sus más de seis años de sabiduría mundana duramente adquirida—. Agradecería tu ayuda.

—¿La mía? Aún no conozco a nadie importante. —Toda la sociedad, todo Londres, en definitiva, era *terra incognita* para él.

—Eres un duque, Cal —dijo Ralph con ironía—. Eres alguien importante y tienes distritos bajo tu influencia. El diputado de Long Fordingham está enfermo y estaba pensando en dimitir.

Son distritos podridos en los que con sobornar tan solo a un puñado de electores daría como resultado un escaño en la Cámara de los Comunes. La reforma electoral era sin duda una causa por la que podría interesarse. Mientras tanto, su deber era apoyar a un pariente cercano ampliando su patrocinio. Además, sería muy sospechoso no hacerlo.

—Long Fordingham es tuyo si lo quieres. Tan solo dime qué necesitas que haga.

La sonrisa de Ralph contrastaba con el rostro serio y maduro del hombre que una vez había sido su amigo de la infancia.

Cal retrocedió diez años en el tiempo y sonrió en respuesta. Quería confiar en su primo. Quería confiar en los dos, porque aquella sospecha era como un cáncer que corroía sus recuerdos y su infancia y lo que habían sido sus certezas de amor y confianza.

No obstante, no podía obviar que, tras dejar Calderbrook y el control de su tío como un joven crónicamente enfermo y débil, se recuperó en un mes, se volvió fuerte y ganó centímetros y músculo. Jamás volvió a tener los mismos síntomas. Sí, había sufrido enfermedades como cualquier viajero, pero siempre eran fáciles de diagnosticar y habían seguido su curso.

Sería muy interesante ver qué infecciones y accidentes le ocurrían ahora que estaba de vuelta en Inglaterra. Era hora de lanzar otra piedra a la piscina y ver qué ondas hacía.

—Ojalá pudiera quedarme más tiempo. —Y eso, extrañamente, era cierto. Se alegraba de ver a su tío y a su primo. Había echado de menos a los dos hombres que una vez habían sido toda la familia que conocía, incluso cuando endureció su corazón contra ellos, enterrando el dolor y el miedo a la traición tras un muro de hielo.

Cal se movió ligeramente hasta que pudo observar los rostros de ambos mientras se ponía en

pie.

—Pero ya sabéis cómo son los niños. Seré un padre muy impopular si no vuelvo pronto a casa.

—¿Padre? ¿Tienes un hijo? —Preguntó su tío.

—¿Estás casado? —Preguntó Ralph. Sus expresiones eran casi cómicamente idénticas y se produjo de nuevo el rápido y vacilante intercambio de miradas que no pudo leer.

—Sí a ambas preguntas, pero mi esposa murió hace más de un año en la India.

—Lo siento mucho. —El abrazo envolvente que recibió le impidió leer la cara de su tío, pero por encima de su hombro vio la expresión de Ralph: conmoción y, extrañamente, sospecha.

—¿Un hijo? —Preguntó su tío.

La pregunta era de esperar. Su respuesta les confirmaría si había otra vida entre ellos y el título. La riqueza. El poder.

—Una hija, Isobel. Una joven exigente, a pesar de tener cinco añitos. —El rostro de su tío tan solo mostraba simpatía e interés.

En cambio, Ralph seguía preso de alguna otra emoción.

—Supongo que buscarás una nueva novia, una madre para tu hija —dijo tenso.

¿Qué demonios le pasa?

—Sí, aunque prefiero encontrar una esposa —dijo con facilidad—. Los herederos, después de todo, son parte de mi deber.

—En ese caso, anoche empezaste con buen pie.

Durante un largo momento, Cal se sintió desconcertado, pero luego cayó en la cuenta. La señorita Wilmott, que se tuteaba con Ralph. La señorita Wilmott: bella, elegible, inteligente. Deseable.

Frunció el ceño fingiendo que no se había enterado.

—¿A qué te refieres? Ah, ¿mi encantadora compañera rubia? Qué excelente sugerencia, Ralph, gracias. —Y si las miradas matasen, la situación se decidiría allí mismo. Extendió la mano, estrechó la suya y siguió sonriendo—. Me alegro de estar de vuelta y de volver a veros. ¿Vendréis a cenar mañana por la noche? ¿Sí? Excelente. Ven temprano para conocer a tu sobrina nieta, tío.

Mientras bajaba los escalones y se ponía los guantes, se preguntó si había descubierto algo. No. ¿Había convertido a su primo en un enemigo potencial, si no lo era ya? Casi seguro. Eso podría ser útil, porque un hombre de mal genio y estresado era mucho más propenso a cometer errores reveladores.

Merecería la pena rondar a la señorita Wilmott, y no solo por esos ojos azules y su forma sorprendentemente entretenida de cortejar.

—Más flores para la señorita Wilmott, milady. —Parrott, su mayordomo, hizo un gesto a un criado para que entrara en la habitación, con los brazos llenos de frondas de helecho y unas flores azules llamadas «amor en la niebla».

—Una elección inusual. —Su madre dejó la taza de té y observó el ramo—. Y bastante tarde. ¿De quién son, querida?

—¿Llevan tarjeta, Parrott? Gracias. —Todas sus parejas de baile de la noche anterior habían enviado rosas esa mañana, excepto Toby, que había enviado un ramo de rosas perfumadas que sabía que a ella le encantaban.

Sacó el rectángulo dorado del sobre. La tarjeta solo tenía una corona en relieve. La acercó para observarla y distinguió ocho hojas de fresa estilizadas. Un duque. Se le aceleró el pulso.

Perdona mi tardanza. La escritura negra, constreñida al pequeño espacio, tenía una elegante

fuerza masculina. *Pero me ha costado encontrar flores con el color de tus ojos. C.*

—Creo que es el duque de Calderbrook, mamá.

—Me parece correcto, teniendo en cuenta que podría haberte puesto en una situación incómoda si no fueras una joven tan preparada. —Su padrastro bajó el periódico—. Anoche estuve a punto de hablar con él. Ese tipo de comportamiento crea expectativas.

—No en mi caso, padrastro.

Dios mío, ¿un duque? Calderbrook podría cumplir todos sus requisitos para un marido, pero desde luego no cumpliría los suyos para una esposa. Un duque esperaría una virgen.

—No veo por qué no. —La madre estudió el encantador ramo con indulgencia—. Tienes la educación, los modales, el carácter y la apariencia para ser la duquesa más adecuada. —La sonrisa soñadora de una madre cariñosa que acaba de darse cuenta de que el hombre más codiciado de Londres para su hija se estaba interesando por ella transformó su expresión y provocó un escalofrío en Sophie.

—Prometí llevar a Jane Arbuthnot a dar una vuelta por Green Park después del almuerzo, mamá. Lo mencioné ayer, si lo recuerdas. —Su padrastro le había regalado un faetón por su cumpleaños y, desde entonces, sus amigas le habían pedido que las llevara al parque. Era mucho más elegante que te vieran detrás de la bonita yegua moteada de la señorita Wilmott que ir tranquilamente con tu madre y tus hermanas en una calesa.

—Llévate a un criado —le advirtió su madre cuando Parrott entró para anunciar el almuerzo—. Asegúrate de que esté contigo en todo momento.

—Sí, mamá. —Era Jane quien no se quedaría, no si su pretendiente, un elegante oficial de caballería, estaba en su cita, pero no había necesidad de decírselo a mamá y ella no tenía intención de prescindir de un mozo de cuadra. Ella, más que nadie, no tenía intención de permitirse la más mínima indiscreción.

—Ahí está. ¡Capitán Maxwell!

—No seas tan impaciente —murmuró Sophie—. Mantenlo en suspenso. —Pero Jane no hizo caso.

El oficial saludó cuando se acercó para ayudar a Jane a bajar, y luego se quedó conversando cortésmente durante unos momentos. Ella no tenía reparos en ayudar a sus amantes, pues el capitán Maxwell era perfectamente elegible y tenía intenciones claramente honorables. Si ella fuera Jane, él cumpliría todos y cada uno de los criterios del EDIGG.

La excesiva sensibilidad romántica de Jane la convenció de que el suyo era un amor condenado y de que su padre, que se había limitado a murmurar algunas preocupaciones comprensibles sobre los oficiales en servicio en tiempos de guerra, rechazaría la oferta del capitán cuando se la hiciera. Otro ejemplo, pensó Sophie malhumorada, de cómo esta tontería del amor nublaba las mentes de las jóvenes.

Un faetón de alta alcurnia y su pareja pasaron por delante, sin duda de camino al moderno Hyde Park, y Sophie lo miró con envidia. Su padrastro vetó este tipo de vehículos porque era peligroso para ella e insistió en la versión segura y baja con una yegua bien educada que tirara de él.

Aun así, se consoló y puso a Moonstone a trotar a toda velocidad. Era un vehículo muy elegante y su yegua torda era una belleza. Irían bien de velocidad, pues Thomas, encaramado detrás, no dio ningún indicio de que pensaba que iba demasiado rápido.

La pista se dividió y tomó el ramal que se alejaba del Queen's Walk hacia el centro del parque, subió por la ligera subida, dobló la esquina y...

—¡Señorita!

—La veo. —Una niña había salido corriendo de detrás de un arbusto persiguiendo una pelota, la cual se interpuso en el camino de Moonstone.

La yegua se sacudió con violencia, la niña giró y se cayó estrepitosamente en la carretera. Alguien gritó desde el otro lado y Moonstone se encabritó. Sophie tiró de las riendas mientras una figura salía corriendo, tomaba a la niña en brazos y se iba con ella a un lado de la carretera. Un sombrero alto se quedó trabado en las ruedas y se oía un crujido desagradable cada vez que el faetón rodaba sobre él.

Sophie lanzó las riendas a Thomas y salió del carruaje cuando Moonstone se detuvo estremecida y resoplando. El hombre estaba sentado sobre la hierba polvorienta, de espaldas a ella y con la niña entre las rodillas. No levantó la vista cuando Sophie llegó hasta ellos.

—Menuda aventura. ¿Te has hecho daño? —La voz profunda era tranquila y curiosa.

Los rizos rubios se agitaron y la niña se quitó el pulgar de la boca.

—Caballito bonito.

—Sí, muy bonito —asintió el hombre—. ¿Dónde está tu niñera?

—¡Señorita Lucy! ¡Ay, señorita Lucy! —Una joven vestida con un sencillo vestido azul, una capa y un gorro de paja cruzó corriendo el camino y tomó a la niña en brazos. La niña empezó a llorar.

—Estaba perfectamente bien hace un momento —dijo Sophie aliviada—. No la mimes tanto y dejará de llorar. Ven a hablar con la linda yegua, señorita Lucy.

Aquello funcionó a las mil maravillas. Moonstone aceptó que le acariciaran la nariz, los sollozos se calmaron y la niñera pudo comprobar que su pupila no tenía ni una magulladura. Se la llevó a toda prisa y la volvió a regañar cuando la señorita Lucy empezó a llorar de nuevo al separarla de Moonstone.

—La niñera podría habernos dado las gracias. De no ser por ti, habría sido horrible. —Sophie se volvió hacia el salvador y lo encontró todavía sentado en la hierba. Tenía la espalda encorvada y había algo muy raro en la línea de sus hombros—. ¿Te encuentras bien, señor?

Levantó la vista cuando se arrodilló frente a él.

—Discúlpame si no me levanto, parece que me he dislocado el hombro. —Su piel bronceada estaba pálida, el pelo oscuro alborotado y la boca formaba una línea dura debido al dolor agonizante, pero los ojos plateados le sonreían—. Llevas un carruaje elegante, señorita Wilmott.

—Excelencia. —Por supuesto, de todos los hombres de Londres con los que se podía topar, tenía que encontrar al Duque Perdido y casi conseguir lo que siete años de peligrosos viajes por el extranjero no habían logrado.

Capítulo tres – Donde el duque descubre el deseo

—Te está doliendo mucho.

Muy bien, Sophie. Una declaración completamente obvia. Parece como si estuviera agonizando.

—Las dislocaciones suelen ser incómodas. Si me das la mano un momento para que pueda levantarme sin caerme de bruces otra vez, te lo agradecería.

—Voy a buscar a mi criado. —Se puso en pie y corrió hacia el faetón—. Dame las riendas, Thomas. Ayuda a Su Excelencia a ponerse en pie con cuidado y del brazo derecho. Lo llevaré directamente al doctor Felbrigg.

Toby ya se había dislocado el brazo una vez mientras cazaba. Lo describió como el peor dolor que había soportado. Peor que una pierna rota y peor que un hombro lleno de perdigones de un accidente de tiro al pichón.

—No paraba de gritar —confesó en su momento—. Tanto que casi muerdo al médico.

Y ahora era culpa suya que el duque sufriera lo mismo. No debería haber tomado esa subida ciega al trote.

Al menos, lidiar con la culpa la distrajo mientras Thomas lo ayudaba a subir al faetón y, con mucho esfuerzo por parte del chico en contraste con el silencio del duque, lo sentó. Le sujetó el brazo derecho con la mano izquierda.

—¿Te vendría bien un cabestrillo?

—No. Gracias. —Su piel se había tornado beige y su voz se entrecortaba—. Preferiría que me dieran con un mazo en la cabeza. Será mejor que me lleves a la casa del guardabosque, aunque me temo que se desvía bastante de tu destino.

—Por el amor de Dios —espetó ella, y luego controló sus nervios—. Como si me importara adónde íbamos. Nos vamos directamente a casa de nuestro médico, será más rápido. Vive justo al lado de St. James's Street.

—Qué mandona, señorita Wilmott.

—Qué sensato, duque.

—Llámame Cal.

Moonstone empezó a trotar con paso firme. Sophie se arriesgó a mirar de reojo.

—Eso sería muy inapropiado.

—Y para una señorita lo más importante es ser apropiada, Sophie. Ya me había dado cuenta.
Bestia sarcástica.

—Mi madre se escandalizaría.

Las orejas de Thomas tenían que estar haciendo palmas. Casi podía sentir el aire.

—Tu madre, a menos que sea completamente antinatural, estaría encantada de tenerte en términos de intimidad con un duque, y ambos lo sabemos.

Un bufido reprimido detrás de ellos confirmó la sospecha de que Thomas estaba siguiendo la conversación.

—Términos, posiblemente —dijo Sophie reprimiéndose—. Intimidad, desde luego que no.

—E, D, I, G, G —murmuró él—. Con una dotación excelente, eso me han dicho siempre.

Se le escapó la risa antes de que pudiera contenerla. Valiente, guapo y divertido. *Vaya, vaya.*

Al mirarlo otra vez vio que sus labios se habían relajado en una sonrisa, pero había cerrado

los ojos.

—Estamos a punto de salir del parque. Es posible que nos encontremos con baches. — Tomaron la curva acompañados de un silbido de dolor—. Me temo que tu sombrero no salió ileso. —La distracción podría servir de ayuda.

—No pasa nada, no era precisamente nuevo. Tengo que hacerle una visita a mi sombrerero, pero, aunque te parezca que no tengo voluntad, no voy a ir a Lock's a por uno nuevo en estos momentos.

—Ya casi hemos llegado, estamos entrando en Park Place. Thomas, prepárate para bajar y llamar.

Pareció una eternidad mientras esperaban en silencio a que volviera el criado, pero al fin regresó acompañado por el médico que, afortunadamente, parecía saber cómo sacar a un hombre herido de un faetón sin sobresaltos.

—Quédate en el carruaje, Thomas. —Sophie bajó de un salto y siguió a los hombres escaleras arriba hasta la casa.

—Pero, señorita W... —La puerta se cerró y acalló las protestas del criado.

—Señorita Wilmott, buenas tardes. —El doctor Felbrigg salió de su despacho bajándose las mangas—. Qué sorpresa. Espero que no te encuentres mal.

—No, estoy perfectamente, gracias. Este es el duque de Calderbrook, doctor, acaba de tener un accidente en el parque.

—Buenos días, señor. Me he sacado el hombro. —El duque... Cal... tendió su mano buena al doctor—. La señorita Wilmott me asegura que eres el hombre indicado para colocármelo en su sitio.

—Por supuesto. Pasa, Excelencia. Perkins, ponga a la señorita Wilmott cómoda en el salón y llévale un refrigerio. —La puerta del despacho se cerró firmemente tras ellos.

Todo parecía llevar mucho tiempo. Sophie sorbió un té demasiado caliente. Quitarse el abrigo costaría mucho. Mordisqueó una galleta, reduciéndola a migas, y miró la puerta tratando de escuchar algo.

Una palabrota atravesó las dos capas de roble y la hizo parpadear. Luego volvió a hacerse el silencio. ¿Qué cosas horribles le estaría haciendo el doctor Felbrigg a Cal? Toby se había negado a decirle en qué consistía volver a colocar una articulación del hombro en su sitio, pero parecía que se ponía enfermo nada más pensar en ello.

Se escuchan voces en el pasillo... *Menos mal.*

El médico abrió la puerta del salón y sonrió.

—Su Excelencia ya está de una pieza, señorita Wilmott. Como reside al otro lado de St. James, en la plaza, enviaré a mi hombre a por su carruaje. Dale recuerdos a Lord y Lady Elmham.

—Estoy segura de que cuanto antes vuelva el duque a casa, mejor, doctor. Mi carruaje está afuera.

—No deberían verte con un hombre por St. James, señorita Wilmott. Te agradezco los cuidados que me has dispensado, pero ya estoy recuperado. —El duque salió del despacho en camisa, con el brazo derecho atado al cuerpo y sostenido por un cabestrillo. Por lo demás, parecía perfectamente restablecido, su rostro había recuperado el color y las tensas arrugas de la agonía habían desaparecido de sus labios y ojos.

—Pero...

—El alivio del dolor una vez que la articulación vuelve a su sitio es milagroso. Ya estoy bien.

—Tonterías.

El médico dio una bocanada y el duque levantó una ceja oscura.

—Deberías estar descansando y lo sabes. Dios sabe por qué los hombres son tan testarudos, pero eres igual. Y todavía no he oído que una dama, acompañada de su criado, no pueda ir a ninguna parte en un carruaje abierto a plena luz del día con un respetable caballero a su lado.

Cal abrió la boca, pero ella añadió con dulzura:

—Y tú, duque, eres un hombre respetable, ¿verdad?

Soltó una carcajada mientras el ayudante del médico le ayudaba a meter un brazo en el abrigo.

—Por supuesto, señorita Wilmott. Después de todo, llevo tan poco tiempo aquí que no me ha dado tiempo a ganarme otra fama. ¿Nos vamos?

Thomas, con la mirada de desaprobación típica de un familiar mayor, acompañó a Moonstone hasta la escalinata y le entregó las riendas a Sophie. Ella las tomó con una palabra de agradecimiento, a sabiendas de que Thomas se lo contaría a Parrott, quien sin duda tendría *unas palabras con milord*, su padrastro.

Lo peor de todo era que estaba segura de que tanto él como su madre estarían encantados de pensar que su hija había estado paseando a un duque por la ciudad, cuando en realidad la única razón por la que lo hacía era por culpa... y preocupación por cualquier persona que resultara herida, como cabía esperar. La malvada voccita interior se rio con sarcasmo.

—¿Cuál es tu dirección, duque? —Cruzó St. James's Street a trote rápido para entrar en Little Ryder Street y luego giró a la derecha para entrar en Bury Street. A pesar de su bravuconería, no tenía intención de seguir la ruta directa por St. James's Street, con la multitud de caballeros que acudían a los clubes y sus numerosos cafés.

—Conoces bien las calles secundarias —observó Cal cuando giraron a la izquierda para entrar en King Street, pasados los salones de actos de Almack's.

—Hay que evitar el tráfico de esta zona. En Piccadilly se forma un atasco espantoso casi todos los días. —Llegaron a St. James's Square y redujo la velocidad de Moonstone.

—En el sentido de las agujas del reloj —dijo Cal—. La puerta verde oscuro. Gracias, señorita Wilmott. Pocas veces me he visto involucrado en un accidente de tráfico tan divertido.

Se bajó del faetón y levantó la mano automáticamente hacia el ausente sombrero.

—Esto sí que es un escándalo: un duque sin sombrero en St. James. Seguro que mi ayudante de cámara dimite en el acto.

—¡Papá! —Una diminuta morena con un vestido verde bajó medio corriendo y medio tropezando los escalones y se lanzó hacia Cal, rodeándole la pierna con los brazos.

¿Papá? ¿Es el padre de esta niña de cinco años? No me extraña que se portara bien con la niña del parque.

En ese momento se dio cuenta de lo que implicaba. Una hija significaba una esposa. Y durante todo este tiempo el desgraciado había estado coqueteando con ella.

—Isobel. —Cal tomó con una sola mano el bracito y la niña lo recompensó con un beso en la mejilla magullada y un par de pies en la cadera dolorida—. ¿Dónde está Nanny?

—Perdida. —Sus grandes ojos marrones, tan parecidos a los de su madre, se abrieron de par en par con fingida inocencia, uno de los trucos de Madeleine. Cuando la niña crezca, se recoja el pelo y lleva falda larga, tendrá que comprarse una escopeta para hacer frente a los jovencitos.

—Vamos, que eres tú quien la has perdido —le riñó—. Ahora, compórtate como es debido y saluda amablemente a la señorita Wilmott. Señorita Wilmott, Lady Isobel Thorne.

¿Qué problema había? La mirada azul de Sophie tenía toda la calidez de un cristal de hielo,

pero a pesar de ello sonrió a Isobel.

—Buenas tardes, Lady Isobel. Me alegro de conocerte, pero quizá no deberías salir corriendo a la calle. Tu niñera estará preocupada por ti.

—No fue mi culpa. —A la pequeña le tembló el labio inferior y dirigió a Sophie unos trágicos ojos marrones como caramelos. Soy una niña muy buena. De verdad.

—Eres una descarada —corrigió Cal distraídamente sin dejar de mirar a Sophie, la cual se ruborizó, perdió todo su aplomo y murmuró:

—Me alegra mucho oír eso. tu madre debe de estar muy orgullosa de ti. Que tengas un buen día, duque. Espero que pronto deje de dolerte el brazo. —Dejó caer las manos y la yegua torda se puso en marcha hacia York Street antes de que él pudiera responder.

Así que esas tenía: cuando vio a Isobel lo creyó casado y que había estado flirteando con ella a pesar de ello. Qué halagador que le importara tanto.

Cal sonrió, caldeado por el subidón de petulancia masculina. Hacía tiempo que no disfrutaba flirteando con una mujer guapa y hacía mucho tiempo que no se encontraba con una joven tan bien educada que le diera ganas de hacerlo. La señorita Wilmott, vista a plena luz del día y con toda su atención puesta en ella y no en el enfrentamiento con su familia, era francamente hermosa. Bien valía la pena perseguirla, y la sospecha de que su primo Ralph le había echado el ojo tan solo añadía una pizca de emoción.

Nanny Jenkins estaba de pie en la puerta abierta, con las manos en las caderas y negando con la cabeza. Contrató a la feroz viudita galesa en Calcuta en los días posteriores a la muerte de Madeleine e irrumpió en su vida un puñado de regañinas encantadoras.

Cal se quedó con un bebé, una conciencia culpabilizadora de que era libre y un impulso casi irresistible de dejar de vagar, volver a Inglaterra y ver si por fin podía acabar con sus fantasmas.

Nanny Jenkins le escrutó con la mirada y dijo:

—La pequeña debería estar en casa. —Era una orden y, por una vez en su vida, Cal no se opuso.

—Dios mío, ¿qué te has hecho? —Le preguntó mientras tomaba a Isobel del brazo—. Excelencia. —Siempre se acordaba tarde del título—. ¿Te has metido en pelea?

—No, solo un encuentro entre un faetón y una niña pequeña en Green Park —admitió—. La niña está bien, me disloqué el hombro y perdí el sombrero.

Cualquier otro empleador se escandalizaría de que lo considerara capaz de pelearse un jueves por la tarde. Hacía tiempo que se había resignado a no ser el típico empleador.

Prescott, su secretario, se asomó a la puerta del estudio, observó su aspecto polvoriento y maltrecho y enarcó las cejas.

—Tienes bastantes asuntos de los que ocuparte, señor. Sin embargo, lo puedes dejar para mañana. —La puerta se cerró tras él.

En los días previos a su vigésimo primer cumpleaños, cuando ultimaba los planes para su huida, Cal se había dado cuenta de que tenía que dejar tras de sí a un secretario confidencial de la mayor respetabilidad, inteligencia y probidad. Si no lo hubiese hecho, no se habría sentido cómodo habiendo abandonado su patrimonio para que se administrara a distancia.

George Prescott, el tercer hijo de Lord Warnley, un vecino, era el hombre más sobrio, trabajador y concienzudo que Cal había conocido, a pesar de su juventud. Había salido de la universidad con matrícula de honor y estaba eligiendo entre las diversas y halagadoras ofertas de trabajo que había recibido, que incluían puestos con un obispo, dos lores y un destacado miembro de la Cámara de los Comunes, cuando Cal lo cazó furtivamente.

Era uno de los tres hombres a los que había confiado sus sospechas sobre su tío y su primo.

El segundo era Jared Hunt, empleado en un principio como su maestro de esgrima, un hombre taciturno de letal habilidad para la lucha cuyo pasado era un misterio. Era un año mayor que Cal, se había presentado en respuesta a un anuncio y parecía no tener antecedentes de ningún tipo, solo excelentes referencias de dos maestros de espada franceses emigrados.

Su lealtad se hizo patente cuando, un mes antes de poner en marcha su plan de fuga, se llevó a Cal a un lado y le advirtió de que sospechaba de los accidentes y la mala salud que le habían aquejado. El alivio de encontrar a alguien con quien poder hablar de ello y el saber que no estaba perdiendo la cabeza le habían dado la fuerza que necesitaba para liberarse.

Dejó a George como su secretario confidencial con poderes notariales, el único hombre que sabía a dónde iba con antelación y que recibía cartas y órdenes de dondequiera que Cal fuera.

Jared viajó con él, al principio mientras aún estaba débil por el último ataque de la enfermedad, como su guardaespaldas. Luego, cuando recuperó la salud, se convirtió en su amigo y compañero.

El tercer hombre de su confianza era su ayuda de cámara, Michael Flynn, un joven irlandés a quien Cal había rescatado cuando lo estaba apaleando una banda de matones en una calle de Nueva York. Llevó al maltrecho joven a su mugrienta habitación, curó sus heridas y no pensó en ello hasta que Flynn se presentó a la mañana siguiente en el hotel, con su elegante aspecto empañado por dos magníficos ojos negros, y anunció que el señor Thorne, como se hacía llamar, necesitaba un ayudante de cámara y que él era su hombre.

Cal se fijó en sus uñas limpias, su afeitado apurado, a pesar de los moratones, su ropa bien elegida y estuvo de acuerdo.

—¿Sabes lo que soy? —dijo Flynn—. ¿Sabes por qué se metían conmigo?

—Porque eres marica —le gruñó Jared mientras miraba el florete de esgrima que estaba puliendo.

—¿No te importa?

—Ponme un dedo en la rodilla, chaval, y te haré papilla —espetó Jared—. Por lo demás, por mí te puedes enamorar del gato de la cocina. Pero no depende de mí, yo no soy al que vas a ayudar a ponerse la ropa interior...

En su inocencia, Cal se preguntó cómo lo sabía Jared. Que él supiera, nunca había conocido a un hombre que prefiriera acostarse con su propio sexo, pero sospechaba que probablemente sí y que era su propia inexperiencia la que lo demostraba. Su tío era destemplado al respecto, lo que parecía razón suficiente para opinar lo contrario.

—Estás contratado un mes de prueba —dijo, haciendo un gesto hacia el montón de baúles que contenían su ropa arrugada y sin remendar—. A ver qué puedes hacer con ese lote, y de paso con el del señor Hunt.

Después de un mes, Cal no pudo imaginarse cómo se las había arreglado sin Flynn. El ayudante de cámara pasó de criado a amigo y Cal reveló su verdadera identidad, aunque no el motivo de sus viajes.

Pero Flynn era astuto, con un nivel de cautela innato que le había enseñado la vida dura.

—¿Cuál es el peligro en Inglaterra, señor? —Le preguntó un día mientras limpiaba las botas de Cal. Cal se lo contó y Flynn se encogió de hombros—. Maldito infierno. Aun así, supongo que, si necesitas un motivo para asesinar, conseguir un ducado es bastante tentador. —En opinión de Cal, eso resumía muy bien las cosas.

Subió las escaleras para buscar a Flynn y una muda de ropa, dejando a Isobel contándole a Nanny todo sobre la agradable dama que había llevado a papá a casa.

Flynn salió del vestidor y frunció los labios al ver la maltrecha apariencia de Cal.

—¿Te has metido en pelea? ¿O has estado ocupado cortejando?

—Diablo insolente. Me estremezco al pensar lo que pasa por tu imaginación si crees que podría llegar a este estado cortejando. —Aunque pensándolo bien, la tarde había hecho avanzar su relación con Sophie Wilmott.

—¿Un rival celoso? —El ayudante de cámara le rodeó—. Ja. ¿Cómo te has quitado el abrigo?

—Con mucho dolor. Me disloqué la articulación del hombro y el médico quería cortarme la ropa.

—Habría sido mejor —dijo Flynn mientras tiraba el abrigo a un lado y levantaba las botas de Cal para estudiar el cuero desgastado—. Esto es digno de un harapiento. Pediré agua caliente, querrás bañarte antes de que esos moretones empeoren. —Hizo una pausa con una mano en el tirador del timbre—. ¿Y la señora que te ha traído a casa está ilesa?

—La señora casi me atropella —dijo Cal con cara seria, provocando un silbido de sorpresa.

—Y yo que pensaba que Nápoles era peligroso.

Ah, sí, Nápoles. Fue divertido. Sucia, peligrosa, violenta y llena de mujeres voluptuosas de ojos oscuros, la mayoría de las cuales venían acompañadas de hermanos o maridos armados con cuchillos. Era un hombre casado, pero, aun así, coquetear era casi obligatorio.

Jared se acostó con una belleza casada y sospechaba que Flynn tramó algo con su hermano menor... aquella noche los tres, con las espadas desenvainadas, apenas consiguieron escapar con vida.

Buenos tiempos.

—¡*Maldita sea!* —Quitarse las correas fue casi tan doloroso como ponérselas y, sin duda, un antidoto contra los recuerdos.

La gran bañera de cobre se llenó y Cal se hundió en ella con una mueca de dolor, preguntándose si haría falta un aparejo de poleas para sacarlo. Pero se encontraba demasiado bien como para preocuparse por eso ahora. Cerró los ojos, inhaló el vapor perfumado de verbena de limón y pensó en cortejar a Sophie Wilmott en serio y no solo como un medio para pinchar a Ralph.

¿Cuál era su equivalente de la lista EDIGG de Sophie? M de dispuesta a ser madre: esta mujer teórica sería duquesa, cuando todo estuviera dicho y hecho, y necesitaba un heredero. U de única, definitivamente, o se aburriría en una semana. J de joven y fiel. No toleraba la infidelidad. ¿Guapa? No necesariamente. El interior era más importante. Mejor con E de elegante. Aparte de eso, no era exigente. Morena otra vez no, R de rubia, sin risas insípidas y, con suerte, sin gente irritante personificada en parientes extraños o insolventes.

¿Cómo quedaría? M.U.J.E.R., por supuesto. Lo tomaría como un buen presagio de que debía seguir cortejando a alguien.

Pensemos en Sophie. Rubia, elegante de una manera vivaz. Inteligente. Buena familia. Y bella. Muy bella. Ese pelo dorado, esos ojos azules, esa figura esbelta y curvada, esos largos dedos acariciando las riendas, aferrándose al mango de la fusta...

—¿Dulces sueños?

Cal se despertó con una dolorosa sacudida, se deslizó bajo el agua y salió balbuceando para mirar a Jared Hunt, que estaba apoyado contra la pared al pie de la bañera y lo miraba con una sonrisa malévola.

—¿Qué?

—Esperaba encontrarte maltrecho, magullado y curándote las heridas, no soñando despierto y con el pene saliendo a la superficie. ¿Quién es ella?

Cal miró hacia abajo. *Ah*. Sí, otra señal más de que tenía que cortejar a la señorita Sophie Wilmott.

Capítulo cuatro – Donde Sophie se vuelve indecisa

—No voy a hablar del nombre de una dama mientras estoy tomando un baño. —Cal lanzó una esponja húmeda a Hunt y este la esquivó mientras maldecía.

Se quedó inclinado sobre la bañera estudiando el cuerpo herido de Cal con la imparcialidad de un maestro de esgrima que evalúa la forma física de su pupilo, con su larga y tupida trenza deslizándose sobre el hombro.

—Me parece extraño que puedas dar la vuelta al mundo sin apenas un rasguño y en cuanto vuelves a Inglaterra acabes maltrecho y magullado.

—Esto sí que ha sido un accidente. —Cal se incorporó y empezó a enjabonarse con una sola mano—. Pero estoy pensando en hacer algo provocativo que me haga reaccionar si alguien tiene el ojo puesto en mi título.

—Si eso es lo que te preocupa, no hay duda de que el matrimonio lo conseguiría —dijo Hunt. Tomó una jarra de agua limpia y la vertió sobre la cabeza de Cal.

Cal farfulló:

—Y la dama en cuestión bien podría interesarle a mi primo. Ayúdame a salir, ¿quieres?

Hunt lo puso en pie, le pasó una toalla y escuchó mientras Cal le explicaba lo de Sophie y el aparente interés del primo Ralph por ella.

—Eso complica las cosas. Si no hace nada para contrarrestarte, es que le falta carácter, y seguiríamos sin saber sus sentimientos privados hacia ti. Si reacciona tajantemente, no sabremos si es para proteger su posición con la señorita o porque está aprovechando la ocasión para perjudicarte.

—Eso sí que sería un escándalo, heredar un ducado matando a tu predecesor en un duelo por la futura duquesa. —Cal renunció a secarse con una mano y se metió sin entusiasmo en su banyan de seda.

—Ralph no se enfada fácilmente ni tampoco es imprudente. Maldita sea, Jared, casi tengo la sensación de que todo ha sido imaginación mía ahora que he vuelto y me he reencontrado con mi tío y mi primo. Parece un cuento gótico.

—¿Y qué más? —Hunt lo siguió hasta el dormitorio, donde Flynn estaba tendiendo la ropa—. Dijiste casi.

—Y, aun así, les conté que tenía una hija y se miraron. O, mejor dicho, se miraron el uno al otro. No fue un intercambio, fue como si se sobresaltaran y comprobaran la reacción del otro. Es muy extraño. Anoche los sorprendí haciendo lo mismo en el salón de baile.

—Uno de ellos es el que conspira y el otro el que sospecha —dijo Flynn.

—Así es como yo lo veo. Pero aún no sé cómo determinar cuál de los dos es. —Suspiró y se pasó la mano por el pelo mojado—. Maldita sea, esperaba llegar a casa y darme cuenta de que todo había sido mi imaginación. Que había estado enfermo y con fiebre cerebral y lo había desproporcionado. Ahora me temo que siempre tuve razón.

Hunt tomó un florete de esgrima del perchero situado en el rincón y se abalanzó con él, un golpe recto y mortal que arrancó una flor del jarrón de la cómoda.

—Cortejo a una chica, vigilo a mis parientes y me cuido las espaldas utilizándolas como un cebo tentador.

—Si te casas, tendrás otra vida que proteger. Si tu esposa tiene un hijo, tendrás dos —

observó Hunt mientras hacía trizas una segunda flor.

Cal ya había pensado en ello. Tomó otra flor del jarrón y la lanzó hacia arriba para que Hunt la ensartara en el aire.

—La dama estaría a salvo hasta que me casara con ella, así que debo llegar al fondo del asunto antes, ¿no?

—Y cuando lo hagas y descubras que tu tío o tu primo son realmente culpables, ¿qué harás entonces? —El rostro oscuro y sarcástico de Hunt solo mostraba una leve curiosidad.

Se me romperá el corazón.

—Pensaré en algo.

Ralph Thorne podría ser el elegido. Sophie le pasó una taza de té y la estuvo observando con disimulo mientras servía a los otros invitados que habían ido aquella tarde.

Los días que recibían visita en casa eran martes y viernes. Había cuatro señoras cotilleando y bebiendo té oolong mientras los tres caballeros que habían llegado después arramblaban con los macarons e intentaban disimular que donde realmente querían estar era en sus clubes.

Ralph era el cuarto, y el único soltero, de los presentes y había dejado sutilmente claro que estaba allí para verla a ella y no como parte de la educada ronda social. Sonrió curvando ligeramente los labios cuando ella se volvió hacia él desde la bandeja del té.

Cumplía todos sus requisitos. Era bien educado, e incluso su madre, que prefería un título para ella, no puso objeciones al nieto de un duque. Desde luego, tenía una buena posición económica, era inteligente, tenía buen humor y era guapo, aunque fuera una copia más pálida de su primo Calderbrook.

Y, aunque su corazón no podía ni siquiera contener las mariposas cuando estaba con él, la indiferencia civilizada era sin duda una base más segura para un matrimonio duradero que una pasión insensata que se podía diluir con el tiempo o morir con una repentina y despiadada desilusión.

Desde luego, el señor Thorne no daba muestras de sucumbir a ningún tipo de pasión en presencia de ella, pero sí daba la impresión de que podría ser comprensivo e indulgente, algo que un duque no se podía permitir al plantearse el matrimonio.

Sí, Ralph Thorne podía caerle muy bien y estaba segura de que podría ser para él una buena esposa. Tenía que dejar de pensar en duques y en casarse con alguno de ellos. Él, el singular duque en cuestión, estaba casado, y no creía ni por un momento que estuviera reconociendo abiertamente a una hija ilegítima al criarla en su casa de Londres. Los caballeros no hacían esas cosas. Además, la niña tenía título.

Y, aunque hubiera estado soltero, no era para ella, por mucho que aquellos ojos de plata parecieran hablarle de pensamientos y conciencia compartidos. No importaba que lo hubiera visto exhibir valor y destreza física, sonreír con gracia y consolar a una niña pequeña cuando sufría mucho.

Y, desde luego, no debería estar pensando en sus largas piernas, sus anchos hombros y sus musculosos muslos, no cuando estaba hablando con un caballero que, sin ser un enclenque, no era un espécimen físico tan impresionante.

Eso la hacía tan mala como los hombres que charlaban en una recepción mientras mantenían un ojo abierto en busca de alguien más interesante. *Superficial, grosera, poco femenina*, se reprendió Sophie. No debía volverse dura, cínica y calculadora porque un hombre le demostrara que no se podía confiar en el amor.

Sonrió más cálidamente al señor Thorne y se recordó a sí misma que el duque había flirteado con ella, lo cual, dadas las circunstancias, estaba fuera de lugar.

—Espero que tu primo esté mejor hoy —dijo, e inmediatamente después se arrepintió. ¿Qué estaba haciendo? No tenía ninguna intención de mencionarle.

—¿Calderbrook? —dijo Ralph. El té cayó en el plato. Murmuró algo en voz baja y dejó la taza sobre una mesa auxiliar—. ¿No se encuentra bien? —Su tono era muy cortante.

—Ayer evitó que arrollasen a una niña en el parque. Corrió delante de mi caballo y se lanzó a salvarla. Me temo que se dislocó el hombro.

Ralph hizo una mueca.

—¿Qué dolor. ¿Dices... que fue un accidente?

—Sí, por supuesto. ¿Por qué no? Iba con el faetón a demasiada velocidad por la subida de Green Park, la niña salió corriendo y el duque la salvó.

Su rostro era ilegible, una inexpresividad cortés.

—¿Por qué no iba a ser un accidente?

—Por nada —dijo con una sonrisa y encogiéndose de hombros—. Soy demasiado protector. Mi primo vuelve con nosotros después de años en el extranjero, sano y salvo y dos veces el hombre que era, y sería una tragedia si le pasara algo aquí.

Habría sido una tragedia en cualquier parte. Qué extraño que lo diga. ¿Una tragedia? Una punzada de aprensión le tocó la nuca.

—Seguro que le fue muy difícil estar fuera tanto tiempo.

Ahora que habían empezado a hablar sobre el tema, no podía dejarlo pasar. ¿Se atrevería a preguntar por su mujer? ¿Dónde había estado en el baile la otra noche? Descansando, tal vez, mientras su marido merodeaba con jovencitas.

—¿Difícil? Sí, eso está claro. Pero mi primo dejó la finca bien cuidada y se mantuvo en contacto constante con su secretario y hombre de negocios. Siempre nos mantenía completamente informados de dónde había estado, como ya sabes. Nunca pude culparlo por descuidar sus deberes. Sabíamos que estaba bien, al menos que lo estaba en el momento en que había sellado la carta más reciente, que a veces era meses antes.

—Parecido a tener un familiar en la marina o en la Compañía de las Indias Orientales, o tal vez administrando fincas en las Indias Occidentales —sugirió ella. La reacción de Ralph parecía bastante extrema, más propia de una hermana sensible que de un primo adulto.

—Sí, claro. No éramos los únicos en tener ese tipo de preocupación siempre en... —Se interrumpió y miró fijamente a la puerta.

—Su Excelencia, el duque de Calderbrook, milady. —El criado se apartó para dejar paso a Cal, que se dirigió directamente a su anfitriona.

—Lady Elmham. —Llevaba unos immaculados pantalones color galleta, botas Hessian con borlas plateadas, un abrigo azul oscuro de cola de golondrina y camisa blanca, que contrastaba con el cabestrillo negro que le sujetaba el brazo derecho.

Sophie le había contado a su madre el accidente y cómo había llevado a Cal al médico y luego a casa. Aunque estuvo sola y sin alguien que lo presenciara todo, no engañaba a sus padres, ya no.

—Buenas tardes, Excelencia. —Su madre se levantó y le estrechó la mano sin revelar ni por un momento que se había fijado en el cabestrillo, y mucho menos que conocía las circunstancias de la herida.

—Deja que te introduzca a los aquí presentes. Lord y Lady Philpott. El señor y la señora Wigton y la señorita Wigton. El señor Parsloe. Lady Penelope Harrington. —Hubo una ronda de apretones de manos antes de que el duque tomara una silla junto a Sophie—. Y por supuesto tu prima y mi hija, a la que ya conoces. Sophie querida, una taza de té para el duque.

—Por supuesto. Buenas tardes, Excelencia. ¿Leche o limón?

—Buenas tardes, señorita Wilmott, prima. Limón, por favor.

Le pasó la taza, esperó a que removiera el té y dejó la cuchara en el platillo. El resto de invitados reanudaron sus conversaciones.

De perdidos al río. Era ridículo dar vueltas al tema y seguir especulando.

—¿La duquesa no te acompaña? —Preguntó Sophie. Al otro lado, Ralph inhaló profundamente.

—Soy viudo —respondió Cal.

—Vaya. —*Dios mío, acabo de acabar fatal*—. Te pido disculpas. —Esperaba que no se reflejaran sus pensamientos en su rostro.

—¿Por sacar conclusiones precipitadas? ¿Pensaste que era un libertino malvado?

Por el rabillo del ojo, Sophie vio a Ralph incorporarse en su silla como si fuera a salir en su defensa.

—Claro que no —dijo riendo—. Habría sido un coqueteo bastante escandaloso, duque. —Ralph se relajó un poco, como si creyera que se trataba de una broma—. ¿Planeas una larga estancia en Londres o vas *en route* de Calderbrook?

—Tengo pensado terminar la temporada aquí, ir al sastre y luego ir a Calderbrook en julio.

—Pensé que después de todo este tiempo no serías capaz de mantenerte alejado —dijo Ralph. ¿Era su imaginación o su tono parecía sentencioso?

—Puedo refrenar mi deseo de pasear por mis tierras ancestrales con bastante facilidad —dijo Cal, tomando un macaron del plato que Sophie le ofrecía. Tuvo la ridícula sensación de que se estaba metiendo entre los dos hombres cuando, en realidad, no se había dicho ni una palabra fuera de lugar.

—Después de todo, no tienen para mí el mismo encanto de familiaridad que para ti, primo —Mordió el dulce y a ella le dio un pequeño escalofrío.

Ralph dejó la taza de té vacía con un chasquido.

—¿Más té, señor Thorne? —Por más que lo intentara, su voz sonó tensa a sus propios oídos. Sería la tercera taza de Ralph y ya habían pasado diez minutos de la media hora a la que, por costumbre, estaban limitadas las visitas matutinas. Al otro lado de la habitación, los Wigton, que habían llegado después que él, se pusieron en pie y se despidieron.

—Gracias, pero debo despedirme. Señorita Wilmott. —Ralph se levantó y se inclinó ligeramente, haciendo contacto visual con énfasis—. Primo.

Ella lo observó mientras se dirigía hacia su madre e intercambiaba unas palabras con los demás invitados. Esperaba que no estuviera molesto porque Cal se hubiese unido a ellos. Eso implicaría que estaba celoso y que tenía algo por lo que estar celoso. O que tenía derecho a sentir celos, dado que no había dicho ni una sola palabra que pudiera interpretarse como un intento de despertar su interés.

Estaba siendo injusta. Había considerado muy seriamente a Ralph Thorne como posible marido, así que no tenía derecho a sentir que estaba siendo presuntuoso al interesarse por ella y por su relación con otros hombres. Ella le mimaba, salía con él en carruaje, charlaba en la librería cuando se encontraban allí y paseaba con él por el parque. Bailaba dos piezas musicales con él en cada baile de la temporada.

El hombre seguramente sintiese con razón que tenía algún derecho sobre su atención después de todo, incluso si estaba jugando sus propias cartas muy cerca de su pecho.

—¿Señorita Wilmott?

Ella se incorporó en su asiento y se volvió hacia el duque.

—¿Excelencia?

—Parece que hace buen tiempo. ¿Tendrías el placer de ir conmigo en carruaje mañana?

¿Lo haría? Ralph solía pedirle lo mismo cuando venía a tomar el té, pero hoy no lo había hecho. Aun así, no tenía ninguna excusa para ir con el duque. Ni para tener nada que ver con él.

—Esta mañana compré en Tattersalls un par de caballos para mi nueva calesa. ¿Vendrás en su estreno?

La tentación era fuerte y, por supuesto, era la ocasión de ir en un vehículo deportivo y en pareja, y no la perspectiva de su compañía, lo que la atraía. Sophie se estremeció ante sus propios intentos de autoengaño.

—No deberías llevar las riendas con el brazo lesionado, duque.

—Es solo la mano que maneja el látigo, así que me las arreglo bastante bien. De hecho, solo llevo este cabestrillo para convencer a mi secretaria de que no puedo ocuparme del montón de papeleo que ha depositado sobre mi mesa.

No se lo creyó ni por un momento.

—O tal vez lo llevas para atraer a las damas aparentando ser un héroe herido. Que, por supuesto, lo eres —añadió arrepentida—. Me estremezco al pensar lo que podría haberle ocurrido a esa pobre niña o, siendo totalmente egoísta, cómo me sentiría yo ahora si le hubiera hecho daño.

—Hasta ahora no he notado que me viesen como a un héroe. Me miran mucho porque soy un duque, por supuesto. Es muy halagador para la autoestima de uno saber que su título es la principal atracción.

—¿A diferencia de tu hermosa alma, tu gran mente o tu fino perfil? —Preguntó Sophie con malicia.

—Ah, por fin una alabanza. ¿Te habías fijado en eso? —La voz profunda se hundió en un murmullo seductor y sus ojos enigmáticos se clavaron en los de ella, guardando sus secretos.

—No, no puedo decir que lo haya notado. Duque, eres un hombre malvado. —Sabía que él había visto la contracción de sus labios que nunca podía controlar.

—Bueno, ¿entonces vienes conmigo?

Era muy tentador decir que sí. ¿Estaba siempre mal ceder a la tentación? Sí, iba a ir con él. Era una conclusión inevitable desde el momento en que se lo pidió, y ella lo sabía. La fuerza de voluntad de una mujer tenía un límite. Era guapísimo, la hacía reír y era peligrosamente seductor. No es que se fuese a dejar seducir de nuevo.

—Sí, iré, gracias.

—¿Te parece bien a las tres?

Los demás invitados se levantaron para marcharse y el duque hizo lo mismo, se despidió con la máxima gracia y el mínimo de alboroto. Sophie lo observó escuchando la charla de Lady Philpott mientras lo precedía hacia el vestíbulo y respondiendo a sus tonterías con gran cortesía. Vaya, aquel desgraciado podía llegar a caerle demasiado bien.

—Hay una nota para usted, señorita Wilmott. —Parrot estaba a su lado ofreciéndole una bandeja con una hoja de papel doblada—. El señor Thorne se ha dado cuenta de que se le había olvidado preguntarle algo y no cree que deba importunarla de nuevo.

La nota no tenía sello. *Perdóname, pero me olvidé preguntarte si te gustaría venirte a nuestro paseo habitual mañana. Lo espero con impaciencia, como todos los ratos que pasamos juntos. RT.*

Y justo acababa de aceptar ir con Cal mañana. *Nuestro viaje habitual... nuestro tiempo juntos...* De repente, Ralph Thorne sonaba dominante. Ella sospechaba que el coqueteo del duque

le había molestado y provocado este cambio de tono.

Se había dado cuenta de ello porque no había prestado atención a sus propios sentimientos, y mucho menos a los de él. Le había animado, sabía que lo había hecho, y ahora iba a herir su orgullo porque, comparado con su primo, Ralph parecía pasar a un segundo plano, como seguramente ya supiera.

Esperaba por su bien herirle solo el orgullo si le pedía la mano, y vaciló, porque de repente toda su certeza de que podía hacer un matrimonio amable, pero sin amor, se tambaleó. Sí, rezaba para que Ralph no sintiera por ella en sus adentros algo más profundo y apasionado. Además, tenía la incómoda sensación de que no sería un buen enemigo. No deseaba ser la causa de los problemas entre su primo y él.

Capítulo cinco – Donde el duque provoca

A la una y media del día siguiente, Sophie ya había escrito una cuidadosa nota a Ralph agradeciéndole su invitación, pero alegando un compromiso anterior sin especificar. Rechazó los deseos de su madre de que llevara su vestido de paseo y su gorro más recientes y le preguntó con disimulo a su madre cómo indicarle a un caballero que, aunque no había hecho nada para ofenderla, no deseaba que la cortejara. Lo cual resultaba aún más complejo porque sería realmente vergonzante que el duque no estuviera cortejándola en realidad y que todo estuviera en su imaginación.

El duque de Calderbrook parecía creer que compartían una intimidad secreta porque había oído su conversación con Toby. Ella suponía que, en cierto modo, así era, pues ningún caballero debería tener semejante conocimiento de la mente de una joven educada sobre un tema tan delicado como el matrimonio. Ciertamente, ella sentía que él la comprendía de un modo que ningún otro hombre, incluidos su padrastro y Toby, lo hacía. Ralph Thorne nunca demostraba ser consciente de sus emociones, aunque por lo general era bastante sensible a su estado de ánimo.

Dudó sobre qué par de guantes ponerse. ¿Los marrones? No, quedaban horribles con el azul de su vestido de paseo. ¿Negros? No, parecería que estaba de luto. ¡*Por el amor de Dios!* Eligió un par de azules que no le quedaban bien, ignoró la protesta de su criada por el contraste y se los puso.

El duque no la cortejaba, ni ella intentaba atraerlo, y el tono de sus malditos guantes era el tipo de detalle trivial y descerebrado por el que las chicas con la cabeza hueca pasaban horas preocupándose.

—Acaban de llamar, señorita Wilmott. —Mary se acercaba como si fuera a tomar los guantes.

—Sí. —Sophie agarró con fuerza su bolso de mano y escapó.

El duque estaba conversando cortésmente con su madre en el salón. Al menos su padrastro tuvo el tacto de no aparecer también. Habría sido demasiado obvio que la pareja estaba evaluando a un pretendiente potencial.

—Señorita Wilmott. —Se puso en pie rápidamente, con suavidad, sin ningún indicio de que le doliera el hombro.

Hizo una reverencia, vio que su madre echaba una mirada sorprendida a los guantes, que a la luz más clara del salón eran sin duda del tono equivocado, y sonrió.

—Buenas tardes, Excelencia. Estoy lista, no querría dejar a tus caballos quietos.

—Eres muy considerada, gracias. —No dijo nada más hasta que estuvieron en los escalones delanteros, entonces preguntó—: ¿Qué te parecen?

¿Un caballero pidiéndole su opinión sobre sus caballos? Inaudito. La mayoría de los hombres daban por sentado que su juicio era perfecto en esas cuestiones y que ella admiraría a los animales fuesen estos patizambos, espigados o balancines.

—Creo que se ven magníficos desde aquí. —Sophie bajó y se acercó a ellos para mirarlos la cabeza, luego el lomo y los cuartos—. Lo confirmo, tienen ojos amables y parecen muy firmes de pie. ¿Cómo se portan en el tráfico?

—Se portan muy bien. No les sacaría si no fuese así. Una cosa es la emoción y otra la imprudencia cuando solo tengo un brazo útil.

Cal se acercó para ayudarla a sentarse en el asiento alto y luego se acercó al otro lado para subirse antes de ajustar la alfombra del carruaje sobre sus rodillas.

—Sabía que tendrías buen ojo.

Era ridículo sentirse halagada. Era tonta por sentir un brinco en el corazón cuando le mencionó la emoción.

—¿Por qué lo piensas?

—Por tu yegua torda. Ben, no te acerques a la cabeza. —El criado se escabulló hacia atrás y se subió a su pequeña percha.

—Me la regaló mi padrastro. —Sophie resistió el instinto de agarrarse a la barandilla lateral del faetón mientras este se alejaba del bordillo. El movimiento del carruaje sobre los muelles era como estar suspendida en un columpio.

—¿La compró sin consultarte? —Cal le lanzó una mirada de reojo que la hizo reír.

—No, sí que me consulto.

Soltó un poco las riendas y la pareja de caballos empezaron a galopar agitando sus negras colas y haciendo relucir sus lustrosas grupas.

—No, id más despacio. Ya habéis visto una farola y un perro, cabezas huecas. —Tocó ligeramente al caballo de la derecha con la fusta y volvió a mirarla cuando se rio—. Este es el tonto. Su hermano se quedó con el cerebro. —Volió a soltar las riendas y empezaron a trotar perfectamente equilibrados.

¿Eran buenos caballos o sabía llevarlos bien? Sospechaba que ambas cosas.

—¿Adónde me llevas, duque?

—Estaba esperando a ver qué llevabas puesto. No es un atuendo nuevo, así que supongo que no estás ansiosa por lucirlo por Rotten Row. Green Park es más bien... ¿Qué me dices?

—¿Cómo sabes que no es nuevo? —Preguntó Sophie. Es un traje de paseo muy bonito.

—Nunca dije que no lo fuera, aunque me parece más bien encantador en lugar de bonito, si me lo hubieras preguntado. No obstante, no habrías sido tan descuidada con la elección de los guantes si de verdad fuese completamente nuevo.

—Estaba... distraída. Mi criada se empeñó en que no los llevara, y eso solo me volvió más terca. —Le tocaba a ella mirar de reojo.

Cal tenía los ojos fijos en la carretera, pero la comisura de sus labios se contrajo.

—No te rías de mí.

—Jamás se me ocurriría. Creo que iremos primero al extremo norte de Hyde Park y luego quizás a Gunther para tomar un helado, si el sol decide acompañarnos.

—Me encantaría. —Una ruta por las lomas y hondonadas de ese extremo del parque sería interesante en este vehículo. Ralph siempre la llevaba tranquilamente por Green Park, o Rotten Row si era el momento adecuado para ir.

—¿Los ponemos a prueba? —Preguntó Cal cuando entraron por la puerta de Uxbridge Road. Casi al mismo tiempo que ella asentía, los caballos tordos se pusieron a medio galope—. ¿Va todo bien? Agárrate a mi brazo si ves que se balancea demasiado.

Resultaba tentador y probablemente sería mucho más cómodo que sujetarse con los dedos a la fina barandilla lateral, que era lo que había estado a punto de hacer. Sophie deslizó los dedos por debajo del brazo de Cal y los enroscó en el pliegue de su codo.

Era cálido y sólido, y podía sentir el movimiento de sus músculos mientras controlaba a los caballos con pequeños movimientos de los dedos.

—Se están portando de maravilla. —*Y lo haces de maravilla.* Reconoció que le resultaba muy atractivo. Un hombre que hace algo físico con destreza tenía que serlo. Su imaginación se

deslizó traicioneramente hacia otras habilidades físicas que pudiera tener.

Ya vale, se dijo a sí misma. Esta salida no le estaba ayudando a aceptar que el duque nunca podría ser más que un conocido. *No eres lo que busca. Los duques quieren chicas puras y bien educadas. Haciendo énfasis en puras, lo cual no soy.* Era ridículo, pero por aquel entonces la sociedad y los hombres hacían las reglas, no las jóvenes que estaban atrapadas en ellas.

—¿Quieres llevarlos? —Cal frenó a los caballos, que rebajaron la velocidad del galope hasta detenerse.

—¿Llevarlos? ¿Yo?

—Tienes buenas manos —dijo él, como si ella supusiera que le preocupaba que no tuviera destreza con las manos. Ni se le pasó por la cabeza que a ella pudiera aterrorizarle llevar aquel vehículo bamboleante y frágil y dos caballos de sangre desconocidos.

Y eso, por supuesto, suponía un desafío tácito que no podía quedar sin respuesta.

—Si estás seguro, gracias, Cal, me encantaría llevarlo.

Sujetó las riendas y dejó que la pareja de caballos se asentara y se acostumbrara a la presión procedente de un ángulo ligeramente distinto. Cal le dio el látigo y ella soltó las riendas, chasqueando la lengua en señal de ánimo mientras se ponían en marcha.

—Es más fácil mantener el equilibrio cuando llevo las riendas —dijo sorprendida.

—Se es más consciente de lo que está pasando, por lo tanto, el cuerpo está preparado para el movimiento —dijo él, ignorando alegremente que acababa de referirse al cuerpo de una dama. Su madre se habría puesto histérica, pero a Sophie no le pareció mal. También era bastante... estimulante que pensara en ello, incluso en este contexto.

Sus manos reaccionaron con su pensamiento y los caballos tordos empezaron a trotar.

—¿Va todo bien? —A Cal parecía no preocuparle el aumento de velocidad.

—Maravillosamente bien. —Le gustaría ir al galope, pero sería una tontería en esta primera vez. Y justo en ese momento se dio cuenta de que no habría una segunda vez, pues un jinete montado en un caballo castrado alazán que cruzaba en ángulo recto frenó bruscamente y trotó por la pista hacia ellos hasta que el caballo estuvo casi nariz con nariz con los de Cal.

Ante la opción de sacarlo de la pista o detenerse, Sophie se detuvo. Estaba furiosa. A su lado, Cal se enderezó en el asiento.

—Primo. ¿Qué demonios crees que estás haciendo?

—¿Que qué estoy haciendo? —Se dio cuenta de que era Ralph Thorne—. ¿En qué estás pensando al darle las riendas de ese letal vehículo a la señorita Wilmott? Ese no es vehículo para una dama, y encima lleva dos caballos, por el amor de Dios. Nunca soñaría con darle las riendas de mi carruaje a ella.

—Entonces lo más seguro es que le parezca un aburrimiento ir contigo —dijo Cal—. Por eso está aquí conmigo. —De repente, en el aire crepitaba una amenaza tácita de violencia.

Sophie apretó los dientes ante las preguntas que sabía que no debía hacer. ¿Sabía Cal que solía ir con Ralph y por eso se lo había preguntado? ¿Pero por qué? A menos que quisiera poner celoso a su primo, ¿por qué querría hacerlo?

Hombres... podría golpearles la cabeza a los dos ahora mismo.

—Resulta que estoy aquí sentada y soy capaz de responder por mí misma, gracias, caballeros.

Ambos la miraron como si fuera un jugoso hueso por el que hubieran empezado a pelearse, y luego, absortos en su antipatía, hubieran olvidado que estaba allí. Sophie reprimió unas ganas locas de reírse.

—Si hubiera recibido antes tu invitación, señor Thorne, la habría aceptado encantada, ya que

siempre encuentro nuestros paseos en carruaje de lo más entretenidos. —Resistió la tentación de golpear a Cal en las costillas con el codo, por si acaso no se había dado cuenta—. El duque me lo pidió antes de recibir tu nota y estoy encantada de ir con él. Además, me siento muy halagada de que me permita llevar las riendas de su muy bien educada pareja de caballos.

Cal se mordió el interior del labio inferior para detener la sonrisa que, sin duda, habría hecho que Ralph se bajara del caballo y se le subiera a la garganta, pensando que iba dirigida a él. *Touché*, señorita Wilmott.

—Eres una dama gentil y diplomática —observó.

A su lado se oyó un gruñido bajo. Bueno, sí, estaba siendo condescendiente y probablemente se merecía aquella reacción, pero era a Ralph a quien quería enardecer, no a ella. Al menos, no de ese modo.

La idea de que Sophie se encendiera con otro tipo de pasión lo llenó de deseo en un destello de calor. *Demonios*.

—Si nos disculpas, señor Thorne, no quiero que los caballos se queden parados —dijo Sophie tajantemente. Al menos estaba molesta con los dos.

Ralph tocó el ala de su sombrero con la fusta y sacó al alazán de la carretera, alejándose al galope sin mirar atrás.

Sophie dejó que los caballos siguieran caminando, esta vez sin tanto orden, pues su tensión se comunicaba a los animales.

—¿Estás...? —Preguntaron los dos al mismo tiempo

—No, tú primero, Sophie —murmuró Cal.

—¿Estás tratando deliberadamente de pelearte con tu primo, duque?

Así que habían vuelto a los títulos.

—Por supuesto que no —mintió—. Pero se comporta como un pedante.

—Los dos lo habéis sido —dijo ella bruscamente—. O, mejor dicho, os habéis comportado como niños pequeños.

Cal lo dejó pasar, estaba demasiado cerca de la verdad como para rebatirlo de forma convincente.

—Dime, ¿te está cortejando?

—No. Sí... quizá. —Sophie dejó trotar a los caballos—. Aún no ha dicho nada ni a mí ni a mi padrastro. No me ha...

—¿No ha intentado besarte? —Si Ralph hubiera intentado algo más no estaría vivo.

—Sí, quiero decir, no, no lo ha hecho.

—¿Y cuánto tiempo lleva ese «quizás»?

—Unos tres meses. Estamos casi en el Serpentine, ¿adónde voy?

—Sigue la carretera y volveremos hacia el norte por el extremo oriental del parque —dijo Cal con un vago gesto de la mano que le hizo sentir un dolor punzante en el hombro dolorido—. ¿Tres meses entonces? ¿Y no te ha hecho ninguna declaración ni ha intentado hacerte el amor? ¿Qué diablos le pasa? ¿Acaso gruñe a otros hombres que te sacan a pasear o te invitan a bailar?

—Solo a ti —admitió ella—. Supongo que es muy caballeroso ser tan... educado, pero...

—¿Te gustaría que siguiera adelante?

—Si lo pones así, sí. —La sonrisa había vuelto a su voz.

El duque se quedó en silencio, observando a los caballos mientras recorrían el tramo de carretera junto al agua. No quería que ningún pato huyendo los asustara y la pusiera nerviosa. Una vez que pasaron a salvo el peligro, dijo:

—¿Y qué responderás cuando por fin reúna el valor para hacer la pregunta?

—Eso no es asunto tuyo, duque. —Frenó—. Lleva las riendas, me estoy cansando.

—Sí, por supuesto. —Cal tomó las riendas, ajustó el agarre de la fusta sin hacer una mueca de dolor y puso a los caballos a medio galope—. Te llevaré directamente a casa.

Quería preguntarle algo más, sin importarle que la conversación fuera ya de lo más impropia y que ella le había desairado con firmeza y propiedad. Pero Ben estaba detrás y, por muy discreto que fuera, ya había oído demasiado.

Medio esperaba que le trataran con un silencio afrentoso durante la media hora que tardaron en llegar a la puerta principal, pero tendría que haberse dado cuenta de que la señorita Wilmott tenía demasiados buenos modales como para estar enfurruñada.

Hizo comentarios sobre el tiempo, otros carruajes con los que se cruzaron, el paso de sus caballos, las últimas obras de teatro y las calles abarrotadas, todo ello con un tono de conversación muy agradable. Para cuando llegaron a la casa de Wimpole Street, Cal deseaba o bien silencio sepulcral o una reprimenda. Si estaba haciendo una audición para el papel de duquesa, no podría haberlo hecho mejor.

Ben bajó de un salto y corrió hacia las cabezas de los caballos. Cal se apeó con más cautela, maldiciendo su hombro rígido y consciente de que no podía saltar. Preocuparse por ello era casi tan humillante como sentirse veinte años mayor de lo que era.

Sophie le permitió que la ayudara a bajar.

—Gracias. Ha sido muy... instructivo. Me ha gustado poder llevar un vehículo tan elegante, duque.

—Sería un honor llevarte de nuevo, señorita Wilmott. Al final no nos hemos tomado el helado, ¿verdad? Quizás en otra ocasión.

—No creo que sea una buena idea, ¿verdad, duque? —No esperó su respuesta antes de subir con una sonrisa los escalones hacia el mayordomo, que le había abierto la puerta de par en par.

Cal se alejó por la calle Wimpole muy consciente del silencio de su criado a sus espaldas. Conocía a Hooper, el abuelo de Ben y el mozo de cuerdas de Calderbrook, desde que era niño. Al enterarse de su inminente regreso, Prescott había mandado a buscar mozos de cuadra y un cochero a su finca, que hacía tiempo que no visitaba, y el joven Ben también había acudido.

En pocos días Cal había descubierto que, además de ser un mago con los caballos, el muchacho tenía unas ganas casi irreprimibles de comentarlo todo. No paraba de hablar de lo contentos que estaban todos de que Su Excelencia estuviera en casa y de cómo su abuelo le había dado un sermón sobre la importancia de un criado.

—Me dijo que era un criado confidencial, por todo lo que veo y oigo cuando salgo con mi caballero —relató henchido de orgullo.

—¿De veras? —Preguntó Cal, evitando que la boca se le torciera en una sonrisa.

Debió de parecer escéptico, porque el chico respondió con fiereza:

—Sé mantener la boca cerrada. Los cotilleos son cosa de chicas. Y mi abuelo me dijo que también sería guardaespaldas.

—¿Que serías qué? —¿Qué sabía el viejo Hodges si pensaba que Cal necesitaba un guardaespaldas?

—Me interpondré entre los asaltantes de caminos con pistolas y usted y me aseguraré de que vuelva a casa —anunció Ben con total confianza.

Cal se abstuvo de señalar que el delgado cuerpecito del chico difícilmente detendría una bala y que no tenía por costumbre conducir él mismo cuando estaba demasiado borracho para hacerlo, pero creyó en la lealtad y las agallas del muchacho.

—¿Y bien? —Preguntó cuando la pesada respiración se hizo insoportable.

—Ha hecho usted el ridículo, Excelencia, si no le importa que se lo diga.

—¿Cambiaría algo si me importara? Mejor no respondas a eso. Hice el ridículo, como has dicho con tanto tacto, pero solo si estuviera cortejando a la dama, y no es así. —No estaba listo para decir nada a nadie. Todavía no.

—Entonces estaba tomando el pelo al señor Thorne. ¿Entonces no es un amigo, aunque sea su primo? Me gusta saber, para saber quién está de nuestro lado y quién no.

—¿De nuestro lado? —indagó Cal, manteniendo la voz informal.

—Mi abuelo dice que es importante para un sirviente confidencial como yo saber en quién confía el amo y en quién no. —El criado se sumió en un silencio pensativo y luego añadió—: La dama tiene unas piernas muy bonitas.

Lo tiene todo muy bonito, pensó Cal mientras se acercaba a la puerta de su casa y le entregaba las riendas a Ben. Era muy tentador soñar despierto con ponerle las manos encima.

Subió los escalones, con el hombro y la espalda doloridos, medio arrepentido de haber sacado a Sophie aquella tarde y no haber dejado que el hombro se le curara durante unos días más. Pero maldita sea, ya no era un inválido, no lo había sido durante años, y era lo suficientemente fuerte como para ponerse en forma de nuevo sin mimarse a sí mismo.

—Excelencia. —Benson, su mayordomo, tomó el sombrero y los guantes.

—Prepara un baño caliente, ¿quieres? Estaré en mi estudio.

—Excelencia, hay...

—Más tarde, Benson. —Cal recogió las cartas de la bandeja de la mesa auxiliar y caminó por el pasillo mientras estudiaba los sobres. La puerta del estudio estaba entreabierta y entró, cerrándola con el codo, con la cabeza todavía inclinada sobre el correo mientras rompía el sello de la carta más gruesa. Un sonido le hizo levantar la vista, justo a tiempo para ver que un puño cerrado le golpeaba con fuerza en la mandíbula.

Cal cayó al suelo, golpeándose la cabeza contra los paneles de la puerta y luego el hombro malo. Su mano derecha sacó el cuchillo de la bota mientras la articulación del hombro pedía clemencia.

Entonces vio quién le había golpeado.

—Ralph. ¿Qué demonios ha sido eso? —*Como si no lo supiera*. Se aferró a la empuñadura del cuchillo oculto contra su pierna, pero no hizo ningún intento por levantarse. Sería interesante ver cómo se desarrollaba todo. Porque si pretendía ser un asesinato, entonces sabía exactamente cómo lo haría si estuviera en los zapatos de Ralph.

Capítulo seis – Donde Sophie hace de Cupido

Cal se quedó donde estaba y esperó a que Ralph diera el primer paso. Su primo se quedó allí, en silencio, tocándose los nudillos magullados y respirando con dificultad, y luego le tendió una mano.

Vamos allá. Ponme de pie cuando todavía esté atontado, dame la vuelta y empújame con fuerza contra el borde de la chimenea para darme en la cabeza. Sería un terrible accidente mientras peleábamos por una mujer. Solo querías darme un puñetazo y no matarme, pero...

—Levántate, por el amor de Dios. —Ralph se agachó, agarró el brazo ileso de Cal y suspiró. Cal se levantó, aparentemente desequilibrado, con el cuchillo aún a su lado, esperando, esperando... mientras su primo lo empujaba con poco tacto hacia la gran silla que había detrás del escritorio—. No te he pegado tan fuerte.

—Lo he notado bastante. —Cal volvió a meter el cuchillo en la bota y se apoyó el brazo derecho en el costado—. El hombro malo ha chocado con la puerta.

—Si tan mal lo tienes, no deberías haber salido en carruaje con una dama —espetó Ralph—. Deberías estar descansando.

—Ya me he pasado mucho tiempo de mi vida en cama descansando.

Su primo le lanzó una mirada, como si no estuviera seguro de si había un doble sentido en la afirmación.

—¿Qué intenciones tienes con la señorita Wilmott?

Cal se sentó más erguido y puso ambas manos sobre el escritorio.

—¿Estás prometido con la señorita Wilmott o tienes algún tipo de acuerdo con ella?

Ralph, al otro lado, se movió con incomodidad en posición subordinada.

—No. —Su primo apretó la mandíbula. La vergüenza y la furia tomaban color en sus mejillas.

—Tampoco eres pariente de la señorita. Por lo que yo sé, y me he esforzado en averiguarlo, la señorita Wilmott está soltera. Entonces, ¿con qué derecho me preguntas mis intenciones? ¿O me das un puñetazo en la mandíbula en mi propia casa?

—La estoy cortejando. Llevo semanas haciéndolo.

—No según la señorita Wilmott, que parece bastante confundida por tus intenciones, dada tu falta de pasión.

—¿Mi qué? —Los dos puños de Ralph golpearon el escritorio y tres bolígrafos cayeron con estrépito—. ¿Qué demonios te ha dicho?

—Nada en absoluto al respecto. Sin embargo, si llevas semanas cortejándola y ella no es consciente de ello, me atrevería a sugerir que te falta algo de pasión.

Seguro que ahora se lanza a por mi garganta.

Ralph se dejó caer en la silla del otro lado del escritorio y se pasó los dedos por el pelo.

—Creía que éramos amigos. Nunca me he encontrado con una mujer con la que pueda hablar así. No es que esté enamorado de ella, pero debería casarme y me preguntaba si nos iría bien. — Parecía mucho más nervioso de lo que sugerían sus palabras—. Y entonces llegaste tú.

—¿Y te dio un ataque de «perro del hortelano»? —Diablos, ahora se sentía compasivo. Debería estar provocando a Ralph y, sin embargo, no podía hacerlo. Maldita sea, este era el hombre que le había ayudado en sus primeros y confusos encuentros con chicas con los buenos

consejos de su propia experiencia.

—¿No se te ocurre que nunca antes habías tenido problemas para pensar en mujeres guapas, rubias y de ojos azules de formas que no implican amistad y que, por lo tanto, una amiga debe ser lo que Sophie es para ti?

—¿Sophie? —gruñó.

—En mis pensamientos —dijo Cal con suavidad. La simpatía tenía un límite. No tenía intención de hablar de cómo era de verdad su relación con Sophie Wilmott. Sobre todo, cuando él mismo no lo había resuelto. Aparte de encontrarse permanentemente excitado cuando estaba cerca de ella. O cuando pensaba en ella.

—Toma un trago. —O Ralph era el asesino más inepto del mundo o había perdido la capacidad de improvisar. *O era inocente.*

—Gracias. —Su primo se quedó desplomado en la silla.

—Sírvete, los decantadores están allí. Yo me quedaré aquí curándome el hombro dislocado, la mandíbula rota, el cráneo roto y el trasero magullado. Y tres de los cuatro son culpa tuya.

Ralph se puso en pie, con una chispa de su antiguo espíritu en los ojos, mientras los entrecerraba para mirar a Cal.

—Si tuvieras la mandíbula rota no podrías hablar, tu cabeza es demasiado dura para rompértela y ni siquiera te voy a mirar el trasero magullado.

Sirvió brandy en dos copas con mano pesada y las dejó sobre el escritorio antes de volver a hundirse en la silla.

—¿Vas a casarte con ella?

—No lo sé. No sé lo que quiero hacer, y mucho menos lo que ella quiere, pero es apta y necesito una esposa, alguien que sea madre de Isobel. Alguien que haga todas las cosas que hace una duquesa.

—Como darte un heredero.

—Tengo herederos. Dos. —Esto roza la indecencia. De repente no quería enfrentarse a esto, aún no ni ahora con Ralph desplomado en la silla con aspecto cansado y deprimido y con su propia cabeza dolorida y aparentemente incapaz de pensar de forma racional.

—Dos presuntos herederos, no un heredero aparente —dijo Ralph. Dio un profundo trago al licor y bajó el vaso de golpe, repentinamente enfadado—. Yo no quiero tu maldito título y tienes años para conseguir un heredero. —¿Había hecho énfasis en el «yo»?—. Cástate con Sophie Wilmott, ¿por qué no? Cría una prole de hijos, pasea con armiño y una corona. Cuanto antes, mejor. Estoy harto de vivir a la sombra de tu maldito ducado, de que sea en lo único que piense mi padre.

Se puso en pie y salió por la puerta antes de que Cal pudiera levantarse. Se oyeron voces en el vestíbulo y luego se cerró la puerta principal.

Jared entró sin molestarse en llamar.

—¿Qué demonios ha sido eso? ¿Y qué te ha pasado? —Apretó el puño y se dio unos golpecitos en la barbilla con él.

—Mi querido primo me ha propinado un buen gancho de derecha por interesarme por la dama a la que ha estado cortejando, o no cortejando. No sabe lo que quiere. Sin embargo, dejó pasar una oportunidad perfecta para atacarme y hacer que pareciera un accidente y me ha informado que debería casarme y engendrar un heredero porque está, y cito textualmente, harto de vivir a la sombra de mi maldito ducado.

—¿Cómo es que has dejado que te aplastara? —Jared tomó otra copa con un dedo de brandy, se hundió en el asiento en el que había estado Ralph y rodó la copa entre sus largos dedos de

espadachín mientras por encima del borde observaba y evaluaba con mirada oscura a Cal.

—Me pilló por sorpresa. Y sí, no debería haber ocurrido, y sí, tendré más cuidado con él en el futuro. Pero al menos ha demostrado que no está pensando en aprovechar cualquier oportunidad para acabar conmigo. Pensó que me había aturdido. Podría haberme golpeado el cráneo contra cualquier superficie afilada de esta habitación y haberlo hecho parecer el resultado fortuito de una pelea justa por una dama, un trágico accidente. No debía saber que tenía un cuchillo apuntándole que no podía ver.

—O es más lento de reflejos que cualquiera de nosotros y no sabe aprovechar una oportunidad cuando la tiene delante de sus narices —reflexionó Jared—. Háblame de la dama.

—Anda ya —dijo Cal amistosamente.

Jared sonrió y se sentaron a saborear sus bebidas en silencio. Había algo en la forma en que su amigo estaba allí tumbado que lo inquietaba, pero no pudo precisarlo hasta que el otro hombre se giró, apoyó el codo despreocupadamente en el borde del escritorio y cruzó las piernas por los tobillos con un suspiro de satisfacción.

—¿Qué le pasaba? —Se preguntó Cal en voz alta.

Jared enarcó una ceja en señal de interrogación.

—Mi primo estaba alterado por Soph... por la mujer. Sí, me pegó y luego se sintió perdonado. Antes de irme de Inglaterra era el hermano mayor, el dominante. Y ha terminado al otro lado del escritorio con una copa de mi mejor brandy, manteniendo una conversación amistosa, y, sin embargo, estaba tan inquieto como un criado ladrón al que han metido aquí y que intenta salirse con la suya mintiendo. Mírate. Estás sentado en el mismo sitio, haciendo lo mismo, y estás tan relajado como un viejo par de guantes de seda. —Aunque Jared normalmente estaba relajado, hasta el punto en que se convirtió en un depredador letal.

—Está preocupado por algo —reflexionó Jared—. Algo más que una rivalidad por una mujer. La única pregunta es si está preocupado por sí mismo, por su padre o por los dos. —Cuando Cal se limitó a gruñir, el otro hombre se puso en pie, se terminó el brandy de un trago y se quedó mirándolo.

—¿Y ahora qué? He visto a carniceros mirar un filete de ternera con menos intención.

Ven arriba, déjame revisarte la cabeza y el hombro. Me sentiría mejor si tuvieras dos brazos funcionales y uno de ellos despegado de la espada. Te vendría bien dejar de recibir golpes.

—En un rato. —Jared tenía razón. Había descuidado el hombro y casi se había dejado noquear cuando necesitaba el cerebro y los músculos. No era propio de él ignorar su forma física o dejarse distraer. La vida era demasiado peligrosa para ambas cosas. Pero primero tenía que averiguar por qué estaba tan desconcentrado.

No era difícil encontrar la respuesta, no cuando era honesto consigo mismo. Sophie Wilmott.

—¡Señor Thorne! —El baile de máscaras de Lady Pettigrew fue ruidoso y, siendo sinceros, intenso. La gente chillaba para hacerse oír por encima del parloteo de las conversaciones, los músicos luchaban por hacerse notar y las ventanas se abrían de par en par al húmedo aire veraniego, lo que proporcionaba a los juerguistas disfrazados y abarrotados de gente alivio a sus sudorosos rostros.

Fue, por supuesto, un gran éxito, un magnífico evento destinado a ser escrito extensamente en las columnas de sociedad del *Morning Post* del día siguiente.

También era una ocasión extremadamente difícil para, en primer lugar, identificar a un caballero enmascarado y disfrazado y, a continuación, llevarlo a un rincón lo suficientemente apartado como para mantener una conversación delicada.

Ralph Thorne era alto, lo cual ayudaba, y poco dado a las exhibiciones extravagantes, lo cual

significaba que podía descartar al rey pirata (camisa abierta hasta la cintura y pies descalzos), a los dos emperadores chinos (demasiado maquillaje y pelo postizo), a la momia egipcia (apenas se movía entre una maraña de vendas y una inmensa máscara de papel maché) y a Luis XIV (demasiado gordo). Quedaban unos ciento cincuenta hombres.

Y entonces lo vio. Confiaba en que Ralph eligiera algo tan sencillo como un asaltante de caminos, igual que el año pasado. Llevaba un sencillo traje de montar, una capa negra, un sombrero ladeado, un pañuelo con manchas rojas y una sencilla máscara negra.

—¿Señor Thorne! —Sophie se recogió las faldas de seda azul deshilachada en una miríada de tonalidades y empezó a escurrirse entre la multitud hasta situarse justo detrás de él—. *Ralph*.

Se volvió y miró su máscara de seda aguamarina con incrustaciones de perlas y conchas.

—¿Señora? ¿Me conoces? Quiero decir, ¿crees que me conoces?

—Soy Sophie —siseó. En realidad, no era vanidosa, pero nadie en la alta sociedad londinense tenía el pelo de un tono tan dorado como el suyo. El hombre había pasado horas en su compañía y seguía sin reconocerla, y su traje de ninfa acuática no la disfrazaba tanto.

—Buenas tardes, señorita Wilmott.

Estaban de pie justo en el camino a la sala de refrescos. Sophie hizo una mueca de dolor cuando el tridente de Neptuno la pinchó en las costillas.

—Tengo que hablar contigo. —Tiró del brazo de Ralph.

—Este no es lugar para conversar. —Parecía molesto.

—Como llevas una semana evitándome, tendrá que bastar. —Le sujeto el brazo y tiró de él hacia las ventanas de la terraza. Al menos tenía educación y fue con ella.

—Uf —Se abanicó enérgicamente con la mano libre cuando llegaron a la terraza. Su madre le había dicho que necesitaría un abanico, pero no pudo encontrar nada que combinara con su traje y se estaba arrepintiendo.

—Señorita Wilmott, ¿le parecería bien a Lady Elmham? No tenemos chaperona. ¿No preferirías volver dentro y que te trajeran algo de beber?

—No, gracias. —Deseaba tener el tridente de Neptuno—. La terraza está muy iluminada, hay gente por todas partes y solo quiero llegar hasta esta balaustrada. ¿Lo ves? Perfectamente decente. —Se volvió hacia él—. Ralph, ¿por qué has estado evitándome durante la última semana?

—No lo he hecho —contestó.

—Incluso con la máscara puesta pareces inquieto. ¿Estás enfadado conmigo por haber ido con Calderbrook? Recibí su invitación antes que la tuya. Sinceramente, no tenía intención de desairarte. No quiero perder un amigo por algo tan tonto como eso.

—¿Es así como me ves? ¿Como un amigo? —Se movió para estar más cerca, tratando de ver su expresión detrás de la máscara.

—Sí, por supuesto.

—Me preocupaba haber... ¡Vaya! —Se alejó apresuradamente y luego regresó—. Me preocupaba haber creado expectativas que no pretendía crear. Al menos, no todavía. —Se interrumpió y trató de pasarse la mano por el pelo; se dio cuenta de que llevaba sombrero y se detuvo murmurando una maldición.

Su comportamiento en el parque fue tan posesivo que pensó que tenía motivos para suponerlo. A veces los hombres eran demasiado idiotas.

—No, tranquilo —dijo ella—. Si tuviese un afecto especial por ti, podría haber supuesto... algo. Más por tus frecuentes invitaciones que por otra cosa.

—Y no lo tienes, ¿verdad? —Preguntó él, ansioso, pareciendo diez años más joven de lo que

era. Cuando ella negó con la cabeza, él suspiró, convirtiéndose una vez más en el hombre adulto y sobrio que había conocido.

—No tiene mucho sentido lo que dices, Ralph.

—Lo sé. Le dije a Cal que tenía que casarse contigo.

—¿Que le dijiste qué?

—Serías una excelente duquesa. Por eso yo... Él se siente atraído por ti.

—¿Cómo lo sabes? —Debería reírse de ello, pero no podía—. ¿Se lo has dicho? —Preguntó bruscamente.

Unas cuantas cabezas se giraron a lo largo de la terraza para mirarlos. Sophie se echó a reír y se giró para mirar desde la balaustrada los jardines con sus paseos iluminados por farolillos. Los primos habían estado hablando de ella.

Ralph se puso a su lado.

—Tengo ojos en la cabeza. Se siente atraído y tienes el linaje, la apariencia, la inteligencia y la educación.

—¿Crees que consultará el libro genealógico, que querrá mirarme los dientes y calcular cuántos años de buena cría me quedan? —Preguntó con dulzura—. Mis menudillos son bonitos y fuertes.

—¡Sophie!

Le había sorprendido con su franqueza. Bien. Ella había empezado a tener expectativas y sospechaba que él no sabía lo que pensaba, que había estado tanteando el terreno para ambos. Ahora que había llegado su primo, un hombre de mayor rango que él, infinitamente más rico y bastante más guapo, había decidido que no valía la pena luchar por ella.

Se le ocurrió, con un poco de culpabilidad, que ella era tan mala como él, que había estado pensando seriamente en Ralph como posible marido, que lo había estado probando de muchas maneras, antes de que el duque de Calderbrook entrara en escena.

—No busco un duque como marido —dijo con perfecta sinceridad, y se apoyó un poco en el hombro de Ralph.

Ningún duque la consideraría un recipiente adecuado para dar a luz a sus preciados herederos, no cuando confesara su pasado, como algún día tendría que hacer. Al parecer, había formas de fingir la virginidad, pero a ella le repugnaba semejante engaño. Qué manera más sórdida de empezar un matrimonio.

Lo verdaderamente desdichado del asunto era que ella no se consideraba inelegible. Había cometido un error, había sido demasiado confiada y romántica y había sufrido por ello. Ahora tenía un secreto que guardar. Nada de eso la convertía en una pobre duquesa. Ahora era mayor y más sabia, pero un hombre la rechazaría por ese desliz. Todos eran unos hipócritas.

Sin embargo, Ralph seguía desconcertándola.

—Dime por qué me veías, me invitabas a salir en carruaje y me acompañabas tan a menudo a los bailes si no ibas en serio. —Se le ocurrió una explicación repentina—. No será que me querías como tapadera, porque no eres... —Oh, Dios, había caído en arenas movedizas. Mejor decirlo rápido y luego hundirse de vergüenza—. ¿No te interesan las mujeres?

La expresión de Ralph le valió como respuesta.

—No, no es eso. Ni siquiera deberías saber esas cosas, Sophie. —Dio unos pasos a lo largo de la terraza alejándose de ella y luego regresando—. Dios, jamás me habían puesto en esta tesitura

—¿Por qué, si no tienes esa inclinación? —Preguntó ella—. Me debes una explicación, Ralph. Si me quejara a mi padrastro de que has creado falsas expectativas, habrá consecuencias.

—Sabía que le estaba haciendo chantaje, pero estaba decidida a llegar al fondo del asunto.

—Sophie, ¿puedes guardar un secreto? —Se apoyó en la balaustrada con la boca cerrada.

—Por supuesto. —Ahora le tocaba a ella sentirse ofendida.

—Soy el heredero presunto del ducado, después de mi padre.

—Eso no es ningún secreto.

—No, pero con Calderbrook en el extranjero durante tanto tiempo, en lugares tan remotos y peligrosos, mi padre quería que me casara, y que me casara bien.

—¿Y engendrar otro en la línea de herederos en caso de muerte de Cal? Qué... calculador. — Se sorprendió.

—Él diría que es prudente. Mi padre es un hombre muy prudente, cuidadoso, con la vista puesta tanto en el futuro como en el presente. Ha servido al ducado durante casi toda mi vida. No es ningún deseo de beneficio personal, debes creerlo. Es simplemente...

—Prudente. Sí, ya veo. —Ella no debía juzgar, no tenía responsabilidad por un título y un nombre antiguos, por vastas propiedades que debían tener la seguridad de un amo y un heredero después de él—. Pero, ¿por qué, si te propusiste encontrar una esposa, no buscó a alguien por quien pudiera sentirse más seguro que por mí?

—Porque ya estoy enamorado —dijo Ralph sombríamente—. Y si no puedo casarme con ella, entonces es mejor encontrar a alguien con quien pueda ser amigo, por quien sienta afecto.

Sophie se tragó varias palabras acaloradas y dolidas y esperó a tener la voz bajo control antes de hablar.

—Creo que estoy muy enfadada contigo, Ralph Thorne. Que me cortejaras de esa manera tan tibia y que luego pensaras en casarte conmigo a pesar de que albergabas tales sentimientos por otra mujer... eso es francamente un engaño.

—Pero la mayoría de los matrimonios aristocráticos no son por amor —protestó.

—No, no lo son, pero empiezan con honestidad y, espero, sin que uno de los cónyuges anhele a otra persona.

Habría sido honesta sobre mi pasado.

—¿Quién es ella que tan inadecuada es? ¿Una actriz?

—No, nada por el estilo. Eva es la hija del inquilino de Calderbrook en la granja. Es inteligente, educada, cariñosa, encantadora. Y es de estirpe honesta, sin una gota de sangre azul en sus venas.

—¿Te quiere? —No es que lo mereciera. Pobre mujer. Otra víctima del ideal del amor por encima de todo en una relación.

—Sí —dijo Ralph sombríamente—. Pero ella entiende que es mi deber casarme bien.

—Tonterías. Calderbrook ya está en casa. Está en forma, bien y parece perfectamente capaz de engendrar un regimiento de hijos una vez que se case. La sucesión es asunto suyo, no tu responsabilidad.

Le dio un tirón del brazo, exasperada.

—No podemos hablar de esto aquí, bajemos al jardín.

Ralph se dejó guiar escaleras abajo hasta uno de los paseos de grava.

—Es un hombre adulto, por el amor de Dios —le sermonizó Sophie mientras caminaban—. Dile a tu padre que te casarás con quien te plazca. Aparte de todo lo demás, una pizca de buena y sólida sangre campesina solo podría mejorar cualquier línea de sangre, diría yo. Mira, aquí hay un asiento.

Ralph se desplomó a su lado, dejó caer el sombrero sobre la piedra y se quitó la máscara.

—Tienes razón. He sido un idiota. Pero... si me caso con Eva, no sé qué hará mi padre.

Capítulo siete – Donde el duque disfruta de los fuegos artificiales

Sophie estaba por aquí. Cal había localizado a su madre, que, como la mayoría de las señoras más maduras, apenas iba disfrazada, y le sonsacó una descripción del traje de Sophie. Era obvio, por sus cejas levantadas y la sonrisita en sus labios, aunque le riñese por preguntar, que estaba encantada de que prestara a su hija una atención tan marcada.

El baile de máscaras era cada vez más ruidoso y caluroso. Estaba abarrotado, pero la presión de los cuerpos todavía no era capaz de levantar del suelo a los asistentes. Localizar a una esbelta ninfa del agua no iba a ser tarea fácil, ni siquiera con la famosa cabellera del color de las guineas de oro.

Casi había renunciado a abrirse paso a través de la masa de juerguistas en dirección a la sala de refrescos cuando vislumbró unas gasas color verde mar ondeando en el borde de la terraza. Cuando llegó al lugar, ya se había ido, y solo el brillo de un dobladillo que se desvanecía por uno de los senderos le indicaba adonde se dirigía.

Un baile de máscaras no era ocasión para pasear por los jardines, no si se trataba de una dama soltera. Cal salió en su busca, diciéndose a sí mismo que era su deber rescatarla de cualquier indiscreción comprometedora en la que se hubiera metido. Que supiera demasiado sobre el tipo de indiscreciones que se pueden cometer en los oscuros rincones de los jardines iluminados por la luna no hizo sino aumentar su sensación de urgencia.

Unas voces graves, una masculina y ronca y otra femenina, enfática y reconocible de Sophie llegaron hasta él desde detrás de un denso banco de arbustos.

Cal se acercó con paso suave. Al menos, si estaban hablando, no había caído en las garras del tipo de hombre que se aprovecharía al instante de su inocencia. Se detuvo y escuchó, con las rígidas hojas de las plantas punzándole las piernas a través de sus finos pantalones de noche de seda.

—Por el amor de Dios —dijo Sophie en un tono de voz tranquilizador—. ¿Qué edad tienes? ¿Treinta y dos? Enfréntate a él, ya es hora de que hagas tu propia vida. Él puede elegir estar atado a lo que considera su deber, pero yo no veo por qué deberías estarlo tú.

Fuera lo que fuera con lo que se había topado, no era un amor apasionado. El hombre invisible murmuró algo.

—Excelente —dijo Sophie enérgicamente—. Entonces, ¿cuándo será la boda?

Cal, que se había dado la vuelta, se quedó helado. No, definitivamente, no era pasión. No, se trataba de la práctica señorita Wilmott aplicando su enfoque sensato para encontrar pareja. Ridículo. Alguien tenía que pararlo.

Cal no se detuvo a preguntarse exactamente por qué había que detener un matrimonio respetable -con un marido inteligente, acomodado y bien educado- o por qué, de ser así, era él quien debía hacerlo. Dobló la esquina cuando el hombre, un asaltante de caminos, se levantó y sonrió a la ninfa del agua.

—Me aseguraré de enviarte una invitación.

Cuando se enderezó, Cal vio su rostro desenmascarado. Ralph. Retrocedió en silencio hacia la sombra antes de que lo vieran. ¿Qué demonios estaba pasando? Su primo difícilmente enviaría una invitación de boda a su propia prometida, lo cual significaba que Ralph se iba a casar con

otra persona y que la propia Doña Lógica estaba promoviendo el enlace.

Parece que Ralph había estado moviendo hilos durante las semanas que había estado cortejando a Sophie a medio gas. Aunque parecía improbable, cabe la posibilidad de que fuera amor a primera vista. Esperó a que le dieran más información.

—Deberíamos volver —insistió su primo.

—Demasiado calor y demasiado ruido. Vete tú. Yo me quedaré aquí un rato más.

—No debería dejarte sola aquí.

—Tonterías, debes estar deseando irte a casa y hacer la maleta para partir mañana. Irás a ver a tu Eva, ¿verdad?

Incluso a la luz de la luna, el rubor de Ralph era visible. *Dios mío, el hombre debe estar completamente enamorado.*

—Aun así...

—Llevo un arma —anunció Sophie de la misma manera que podría haber dicho que tenía un abanico—. Tengo un cuchillo atado al muslo. En caso de que alguien se convierta en una molestia, le pincharé para que se vaya.

Santo Dios. Las imágenes que evocaron el cuchillo, el muslo y Sophie lo pusieron duro como una piedra en un segundo y lo distrajeron tanto que Cal se perdió las palabras de despedida de Ralph.

Cuando volvió a rodear el arbusto, Sophie estaba sola, con la cara inclinada hacia la luz de la luna como si quisiera bañarse en sus rayos.

En cuanto él apareció, Sophie se puso en pie.

—Quiero estar sola, señor. Por favor, déjame.

Cal tardó un momento en recordar que iba enmascarado y que ella no podía reconocerlo. ¿La fanfarronada sobre el cuchillo había sido solo una forma de tranquilizar a Ralph y decirle que podía marcharse sin peligro o estaba realmente armada? Y, de ser así, ¿por qué? Se acercó un paso más. Uno más y la desenmascararía, no tenía intención de aterrorizarla.

—Muy bien, si insistes en entrometerte no tendré más remedio que desmotivarte.

Llevó la mano a la falda y levantó las sedas ondeantes por encima de la pierna derecha hasta la rodilla.

¿*Desmotivarme*? Cal no habría podido apartar los ojos ni aunque ella le hubiera clavado el cuchillo en la garganta. Se detuvo en seco y levantó una mano en señal de rendición. Podía ser todo lo libertino que quisiera, pero ella estaba exponiendo demasiada carne como para arruinarla si alguien se acercaba por la esquina.

Sophie se soltó las faldas y dio tres pasos hacia delante, de modo que quedaron frente a frente. Le pilló tan por sorpresa que la palma de su mano levantada quedó a una fracción de su pecho. No pudo moverse, ni siquiera cuando ella se inclinó hacia delante y miró bajo el rostro enmascarado. De algún modo, con más fuerza de voluntad de la que creía tener, retiró la mano.

—Cal —dijo ella—. Sabía que eras tú. Tienes una lamentable tendencia a merodear por ahí espionando mis conversaciones privadas con otros hombres.

—¿Cómo... has sabido que era yo? —Pensaba que su disfraz era perfecto. Pantalones negros, camisa, paño al cuello y medias, y una obra maestra de abrigo del siglo pasado que había comprado en Venecia, incapaz de resistirse a su puro glamur. Era de terciopelo negro con gruesos bordados de plata, con faldones de hueso de ballena que le salían de las caderas y un chaleco a juego. Se había recogido el pelo bajo una peluca blanca empolvada de la misma época y llevaba una máscara veneciana negra de cuero prensado trazado con plata. Le cubría la cara desde la frente hasta justo encima de la boca. Impenetrable. Habría apostado por ello.

—Por la forma en que te mueves. —Sophie inclinó la cabeza hacia un lado mientras estudiaba su rostro enmascarado—. Y por tus ojos, ahora que estoy cerca de ti. No conozco a nadie más con ojos de ese gris plateado.

Estaba tan cerca que él podía oler su aroma, ligero y burlón, algo cítrico y especiado. Y una mujer cálida, aún ruborizada por el calor del salón de baile. Su cuerpo, ya duro y preparado, se puso aún más rígido. Había un rastro de vino en su aliento y, debajo de él, la inocencia del polvo de dientes.

El disfraz de Sophie, con sus faldas coquetas y sus drapeados en picado, parecía casi travieso, pero estaba cortado hábilmente para preservar su pudor, mostrando solo unos pechos y hombros blancos de doncella, los brazos desnudos adornados con finos guantes de cabritilla y una maraña de brazaletes color aguamarina. Pero había visto aquella pierna esbelta en medias, vislumbrado el comienzo de sus muslos blancos por encima de la liga y todos sus sentidos estaban atentos a la mujer desnuda bajo las telas.

Seguía con la palma de la mano dirigida hacia ella, el dorso pegado al pecho. Solo tenía que relajar la muñeca y sus dedos podrían acariciar aquellas suaves curvas blancas y deslizarse bajo las capas sueltas de seda para encontrar su pezón.

Acércate a mí, quítame la culpa de encima. Bésame. Tócame.

—¿Con quién se va a casar Ralph? —Preguntó, con la voz áspera por el esfuerzo de no decir todas aquellas otras cosas, las palabras que quería susurrarle mientras la arrastraba con él hasta el ancho banco de piedra.

—Es el secreto de Ralph.

—Soy el cabeza de familia —dijo, haciendo una mueca de dolor al oír su propia pomposidad. Por otra parte, los pomposos cabezas de familia no violaban a las jóvenes en los arbustos...

—Estoy seguro de que te lo dirá cuando esté preparado. Primero tiene que preguntarle a ella. Sophie seguía mirándole a los ojos, los suyos como pequeños estanques de profundas aguas oceánicas tras la máscara. Se entrecerraron mientras sonreía—. Está enamorado, Cal.

—Entonces, ¿qué demonios ha estado haciendo contigo?

—Pensó que no tenía nada que hacer —dijo Sophie. Esa no era la verdad, o al menos no toda. Estaba empezando a conocerla y ella le ocultaba algo o, mejor dicho, simplemente no se lo decía—. En un principio quería un matrimonio de conveniencia.

Eso tenía cierto sentido. Explicaba los tibios intentos de cortejo de Ralph.

—Así que has estado haciendo de casamentera.

Sophie emitió un zumbido, que se podía interpretar tanto como que estaba de acuerdo o que le hacía gracia.

—Pienso que es una tontería casarse por amor, o por lo que uno se engaña a sí mismo que es amor, pero tuve que compensármelo después de decirle que empezaba a pensar que sus intereses no residían en el sexo femenino.

—Qué descarada. —Le sonrió—. ¿Qué sabe una inocente como tú de estas cosas?

—No estoy tan protegida como parece creer, Excelencia. —La risa había desaparecido de sus ojos, aunque su boca seguía curvándose en su encantadora media sonrisa.

Bésala. Bésala y deja de fantasear con ello. Es más que capaz de golpearte los oídos si no le gusta.

—¿Por qué sonríes? —Sophie empezaba a sospechar, con los ojos entrecerrados no por la risa, sino por la desconfianza.

—Tengo una voz en la cabeza.

—¿Oyes voces? —Se acababa de preocupar—. Te habrás dado un golpe en la cabeza el otro

día y no te diste cuenta. —Dio un paso atrás, tomó sus manos con las suyas y tiró de él hacia el asiento—. No deberías estar en este lugar tan ruidoso bebiendo alcohol. Descansa un momento y luego llama a un criado para que te traiga el carruaje. Deberías ver al médico por la mañana. O quizás esta noche.

—No, Sophie... —*Por otro lado...*

Cal tomó sus manos mientras se sentaba y ella se sentó a su lado, escrutando ansiosamente todo lo que podía ver de su cara.

—Quítate la máscara, no creo que te sea de ayuda.

Él desató las cuerdas con obediencia y la dejó a su lado.

—Es posible que tenga fiebre.

—Claro que tienes. Estás muy caliente. —Su mano, fría y suave, le tocó la frente, caliente por la máscara que llevaba puesta desde hacía más de una hora. Sus dedos bajaron por la sien, pasaron por debajo de la mandíbula y se posaron ligeramente en la garganta—. Y tu pulso late muy fuerte. Sí, eso es, cierra los ojos, Cal, descansa un poco. Quizá deberíamos aflojarte el pañuelo.

Éxtasis. Sus dedos deshicieron el nudo y tiraron de los extremos. Cal sintió el cuerpo de ella apretándose contra el suyo, el calor de su aliento en la mejilla, el frescor del aire nocturno al soltarse la tela, su olor... La sensación de ahogo al juntarse bruscamente los extremos del pañuelo, estrangulándolo.

—¡Sophie! —Cal enganchó los dedos en la tela que se tensaba y tiró para que le entrara aire en los pulmones.

—Excelencia —dijo ella, dando a los extremos una pequeña sacudida con cada palabra a modo de énfasis—, eres un libertino y un ligón, y sé exactamente de qué hablaba esa voz en tu cabeza para tener esa sonrisita. —Soltó los extremos del pañuelo y le dedicó una sonrisa de suficiencia.

—Eres una descarada —dijo él. *Una descarada inteligente*—. Acepto un no por respuesta, solo me tienes que decir que no quieres que te bese.

—Pero sí quiero que me beses. —dijo ella con recato—. Solo quería dejar claro que no soy una de esas chicas tontas que se dejan atraer a los arbustos y no pueden hacer frente a los resultados.

Él pensó que había sonado bastante desalentador. Es posible que alguna amiga suya haya experimentado... resultados.

—¿Y un beso? —Preguntó Cal, rodeando su cintura con las manos. No había estancias bajo las cambiantes y resbaladizas capas de seda. Solo cálida y curvilínea carne femenina—. Habías empezado muy bien desnudándome, es una pena desperdiciar ese esfuerzo.

Se puso deliciosamente rosa.

—Solo un beso. Un beso.

Un beso puede durar mucho, mucho tiempo, se dijo Cal mientras acomodaba a Sophie contra él. Ella estaba dócil, receptiva, nada tensa. *Ya ha hecho esto antes*, pensó mientras se inclinaba hacia sus labios y su lengua recorría la curva inferior para saborearlos.

Ella se abrió de inmediato, su boca dulce y suave, su lengua hizo un pequeño pero confiado barrido sobre la de él en respuesta. Sabía a fresas y champán del bufé y a algo ácido, quizá limón, y sabía a Sophie, tal y como él había imaginado que sabría.

Cal sonrió contra sus labios mientras ella emitía un pequeño ronroneo y se retorció más cerca. *Te gusta, ¿verdad, señorita?*

Sí, ya la habían besado antes, pero aún había inocencia y frescura en aquella caricia. Ella lo

estaba saboreando, igual que él a ella. Intuyó que estaba explorando al hombre, no solo deseando una satisfacción sensual. Y cuando él deslizó sus manos hacia arriba hasta que sus pulgares rozaron la parte inferior de sus pechos, ella retrocedió un poco. Nada de libertinaje, Sophie.

Captó la indirecta, volvió a bajar las manos, se concentró en hacerle el amor en la boca y en disfrutar de sus respuestas cada vez más atrevidas. Su cuerpo le pedía más, pero él ignoraba la presión palpitante y creciente, el insistente empuje de su erección bajo la fina seda tejida de sus calzones.

Un beso, un beso, podía durar toda la noche. La excitación resultante podría durar una semana a este ritmo, pero ya se encargaría de eso más tarde. Cal le chupó el labio inferior, le dio un mordisco, lamió el pequeño mordisco con la lengua y no se sorprendió cuando ella le devolvió el mordisco y luego deslizó los labios por su mejilla para mordisquearle el lóbulo de la oreja.

Después de todo, es muy posible que al final no durase toda la noche. Si seguía así, se lo pasaría como un jovencito o tendría que arrojarle a la fuente de agua que tintineaba en el otro extremo del jardín. Una lengua malvada y puntiaguda recorrió la curva de su oreja, y luego sus dientes volvieron a encontrar el lóbulo.

Y el mundo explotó.

Por un segundo, Cal pensó que era el orgasmo más violento que había experimentado jamás. En ese momento, los dientes de Sophie se cerraron dolorosamente sobre la tierna carne de su oreja y gritó de sorpresa.

Cal estaba de pie, con Sophie pegada a él para que la protegiera, con la mano buscando el lugar donde habría estado su espada si la hubiera llevado, mientras el cielo crepitaba y explotaba y estelas de estrellas caían en cascada por la oscuridad.

—¡Fuegos artificiales! —Se reía en sus brazos, la muy pícara, temblando de diversión.

—Todo va bien —refunfuñó Cal entre sus cabellos, aprovechando la oportunidad para estrecharla aún más entre sus brazos—. Puede que nunca me recupere del shock. A este paso me voy a volver impotente y acabaré mis días en un monasterio.

Sophie se contorsionó un poco, lo cual encendió los fuegos artificiales internos del duque.

—No creo que eso vaya a ser un problema, Excelencia. —Se puso de puntillas, le dio un fugaz beso en los labios y retrocedió—. No te olvides del pañuelo. Y llevas la peluca torcida. Tengo que volver con mi madre. —Luego desapareció entre las sombras.

—Descarada. —Cal se desplomó en el banco y se dedicó a atarse el pañuelo del cuello, enderezarse la peluca y volver a atarse la máscara con la esperanza de que los efectos visibles de aquel pequeño interludio desaparecieran antes de volver a la luz.

Aquello había sido una revelación, pensó mientras se tomaba su tiempo para volver por los sinuos senderos hasta la terraza y unirse a la multitud que aún exclamaba por los fuegos artificiales. No es que no esperara disfrutar besando a Sophie Wilmott, o que no esperara que ella estuviera dispuesta a besarle a él. No, fue el efecto que tuvo en él, las ganas de volver a hacerlo, lo antes posible, durante el mayor tiempo posible y la constatación casi contraria de que no había impaciencia por avanzar más deprisa de lo que Sophie estaba dispuesta a ser cortejada.

¿Cortejada? ¿Había decidido cortejar a la mujer por ella misma y no simplemente para provocar a Ralph? Supuso que sí. Era una revelación interesante. Cal atravesó el salón de baile, ahora mucho menos concurrido por la pirotecnia aún en marcha, y tomó un vaso de ponche de arrack del bufé, lo vació de un trago y casi se atragantó. Dios, el mayordomo de Lady Pettigrew no escatimaba en alcohol. A este paso, a la mañana siguiente iba a tener resaca, estar borracho y ser un pretendiente.

Tomó otro vaso y bebió con más precaución. Sin duda, Sophie cumplía los requisitos para ser su esposa y, después de haberla oído explicar con todo lujo de detalles sus deseos para un marido, estaba seguro de que los cumplía todos. Después de aquella velada, incluso estaba en condiciones de juzgar si él podía considerarse bien dotado. Ahora solo tenía que pensar en la táctica, aunque no se imaginaba a su madre y a su padrastro rechazando a un duque para su hija.

Mientras paseaba de vuelta a la terraza, se le ocurrió que Isobel podría oponerse a la idea de tener una madrastra, pero a ella parecía gustarle Sophie. Y luego estaba la cuestión de la seguridad de Sophie. Seguramente no sería un objetivo hasta que se quedara embarazada.

Se quitó la máscara y se pasó una mano por la cara, pensando, al parecer, por primera vez desde que su boca se había encontrado con la de Sophie.

—Buenas noches, duque. —Lord Wortham, igualmente desenmascarado, pasó por su lado—. ¿Todo bien? Parece como si te acabaran de pinchar con un alfiler—. Siguió su camino riendo a carcajadas.

¿Pinchado con un alfiler? Más bien, un golpe en la cabeza. Cuando Madeleine anunció que esperaba un hijo suyo, se enfadó demasiado por haberse sentido atrapado para el matrimonio... hasta que nació el bebé. En ese momento fue amor a primera vista. Pero Sophie... sus hijos... Esto era diferente y no estaba nada seguro de que le gustara cómo le hacía sentir. Estaba aterrorizado.

Capítulo ocho – Donde Sophie confiesa

Era difícil no pensar en el duque de Calderbrook. De hecho, era imposible. Y el siniestro Jared Hunt no había ayudado en nada. Sophie enhebró un hilo de seda verde en la aguja e intentó sentir algo de entusiasmo por la campana que estaba bordando.

La noche anterior había sido mágica, emocionante y completamente inquietante, pero no tanto como encontrarse con el señor Hunt, desenmascarado y con un aspecto excepcionalmente peligroso vestido de negro. Llevaba el pelo excesivamente largo, bien trenzado y atado con una tira de cuero. Ahora lo llevaba suelto sobre los hombros y parecía un italiano del Renacimiento buscando un tapiz tras el que esconderse antes de apuñalar a alguien con un estilete.

Ella le hizo una reverencia llevándose una mano a la máscara para asegurarse de que estaba bien colocada, y él, molesto, se inclinó y dijo:

—Buenas noches, señorita Wilmott.

Luego, cuando ella le dejó pasar sin más conversación, alargó una mano para detenerla.

—Señorita Wilmott, una advertencia. —Se quedó tan sorprendida que se limitó a mirarle fijamente mientras él añadió suavemente—: Te sugiero que jugar con el afecto del duque no es una buena idea, no si hay otro hombre en la ecuación.

—Yo... Hay... ¿Nos has estado espiando?

—Vigilo su espalda, no lo que él hace. Su Excelencia se toma muy en serio su honor y, por supuesto, el de las mujeres de su vida. Ya mató a un hombre en duelo antes y te recomiendo que tengas cuidado.

—¿Mató?

—En EE. UU. Alguien que intentó ligarse a su mujer. Era un adversario peligroso, un hombre con reputación, pero el duque no dudó en desafiarlo. —Se inclinó una vez más y se marchó dejándola temblorosa y aprensiva, mirándole fijamente.

Sophie volvió al presente con un sobresalto y se encontró de nuevo en el salón.

—El duque de Calderbrook, señorita Wilmott. —Parrott se las arreglaba para parecer a la vez petulante —lo cual le iba como un guante al ser un mayordomo superior— e indulgente, una combinación bastante nauseabunda.

Sophie se clavó la aguja en el pulgar, dijo algo desafortunado en voz baja y tiró a un lado el bastidor de bordado con una nueva mancha de sangre para añadirla a las flores deformes. Coser se le daba bien, pero su concentración había estado completamente ausente estos últimos días.

—Gracias, Parrott. Por favor, llama a Mary.

—Puedo dejar la puerta abierta, señorita Wilmott. —Juraría que el párpado izquierdo del mayordomo se cerraba en algo peligrosamente cercano a un guiño—. Estaré fuera.

—Muy bien. —Que Parrott fuera claro era probablemente menos vergonzoso que tener un testigo en la habitación mientras ella se enfrentaba al impetuoso beso de la noche anterior a la fría luz del día.

El corazón le latía con fuerza, se sentía mareada debido a la vergüenza y no tenía nada que ver con el deseo de volver a ver a aquel hombre.

—Su Excelencia, el duque de Calderbrook. —Parrott abrió la puerta a un enorme ramo de flores que parecía tener piernas propias. Piernas vestidas con exquisitas botas Hessian y

pantalones color galleta extremadamente ajustados.

—Excelencia. —Se levantó e hizo una reverencia al ramo, que se hundió para dejar ver a Cal tras él—. ¡Qué de flores! Seguro que hay suficientes para decorar tres habitaciones.

—Señorita Wilmott. Ahora que ya las has visto, se las voy a entregar a Parrott. —Cal se dio la vuelta y le dio el ramo a través de la puerta a Parrott, que casualmente ya había ocupado su posición. Pero no la soltó—. Pensé que parecía un ramo apropiado para el cortejo.

—¿Cortejo? —Sophie se sentó de golpe y arrastró a Cal a su lado. Menos mal que estaba el sofá—. Solo fue un beso —siseó.

¿Qué había hecho? Había sido un impulso, un momento irresistible de ceder al deseo y la atracción.

—No se puede tomar en serio nada de lo que ocurre en una mascarada. No algo tan inofensivo.

Aunque tu secuaz parece habérselo tomado bastante en serio.

—¿Inofensivo? —Cal seguía asiéndole la mano, con el pulgar trazando círculos perezosos en la palma—. No he pegado ojo en toda la noche, ahora tengo... insomnio. —Su rostro estaba perfectamente serio, pero sus ojos, esos inquietantes ojos plateados, se reían.

—No te rías de mí, por favor. No tiene gracia. —Sophie se mordió el labio inferior como si el agudo dolor fuera a calmar su voz.

—No, claro que no. —Cal se puso serio al instante—. Sophie, ¿qué te pasa? ¿Te ha amenazado alguien? ¿Te han dicho que no te cases conmigo?

Ella negó con la cabeza.

—No. ¿Quién demonios haría algo así? —El agarre de su mano, que se había tensado, volvió a relajarse—. Lo siento, no puedo. Además, nadie nos vio. No hay absolutamente ninguna necesidad de temer que me haya visto comprometida.

Ahora fruncía el ceño.

—Sophie, no te desagrado, lo sé. Eres demasiado honesta para fingir que lo hago solo por mi rango. No me tienes miedo, no después de la forma en que me dejaste besarte. Y, perdóname si te parezco arrogante, pero seguro que reúno la mayoría de los atributos que deseas en un marido.

—Los cumple todos, como sabes perfectamente. Pero no puedo igualar tu lista equivalente.

—Desde luego que sí, es obvio. ¿Es porque ya he estado casado y tengo una hija?

—No. No, claro que no. Tu hija es encantadora.

—Entonces solo se me ocurre que te he ofendido.

—No. —Iba a tener que decírselo—. Te lo diré, pero no aquí. Podemos ir al jardín, allí no nos oirá nadie.

Lo condujo fuera, lejos del mayordomo que se quedó oculto detrás del ramo. Al parecer pensaba que estaba teniendo tacto, pero más bien hacía el ridículo.

—Parrott, vamos al jardín. Por favor, procura que no nos molesten.

—Por supuesto, señorita Wilmott. ¿Quiere un poco de té?

—No, gracias. —Su voz se quebró nada más pensar que, además, tendría que lidiar con tazas de té y galletas.

Cal no dijo nada, sujetó la puerta, bajó con el brazo el corto tramo de escalones de ladrillo hasta el pequeño círculo de césped y limpió el asiento del banco del jardín con su pañuelo de bolsillo. Después de que ella se sentara, él permaneció en silencio, de pie ante ella, observando su rostro.

—Estás muy callado —dijo ella después de un largo minuto.

—Me pregunto si necesitas que te asegure que, sea lo que sea lo que estás a punto de

contarme, ni una palabra de ello saldrá de mis labios.

—No, no necesito que me asegures tu honor, Excelencia. El problema está dentro de mí.

—Continúa.

—No soy virgen.

—¿Todavía lo amas? —Ella no podía deducir nada del tono de Cal, ni de su expresión al mirarle a la cara. Parecía y sonaba serio y preocupado. Al menos no parecía mortífero.

—No. Y gracias por suponer que yo no habría... no habría actuado sin sentimientos profundos. Después de mi audaz comportamiento de anoche, tendrías toda la razón para etiquetarme rápido.

—No me habrías besado si no hubiera habido algún sentimiento entre nosotros, Sophie. No creo, ni por un momento, que seas insensible o malvada. ¿Lo conozco?

—No. —No, gracias a Dios. Jonathan Ransome desapareció de la sociedad después de aquella noche sin dejar rastro. Era un hijo menor cercano al mundo de la moda y ni siquiera sabía si sus amigos se preocupaban por su ausencia. Nunca oyó ni un susurro al respecto. Tal vez le había humillado de tal manera que no se atrevió a volver a dar la cara. Sin duda, esa había sido su intención.

—Me equivoqué con él. Nos separamos esa misma noche. Sin amistad. Nadie lo sabe. Ni mis padres, ni mi criada. Se fue de Londres.

—¿No hubo consecuencias? —Su cara debió de delatar algo, porque Cal se arrodilló a su lado y le tomó la mano—. Es decir, ¿hay algún hijo que añadir a la familia? Sé que tus sentimientos habrán tenido consecuencias.

—No, no tengo ningún hijo. Pero, ¿aun así quieres seguir? Seguro que no después de esto.

Cal se sentó a su lado.

—No puedo fingir que no desearía que no te hubiera pasado, Sophie. Te han herido, tus sentimientos hacia el matrimonio deben de haberse visto inevitablemente comprometidos. No puedo decirte que no quiero matar al hombre que te hizo daño, porque sí que quiero. Y no sabes cuánto. ¿Fue hace tiempo? ¿Por eso llevas ese cuchillo?

—Sí, así es. Justo después de que mi madre se volviera a casar. Y sí, llevo ese cuchillo porque antes no tenía forma de defenderme. No quiero volver a estar en esa situación.

Su rostro se ensombreció, luego sonrió y dijo:

—Y tú eras joven, tonta y romántica, por eso dijiste que tu madre y tu padrastro son una mala influencia. Pensé que estabas de broma, pero no era así, ¿verdad?

Sacudió la cabeza.

—Cal, no podemos olvidarlo.

—No, claro que no. Pero si fueras viuda y hubieras estado casada con un hombre al que adorabas, piensa en lo mucho que tendría que luchar para no sentir celos. Ahora siento aversión por ese antiguo amor tuyo con la conciencia tranquila.

—Tú no me amas. Yo no te amo, ¿y aun así te pones celoso?

—*¿De verdad me lo estoy tomando en serio? ¿Quiero casarme con este hombre? ¿Tener un futuro como duquesa? Sí, supongo que sí.* Si al menos no se sintiera un poco mareada por los nervios y la sensación de un desastre inminente. Esa no era manera de sentirse cuando el hombre más codiciado de Londres te proponía matrimonio, tal vez eran simplemente las oscuras advertencias del ominoso maestro de esgrima que la atormentaban en el fondo de su mente.

—Soy posesivo, Sophie. Lo que tengo, lo retengo. Si este hombre vuelve e intenta reclamarte, se enfrentará a mí al amanecer en algún prado, independientemente de si sientes algo por él.

Debería haberse sentido aterrada. En cambio, extrañamente admitirlo fue tranquilizador. El ánimo de Sophie empezó a levantarse.

—Dime una cosa. —Giró la mano para que la de él quedara con la palma hacia arriba y empezó a trazar las fuertes líneas de su palma—. ¿Puedo esperar fidelidad de mi marido?

—Si tú me eres fiel, Sophie, yo te seré fiel. —Había una sutil amenaza que no quiso analizar. Por supuesto que si se casaba con Cal le sería fiel, cualquier otra cosa estaba fuera de lugar.

—Entonces, ¿aún quieres casarte conmigo?

—Sí. Creo que lo haremos formalmente. Llamaré a tu padrastro con toda ceremonia, le presentaré mis credenciales, hablaré solemnemente de los acuerdos y le pediré permiso para dirigirme a ti. ¿Cuándo estará en casa?

—Llegará esta tarde. No creo que espere visitas.

—Entonces iré a casa ahora y le enviaré una nota muy apropiada.

—Mi madre entrará en éxtasis y pasará unas horas espantosas mientras revuelve todo mi guardarropa, hace que mi criada pruebe al menos tres formas distintas de recogerme el pelo y rompe a llorar de felicidad cada dos por tres.

—Entonces me alegro de hacerla feliz. Y de ver cómo recuperas la sonrisa. Siento que hayas tenido que revivirlo, Sophie, pero me alegro de que hayas sido tan sincera conmigo. —Cal vaciló bajando la mirada hacia sus manos unidas—. La sinceridad es muy importante para mí. Honestidad, confianza, lealtad. Sophie, eres sensata, ¿verdad?

—Eso espero. ¿Temas que no sea así?

—No. Temo que te conviertas en una especie de objetivo. Una vez que se sepa que eres importante para mí, que tienes valor para mí, otros podrían intentar atacarme a través de ti. No quiero asustarte, solo ponerte en guardia.

Sophie no se había dado cuenta de lo cálida, feliz y segura que se había sentido hacía un momento. Le había contado a Cal su secreto y él seguía queriendo casarse con ella. Iba a ser duquesa, casada con un hombre que le gustaba y que deseaba... y ahora era como si hubiera dado un paso y encontrado un pozo bajo sus pies.

—Cal, ¿te ha estado amenazando alguien?

—No, nada de eso. —No estaba segura de si creerse su sonrisa tranquilizadora—. Quizá es que me he acostumbrado tanto a viajar por zonas peligrosas del mundo que espero peligros en cada esquina. No hay de qué preocuparse, pero no quiero que cometas ninguna imprudencia.

—Por supuesto. —¿Y por qué no le creyó ni por un momento? Sin embargo, a pesar de la sensación de frío en el estómago, se dio cuenta de que seguía sintiéndose segura con Cal. Él cuidaría de ella y ella cuidaría de él, resolvió Sophie. Alguien tenía que hacer algo con esa oscuridad que él escondía tan bien, ¿y quién mejor que una esposa?

Cal bajó corriendo los escalones de la entrada, se colocó el sombrero en la cabeza y se alejó a grandes zancadas por Wimpole Street. *Maldita sea...* Agotó un extenso repertorio de maldiciones antes de girar hacia Cavendish Square y se vio obligado a aminorar la marcha por la multitud que se agolpaba en la acera.

¿Había dejado traslucir sus verdaderos sentimientos? Pensó que no, esperó que no, porque no quería herir a Sophie, era su problema, no el de ella, que sintiera tan amargamente que ella no fuera virgen, que él no fuera su primer amante.

Era ilógico, emocional y francamente injusto sentirse así. No era virgen, por el amor de Dios, no lo había sido cuando se casó con Madeleine, no había permanecido célibe tras su muerte, así que, ¿por qué se sentía así por Sophie?

Ella tampoco se había quedado quieta, pues tuvo amantes aquí, allá y en todas partes. Se

enamoró de ese hombre, fuera quien fuera, se equivocó con él y se arrepintió desde entonces. Y, fuera como fuera, fue tan malo que ahora se siente más segura llevando un arma.

Repasó lo que le había dicho. Sí, había conseguido ocultar la decepción, el enfado irracional con ella, que sabía que era injusto e inequitativo, tanto en la voz como en lo que dijo, de lo contrario estaba seguro de que se habría negado a casarse con él.

Así que empezaba este matrimonio con una montaña de mentiras. Estaba enfadado y decepcionado porque ella había tenido un amante. No le dijo que creía que su vida corría peligro y que se casaría con ella de todos modos. Ella le había hablado con franqueza de su pasado y él se había cuidado de no revelar nada de su primer matrimonio.

—¿Cal? No esperaba verte por aquí. —Jared se paró justo frente a él, una roca en el río de transeúntes que murmuraban y fruncían el ceño y fluían a su alrededor a ambos lados. Nadie lo empujaría, por supuesto, no después de su mirada—. Tienes cara de pocos amigos. Te vendría bien un poco de café.

Cal se encogió de hombros cuando Hunt lo tomó del brazo y lo condujo hasta la puerta de una cafetería cercana, gruñó cuando le ofrecieron café y se sentó a tamborilear con los dedos sobre la mesa llena de cicatrices hasta que su amigo le dio un manotazo en la mano para acallar el ruido.

—Deja de hacer eso, me estás volviendo loco. ¿Qué te pasa?

—Me he mirado en un espejo mental y no me ha gustado mucho lo que he visto.

Hunt esperó a que trajeran el café y le acercó una taza a Cal:

—Bébetelo, luego confiesa los oscuros pecados que nublan tu alma. —Cuando Cal frunció el ceño, Hunt se encogió de hombros, sonrió y se recostó en la silla con los dedos enroscados alrededor de la bebida.

—Le he pedido a Sophie Wilmott que se casara conmigo. —Cal se bebió el café de un trago, sintiendo una mueca de amargura.

—¿Y te ha rechazado? —Jared estaba gratificadamente sorprendido.

—Ha aceptado. No le hablé de nuestras sospechas, no le hablé de Madeleine y fui... reticente a mis sentimientos por algo que ella me confió. No es un comienzo muy deseable para un matrimonio.

—Caíste en el último como un inocente cordero al matadero —comentó Hunt con brutal honestidad—. Quizá esta vez te merezcas tus secretos.

—Maldita sea, ¿tendría que haberle dicho por qué me fui de Inglaterra? ¿Debería siquiera pensar en tomar una esposa y formar una familia con todo esto sin resolver?

—¿Y si nunca se resuelve? ¿Esperarás a que tu tío y tu primo fallezcan antes de arriesgarte?

—No, claro que no. —Cal chasqueó los dedos pidiendo más café al camarero.

Aquella revelación sobre el amante de Sophie lo había enrabietado y necesitaba calmarse. Rápido.

—Me casaré con ella lo antes posible. Si el compromiso es largo, ella es vulnerable. Casado puedo protegerla. Iré a Calderbrook, haré que se sienta mi presencia y empezaré a actuar como duque. Eso los provocará y me encargaré de ellos, o lo aceptarán y se rendirán. También es posible que nos hayamos equivocado todo este tiempo.

—¿Le dirás lo que sospechamos?

—No. Podría equivocarme. Rezo por equivocarme. Le dije que tuviera cuidado porque mi rango podría convertirme en un objetivo. Tendrá cuidado. Sophie no es una señorita cabeza hueca.

—Estoy seguro de que tienes razón. —Con la copa en los labios era imposible leer la

expresión de Hunt.

—Más me vale. —Cal puso la mano sobre la espada—. Protejo lo que es mío, Jared. Mi título, mis bienes, mi hija. Y ahora, mi mujer.

El otro hombre se limitó a asentir. Jared no dijo, como Cal creía que tenía todo el derecho a decir, que no había protegido a Madeleine. ¿Habría podido mantenerla a salvo frente a la enfermedad que asoló a tantos europeos en la India? Probablemente no.

¿Había deseado en secreto que ella desapareciera? Muerta no, eso jamás, solo que desapareciese. Sí, claro que sí, ¿y eso le había hecho menos observador, menos cuidadoso con sus dolores de cabeza y sus males? Tal vez. Pero Sophie sería diferente.

—No puedo quedarme sentado aquí toda la mañana. —Se puso en pie y tiró las monedas sobre la mesa—. Tengo que ir a casa y escribir una nota respetuosa al hombre que quiero que sea mi suegro, con la esperanza de que me conceda una audiencia y me dé permiso para cortejar a su hijastra.

—Eres un duque. —Hunt se levantó lentamente, exudando una sutil amenaza que hizo que todos los presentes lo miraran con recelo—. Nadie te niega nada.

Capítulo nueve – Donde Sophie anticipa un peligro delicioso

—Sophie es una joya, me alegro de que te hayas dado cuenta, Excelencia. —Lord Elmham se puso en pie y tiró del timbre que colgaba junto a la mesa de su estudio.

—Llámame Cal, señor. ¿Me das permiso para dirigirme a la señorita Wilmott?

—Su madre me haría trizas si no lo hiciera y, además, eso concuerda perfectamente con mi predisposición. —La puerta se abrió detrás de Cal—. Pregúntale a mi hijastra si sería tan amable de recibir a Su Excelencia en el salón dentro de media hora, Tomkins.

—Milord. —La puerta volvió a cerrarse.

—Creo que es buena hora para un brandy mientras las damas deciden el atuendo perfecto para recibir una propuesta ducal. —El vizconde se volvió de la mesa con dos copas en la mano—. A Sophie no le pillaré desprevenida, ¿verdad?

—Desde luego que no. No he intentado ocultarle mi admiración.

—Bien. Nunca se sabe por dónde va a salir Sophie. Tiene sus propias ideas y ha sido extremadamente exigente estos últimos años. Dice que su madre y yo le dimos un mal ejemplo estando enamorados y que una chica sensata no busca eso. ¿Qué me dices?

—Que la simpatía, el respeto y el deseo son bases admirables para el matrimonio. El amor puede venir después. —Sea lo que sea el amor. Pero un hombre a punto de casarse debía usar esa palabra.

—¿El deseo? —Las cejas del vizconde se fruncieron bruscamente.

—El deseo. Siempre me ha parecido una tontería que una pareja se case cuando no hay deseo. Lleva a todo tipo de... deambulaciones. No tengo intención de hacerlo, milord.

—Sophie es una buena chica. —Su padraastro seguía frunciendo el ceño.

—Nada en su comportamiento hacia mí me ha dado motivos para pensar lo contrario —dijo Cal con perfecta verdad y considerable altivez. Los besos en los arbustos, por deliciosos que fueran, no eran un indicio de libertinaje, dijeran lo que dijeran las chaperonas.

—Sí. Sí, por supuesto. —Ahora había puesto nervioso a su futuro suegro.

Cal recordó a Sophie hablando con su joven amigo en el balcón y contándole que cuando Elmham y su madre se enamoraron por primera vez, no intercambiaron nada más allá de unas cuantas miradas y suspiros pesados.

¿Se había ido el hombre a vivir como un monje durante casi veinte años? Lo dudaba bastante: con toda seguridad, no lo habría hecho. Por otra parte, una vez casado, eso era todo, por lo que a él respectaba.

—No deseo un noviazgo prolongado. Tan solo una concesión especial, una ceremonia privada dentro de, digamos, un mes.

—¿Un mes? ¿No es un poco precipitado? Dará que hablar a la gente.

—Si tienen sentido de la conservación, no —dijo Cal con una sonrisa que mostraba los dientes. Ralph le había recordado quién era y lo que era. No era el joven cauteloso y asustado que había dejado su hogar, ni el viajero empedernido en que se había convertido, sino un duque. Un poder en la tierra—. Será como Sophie desee, naturalmente.

Elmham se iluminó. Sin duda estaba pensando que cualquier joven querría meses de compras para amasar su ajuar.

Cal sintió que su sonrisa se suavizaba y se convertía en algo más genuino. Tal vez, cuando Isobel llegara a la edad de casarse, él estaría a ese lado del mostrador, regateando con el hombre que ella eligiera, tratando de retener a su hija el mayor tiempo posible.

Estuvo a punto de decir lo mismo, pero luego se lo pensó mejor. En aquel momento, Elmham, el romántico, no necesitaba que le recordaran que Cal ya había estado casado y que Sophie tendría su propia hijastra.

—Supongo que querrás ver a mi hombre de negocios y estudiar los acuerdos que me propongo hacer.

—Gracias, sí. Imagino que vivirás principalmente en tu propiedad de Calderbrook.

—Por supuesto. Tengo otras casas, pero esa será nuestro hogar, suponiendo que a Sophie no le disguste mucho.

—¿No la ha visitado desde su regreso a Inglaterra? —Como era de esperar, Elmham buscaba una manera discreta de preguntar si la casa estaba descuidada y no era adecuada para su hijastra.

—No. Dadas las circunstancias, tal vez convendría hacer una fiesta. —La inquietud por salir de Londres y estar en Calderbrook llevaba días apoderándose de él.

Se dio cuenta de que era Sophie la que le había retenido en Londres después de los primeros días, y no todos sus cuidadosos y racionales planes. Había pensado dejar que Isobel se asentara después de todo el viaje, equiparse adecuadamente, volver a la sociedad londinense y vigilar a su tío y a su primo. Pero eso significaba ignorar el tirón de su corazón para volver a casa. Ahora podía dejarse llevar por su corazón, no por su cabeza, y regresar a Calderbrook.

El reloj de la chimenea sonó y ambos levantaron la vista. No debería hacer esperar a una dama y ya han pasado más de veinte minutos.

Elmham se levantó y extendió la mano sobre el escritorio.

—Buena suerte.

¿Necesitaría suerte? Al fin y al cabo, era un duque, como se desprendía del modo en que el mayordomo lo acompañó por el pasillo hasta el salón. No estaba extendiendo una alfombra roja ante los pies calzados de Cal, pero su comportamiento sugería que se le podía preparar una con un simple movimiento de su dedo ducal.

Pero se dio cuenta de que no quería que Sophie le aceptara por su rango y estatus. Quería que le aceptara porque pensaba que sería agradable estar casada con él, que le gustaba, que le atraía la perspectiva de tener hijos suyos.

Era tentador acercarse al espejo del pasillo y aflojarse la corbata y pasarse la mano por el pelo, acciones que probablemente echarían por tierra los esfuerzos de Flynn por convertirlo en el pretendiente ideal. Era igualmente tentador pasearse de un lado a otro. Nada de esas cosas era digna, mostraban falta de control y de confianza en sí mismo.

¿Dónde estaba? Había pasado media hora desde que su padrastro le envió el mensaje y ella sabía que iba a venir, debería haberle dado tiempo más que suficiente para elegir un vestido y arreglarse el pelo.

Cal se colocó frente a la ventana, con las manos a la espalda, mientras observaba el tráfico. Aquello le ponía muy nervioso, aunque sabía que iba a decir que sí. ¿Cómo se las arreglaban los hombres cuando el resultado estaba en entredicho? ¿Cómo se entrenaba el rostro y mantenía la dignidad en caso de rechazo?

Su primer matrimonio había sido, casi literalmente, forzado. Se fue a la cama de una mujer de la que tenía motivos para suponer que solo le interesaba el placer, como a él, y se enfrentó al indignado padre de ella, al parecer un respetabilísimo comerciante de Boston. Cal sedujo a su inocente flor, hizo uso de sus artimañas con una joven poco habituada a las costumbres de los

malvados caballeros ingleses. Era un vil seductor.

Atrapado con anzuelo, sedal y lastre. La única piedad era que nunca reveló su título a su suegro y se las arregló para mantenerlo en secreto incluso para Madeleine hasta que se estaba muriendo en Calcuta.

Viajó de incógnito, pero utilizando sus nombres reales porque Thorne era un apellido bastante común, y había dicho a cualquiera que le preguntara que procedía de la alta burguesía rural y que viajaba en busca de aventuras. Lo que no había ocultado lo suficiente era que disponía de dinero para viajar a su antojo, aunque no le importara pasar apuros cuando fuera necesario. Eso era lo que atrajo al padre de Madeleine. Fue otra dura lección sobre cómo la confianza puede ser totalmente errónea. Pero Sophie...

El clic del pestillo de la puerta le hizo volver en sí. *Ah, sí, Sophie.*

Estaba de pie, con la puerta firmemente cerrada tras ella, y se dejó caer en una elegante reverencia.

—Excelencia.

—Señorita Wilmott.

Esta vez iba a hacer las cosas como es debido, con floritura. Cal dio dos largas zancadas, le tendió la mano, y cuando Sophie —la cual se sonrojó con delicia— la tomó, él se arrodilló, le besó los dedos y levantó la vista.

—Señorita Wilmott. Sophie. ¿Me harías el honor de convertirme en mi esposa? Te admiro y deseo más de lo que puedo expresar.

El rubor se acentuó cuando dijo deseo, pero ella sonreía. Sophie le dio un pequeño tirón de la mano, así que se levantó, aún con la mano tomada, y esperó su respuesta. Su sonrojo, su sonrisa, el escalofrío de la expectación eran curiosamente agradables.

Sí. *Ah, sí.* Las palabras permanecieron en su cabeza mientras Cal la miraba con paciencia y seguridad. Esperando. *Admiración y deseo.* Tuvo la sensibilidad de no hacer protestas de amor, que él sabía que ella no quería, ni él esperaba. Estaba claro para ambos Y, sin embargo, debía de estar contagiada del romanticismo de su madre, porque una parte de ella, una parte irracional y tonta, anhelaba oírle decir: «Te quiero». Lo anhelaba, aunque sabía que las palabras no serían ciertas, aunque se estremeciera al recordarlas. Jonathan se lo había dicho muchas veces, y mira adónde la había llevado.

Era un hombre que le gustaba, en el que confiaba, que encontraba interesante y deseable, y le estaba ofreciendo un matrimonio que superaba sus sueños más salvajes. Sería una tonta si dudara un momento.

—Sí, Cal. Sería un honor ser tu esposa.

Sophie esperaba que la abrazara apasionadamente y la besara con fiereza. Llevaba fantaseando con ello toda la tarde, hasta que los dedos de los pies se le enroscaron en las zapatillas de satén mientras su madre le repetía tres veces una pregunta sobre perlas sin obtener una respuesta coherente.

En los arbustos del baile de máscaras, Cal se había mostrado apasionado, excitante, tierno, con la emoción de un hombre que apenas acababa de dominarse a sí mismo. Ahora ya no necesitaba ese control. Ella era suya. *Bueno, casi.*

Sophie no estaba del todo segura de querer lo que vino después de los besos. Había sido incómodo, embarazoso, doloroso y sucio. Era inevitable, por supuesto, y necesario, pero besarse era maravilloso. Que Cal la besara era una bendición.

—¿En qué estás pensando? Se te han empañado los ojos. —Su aliento era cálido en sus labios y ella parpadeó y se encontró muy cerca de él, con las manos enjauladas en las suyas

mientras él se inclinaba sobre ella.

—Bésame —confesó.

Y, finalmente, lo hizo. Fue respetuoso, casi casto. Decepcionante. Sophie se acercó más, le subió las manos por los brazos para animarle. En un momento sería una exigencia.

Cal levantó la cabeza.

—Yo le daría unos treinta segundos antes de que tus padres entren por esa puerta. Llámame cobarde si quieres, pero no tengo ningún deseo de que tu madre me sermonee por haber desatado mi lujuria desenfrenada en su salón.

Sophie aún estaba en sus brazos, riendo, cuando la puerta se abrió, tal y como él había predicho. Su madre parecía desconcertada, como si la risa no fuera lo que esperaba. El padrastro parecía aliviado. ¿Había pensado que rechazaría a Cal? Sabía que había sido una preocupación para él con sus constantes negativas a aceptar pretendientes perfectamente elegibles y su rechazo al romance.

Besos y abrazos para ella. Un apretón de manos para Cal y, para su apenas disimulada alarma, un beso de su madre.

—Bueno. —La madre se acomodó en un remolino de faldas y les sonrió—. Tenemos que fijar una fecha.

—Un mes —dijo Cal, en contraposición al padrastro—. Seis semanas como mucho.

—Dos meses —dijo la madre con una sonrisa de acero.

Los ojos de Cal se entrecerraron y Sophie pensó en protestar diciendo que era mayor de edad y que podía casarse cuando quisiera, pero se contuvo. Dos meses y empezar su vida de casada en perfecta amistad con los padres a los que amaba o empezarla en una trifulca que inevitablemente agriaría sus sentimientos hacia Cal.

—Muy bien, mamá, si crees que es lo mejor. —Ella lo miró con una sonrisa triste y vio que él la entendía. Pero no estaba contento. *Lujuria desenfrenada...*

—Y la iglesia. —La madre estaba pensando felizmente en una lista mental—. ¿San Jorge en Hanover Square? ¿O preferiríais casaros en Long Hampton?

—Esa es la finca de mi padrastro —explicó Sophie—. Sería en la iglesia del pueblo, porque la casa no tiene capilla propia. —Dudó, no quería herir los sentimientos de su padrastro diciendo que la casa era más bien pequeña para el número de invitados que exigiría una boda ducal—. Encuentro al vicario bastante adusto.

—Sí, lo es, pobre hombre —dijo la madre—. Es capaz de hacer que cualquier ceremonia sea sombría, lo que es perfecto para los funerales, pero para lo demás... no.

—Con una licencia especial podemos casarnos donde queramos —dijo Cal—. Calderbrook tiene su propia capilla, pero te gustaría verla antes de decidirte. De hecho, no dudo de que te gustaría ver la casa y conocer al personal antes de llegar como duquesa.

—Me parece perfecto —se apresuró a decir Sophie por encima de los leves murmullos de mamá sobre St. George.

—Entonces organizaré una fiesta en casa para, digamos, ¿dentro de diez días? Eso te dará la oportunidad de empezar con tus compras, hacer pedidos a tu modista y hacer los misteriosos preparativos que implica un ajuar. —Esperó a que estuvieran de acuerdo—. ¿Por qué no invitas a tus damas de honor? ¿Haremos una fiesta para, digamos, veinte durante una semana o diez días? Eso te dará la oportunidad de ver cómo funciona la casa y podremos decidir sobre los preparativos de la boda.

Sonrió a sus padres y le dirigió una mirada que a ella no le costó interpretar. En Calderbrook habría más que suficientes oportunidades para una lujuria deliciosamente desenfrenada.

—Me gustaría mucho. —Continuó antes de que la madre pudiera encontrar alguna razón por la que no fuera una idea maravillosa—. ¿Hacemos ya la lista de invitados para la fiesta? Así podemos enviar las invitaciones inmediatamente.

—Muy bien. Os dejaremos que lo hagáis. Eres muy considerado, excelencia. —La madre se puso en pie, dudó como si no fuera a abrazar de nuevo a Cal y finalmente salió, con su marido pisándole los talones. Esta vez la puerta se quedó medio abierta. Era de suponer que la madre conocía las tentaciones de la proximidad.

Sophie se sintió repentinamente tímida.

—Gracias por no insistir en lo de la fecha. No quisiera estropear mis últimos días aquí con ninguna disensión.

Cal pareció darse cuenta de su formalidad.

—Tienes toda la razón y es tu decisión. Confieso que estoy impaciente.

—Sí —murmuró Sophie mientras se sentaba en la mesita del rincón que servía de escritorio a las señoras.

Cal tomó una silla, la colocó junto a la suya y se inclinó para darle un beso duro y fugaz.

—Esto bastará por ahora. Toma ese bolígrafo antes de que mi determinación flaqueé. Tú y yo, tus padres, mi tío y su mujer, Ralph. Son siete. Yo añadiría a Jared Hunt. Ocho. ¿Tus damas de honor?

—Tengo tres amigas solteras a las que me gustaría invitar, y una que está casada, así que serían cinco con su marido. ¿Puedo preguntarle a Toby?

—Por supuesto. Ya son trece, así que nos quedan siete por encontrar. ¿Quién más?

Tardaron media hora en completar la lista, añadiendo a algunos de los amigos de Cal y a otra pareja casada para tranquilizar a las madres de las chicas solteras.

—Si alguien a quien preguntemos quiere sugerirnos un amigo, podemos ampliar la veintena —dijo mientras Sophie volvía a copiar la lista para que él enviara su mitad de las invitaciones—. Es una casa grande

—¿Cómo de grande? —El estómago le dio un pequeño respingo. *Duquesa, casa grande... Va a ser inmensa y también todo lo que tiene que ver con este matrimonio. Vasta cantidad de sirvientes, de inquilinos, de antepasados, de responsabilidades. No solo he aceptado casarme con un hombre, sino con un pequeño estado nacional.*

—Una veintena de dormitorios principales, si no recuerdo mal. —Cal fruncía el ceño por el esfuerzo de recordar y no parecía darse cuenta de que ella sujetaba convulsivamente el borde de la mesa—. Mejor no preguntar cuántos dormitorios menores.

—No es que me fijara mucho antes. No estuve muy bien durante gran parte del tiempo que crecí y los detalles de la casa me pasaban desapercibidos.

—¿Qué te pasaba? —Rara vez había visto un espécimen de virilidad más sano y era difícil imaginar a Cal postrado por algo durante mucho tiempo.

—Las dolencias de la infancia, supongo. —Se encogió de hombros—. Los médicos nunca dieron con un diagnóstico, pero se curó cuando me fui al extranjero.

¿Qué me estás ocultando? Estaba siendo demasiado despreocupado, demasiado simplista. La tentación de preguntarle a Ralph era fuerte, pero eso sería desleal. Probablemente Cal se sentía avergonzado por una debilidad percibida y se lo contaría todo cuando se conocieran un poco mejor.

Los hombres requieren control, decía siempre su madre, aunque Sophie reconocía que controlaba a su padrastro mucho menos que a su padre, lo cual era interesante.

Su padre no había considerado a las mujeres más que accesorios decorativos. Para ser

amadas y apreciadas, sin duda, pero si alguien hubiera sugerido que una mujer tenía un cerebro capaz de razonar y tomar decisiones más allá del menú de la semana o la elección de un sombrero, habría pensado que estaba loco. Pero su padrastro no solo quería a su madre, sino que la admiraba, le pedía su opinión, compartía las decisiones.

—¿Me consideras un mero accesorio decorativo? —Preguntó antes de tener tiempo de pensarlo.

Cal hizo una pausa en el proceso de guardarse la lista de invitados en el bolsillo del pecho.

—¿Por qué percibo una trampa en esa pregunta? Decorativo, sí. Accesorio, desde luego que no, excepto posiblemente antes o después de algún acto delictivo.

—¿Yo? ¿Una criminal? —Protestó Sophie. ¿Había intentado establecer sus verdaderos sentimientos y la acababa de insultar?

—No, una incitación al crimen. —Cal se acercó. Muy cerca—. A pedirte rescate por un millón de besos, a secuestrarte para tentarte a todo tipo de maldades en alguna isla desierta. Quiero hacerte el amor en todos los parques públicos de Londres, arrancar los pétalos de todos los rosales que encuentre para esparcirlos sobre tu cuerpo desnudo. Quiero corromperte por completo, mi adorable Sophie.

Oh. Dios. Mío.

Pensó que encontraría un matrimonio respetable y dócil. Uno que fuera seguro y cómodo. Adecuado. Y ahora estaba prometida a un bárbaro, un tigre. Un hombre que la consumiría. Deliciosamente. Peligrosamente.

—Puedes intentarlo, Excelencia. —Se dirigió a la puerta, hizo una reverencia muy correcta y batió las pestañas, haciéndole reír—. Pero estoy decidida a ser el modelo de una duquesa muy correcta. Buenos días, Excelencia.

El atisbo de su sonrisa desvaneciéndose mientras ella cerraba la puerta fue muy gratificante. Ojo por ojo.

Capítulo diez – Donde el pasado de Sophie vuelve para atormentarla

La noticia del compromiso se extendió por la sociedad tan rápido como los rumores, incluso antes de que salieran las invitaciones de la fiesta y mucho antes de que se escribieran las invitaciones de la boda. En un día, a Cal le felicitaban donde quiera que iba y a Sophie sus amigas la acosaban, sus pocos enemigos la miraban con envidia y las madres ambiciosas la señalaban como un ejemplo para sus hijas, independientemente de las protestas de que no había más duques elegibles.

—No se lo había dicho a nadie, e incluso si todas las personas que invitamos a la fiesta en casa se lo hubieran contado a sus amigos, sigue siendo increíble cómo se difunden las noticias —susurró a su madre una noche una semana después.

Otra matrona de ojos verdes acababa de felicitar de manera insincera a Lady Elmham por su triunfo antes de volver a la multitud en la velada musical de la señora Wissonsett.

—Sirvientes —susurró la madre mientras se dirigían a uno de los sofás dispuestos alrededor del cuarteto de cuerdas—. Solo se necesita que una ayudante de cocina se lo cuente al criado de al lado y se habrá expandido por toda la ciudad antes de que puedas decir ajuar. —Se sentó en un asiento de seda color berenjena—. Buenas noches, Lady Horton.

La viuda de su otro lado asintió y miró a su alrededor para observar a Sophie con una mirada perlada.

—¿Y dónde está tu joven, hmm? Ha desaparecido de nuevo, ¿verdad?

—El duque tenía un compromiso previo, Lady Horton.

—Tonterías. No soporta escuchar los rumores, esa es la verdad. —La anciana asintió con rapidez—. «Hombre sensato».

Afortunadamente, el conjunto comenzó a tocar, dejando a Sophie en paz para contemplar su nueva vida casada con el duque sensato. El duque malvado y apasionado. El duque con oscuros secretos y profundidades ocultas. Su duque.

Todavía estaba perdida en un feliz ensueño de ser la duquesa perfecta de día y la traviesa perfecta de noche cuando la música se detuvo en medio de un aplauso.

—Ahí está la prima Harriet. —Su madre se levantó y saludó hacia el otro lado de la habitación—. Guárdame el sitio, querida, tengo que preguntar por la gota del primo Wallace.

Por un momento estuvo libre de curiosos. Muchas de las damas se dirigían discretamente a la sala de descanso en caso de que la siguiente pieza resultara ser larga y los caballeros se apresuraban al bufé para recoger bebidas para sus parejas.

Sophie se divirtió observando la discusión susurrada entre el violista y el chelista sobre una partitura y luego se quedó inmóvil, sin aliento. Por un segundo no pudo entender qué la había tomado con tanta aprensión, luego una figura alta pasó detrás del estrado, caminando en diagonal desde una puerta lateral hasta el bufé.

Cabello rubio, un perfil atractivamente elegante, una sonrisa ganadora, en ese momento dirigida a una joven ruborizada en su camino. Jonathan Ransome. Su pasado había regresado para perseguirla.

Su instinto era levantarse y correr, salir de la habitación antes de que él volviera la cabeza y la viera. Sophie apretó su abanico y se obligó a quedarse donde estaba. Si él estaba de vuelta en

la ciudad, ella tendría que enfrentarlo y tratar con él tarde o temprano, y mejor antes, antes de que se encontrara con Cal. Pero ella estaría condenada si fuera a él.

Sophie levantó la barbilla, desplegó su abanico y sonrió cuando la madre de una de sus damas de honor elegidas se abalanzó sobre ella con plumas revoloteando.

Al parecer, sonaba perfectamente racional, porque la señora Gilbert mantuvo un alegre flujo de conversación, expresó su deleite por la invitación a la fiesta en casa y admiró el vestido de Sophie.

Su madre volvería en un minuto, ¿verdad? Luego la señora Gilbert se alejó y Jonathan Ransome, el hombre del que había estado enamorada, el hombre que la había violado y traicionado, estaba de pie allí, con una copa de champán en cada mano, sonriéndole como la primera vez cuando se enamoró perdidamente de él. *Un sapo traicionero*.

—Señorita Wilmott. Qué placer después de todo este tiempo. —Le entregó el vaso y ella lo tomó. Era eso o tirárselo a la cara.

Junto a ella, el sofá estaba vacío. Lady Horton estaba al otro lado de la habitación charlando con un conocido y no había nada que le impidiera sentarse a su lado, lo cual hizo con un movimiento de las colas de su chaqueta, ocupando todo el espacio restante.

—Señor Ransome. —Sophie mantuvo su sonrisa, de alguna manera—. Vaya, no has cambiado en absoluto desde la última vez que te vi.

Ella lo dejó borracho y atado al marco de una cama en una posada, vestido de una manera muy comprometedor. Quiso enfurecerlo y, al parecer, había tenido éxito. Los hermosos ojos azules de Jonathan se oscurecieron y su sonrisa se desvaneció.

—Sí, tengo una deuda contigo por eso, querida Sophie.

—No te preocupes por ello. Después de todo, solo estaba tomando algo a cambio de lo que me quitaste, señor Ransome. Espero haber proporcionado algo de entretenimiento para tus amigos tan encantadores y bulliciosos. —Los mismos borrachos de la taberna con los que había amenazado con compartirla a menos que ella se rindiera a él.

—¿Me has echado de menos?

—En absoluto.

—Me fui a casa, a Cornualles, a cuidar de las propiedades de mi padre —dijo él, con la sonrisa de nuevo en su sitio, como si le hubiera preguntado dónde había estado.

—Muy lejos de los que se rieron de ti —dijo Sophie con dulzura.

—Y mientras yo estaba fuera, tú te quedaste en el estante. ¿Suspiraste mucho, Sophie?

—Bastante menos de lo que lo hago por mi dentista. —Se rio y agitó el abanico por si alguien les estaba mirando.

—Pero quedarse en el estante acumulando polvo valió la pena, según he oído. Un duque, nada menos. Qué inteligente, Sophie.

Vaya, estaban llegando al tema. ¿Qué quería como pago por su humillación?

—¿Acaso no soy justo? —Ella estuvo de acuerdo—. ¿Y qué dirá Su Excelencia cuando descubra que su novia no es virgen?

—Ya lo sabe. Fui sincera con él. —Se dio cuenta de que le había dado un duro golpe a Jonathan—. Si hubiera querido una chica virginal, se lo habría propuesto.

—Dudo que quiera a una mujer que se prostituyó en la taberna Black Bull en Hounslow.

—¿A esa conclusión llegaste? Un chantajista mentiroso además de un violador. No puedo imaginar cómo puedes enfrentarte a tu propio reflejo en el espejo. —No tenía ni idea de cómo mantenía la voz suave y baja y una sonrisa en los labios, no cuando tenía retortijones en el estómago y le dolía el cuerpo por el esfuerzo de no temblar—. ¿Qué quieres exactamente,

Jonathan?

—Venganza, dulce Sophie. Y dinero. Mucho, mucho dinero. Cada gota que pueda sacarte.

—Entonces tendrás unas cuantas gotas con las que seguir adelante. —Ella se levantó, inclinó el vaso lleno hacia el lado de su entrepierna y luego dejó caer el vaso en el sofá a su lado.

—¡Vaya, señor Ransome! Parece que te has mojado los calzones. —Se apartó las faldas con un mohín de desagrado. Las cabezas se giraron y se alzaron los anteojos.

Jonathan se puso en pie, con una mancha oscura extendiéndose vergonzosamente por las rodillas de sus pantalones color galleta. Le siseó una palabra que, afortunadamente, ella no pudo distinguir, y luego salió furioso de la habitación, llevándose las manos a la ingle.

Su madre se apresuró a acercarse.

—Sophie, querida, ¿estás bien? ¿No era ese el joven Randolph o Ruskin o como se llame? ¿El que solía andar contigo?

—Ransome, mamá. —Bajó un poco la voz, pero no tanto como para que no la oyeran los de alrededor—. Creo que había estado bebiendo y perdió el control de sí mismo. Qué asco. Qué vergüenza.

—¡Tsk! —Los criados se apresuraron a cruzar y apartar el sofá—. Qué modales de taberna. A tu padrastro y a mí nunca nos gustó.

—¿No? A mí me parecía bastante agradable.

—Sé que sí, querida. Pero pensábamos que sus modales eran invasivos y había rumores. Vagos, pero desagradables. Tenía la intención de tener unas palabras tranquilas contigo si sus atenciones se volvían más pronunciadas, pero entonces pareció desaparecer de la sociedad, así que todo volvió a la normalidad. Ahora, busquemos un nuevo asiento cerca de la prima Harriet. Creo que están a punto de empezar a tocar otra vez.

Sophie se sentó en la repisa de la chimenea de su dormitorio y contempló sus opciones. Pagar un penique a Jonathan era inviable y, además, estaba segura de que en cuanto él descubriera que iba a pagar nunca dejaría de sangrarla.

Le había confesado a Cal que tuvo un amante, pero no las circunstancias. Podía contárselo todo y no temía que no la creyera, pero el problema era que sabía que se pondría furioso, no con ella, sino con Jonathan.

Lo cual no sería tan malo, porque ella no le diría quién era el hombre en cuestión. Pero si Jonathan cumplía sus amenazas y difundía la historia, Cal lo perseguiría y lo mataría.

El escándalo sería enorme. Ella se arruinaría, Cal tendría que huir del país o, como mínimo, enfrentarse a un tribunal. Suponía que un duque tendría muchas posibilidades de eludir la pena de muerte por un asesinato en el transcurso de un duelo, pero no quería apostar por ello.

Sus padres ya habían oído rumores desagradables sobre Jonathan, así que tal vez había seducido o violado a otras jóvenes. Si podía descubrir algo criminal en él, algo que no avergonzara a nadie más, entonces tendría una oportunidad contra él.

Entonces, ¿cómo iba encontrar un agente de investigación? Toby, por supuesto. Él la ayudaría.

Sophie escribió la nota pidiéndole que llamara, luego se fue a la cama y se quedó despierta pensando qué decirle a su viejo amigo. La verdad no, eso estaba claro, porque Toby iría a por Jonathan en cuanto se enterara y era igual de inepto con la pistola que con el estoque. No podría vivir consigo misma si Toby resultaba herido, o peor, si la ayudaba.

—Qué formas de complicarse la vida —murmuró, retorciéndose bajo las sábanas.

Esto había empezado porque era una romántica, una inocente, se había agravado porque había descubierto un inesperado talento para la venganza y ahora ocultaba el nombre de su ex

amante a su futuro marido, el nombre de su chantajista a su mejor amiga e inventaba una elaborada mentira para conseguir que la ayudara a encontrar un agente de investigación. Y cuando lo encontrase, tenía que visitarlo sin dejar que su madre adivinara lo más mínimo que algo iba mal.

Y pagarle. De alguna manera. Esto se estaba volviendo terriblemente complicado.

—¿Que quieres qué? —Toby se quedó boquiabierto—. Sinceramente, no creo que sea una buena idea. El tipo apenas lleva unas semanas en la ciudad. Seguro que no ha tenido tiempo de preparar un plan, está demasiado ocupado. Y aunque lo haya tenido, es mejor no enterarse de esas cosas, como dice siempre mi madre.

—Toby, querido, ¿de qué estás hablando?

—De las amantes de Calderbrook.

—¿Amantes? ¿Tiene más de una? —*¿Tiene alguna?*

—Que yo sepa no tiene ninguna amante, eso es lo que quiero decir. No te pongas nerviosa y me grites, Sophie. Yo tampoco tengo.

—No me importan tus amantes, Toby, solo espero que encuentres una buena esposa. Y ciertamente no quiero rastrear los amores de Calderbrook, si es que tiene. Se trata de una amiga mía que se está enamorando de un hombre, pero está preocupada por los rumores que ha oído y quiere averiguar si son ciertos.

—Bueno, siempre y cuando no quieras que interfiera en la vida privada de Calderbrook. —Toby dio un escalofrío exagerado y se dejó caer en el sillón más cercano—. Me echaría si se enterara, aunque sospecho que antes me arrancaría la cabeza o me echaría encima a su siniestro maestro de espadas. ¿Cómo se llama el chaval? Averiguaré algo sobre él por ti.

—No puedo decírtelo. Si es inocente y se casa con mi amiga, entonces sabrás quién es. Juré guardar el secreto.

—Ah, claro. —Toby frunció el ceño y se quedó en silencio, pensativo. Sophie contuvo su impaciencia y esperó. No era un gran pensador y, por lo general, era mejor dejar que los engranajes giraran lentamente a su propio ritmo.

—Ya sé. —Se incorporó bruscamente—. Finchingfield estaba convencido de que alguien hacía trampas a las cartas y le tendió una. Efectivamente, lo rastreó hasta York y descubrió que había sido expulsado de la ciudad por organizar juegos fraudulentos. ¿Cómo se llamaba? Frogmore, creo.

—¿El agente?

—No, el tahúr.

—Necesito el nombre y la dirección del agente, Toby. —*Paciencia. No puedes estrangularlo ahora, lo necesitas.*

—Ah. Vale. Voy a buscar a Finchingfield, tiene que estar en White's. No tardará. —Salió y volvió a asomar la cabeza por la puerta—. ¿Crees que tu cocinera tiene alguno de esos macarons? ¿Los de almendra?

—Le diré que los haga. —Sophie le lanzó un cojín—. Ahora vete.

Cal se paró en la acera frente al número 32 de Ludgate Hill y estudió los artículos expuestos en el escaparate de Rundell, Bridge and Rundell. *Joyereros y orfebres de Sus Majestades*, decía encima de la puerta, bajo una serie de escudos reales, suficiente para una duquesa.

Las cajas fuertes del banco estaban repletas de gemas y joyas que serían para Sophie de por vida en cuanto se casara, pero él quería comprarle algo elegido para ella, no nada parecido a las pesadas cosas que recordaba de todos los retratos familiares.

Podía entrar y, en cuanto se dieran cuenta de quién era, se postrarían en su afán por tenderle las cosas, pero quería tener algunas ideas sobre lo que más le gustaría a Sophie antes de eso.

Los zafiros le irían bien, por supuesto, y en el bolsillo llevaba un paquete de piedras birmanas en bruto que había comprado en la India y sobre las que quería consultar a los joyeros, pero las aguamarinas serían más bonitas, más ligeras. ¿Quizá algo con aguamarinas y perlas para llevar de día?

Descubrió que le gustaba el bullicio de la ciudad. La gente tenía un propósito y la yuxtaposición de la gran catedral de San Pablo, justo encima de la colina donde se encontraba, contrastaba de forma espectacular con la presencia de las cárceles de Newgate y Fleet y el Old Bailey. A lo lejos se oían los sonidos del río, que se sumaban a la mezcla. Bajaría por Bridewell cuando hubiese terminado sus asuntos y no llevase una pequeña fortuna en piedras preciosas en el bolsillo.

Se dirigía a la puerta cuando un destello de cabellos dorados le hizo detenerse y contemplar la esbelta figura que se alejaba de él. Vislumbró un velo cuando ella giró la cabeza para hablar con la mujer que estaba a su lado, una doncella por su vestimenta, pero la parte posterior de su cabello asomaba bajo el sombrero, dorado como las guineas a la luz del sol. ¿No sería Sophie, a pie, en la ciudad? Ninguna dama caminaba por allí, por el corazón del distrito comercial.

Cal salió tras ella, maldiciendo en voz baja cuando los peatones más lentos se interponían en su camino. Ella cruzó la calle, siguió hacia arriba, luego se detuvo y pareció consultar un papel que llevaba en la mano. Luego giró a la izquierda y desapareció. Él se abrió paso por un hueco entre la multitud, giró hacia una calle más tranquila y miró hacia arriba. Ave Maria Lane.

Y allí estaba Sophie, estudiando de nuevo su trozo de papel, inconfundible ahora que él estaba cerca.

—¡Sophie! Señorita Wilmott.

Se giró y dio un paso atrás.

—Excelencia.

Algunos transeúntes se quedaron mirando. La doncella hizo una reverencia.

Cal se quitó el sombrero.

—Sophie, ¿qué demonios haces aquí?

No pudo verle bien la cara tras la fina red negra, pero oyó el «Um...» con total claridad.

—¿Sabe tu madre que estás paseando por la ciudad?

—No.

—Entonces, ¿qué haces?

—No quiero decírtelo —dijo con una franqueza apabullante.

—Ya veo. —Probablemente debería estar molesto, ciertamente sospechaba, aunque no estaba seguro de qué—. Pero creo que es mejor que lo hagas.

—Tengo que comprarte un regalo de boda —dijo ella con un gesto brusco de la mano hacia la tienda en la que se encontraban.

Cal cruzó la puerta y miró en el escaparate una gran variedad de bastones, fustas y otros artículos de cuero.

—Ah. Eres muy amable. Pero no deberías estar en la calle en esta zona. Seguro que hay tiendas adecuadas en St. James y Mayfair.

—Sí, pero me han dicho que las cosas de aquí son igual de buenas, pero no tan caras, así que pensé que podría encontrarte algo más bonito que si comprara allí —explicó con seriedad.

Maldita sea, la he avergonzado. Estaba tan acostumbrado a tener dinero suficiente para lo que quisiera que no se le había ocurrido que su prometida podría querer comprarle un regalo y no

poder permitirse algo que ella considerara digno de un duque.

—No tienes que gastar dinero en mí. Mira, Sophie, déjame encontrar un carruaje para llevarte de vuelta.

—No, gracias. —Ahora había herido sus sentimientos. *Maldita sea de nuevo*—. Iré a esta tienda y cuando haya terminado en esta calle, te prometo que llamaremos a un taxi para volver a casa. —Se levantó el velo y le dedicó una sonrisa deslumbrante. Y tú no puedes entrar porque estropearías la sorpresa. —Sophie se detuvo en el umbral de la tienda, le besó los dedos y desapareció en el interior.

Qué traviesa. Le iba a encantar estar casado con Sophie. Cal pensó en esperarla, en asegurarse de que encontrara un taxi rápidamente, pero sacudió la cabeza y volvió a bajar por Ludgate Hill. Iba acompañada de su criada y no era una cría pequeña. Dudaba que le gustara que anduviera por ahí como si no confiara en ella.

Cal abrió de un empujón la puerta de Rundell, Bridge and Rundell. Eso era algo de lo que podía estar seguro con esta mujer. Podía confiar en Sophie. Estaba seguro. *Casi seguro*.

Capítulo once – Donde el duque sospecha

Cal desapareció de su vista y Sophie dejó escapar un suspiro. ¿Qué habría hecho si la tienda hubiera resultado ser un fabricante de pelucas o una corsetería femenina, o incluso un vendedor de estampados de dudosa calidad?

—¿Puedo ayudarla, señora? —La dependienta salió de detrás del mostrador y acercó una silla a Sophie.

—Gracias, no. En realidad, estaba... Sí. Sí, puede ayudarme. Necesito un regalo para un caballero, uno que puede permitirse lo que quiera, así que debe ser algo original, no simplemente caro, si me entiende.

Si le compraba un regalo a Cal aquí, significaría que no era una mentirosa y le daría tiempo a aclararse. A menos que estuviera al acecho, sin confiar en que ella hiciera lo que había prometido.

—Mary, por favor, ve a ver si el caballero se ha ido. Con discreción. Es una sorpresa —le explicó a la asistente, que la miraba con cierto recelo.

—Por supuesto, señora. ¿Puedo sugerirle un bastón? Tenemos algunos recién llegados que son muy interesantes. Puede elegir uno y estar segura de que será único. Siempre digo que un caballero no puede tener demasiados bastones. —Dijo con sorna—. Igual que una dama y sus bolsos de mano.

—Sí. Sí, muéstreme algunos, por favor.

Mary volvió al rato para decir que no había moros en la costa. Mientras tanto, Sophie había examinado prácticamente todos los bastones de la tienda en venganza por el comentario acerca de los bolsos de mano; después hizo una selección y organizó su entrega. Cuando terminó, ya había pasado más de media hora.

Se sintió lo bastante segura como para llamar a la puerta verde, situada a dos casas de la tienda. *Josiah Tanner, agente confidencial*, rezaba la discreta placa de latón. Todo parecía bastante respetable y el hombre de sobria vestimenta que le abrió la puerta le inspiró la confianza que inspira un abogado.

—Pase, señora. ¿Tiene cita?

—No. No quería poner nada por escrito. Puedo esperar si no le viene bien verme. —Cualquier cosa antes que correr el riesgo de tropezar de nuevo con alguien conocido.

—Resulta que estoy libre durante una hora, señora. ¿Quiere pasar?

El despacho también parecía el de un abogado, lo cual era tranquilizador. Sophie dejó a Mary sentada en el pasillo y mantuvo el velo en su sitio. Me acosa un hombre con el que estuve prometida extraoficialmente. Cuando rompimos, desapareció de Londres y de mi vida. Ahora estoy prometida a otro caballero. Mientras tanto, el primer hombre ha regresado a la ciudad e intenta sacarme dinero con amenazas de contar a mi prometido mentiras plausibles.

El señor Tanner se limitó a asentir alentadoramente. Al parecer, estaba acostumbrado a escuchar este tipo de historias todos los días.

—No tengo intención de pagarle y he oído recientemente que hubo rumores en el pasado de tratos bastante turbios por su parte, aunque no tengo ni idea de qué se trataban.

—No, la gente no cuenta esas cosas a las jóvenes —murmuró—. Lástima. Si lo hicieran, se

evitarían muchos disgustos.

—Pensé que si podía establecer los hechos sobre esta historia pasada podría ser posible... tratar con él.

—Así que quiere ejercer contrapresión. Muy bien. ¿Tenemos un nombre para el caballero?

Sophie abrió su bolso de mano y entregó las notas que había tomado.

—Su nombre, dónde vivía cuando estuvo en Londres antes, una descripción. Dijo que se retiró en Cornualles, en la finca de su padre, pero no tengo detalles de dónde podría estar exactamente o si eso es cierto.

—Esto es excelente. Debo felicitarla, señora, por su enfoque organizado. Siempre es tan fácil entrar en pánico en estas circunstancias. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Creo que puedo entretenerlo hasta la boda, y quizás un poco más si piensa que aún no tengo acceso al dinero. Dos meses, supongo. Pero antes, si es posible.

—Por supuesto, uno no quiere que ese malestar persista ni un momento más de lo necesario. Ahora, no se preocupe. No conozco a este caballero, pero pondré inmediatamente en marcha una investigación. —Tamborileó con las yemas de los dedos sobre la hoja de notas—. Incluso si no hay nada en su pasado, puede ser posible que uno de mis socios más importantes tenga unas palabras con él.

—¿Con violencia? No, no puedo estar de acuerdo con eso.

—No, no. La mera insinuación de que alguien se está interesando, por así decirlo, suele bastar para que un hombre de esta calaña decida que hay otras opciones más fáciles —dijo tranquilizadamente.

—¿Y sus honorarios?

—Veamos. —El señor Tanner anotó algunas cifras, las sumó y le pasó el papel a Sophie—. A menos que nos veamos envueltos en gastos de viaje excesivos, eso debería cubrirlo. Con un adelanto del diez por ciento, si es posible.

—Sí, claro. Era mejor de lo que había temido. He traído algo de dinero. —Lo entregó, tomó un recibo y entonces vio el fallo en su cuidadoso anonimato—. ¿Cómo me informará?

—¿Tiene acceso a *The Morning Post*?

Sophie asintió. Su madre lo leía y prácticamente todos los hogares que conocía lo compraban junto con *The Times* por su estilo más relajado y su cobertura de los acontecimientos sociales.

—Si hay algo de lo que informar, pondré un anuncio con la firma *Puerta Verde* y dirigido a la señorita X. Si está en la ciudad, puede visitarme, o si no, escíbame con instrucciones sobre dónde puedo enviar un informe, o un representante si le parece más seguro.

Todo parecía tan organizado y ordinario, pensó Sophie, mientras ella y Mary subían a un coche de caballos y volvían hacia el Strand. Había tenido citas más vergonzosas con su médico. Entonces se movió con incomodidad en el mullido asiento mientras un goteo frío parecía recorrerle la columna vertebral. Aquello no se parecía en nada a una visita al doctor Felbrigg; nunca le había sugerido enviar a un «socio importante» para tratar un sarpullido o un dolor de oídos.

—¿Señor?

Cal se fijó en el hombre que tenía delante, con expresión claramente nerviosa. ¿Había fruncido el ceño? Se obligó a sonreír y vio que el ayudante también se relajaba.

—Soy Calderbrook.

El ayudante se puso en guardia.

—Excelencia. —Apareció otro hombre con una silla que colocó reverencialmente junto al mostrador y luego desapareció—. ¿En qué podemos ayudarle?

—Un regalo para una dama. Un regalo de esponsales. —No le costó interpretar la sonrisa beatífica del hombre. Un duque. Un duque a punto de casarse. Un duque a punto de gastar mucho dinero. El paraíso de los joyeros.

Cal se sentó a discutir sus ideas y miró una pieza tras otra mientras el instinto receloso y desconfiado que lo había mantenido vivo mientras daba vueltas alrededor del globo seguía reclamando su atención. Sophie de cerca, deliciosamente nerviosa, explicándole con seriedad lo de comprarle un regalo con poco presupuesto, había desarmado la inmediata llamarada de desconfianza.

Ahora se preguntaba hasta qué punto conocía a la mujer que iba a convertirse en su esposa dentro de unas semanas. Era lista, lo sabía. Lo suficientemente lista como para despistarle si tramaba algo. Su historia de que había encontrado un regalo a buen precio era plausible, pero había algo en la forma en que había reaccionado en cuanto le reconoció... Por un momento, velada como estaba, pensó que su reacción era de miedo.

Los días previos a la fiesta pasaron con una rapidez y una tranquilidad asombrosas. Las respuestas vinieron de golpe, varias personas aceptaron la oferta de añadir otro invitado y dos damas de honor irían acompañadas de sus hermanas, mientras Cal invitaba a otros tres caballeros.

—Seremos unos treinta, creo —dijo con indiferencia—. Jared ha bajado para asegurarse de que todo está en orden.

Sophie no estaba segura de que le gustara el silencioso señor Hunt, con sus insondables ojos marrones y su gracia de espadachín. Veía demasiado y parecía tener un método corto y cortante para tratar los problemas.

Dado que las columnas publicitarias de *The Morning Post* aún seguían sin avisos de *Puerta Verde*, solo podía esperar que ella no fuera un problema para él.

Lady Christabel Faversham, su mejor amiga y la única dama casada entre sus damas de honor, se deslizó hasta el banco que había junto a ella, junto al Serpentine, dos días antes de la partida hacia Calderbrook.

—Pensé que eras tú, Sophie querida. ¿Qué haces aquí? Creía que estarías encerrada con las modistas hasta el último momento.

Sophie se volvió para besar la mejilla que le ofrecía. No podía decirle la verdad, para ella mirar a los patos zambullirse era relajante y esperaba que le permitiera mostrar una fachada de calma y tranquilidad al mundo, aunque su mente estuviera remando en círculos tan rápido como las patas de los patos bajo la superficie.

—Me he escapado. Hasta mi madre tiene que dejar de escribir listas de vez en cuando, y creo... espero... que ha llegado el momento. Aunque cuando salí a dar este paseo tuve que fingir que no oía el estruendo de zapatillas del piso de arriba.

—¿Cómo estás? —Crista inclinó la cabeza hacia un lado para estudiar a Sophie—. ¿Feliz o en pánico? Tu duque es muy guapo.

—Sí. —Sophie estaba de acuerdo. Lo era. Muy guapo. Y muy inteligente, y sospechaba que también era despiadado.

—¿Estás asustadas? Si tu madre aún no te ha explicado las cosas, yo estoy más que dispuesta a hacerlo. No hay nada de qué preocuparse. De hecho, hay mucho que esperar. —Su sonrisa era de satisfacción.

Eso espero, no podría ser peor que la primera vez. Y Cal es...

—No, por Dios, no estoy para nada preocupada o nerviosa por eso. —Ansiosa, sí. Aterrorizada, también—. Es solo que...

Agitó las manos, tratando de atrapar la escurridiza comparación.

—¿Recuerdas cuando éramos niñas y hacíamos toboganes de hielo en invierno? Corres, te tiras y te deslizas, y es maravilloso hasta que te das cuenta de que no sabes si vas a salir disparada al llegar al final.

—S-sí —dijo Crista dubitativa—. Creo que sí. —Probablemente era demasiado educada para haber hecho algo así.

—Bueno, pues me siento así. Me deslizo a gran velocidad y todo el mundo me dice lo maravilloso que es todo, y Cal es amable, —creo y espero—, solo que apenas le veo y cuando lo hago es rigurosamente correcto y mi madre también está siempre allí. Y de mientras me precipito hacia el día de la boda con un hombre al que apenas conozco y entonces... ¿Y entonces qué? ¿Me espera un precioso montón de nieve blanda o un camino de grava helada?

—Vas a ser duquesa, ese es el qué. Y tu Cal estará ahí todo el tiempo para que lo conozcas y será gloriosamente impropio y todo será maravilloso.

No, pensó Sophie, *nunca nada es maravilloso, no una vez que la inocencia y la confianza dejan de florecer. Lo mejor que se puede esperar es que todo vaya muy bien y sea muy agradable*. Después de todo, esa era la razón por la que había elaborado su cuidadosa lista de características del marido ideal, las cualidades realistas, no las fantasiosas de las que hablaban las ensoñaciones.

—Eso está mejor —dijo Crista mientras se despedían—. Ahora veo que sonríes. Y no te olvides de enviarme hoy mismo muestras de la tela de tu traje de novia para que pueda enseñárselas a Madame Prunel y asegurarme de que no desentonamos. Te veré en Calderbrook dentro de tres días. No puedo esperar.

Sophie volvió a casa, con la criada pisándole los talones, e intentó creer que antes de que acabara la semana estaría en la casa que se convertiría en su nuevo hogar, con el hombre que sería su marido.

Cal le había dicho que no tenía que preocuparse por nada. Su tía haría de anfitriona, por supuesto, ya que sería muy impropio de ella, una mujer soltera, presidir la ceremonia, así que podría relajarse y familiarizarse con la casa y el personal a su antojo.

—Hombres —le espetó a Toby, que entró una hora más tarde, tan despreocupado como siempre en la casa en la que se había desenvuelto dócilmente desde niño.

—¿Qué he hecho ahora? —Se encaramó al borde de su escritorio y empezó a jugar con las tiras de seda azul y encaje rubio que había junto al papel de carta.

—¿Tú? Nada, o al menos, siempre que no manches de tinta las muestras, no habrás hecho nada. Dámelas para que pueda envolverlas con esta nota para Crista. Pero, dime, ¿crees que no tendré nada de qué preocuparme y podré relajarme y disfrutar en la fiesta?

—No tienes nada que hacer, excepto estar encantadora, sonreír mucho e intentar parecer modesta por haber cazado a un duque. —Dobló los trozos y los deslizó en el papel doblado que le tendía.

—Me retracto. Eres tan tonto como Cal y mi padrastro. Nunca antes he estado en la casa, todos los criados me sopesarán y me encontrarán deficiente, Cal se convertirá en un horrible duque estirado en cuanto vuelva a pisar sus tierras ancestrales y yo daré algún horrible paso en falso que demostrará lo inadecuada que soy para ser duquesa.

Toby la miró.

—Idiota.

—Lo soy, ¿verdad? —De repente todo era divertido, los dos se reían y la tensión y los terrores exagerados desaparecieron.

—Y yo estaré allí, así que, si cometes algún crimen escandaloso, como perder a un guapo criado o beber del cuenco, llamaré la atención de forma dramática y nadie se dará cuenta.

Sophie tomó su pañuelo y se secó los ojos.

—Siempre hemos sobrevivido a los desastres, Sophie, sobreviviremos a esto. Y una vez que seas duquesa, nadie podrá juzgarte, salvo la realeza y, posiblemente, un arzobispo.

—O mi duque —murmuró ella, sobria de nuevo.

—Calderbrook está enamorado de ti, podrás hacerlo girar alrededor de tu dedo meñique. —Toby se levantó del escritorio y se tumbó en el sofá.

—No lo está.

—Entonces, ¿por qué se casa contigo?

—Porque ha vuelto de una vida muy poco convencional y quiere a alguien aceptable, con quien se lleve bien, pero que no sea una cría pequeña. Él cumple todos los criterios de mi lista para un marido, mientras que yo, aparentemente, cumplo los suyos para una esposa.

—Te quiera o no, no puede esperar que sepas ser duquesa desde el principio, a menos que tu padre haya sido duque y hayas aprendido de las rodillas de tu madre. Además, ya se ha encargado de que toda la sociedad esté pendiente de él, así que podrás hacer y deshacer a placer sobre todo un rebaño de criados y nadie se daría cuenta.

—¿Tú crees? —Sophie se detuvo a medias de pegar una fila de láminas en el pequeño paquete para sellarlo—. ¿Por qué?

—Le basta con ser misterioso. Primero fueron todas las especulaciones sobre su hija, los chochos viejos no paraban de chismorrear sobre eso. Luego resulta que se casó con su madre con la mayor respetabilidad en Boston, en Estados Unidos. Así que ahora están cotilleando sobre cualquier pecado sin nombre que haya cometido que le hayan obligado a estar fuera tanto tiempo.

—Si no tiene nombre, les costará mucho especificarlo —espetó Sophie—. Al menos nadie dice que Cal sea un impostor.

—Lo intentarían porque sería un escándalo apetitoso, si no fuera porque su tío y su primo lo reconocen —admitió Toby—. Pero los Thorne son los que más tienen que perder y lo aceptaron desde el principio, así que ese jugoso hueso no está para masticar.

—Tiene que casarse, sentar la cabeza y hacerse respetable antes de que su hija sea lo bastante mayor para oír ninguna de estas tonterías —reflexionó Sophie—. Parece muy inteligente y los niños se enteran de todo.

—¿Lo ves? Será fácil. Eres respetable, le caes bien a todo el mundo, así que salvarás al duque del escándalo y se enamorará perdidamente de ti —dijo Toby con una sonrisa malévola—. Le regalarás una prole de duquecitos y te convertirás en sinónimo de felicidad conyugal.

El diario de compromiso de Sophie le dio de lleno en el vientre, pero mientras lo tiraba se dio cuenta de que volvía a reír. Fuera lo que fuera lo que iba mal en su vida, Toby era la roca en la que podía confiar. *Duquecitos*.

—Di algo, Sophie. —Su padrastro sonreía, casi riéndose de ella.

—E-es grande, ¿verdad? —La fachada sur de Calderbrook se alzaba como un acantilado a lo largo de la orilla del lago. Cientos de ventanas brillaban al sol, columnas coronadas por un frontón elevaban los cuatro pisos del centro, la piedra blanca y nítida parecía reflejar el calor, incluso a media milla de distancia.

Llegaban a Calderbrook un día antes que el resto de los invitados para que Sophie pudiera relajarse, según dijo Cal.

¿Relajarse? Buscó algo menos desmañado que decir mientras el carruaje giraba a la

izquierda hacia el puente que cruzaba el lago.

—Es muy bonito, pero no tan grande como Longleat o Blenheim. Lo que lo hace más... —Hogareño no era la frase que buscaba—. Más accesible. Me gusta.

Les estaban vigilando, por supuesto. Antes de que el carruaje se detuviera, aparecieron cuatro criados con pelucas y librea, y Cal los siguió, bajó la escalinata y se dirigió a grandes zancadas hacia el carruaje.

Sophie vio que tenía todo el aspecto de un duque. Debía de haberle llegado su nuevo vestuario, y menos mal que ella se había aseado con sumo cuidado aquella mañana. No tendría por qué sonrojarse cuando su séquito viera por primera vez a su nueva señora.

Un criado se colocó en la puerta del carruaje cuando este se detuvo, la abrió y se inclinó hacia el escalón, pero Cal estaba delante de él al abrirse, con ambas manos tendidas hacia Sophie.

—Bienvenida a Calderbrook, señorita Wilmott.

Lo único que vio fue su sonrisa, la calidez de sus ojos y lo guapo que estaba. ¡Qué alivio que la recibieran así cuando había estado tan nerviosa! Sophie se puso en pie y le tendió las manos.

—Gracias, Excelencia.

Sus zapatos nuevos, apretados y elegantes se engancharon en el dobladillo acolchado del vestido de paseo, con tan mala suerte que la hicieron tropezar y salir disparada del carruaje hacia los brazos de Cal. La cofia y el bolso de mano salieron volando.

Él la sujetó. Fue como estrellarse contra una puerta, aunque esta retrocediera dos pasos con el impacto. Se sintió sólido, fuerte y seguro y, al aferrar la tela y la seda, caro. Ducal. Incluso olía sutilmente caro.

Acababa de dar todo un espectáculo delante de un pelotón de criados y, según vio por encima del hombro de él mientras se abrazaban, de todo el personal, que bajaba en tropel para alinearse en la escalinata.

Capítulo doce – Donde Sophie pasa revista a las tropas

Cal la puso firmemente en pie, tomó el bolso de mano y la cofia del criado que los había recogido y se los entregó.

—¿Estás bien?

Sophie asintió, sin palabras. Consiguió colocarse la cofia en la cabeza y anudar las cintas en un moño aceptable.

—Ese deseo que tienes de besar el suelo de tu nuevo hogar es muy halagador, querida. —*Gracias a Dios, sigue sonriendo*—. ¿O es a mí a quien quieres besar? —le susurró al oído—. Eso sí que es halagador.

La sonrisa seguía en sus ojos y su mano permanecía en el brazo de ella mientras esperaba a que el criado ayudara a bajar a su madre. Besó la mano de la progenitora y estrechó la de su padrastro.

—Bienvenidos a Calderbrook. Espero que a partir de ahora lo consideréis vuestro segundo hogar. —Puso la mano de Sophie en su brazo y se volvió hacia la fachada de la casa—. Es hora de pasar revista a las tropas.

—¿Cuántos son? —Susurró ella mientras caminaban por la grava.

—Toda la tropa, por dentro y por fuera, hasta el cazador de topos y el limpiabotas, así que cien, más o menos —murmuró él—. No te preocupes, todavía me estoy aprendiendo los nombres, no habrá examen escrito antes de la cena.

La hizo reír cuando llegaron al personal y, de repente, fue fácil sonreír e intercambiar unas palabras con Renshaw, el mayordomo, la señora Fairfax, el ama de llaves, el señor Oakes, el mayordomo, y monsieur Colbert, el cocinero.

Sophie se detuvo a mitad de la escalinata y se dirigió al borrón de caras que la miraban.

—Muchas gracias a todos por hacerme sentir tan bienvenida. No puedo pretender aprenderme el nombre de todos inmediatamente, así que perdonadme si tengo que preguntar una o dos veces.

Esto fue recibido por un murmullo, y luego alguien en la grava junto a los escalones lanzó un sombrero maltrecho al aire.

—¡Tres hurras por nuestra nueva duquesa!

—Bien hecho —murmuró Cal cuando terminaron de subir, con los aplausos resonando en sus oídos—. Es evidente que tienes talento natural.

Unos criados los alcanzaron por ambos lados, abrieron las puertas y Sophie cruzó el umbral.

—No puedo llevarte, esta vez no, de lo contrario seguiría subiendo la escalera hasta...

La impropiedad que Cal estaba a punto de murmurarle al oído fue ahogada por el ruido de unos piecitos que corrían por el suelo de mármol.

—¡Papá!

—Isobel, más despacio. —Cal se inclinó para levantarla, pero la niña se detuvo en seco, con el labio inferior hacia fuera, mientras miraba a Sophie.

—Eres tú.

—Sí. Encantada de volver a verte, Isobel —dijo Sophie con cautela, pero con toda la calidez que pudo reunir. No sabía mucho de niños pequeños, pero aquello parecía una rabieta en ciernes.

—No me alegro de volver a verte. —Sus ojos oscuros brillaron—. Papá dijo que iba a tener una nueva mamá, pero no quiero una. Y no te quiero a ti. —Y con un pisotón se dio la vuelta y echó a correr hacia las sombras bajo las escaleras.

—¡Isobel! Vuelve aquí ahora mismo —gritó Cal. Luego, al no obtener respuesta, maldijo en voz baja—. Me disculpo por eso. Tal vez no debí decírselo todavía, pero pensé que facilitaría las cosas.

—Es muy joven y estará celosa, supongo —dijo Sophie con calma. *Y yo que pensaba que solo tenía que aprender a ser esposa y duquesa. Pensé que la niña sería la parte fácil.*

—Es digna hija de su madre —dijo Cal con un deje de nerviosismo—. Debería pedirte disculpas, por supuesto, pero quizá no sea el momento.

—No, no quiero que se disculpe. Haremos como si no hubiera pasado nada y ella y yo volveremos a empezar la próxima vez que nos veamos.

—Como quieras. Podemos discutirlo más tarde. —Cal entró en el vestíbulo dejando pasar a un grupo de criados, seguidos por el mayordomo y el ama de llaves, que hacían pasar a sus padres.

Todos los demás, supuso, se habían dirigido a las entradas laterales o traseras. Por lo menos dos criados habían presenciado aquella escenita, aunque sin duda se oiría por toda la casa a la hora de la cena.

—¿Señora Fairfax? —El ama de llaves se acercó e hizo una reverencia—. Por favor, sé tan amable de acompañar a Lord y Lady Elmham a su suite. Yo cuidaré de la señorita Wilmott.

Se volvió hacia su madre.

—Tenemos una hora hasta el almuerzo, espero que sea suficiente para que te relajes un poco después del viaje. Un criado vendrá y te acompañará al comedor cuando sea la hora.

Ante tal sonriente firmeza sus padres se dejaron llevar por el ama de llaves, su madre le envió una mirada que combinaba deleite, advertencia y cierta alarma, todo en un solo levantamiento de cejas y un leve encogimiento de hombros.

—¿Señorita Wilmott? —Cal le ofreció el brazo y se dirigió al pie de la escalera—. Debería llevarte a una habitación de invitados junto a la de tu madre. Sin embargo, voy a instalarte ya en la suite de la duquesa para que puedas decirme si quieres hacer algún cambio antes de que las habitaciones pasen a ti. Será chocante.

—¿De verdad? —Ciertamente la sorprendió.

—Espera y verás. —Cal la condujo escaleras arriba, a lo largo de un amplio pasillo hasta el otro lado de la casa y abrió una puerta frente a ellos que daba a otro pasillo en ángulo recto—. Estas son nuestras habitaciones privadas. —Señaló con la mano la hilera de puertas, caminó casi hasta el final de la rama izquierda del pasillo y abrió una—. Tu dormitorio.

Cal se apartó para permitirle entrar y Sophie se dirigió inmediatamente a la ventana.

—Qué bonito.

Ante ella se extendía un parque con grupos de árboles, una manada de gamos pastando y el brillo del agua, medio oculto por el oleaje de la tierra.

Se volvió, pasó una mano por las cortinas de seda verde jade y luego giró lentamente en círculo sobre la gran alfombra extendida en el centro de la habitación, toda rosa, verde y dorada.

—Me encanta. —Se sentó en el extremo de la cama y se apoyó en las manos para admirar la escayola del techo y las paredes con paneles. Su cuadro favorito iría allí, su chal de seda china quedaría perfecto sobre aquella silla...

Cal entró, cerró la puerta tras de sí y apoyó un hombro en el delicado poste tallado de la cama.

—Veo que cuenta con tu aprobación.

—Ah, sí. Puede que me case contigo simplemente por mi alcoba, Excelencia. ¿Pero por qué es chocante?

—La conexión de las puertas, tanto las de dentro como las de fuera. Aunque en realidad es más una serie. Esa es la puerta al vestidor, pero esa, al otro lado, es a la sala de estar, que conduce a mi sala de estar y luego a mi alcoba. Por supuesto, es un paseo tan largo que estoy pensando en instalar mesas de refrescos a intervalos, de lo contrario me debilitaría y caería a tus pies.

—¿Entonces mi virtud puede salvaguardarse con dos puertas que hay que cerrar y que te desmayarás cuando las cruces? —Preguntó Sophie, pensando por qué no estaba tan sonrosada como una peonía. ¿De verdad le estaba pidiendo Cal permiso para cruzar esas puertas esta noche?

—Exacto. Creo que puedo confiar en que me dirás exactamente lo que quieres y lo que no, Sophie. Hasta ahora no hemos hablado de falsas emociones ni de tímidos eufemismos, sino de hechos y de confianza.

Había un leve énfasis en la última palabra. ¿O era su mala conciencia que la hacía demasiado sensible?

—Y uno de esos hechos es que existe cierta atracción entre nosotros.

Sí, se la acababan de sonrojar las mejillas, podía sentir cómo se calentaban, al igual que podía sentir cómo otras partes de su cuerpo se calentaban y se ablandaban. Consiguió asentir, sin romper el contacto con la mirada de Cal.

—Así que, dado que nos vamos a casar muy pronto, ¿qué nos impide sentir esa atracción ahora? A menos que eso te incomode o estropee cómo quieres que sea el día de tu boda.

—No. Dadas las circunstancias, no albergo sueños románticos sobre mis noches de boda.

—¿Te refieres al hombre con el que te comprometiste extraoficialmente? —La boca de Cal se crispó ligeramente ante lo que ella supuso que él describiría como un tímido eufemismo para referirse a su amante, pero su rostro era serio, incluso cuando ella negó con la cabeza—. Hay algo, ¿verdad? ¿Estoy siendo insensible?

Parecía preguntárselo a sí mismo más que a ella.

—Hemos sido prácticos, sensatos y francos, y ahora me propongo quitarle toda la magia. Y debería haber algo de magia, ¿verdad, Sophie? Alguna pizca de polvo de estrellas, algún gesto hacia Venus y no simplemente una ceremonia y un acontecimiento social. Una transacción comercial.

Cal se apartó del poste y se dirigió hacia la ventana. Parecía casual, la acción de un hombre que se pasea entre sus posesiones, contemplando la vista, pero Sophie intuyó que de otro hombre aquel tirón erguido podría haber sido un adorno arrojado a la chimenea o un puñetazo golpeando la pared.

—¿Fue eso tu primer matrimonio? ¿Una transacción comercial?

—Ojalá lo hubiera sido. —Su resoplido de diversión podría haber sido genuino, pero ella no podía verle la cara. Pensaba que me estaba metiendo en un intercambio monetario, que estaba estableciendo una amante, que Madeleine era del tipo que no esperaba matrimonio, sino una sólida recompensa financiera por sus favores. Yo era joven, y más que eso, resguardado de pasar tanto tiempo en casa... enfermo. Tenía algo de experiencia, por supuesto, creía que sabía moverme y quizá lo hacía, pero no lo suficiente como para reconocer a una joven respetablemente educada de familia de comerciantes que era lo suficientemente buena actriz como para hacerse pasar por una cortesana de clase alta. Y entonces su padre apareció en escena

con una escopeta. Efectivamente lo hizo, justo cuando estaba a punto de reclamar por fin la carísima recompensa que había pagado durante varias semanas de negociaciones. No estaba tan verde como para ceder al instante. Hice investigar a la familia, y sí, eran sólidos comerciantes de Boston, ricos, muy respetados. Madeleine no estaba embarazada de otro hombre, no tenía ni una mancha en su carácter.

—Habían descubierto quién eras, que eras un duque.

—No. No lo hicieron. Nadie lo sabía y nunca se lo dije. Madeleine no supo que era duquesa hasta que se estaba muriendo. Se lo dije entonces para tranquilizarla sobre las perspectivas de Isobel. Si lo hubieran sabido, creo que me habría alejado de ella y al diablo con el comportamiento honorable.

—¿Por qué no lo hiciste? El que no tuvieran ni idea de quién eras no hace que su comportamiento fuera correcto.

—Porque, al parecer, se había enamorado de mí. —Se encogió de hombros, sin dejar de mirar por la ventana—. Nos presentaron en alguna recepción, la verdad es que apenas lo recuerdo. Pronto conocí a gente de la buena sociedad de Boston. Obviamente, yo era un caballero inglés de cierta posición económica, así que era muy aceptable, aunque todo el mundo pensara que no era el señor Thorne de ningún sitio en particular. Me invitaban a todo tipo de eventos. Aparentemente la desairé. No fui consciente de ello, de verdad que no fue deliberado, pero eran comerciantes y yo acababa de llegar de la sociedad londinense.

—Y nosotros no nos mezclamos con ellos —dijo Sophie con pesar.

—Exacto. Así que decidí hacerme caso. Creo que supuso que una vez que hubiéramos hecho el amor, una vez que la hubiera conocido bien, querría casarme con ella. Pero su padre no tenía tantas esperanzas, así que precipitó las cosas.

—Seguro que se sintió muy mal.

—Lo desconozco. Yo tampoco me sentía muy bien. Fui frío y estaba enfadado, y dejé muy claro que era un caballero -de ahí que aceptara casarme con ella-, pero ellos eran inferiores, como demostró su comportamiento.

Cal se alejó de la ventana y volvió a apoyarse en el poste de la cama.

—Jared trató de disuadirme, dijo que debíamos marcharnos y tomar el próximo barco a Buenos Aires, pero yo ya estaba en mis cabales. Les mostraría a esos colonos cómo se comportaba un caballero inglés, etcétera, etcétera, etcétera, etcétera, etcétera, etcétera, etcétera.

—Si no te hubieras casado con ella, no tendrías a Isobel —sugirió Sophie tentativamente.

Cal sonrió, torciendo los labios.

—Muy cierto. Y no todo fueron peleas, enfurruñamientos y silencios helados, como demuestra Isobel. Aprendimos a convivir y ella tuvo valor. Pensó que había atrapado a un inglés acomodado de visita en Estados Unidos y que yo la llevaría de vuelta a casa y ella viviría en el regazo del lujo. De hecho, acabó viajando por el mundo con todo lujo una semana, y con extrema incomodidad y cierto peligro la siguiente.

Y toda la experiencia no le ha dejado ninguna simpatía por los sueños femeninos de días de boda románticos, ni por las novias sonrojadas y sus noches de bodas. Pero parece que valora la honestidad.

Sophie respiró hondo.

—Me gustaría que nuestra noche de bodas fuera la primera vez para nosotros.

Cal se sentó a su lado en el extremo de la cama, la sujetó ligeramente por los hombros y la giró hacia él.

—Me gusta que seas sincera conmigo, Sophie. Que me digas lo que quieres, lo que crees que

es correcto, no lo que imaginas que me complacerá.

—Me gustaría hacer el amor contigo ahora —admitió—. Pero creo que siempre me arrepentiría, solo un poco.

Su sonrisa era triste.

—No estoy seguro de que me gusten los resultados de toda esta franqueza. ¿Un beso sería motivo de arrepentimiento?

Cuando empezaron a hablar, había cierta distancia entre ellos, pero ahora, por arte de magia, ella estaba contra él, con ambos cuerpos girados para mirarse donde estaban sentados. No les costaría mucho volver a caer sobre la cama, enroscarse, encontrarse en un punto sin retorno.

—Un beso no —se dijo a sí misma y a Cal.

Él se estaba conteniendo con un esfuerzo palpable, ahora que ella lo conocía. Su cuerpo, donde ella se apretaba torpemente contra él, estaba tenso, el cuerpo de un hombre en forma, un jinete, un espadachín. Sus manos, una extendida sobre la espalda de ella, otra en su pelo, delataban su urgencia y su deseo por su propia quietud tanto como su boca en la de ella por su calor.

Aunque su experiencia con Jonathan había sido desagradable, había sido educativa y su cuerpo sabía lo que ocurría, sabía lo que quería de él. Y, que el cielo la ayudara, ella también lo sabía, y sabía que, si cedía, si se inclinaba hacia él, si dejaba que sus manos se perdieran de sus hombros y bajaran por su pecho, por su cintura, por sus caderas, entonces ambos perderían el control.

Sophie soltó la boca, dejó caer la cabeza sobre el hombro de él y finalmente se permitió rodearle el torso todo lo que pudo. Cal la estrechó contra sí, moviendo los labios en su pelo.

Finalmente la soltó y la puso de pie entre sus rodillas.

—Te deseo.

—Lo sé. Yo también te deseo.

—No pongas esa cara, pronto pondremos remedio a la situación. Se te está deshaciendo el peinado.

Rompió el hechizo. Sophie fue al tocador y se arregló el pelo. Al menos cuando llamara a su doncella no parecería que había estado abrazando a un duque en la cama.

A esta nueva duquesa suya le iría bien. Muy bien. Cal se recostó contra el poste de la cama, deseando que sus partes se callaran y se calmaran. Le gustaba su honestidad, incluso si eso lo dejaba bastante incómodo.

Le gustaba la forma en que ella se movía, su aspecto y la forma en que había tratado a su personal. Modesta, honesta con ellos también y, sin embargo, claramente en control. Puede que no tuviera experiencia en administrar una casa, y mucho menos una de este tamaño, pero no permitiría que los sirvientes se aprovecharan de ella o la engañaran.

Y Sophie había afrontado la rabieta de Isobel con una calma que lo sorprendió. Sospechaba que también iba a sorprender a Isobel una vez que ella experimentara más el lomo de acero que él imaginaba que ocultaban las curvas y la feminidad de Sophie.

Dominó un rizo rebelde con una horquilla y giró sobre el taburete.

—¿Me mostrarás el resto de... mis otras habitaciones, y la tuya?

—Muy bien. —La condujo hasta la puerta del vestidor, que tenía una bañera con cabezas y cuellos de cisne moldeados como grifos colocados en la mitad de su longitud.

—¿Hay agua caliente? —Ella entró en la habitación y pasó los dedos por los grifos—. Cuánto lujo. Cuando me meta no voy a querer salir.

—Tendrás que turnarte conmigo. Aún no se ha terminado el mío. Juré que, después de

lavarme en todo, desde corrientes de agua de deshielo glacial hasta un cubo en un barco, iba a tener agua corriente en mis casas.

—¿Hiciste mi baño primero? —Sophie se giró, se puso de puntillas y lo besó, un golpe rápido como el relámpago en la boca, y luego se fue a explorar las planchas de la ropa.

—Por supuesto. —Cal había pensado prepararse un baño frío en ese mismo momento—. Obviamente, no sabía que sería para ti exactamente, solo envié órdenes para comenzar aquí.

¿Detectó ella una ligera rigidez en sus hombros ante ese recordatorio sin tacto de que él había querido una duquesa, de inmediato, y que ella simplemente cumplía con los requisitos? ¿Era su imaginación? Quería un marido sin ataduras emocionales, eso lo había dejado claro.

Pero lo único que Sophie logró decir fue:

—¿Y qué hay aquí? —Abrió una puerta—. Dios mío. ¿De verdad se descarga con agua?

—Así es. Ven a ver tu salón.

Ella deslizó su mano debajo de su codo y él pensó nuevamente que tenía la altura adecuada. Madeleine fue una Venus de bolsillo, bella a la vista, exuberante, femenina, pero nunca se había sentido del todo bien en su brazo. O en ellos. Sophie parecía... encajar. Al fin y al cabo, él era un duque y podía permitirse el lujo de hacer pedidos a medida.

—¿Por qué sonríes? —Ella miró hacia arriba, con la cabeza inclinada para ver su rostro correctamente.

—Un pensamiento caprichoso. Ahora bien, ¿el color es de tu agrado? —Preguntó mientras la conducía a la sala de estar. Este también fue decorado recientemente por orden suya cuando llegó a Londres. Había dejado que su personal eligiera exactamente lo que se hacía y ahora deseaba haber tomado un interés más personal.

—Me encanta el color, ese rosa antiguo y el suave dorado y marfil. —Caminó, tocó el escritorio y se sentó en una silla—. Quizás cambie los muebles.

—Lo que quieras —Cal estuvo de acuerdo, distraído por el pensamiento de que en esa silla había espacio para los dos y de lo interesante que era su altura.

—Ahora estás frunciendo el ceño.

—¿De veras? —*Me pregunto por qué estoy loco de deseo por ti, eso es todo.*

Sí, Sophie era muy bella, sí, era refrescantemente abierta y obviamente inteligente, pero él había visto muchas mujeres hermosas, inteligentes e interesantes en los últimos años sin obsesionarse con la idea de llevarlas a la cama. Y eso no tenía nada que ver con que había estado casado y tenía una inclinación inconveniente a honrar sus votos matrimoniales.

Sophie estaba de nuevo en movimiento, dando vueltas en círculos por la habitación, tocando cosas como si nada fuera real a menos que sus dedos lo acariciaran. Su imaginación volvió a volar.

—Por aquí está mi sala de estar. No sé cuánto lo usaré. —Cal abrió la puerta y entró detrás de Sophie—. Tengo un estudio abajo. —Caminó sobre la alfombra de Aubusson y abrió la puerta de su dormitorio, incapaz de soportar la visión de Sophie acariciando más objetos—. Y hasta aquí hemos llegado.

Capítulo trece – Donde Sophie y el duque examinan una cama

Sophie abrió los ojos de par en par cuando se paró en el umbral y observó la cama, que era bastante e indecentemente grande y estaba adornada.

—Es muy...

—La trasladaré a la habitación grande y compraré algo más sencillo. Esa cámara nunca tuvo una cama. Fue arreglada para Jorge II y murió antes de llegar aquí, lo cual le ahorró a la familia una gran cantidad de dinero, sospecho.

—Habitación grande —dijo Sophie débilmente.

—Hay una suite entera de habitaciones grandes. Es maravillosa para entretener a las visitas en días lluviosos y para que los niños jueguen al escondite. Seguramente Isobel se pierda allí durante semanas.

—Espero que no. ¿Tuviste que dormir ahí de niño? Seguramente tuvieras pesadillas.

—No, me salvé de eso. La mitad del tiempo estaba enfermo o postrado por un accidente u otro, tanto que tenía una suite en el Ala Oeste. Con un mobiliario mucho más sencillo. —Miró a la enorme cama—. De hecho, es demasiado corta para mí. Por lo visto, en aquella época la gente dormía sentada más o menos erguida. Tendrás que ayudarme a elegir otra cama, debe haber suficientes en este lugar para que encontremos una del tamaño adecuado para nosotros.

Los ojos azules se volvieron para dirigirle una mirada que decía muy claramente que ella sabía exactamente lo que él esperaba que ocurriera en un recorrido por los dormitorios combinado con el estudio minucioso de las camas.

—Lo prometiste.

—Lo sé. Y no creí ni por un momento que me ayudarías a elegir una cama.

—No puedo imaginar lo que diría mi madre.

—Yo sí. Vamos, Sophie, vuelve a tu dormitorio. Puedes cerrar todas las puertas, llamar a la criada y jugar con las cañerías. Ya deberían haberte subido el té.

—Cal. —Se detuvo en medio del salón, se plantó delante de él y le miró fijamente a la cara, ya sin la risa—. ¿Qué quieres de mí? Me doy cuenta de que no te conozco en absoluto. Nos besamos, hacemos bromas y... no te conozco.

—Quiero lo que puedas darme, Sophie. Nada más. ¿Qué quieres de mí?

—Yo tampoco lo sé. —Lo dijo bruscamente, como si se hubiera visto obligada a admitirlo—. De verdad que no lo sé. —Luego desapareció en un torbellino de faldas azules y cintas voladoras, la puerta se cerró y se oyó un suave chasquido al girar la llave.

¿Qué acababa de pasar? ¿Qué la había impulsado a hacer semejante pregunta? La respuesta debería ser obvia. Cal quería una dama de alcurnia que pudiera actuar como anfitriona, administrar grandes hogares, que le diera hijos y criara a su hija. Y, sin embargo, ella se había visto obligada a preguntar y él le había devuelto la pregunta y ella no había sido capaz de responderle.

Un leve sonido la hizo sobresaltarse antes de ver que era una criada que estaba colocando las cosas para el té en una mesita en el hueco de la ventana.

—Señorita Wilmott, le he traído té. —Parecía más bien una comida completa—. ¿Hay algo

más que desee? ¿Un pastel diferente, tal vez?

—No, todo perfecto, gracias, señorita...

—Betty, señora. —Hizo una reverencia.

—¿Podrías pedirle a alguien que me traiga... que me prepare el baño en veinte minutos? Y envía a mi criada para que me ayude a vestirme.

—Mary está desempacando sus cosas ahora, señorita Wilmott. Le diré para cuándo quiere su baño.

Betty, la señora Fairfax, el ama de llaves. Ya solo me quedan unos noventa y ocho nombres más que aprender.

Sophie se sirvió una taza de té, eligió un sándwich de berros y habló consigo misma mientras comía. Necesitó otro bocadillo, esta vez de jamón, y un bollo con mermelada de mora, pero cuando Mary apareció para anunciarle que su baño estaba listo, ya se había tranquilizado.

Sophie Anne Mathilda Thorne, Su Excelencia la duquesa de Calderbrook. Sí, eso es lo que quiero.

El buen humor duró hasta la noche, a pesar de la preocupación de su madre por su llegada poco convencional.

—No me gustó nada que el duque te dejara así. —Miró a Sophie con lo que parecía aprensión mientras esperaban sentadas en el salón a que Cal y Lord Elmham llegaran del salón, donde estaban inmersos en una conversación sobre el armamento de los isleños del Pacífico Sur —. Es muy enérgico de una manera tranquila. ¿Estabas... nerviosa?

Qué maravilloso eufemismo. Sí, mamá, los dos estábamos muy nerviosos.

—Claro que no, mamá. La suite de la duquesa acaba de ser reformada y Cal me pidió que la usara para poder hacer los cambios que quisiera después de la boda. Fui hasta su sala de estar, que al parecer no es probable que utilice, pero eso es todo.

Su madre parecía aliviada. Probablemente había tenido pesadillas en las que Sophie era perseguida por la alcoba por un duque amoroso que intentaba anticiparse a la boda.

—La fontanería es increíble, mamá, con lo último en innovación. Tienes que venir y probar el baño tú misma.

Estaban hablando de cómo convencer a su padrastro para que instalara tuberías modernas en la casa de Londres cuando entraron los hombres, su padrastro llevando una extraña hoja verde que parecía estar hecha de algún tipo de piedra y Cal disculpándose encantadoramente por haberlas descuidado. Después de aquello, le pareció a Sophie, Cal sedujo a sus padres con tanta facilidad como casi la había seducido a ella.

Era perfecto con su madre. Serio, encantador, un poco apenado por su larga ausencia de Inglaterra, muy halagador con ella como madre de una hija tan encantadora. Con su padrastro se mostró un poco deferente, como con un hombre mayor, pero pronto se sumergieron en historias de viajeros sin ninguna formalidad.

Durante la velada, sus padres no dejaron de sonreírle y Sophie se dio cuenta de que se sentían felices y aliviados, y no dudaban de que había encontrado la pareja ideal. Y ella tampoco.

La felicidad de estar haciendo lo correcto sobrevivió a la noche y al despertar se encontró con el lujo de la suite de la duquesa y los atentos cuidados de Mary.

Cal se reunió con ella cuando bajaba la amplia escalera, le tomó la mano y se la besó.

—¿Te has hecho a la idea? —Le preguntó mientras la dirigía hacia el fondo del vestíbulo—. La sala de desayunos está por aquí.

—¿Que si me he hecho a la idea?

—De casarte conmigo.

—Claro que sí. Si no, no habría venido.

La sala de desayunos estaba vacía, excepto por dos criados. Cal les hizo un gesto para que salieran y abrió las altas ventanas, dejando entrar el aire fresco, el canto de los pájaros y el olor a hierba recién cortada.

—Sí que habrías venido. Mejor dicho, me habrías dado una negativa ayer si lo hubieses tenido claro, pero no estabas segura, ¿verdad? —Empezó a levantar las tapas del bufé y le tendió un plato.

Yo... —Sophie se refugió en la variedad de platos del desayuno, eligió huevos, beicon y panecillos crujientes y se sentó antes de responderle. Cal merecía sinceridad—. Tenía mis dudas, sí. Apenas nos conocemos.

—Pero mis besos te convencieron. —Él tenía riñones asados, beicon, salchichas, huevos y champiñones en su plato. Dejó la comida en la cabecera de la mesa, perpendicular al sitio de ella, y volvió al bufé—. ¿Té, café o chocolate?

—Té, por favor. Tus besos fueron persuasivos, pero tu superioridad en el baño acabó con la discusión que tenía conmigo misma.

Le observó mientras le llevaba la taza, vio cómo se le marcaban los surcos de la risa en las comisuras de los ojos y dejó escapar el aliento que había estado conteniendo. Hasta en esto tenía sentido del humor.

Cuando se sentó y empezó a remover su propio café, volvió a ponerse serio.

—Me siento aliviado, tanto por tu decisión como por que te hayas tomado tu tiempo para tomarla. Es bueno saber que me quieres por algo más que mi título, aunque sea mi bañera lo que te haya hecho decidirte. —No, no era del todo en serio, a primera vista, pero había verdad tras las palabras de broma.

—Cuando hice mi lista de cualidades necesarias para un marido incluí bien educado y dotado porque quiero seguir en contacto con mis amigos y mi familia y con el mundo que conozco —dijo Sophie con cuidado—. Pero cualquiera que me hubiese recibido bien y que estuviera en una situación fácil me habría servido, si me hubiera gustado. Un conde o un vizconde probablemente habrían sido más cómodos y habrían dado mucho menos trabajo.

—¿Me estás diciendo que mi título es un estorbo? —Cal estaba haciendo buenas incursiones en los riñones, la naturaleza sensible de la conversación aparentemente no tenía ningún efecto sobre su apetito.

—Yo diría que es neutro.

Esta vez la sonrisa le llegó tanto a los labios como a los ojos. Se oyó un leve golpecito en la puerta, que se abrió hasta la mitad.

—Mis espías me avisan de que tenemos unos dos minutos antes de que lleguen tus padres. Después de desayunar, ¿te gustaría que te enseñara la casa antes de que empiecen a llegar nuestros... mis invitados?

—Sería interesante, gracias.

Estaban discutiendo los méritos rivales de Weymouth y Brighton como centros turísticos cuando llegaron los padres de ella, precedidos por los criados, que se movían con tanto ajeteo que ocultaban que los dos habían estado solos y sin compañía. Sin duda, Cal era un gran estratega.

La casa era tan grande que tardaron toda la mañana en recorrerla de habitación en habitación, omitiendo los áticos, la planta baja, los establos, el sótano, las bodegas y las dependencias del personal. Cuando por fin llegaron a la Galería Larga, Sophie se desplomó riendo en uno de los

bancos acolchados de los huecos de las ventanas y se negó a seguir.

—Estoy agotada, aturdida, impresionada y horrorizada —anunció—. No puedo dar un paso más. ¿Cuántos kilómetros hemos recorrido?

Cal se encogió de hombros.

—Ni idea. Podríamos medirlo, hay planos a gran escala en la biblioteca. —Se sentó en el otro extremo del asiento, se agachó para agarrarle los tobillos, le levantó los pies y le quitó los zapatos—. Quédate quieta y deja de retorcerte. ¿Tienes cosquillas?

—No. Sí. ¡Cal! —Le estaba masajeando los pies, con una mano grande envolviendo cada pie y los pulgares trabajando con firmeza en los doloridos arcos—. ¡Ay! Ah... esto sí que es felicidad.

Era sorprendentemente fácil dejarse llevar, a pesar de que él -un hombre- tenía sus pies entre las manos, de que sus largos dedos tejían todo tipo de dibujos por encima y por debajo de ellos y de que de vez en cuando le subían atrevidas yemas por los tobillos.

—Siento como si ya hubiéramos hecho esto antes, sentados aquí solos tranquilamente en la intimidad... Me resulta familiar.

—Recuéstate, relájate. —Bajo sus manos, los delgados huesos de sus pies, los altos y sensibles arcos, eran tan satisfactorios de acariciar como una fina pieza de escultura, solo que esta estatua estaba viva—. Me siento bien.

Cal detuvo el masaje, levantó las piernas, colocó los pies en el banco entre los de ella, se recostó contra la persiana plegada y cerró los ojos.

Le había dado miedo pensar en Madeleine aquí, con su mal humor, su temperamento y sus inseguridades. Pero Sophie era una mujer encantadora, directa, honesta y valiente que se enfrentaba a él y decía lo que pensaba, era perfecta.

Iba a tener que contarle sus sospechas antes de que pasara mucho más tiempo. Era lo justo y ahora sabía que podía confiar en su discreción.

El retumbar del gong resonó allí, a través de todas las puertas cerradas y los paneles.

—El almuerzo está servido.

Abrió los ojos y vio que ella había cerrado los suyos, dormitando tranquilamente.

—¿Le digo a los criados que traigan una silla de ruedas?

La pregunta la despertó con un sobresalto.

—¿Una silla de ruedas? —Sophie bajó las piernas con un elegante giro que mantuvo la falda recatadamente ceñida a las pantorrillas. Un pequeño giro muy provocativo—. Mis antepasados más ancianos las tenían para poder llevarlas a todas partes. Recuerdo a una tía abuela, muy anciana, que llevaba abanicos, chales y perros falderos mientras la transportaban dos criados.

—Guardaré ese capricho para mi vejez. —Volvió a ponerse los zapatos y se levantó—. No debemos llegar tarde al almuerzo o mi madre se enfadará.

Miró las filas de retratos a su paso.

—Pero tenemos que volver para que me enseñes quién es cada uno y me señales la barbilla, la nariz o las cejas características de los Thorne. Todas las familias tienen algo parecido. Mi padre tenía unas orejas bastante grandes que, gracias a Dios, no heredé.

Se estaba burlando de las orejas de ella cuando llegaron al pie de la escalera, pero se detuvo al ver pasar a dos criados seguidos, a paso más señorial, por Renshaw.

—Carruajes, Excelencia. Tres, creo. He bajado a la cocina para retrasar el almuerzo media hora y he avisado al personal de limpieza.

—Llegan pronto y mis tíos aún no están aquí. —La situación era delicada. Tener a Sophie, una mujer soltera, a su lado para recibir a los invitados no estaba bien según el protocolo. Podría

escandalizar a algunas de las señoras mayores y a Sophie no le vendría bien tal desaprobación—. ¿Le importaría a tu madre quedarse unas horas?

—Seguro que no. Iré a buscarla.

—Lady Elmham está en el Salón Chino, señorita Wilmott. No hay necesidad de que vaya. Perkins, vaya con su señoría y explique la situación. Harris, James, retrasad las cosas lo suficiente para permitir a Lady Elmham llegar a la puerta principal. —Renshaw estaba tan atento a las sutilezas sociales como la chaperona más estricta.

—Ya está, puedes pasar cómodamente a un segundo plano.

Sophie le dirigió una mirada de agradecimiento y se retiró al fondo del vestíbulo, mientras el personal se dedicaba a aparentar una calma absoluta con un mínimo de frenesí bajo la superficie.

Se había preguntado cómo encontraría las cosas cuando regresara después de tantos años de ausencia, pero Prescott había mantenido todo funcionando como si el duque se hubiera marchado el día anterior y se le esperara de vuelta en cualquier momento. Incluso había una gran parte del personal al que recordaba de los años en que había vivido aquí y sonrió para sus adentros al comprobar la calidez con que saludaron su regreso.

—¿Me necesitas, Calderbrook? —Era Lady Elmham, casi tan encantadora como su hija y tan desenvuelta que nadie habría adivinado que la habían convocado para que hiciera de anfitriona sin previo aviso.

—Gracias. Quería tener aquí a una dama casada por si alguna de las que llegan son chicas solteras sin sus madres. Por supuesto, puede que se trate de mis tíos, en cuyo caso no necesito molestarla en absoluto.

Renshaw abrió la puerta de golpe, los criados bajaron corriendo los escalones y Cal se recompuso mentalmente. Estaba en casa, era el duque y en cualquier momento se levantaría el telón de una obra dentro de otra obra.

Su noviazgo con Sophie y el reconocimiento de su compromiso crearon el escenario perfecto para ver cómo reaccionaban su tío y su primo al verle en el lugar que podrían codiciar tanto como para matar por él. Y si querían hacerle daño, qué mejor lugar que una casa grande y amplia, rodeada de parques y bosques y con un grupo de invitados que les distrajeran y les protegieran. Hizo una nota mental para tener preparadas las culatas de tiro con arco.

Los invitados eran varias damas de honor, acompañadas de dos mamás tutelares, en un carruaje; Lord y Lady Faversham en el segundo y sir Tobias Greenwich en un coche de caballos con otro hombre de unos veinte años a su lado, presumiblemente el viejo amigo que le había pedido que le acompañara.

Tras su saludo inicial, Lady Elmham se ocupó del contingente femenino, entregando a las jóvenes y sus acompañantes al cuidado de la señora Fairfax y dejándolo a él estrechando la mano de Greenwich y su amigo mientras los Faversham hablaban con Renshaw sobre su equipaje.

—Se trata de un viejo conocido al que hacía años que no veía, Excelencia —explicó Toby mientras se daban la mano—. Ha estado fuera de la ciudad tanto tiempo que pensé que esta fiesta sería ideal para que se diera a conocer de nuevo.

Se hizo a un lado y dejó pasar al hombre alto y rubio que iba un paso por detrás de él.

—Su Excelencia, Jonathan Ransome de Penzance.

Cal le estrechó la mano, insistió en que le llamaran Cal y no Su Excelencia y se volvió para encontrar a Lady Faversham a su lado.

—¿Dónde está Sophie? —Preguntó—. No puedo esperar a verla.

—Está justo aquí detrás. —Cal se volvió y miró, pero el vestíbulo estaba vacío.

Capítulo catorce – Donde Sophie se encuentra con problemas en la puerta

Sophie huyó. Dio dos pasos hacia atrás para pasar por debajo de la curva de la escalera, tres pasos apresurados hacia la puerta de baldosas que conducía a la zona de los sirvientes y se puso a correr por el pasillo enlozado como un rayo de luz hacia el final. Por suerte, no había personal que se preguntara qué estaba haciendo su futura duquesa, corriendo como si los perros del infierno le pisaran los talones.

Irrumpió en la zona del semisótano, en el lado de la casa más cercano a los establos, y subió corriendo los escalones.

Al llegar arriba, Sophie se desplomó contra la balaustrada y aspiró aire hasta que las manchas negras que bailaban frente a sus ojos desaparecieron. *No entres en pánico. Eso fue lo primero. Vuelve a la habitación.* Una vez allí podría fingir indisposición y pensar. Planear. *Pensar en algo.* Ahí estaba el problema. ¿Cómo iba a salir de esta?

Pero primero, vuelve a la casa. Recorrió el exterior prestando atención a las ventanas. No había nadie dentro que pudiera verla y había una entreabierta, la que daba a la sala de desayunos. Y sabía cómo llegar desde allí hasta el piso del dormitorio utilizando una de las pequeñas escaleras que había visto cuando recorrieron la casa aquella mañana.

La ventana era alta, con un alféizar bajo por el que era fácil trepar, entró en un minuto y subió corriendo las escaleras en dos. Tuvo que dar varias vueltas en falso y retroceder con los nervios de punta cuando oyó las voces de dos criadas que se acercaban, pero encontró la puerta de los aposentos ducales y su propia suite sin que nadie la viera.

Cierra la puerta. Todos sus instintos la impulsaron a girar la llave, a atascar la puerta con el respaldo de una silla bajo el picaporte. En lugar de ello, se quitó los zapatos y el vestido, se desabrochó las medias, se puso un pañuelo y se tumbó en la cama después de correr las cortinas. ¿Cuánto tardarían en echarla de menos? Era mejor asegurarse de que su inexplicable ausencia no causara alarma. Sophie tiró de la cuerda del timbre y esperó.

—¿Sí, señorita Wilmott? —Mary apareció en unos minutos—. ¿Se encuentra mal, señora?

—Tengo migrañas. —Se echó hacia atrás y su voz se debilitó un poco—. Por favor, dile a mi madre que estoy descansando. Creo que estaré mejor para la hora de la cena si me tumbo tranquilamente e intento dormir.

—Sí, señora. —Mary cerró la puerta con cuidado.

Ya había tenido migrañas antes, aunque cada vez eran menos frecuentes a medida que se hacía mayor, pero su madre sabía que normalmente las provocaba alguna situación estresante o alguna preocupación y suponía que ese era el caso ahora. Su madre también sabía que desaparecían con el descanso y la tranquilidad y no se preocuparía por ella.

Sophie se sentó en la cama y luchó contra el impulso de enterrar la cara en las almohadas y fingir que era un mal sueño. No podía culpar a Toby, que no reconocería una aventura amorosa delante de sus narices a menos que se cayera encima de una pareja que se estuviera besando y nunca se habría enterado del desastre con Jonathan.

Cuando quedó claro que sus padres pensaban que ella podía hacer algo mejor que casarse con él, se dejó convencer fácilmente por Jonathan de que mantuvieran sus sentimientos en secreto y, después, lo que sucedió no era algo que se pudiera confiar a un amigo. Además, pensó que

Jonathan se había ido de su vida para siempre.

Ya era bastante malo imaginar lo que Cal le haría al hombre que la sedujo para que se fugara para luego forzarla, pero no podía imaginarse su reacción si descubría que Jonathan se había insinuado en la propia casa de Cal para chantajearla.

Ya le preocupaba que Cal delatara a Jonathan y lo matara. Sería horrible convertir a Cal en un asesino y crear el escándalo más espantoso, aunque se librara de la horca. Y siempre existía la posibilidad de que Jonathan lo matara. En los duelos ocurrían accidentes, la gente tropezaba, las armas fallaban o los duelistas hacían trampas. Jonathan era muy buen tirador y tendría la opción de elegir las armas, mientras que ella no tenía ni idea de si Cal podría acertar a la puerta de un granero a diez pasos.

Pero ahora, sin duda, despedazaría a Jonathan miembro a miembro, y aunque una muerte en duelo podría escapar a todas las penas de la ley, un asesinato a sangre caliente no lo haría. Aunque si alguien podía encubrirlo, sería un duque con experiencia en algunas de las partes más salvajes del mundo.

¿En qué estaba pensando? Sophie echó las sábanas hacia atrás y empezó a pasear por la habitación. El asesinato no era una respuesta. Nunca era la respuesta a nada. Tenía que salir de aquel atolladero, de aquella ciénaga en la que se había metido por no saber juzgar a los hombres. Creía haber pagado por aquel error, pero al parecer no era así.

Lo primero era escribir al señor Tanner. Tendría que sacrificar el anonimato. En su salón había un escritorio de señora, con papel de carta, tinta y plumas, lacre y todos los accesorios que pudiera necesitar.

La situación se ha vuelto urgente. Por favor, póngase en contacto conmigo lo antes posible en Calderbrook Park, Somerset, con cualquier información, a través de la tienda de al lado. Les he comprado un bastón, pueden enviarme un recibo. Sophie Wilmott. Señorita.

P. D.: Por favor, pague al tendero lo que considere oportuno y cárguelo a mi cuenta.

Lo selló, lo dirigió al señor Tanner y lo incluyó en una nota dirigida al dueño de la tienda de al lado, en la que prometía una recompensa por la entrega del paquete y le enviaba la respuesta con un recibo del bastón que había comprado.

Su madre, gracias a Dios, no insistía en leer toda su correspondencia, como hacían las madres de muchas de sus amigas, pero se aseguraba de preguntar, por interés, qué correo había recibido Sophie. Un discreto gesto del recibo y un susurro de que se trataba del regalo de Cal, serían casi sinceros y evitarían que su madre hiciera más preguntas.

Se estampó firmemente contra la fantasía de que los grandes socios del señor Tanner secuestraban a Jonathan y lo entregaban a reclutamiento forzoso y se obligó a enfrentarse a la realidad de qué hacer a continuación.

Tarde o temprano, y probablemente a las siete como muy tarde, iba a tener que salir, disculparse por su indisposición y enfrentarse a Jonathan. Seguramente querría una conversación privada con ella para poder regodearse y presionar más por dinero, así que tenía que estar tranquila, serena y segura de sí misma cuando eso ocurriera.

Se aferraría a lo que le había dicho antes a Jonathan, que Cal sabía que había perdido la virginidad, pero sabía que él seguiría amenazando con contarle a todo el mundo dónde había sucedido, bordando la historia hasta convertirla en una impactante historia de orgías y excesos.

Estaba preparada para afrontarlo, después de todo, era conocida en la sociedad por su carácter intachable, pero podía adivinar cuál sería la reacción de Cal. Y la de su padrastro. Podía imaginárselos discutiendo sobre quién iba a destripar primero a Jonathan, con Toby pisándoles los talones.

Así que, hasta que pudiera encontrar algún arma para contrarrestar sus amenazas, iba a tener que lidiar con el chantaje de las peticiones de dinero. Jonathan podía creer que ahora tenía muy poco, que su padrastro solo le daba una pequeña asignación de dinero e insistía en que le entregara todas sus facturas. Entonces podría prometerle que le pagaría cuando estuviera casada, y seguramente la consideraría más vulnerable a las continuas demandas cuando fuera duquesa, porque tendría mucho más que perder.

Sí, eso es lo que pensaba. Aparentar que cedía y que aceptaba pagar en el futuro y, mientras tanto, esperar y rezar para que el señor Tanner obtuviera suficientes antecedentes desacreditables como para aplicar su propio chantaje. Todo ello ocultándolo a los agudos ojos de Cal e interpretando el papel de modesta, pero feliz, prometida.

Nadie dijo que ser duquesa fuera fácil.

Cal cruzó el salón hacia ella, tendiéndole la mano, y Sophie le devolvió la sonrisa con verdadero placer. *Me gusta este hombre, por favor, deja que me lo quede.*

—Sophie, cariño. —Bajó la voz cuando llegó hasta ella y le tomó las manos—. ¿No deberías estar en la cama?

—No es nada —murmuró ella con una sonrisa dirigida a su madre—. Creo que estaba más nerviosa de lo que pensaba y me dan unos dolores de cabeza horribles cuando estoy muy tensa.

Una mirada alrededor de la habitación le informó que todos los invitados debían haber llegado y que la larga sala estaba lo suficientemente llena como para que no pudiera ver a Jonathan.

—Debería hablar con tu tía y disculparme por no estar aquí cuando llegó. La he visto en Londres lo suficiente como para que sepa que no descuidaría deliberadamente la cortesía.

Lady Peter era una mujer grande, más huesuda que gorda, y sorprendentemente incolora para una presencia física tan grande. Se levantó cuando Cal le acercó a Sophie, sonrió desganadamente y la besó en ambas mejillas.

—Querida niña —murmuró—. Qué feliz estás.

Pero no extasiada, pensó Sophie con una mueca interior. Suponía que el matrimonio de Cal anunciaba el fin de la posición de su marido y de su hijo como presuntos herederos del ducado, y ninguna esposa y madre cariñosa estaría encantada con ello, por muy resignada que estuviera. Sería imposible que la larga ausencia de Cal en lugares remotos y peligrosos no hubiera suscitado algunas débiles, aunque no reconocidas, esperanzas en el pecho de Lady Peter.

Pero las dos familias se adaptarían pronto a la coexistencia, aunque no sería mala idea tener un heredero varón lo antes posible. Al pensar en ello, dirigió una mirada involuntaria al hombre que estaba a su lado, que fue respondida con una sonrisa desconcertantemente cálida.

—Tengo que llevarme a Sophie para saludar al resto de nuestros invitados —dijo Cal, deslizando la mano bajo el codo de ella—. Luego podréis hablar largo y tendido. ¿De qué se trata? —Preguntó mientras cruzaban la sala hacia un grupo de invitados junto a las largas ventanas que daban a la terraza.

—Estaba pensando que cuanto antes tengas un hijo, mejor —dijo Sophie antes de contenerse—. Vaya, no quería decir...

Pero, extrañamente, Cal no pareció tomarse su indiscreción ni como una expresión de deseo ni como un insulto intencional a su tía. Su expresión se volvió cautelosa, casi sombría, pero todo lo que dijo fue:

—Tienes razón. Hablaremos sobre ello más tarde.

Lord Peter y su hijo estaban con el grupo junto a la ventana, con varias de las damas de honor y dos caballeros que Sophie conocía de vista.

Jane, Phyllida y Amelie la saludaron con abrazos y besos, Ralph reclamó un *beso de primo* que ensombreció aún más la expresión de Cal y ella estrechó la mano de Lord Peter, el señor Harrison y Lord James Fitzdene.

¿*Dónde diablos está Jonathan?* Era la última persona a la que quería ver, pero saber que estaba aquí, que iba a tener que vérselas con él en cualquier momento, empezaba a ponerla nerviosa.

Fue una suerte que pensara en él, porque cuando él dijo: «Señorita Wilmott, qué alegría volver a verte» directamente detrás de ella, no se sobresaltó ni se puso pálida.

Sophie se giró lentamente, con una brillante sonrisa social en los labios.

—Señor Ransome. Abandonaste la sociedad londinense durante años y ahora te encuentro por todas partes.

—Pensé que me habías olvidado —dijo él con aquella sonrisa encantadora, la que la había deslumbrado para que lo amara.

Cal se volvió para decirle algo a Toby. Era seguro devolverle el golpe, porque no iba a dejar que pensara que la había acobardado.

—Claro que no, señor Ransome. Recuerdo exactamente dónde te vi la última vez y qué aspecto tenías.

Estaba desnudo, excepto por las medias que lo ataban a los postes de la cama y un lazo de satén rosa cuidadosamente atado alrededor de su pene flácido. El veneno de sus ojos le dijo que acababa de pinchar a una víbora con un palo, así que le pasó la mano por debajo del brazo y le dijo:

—Enséñame lo que estabas admirando desde la terraza, señor Ransome.

Ransome se dejó llevar al exterior y se volvió al borde de la acera, con una cadera apoyada negligentemente en la balaustrada.

—Fue una broma de muy mal gusto, Sophie.

—Seguro que sí —dijo ella levantando la barbilla—. Pero ahora no tengo dinero y no lo tendré hasta que me case. Mi padrastro no es generoso con mis gastos.

—No me dejas otra opción que insistir.

—No tengo joyas que pueda vender o empeñar, ni forma de conseguir dinero. Jonathan, si eres codicioso ahora y presionas demasiado, me veré obligada a decirle la verdad al duque. Cuando me case... —Se encogió de hombros y agitó una mano en un gesto que abarcaba casa y tierras—. Será generoso. Ten paciencia.

—Muy bien. Aunque me gustaría castigarte, Sophie, prefiero que pagues con dinero. —Sus ojos estaban llenos de odio y resentimiento, y ella supuso que estaba celoso de Cal, además de amargamente enfadado con ella—. La venganza puede ser dulce, pero no paga facturas.

Él quería ambas cosas, lo sabía. Quería dinero y quería atormentarla, y el segundo deseo era casi tan grande como el primero. Reprimió el escalofrío que, en cierto modo, era más que rabia, más que miedo a sus revelaciones.

—Todavía hay un pago que podrías hacer, Sophie, mi amor. Uno que no implica dinero en absoluto. Tengo una gran cama vacía justo arriba, una que me gustaría que calentaras para mí.

Y entonces se dio cuenta de lo que la repelía: aún la deseaba sexualmente, aún quería forzarla y vengarse de esa humillación, así como de cualquier otra forma que se le ocurriera.

—Desgraciadamente, voy a estar demasiado ocupada en otras cosas, Jonathan, con otra persona, si me entiendes, así que tendré que perder la oportunidad de descubrir si tu técnica ha mejorado en algo. Parece poco probable.

—¿Sophie? —Era Cal, de pie junto a la ventana. Por su mirada atenta había notado algo raro.

—¡Ya voy! —Regresó, dejando a Jonathan donde estaba, y murmuró a Cal—: Había olvidado lo pesado que era.

—¿En qué sentido? —Él aminoró la marcha, a punto de dar media vuelta.

—Es aburrido. Tiene un coqueteo pesado. Ya lo habrás visto antes. Se cree irresistible solo por su aspecto. Sin duda, si alguna dama respondiera a sus insinuaciones, huiría como un conejo asustado.

Cal resopló.

—Si te está molestando, lo echaré de aquí.

—Por Dios, no. No es importante. Solo quería presumir de este maravilloso parque y me olvidé de lo cansino que era. ¿A quién me toca conocer ahora?

Había sido un poco arriesgado, pero al menos ahora había establecido una ligera aversión por Jonathan en la mente de Cal y eso explicaría cualquier expresión que él viera en su cara mientras miraba al hombre, o por qué podría parecer que lo estaba evitando.

—Creo que conoces a todos los demás. —Cal observó la habitación—. Probablemente mucho mejor que yo. Es extraordinario cómo hombres que creías que eran compañeros perfectos, totalmente en sintonía con tus pensamientos y sentimientos, resultan no haber crecido en absoluto o haberse convertido en personas de mediana edad en los años transcurridos.

—¿Cómo Lord Micklethwaite? —Supuso—. Me sorprendió que fuese un amigo íntimo tuyo, habría pensado que teníais poco en común. A menos que me hayas estado ocultando tu pasión por el Antiguo Testamento y la silvicultura.

—Alguna vez compartimos muchos intereses, pero ninguno de esos —asintió Cal con una carcajada, luego se recompuso—. ¿Vendrás conmigo mañana? Te enseñaré la finca y hay algo de lo que debo hablarte antes de que pasen muchos días más.

—Suenan inquietante. —Sophie saludó con la mano a Lord Peter, que los observaba con expresión inescrutable. Al cabo de un segundo, levantó la mano en respuesta.

—Es serio, pero espero que no sea inquietante. Ah, aquí está Renshaw.

—La cena está servida, milady.

Sophie se encontró sentada a la derecha de Cal, en lo alto de la mesa, con su madre enfrente. A los pies de la mesa, su padre conversaba con Lady Peter en su papel de anfitriona, mientras que Jonathan, por suerte, estaba en su lado de la mesa y bien hacia el centro.

Siempre y cuando el señor Tanner encontrara algo sustancial que desacreditara a Jonathan, ella podría arreglárselas sin que la vida de nadie corriera peligro y sin que ningún gran escándalo envolviera a Cal y al ducado.

A Cal le costó conciliar el sueño aquella noche, a pesar de que una cama de repuesto de una de las habitaciones de invitados se ajustaba mejor a su estatura. Saber que solo tres puertas y dos habitaciones privadas le separaban de Sophie no le aportaba tranquilidad.

Estaba preocupado por ella y por aquel ataque de tensión nerviosa y dolor de cabeza. Parecía fuerte, tanto física como mentalmente, pero él le estaba pidiendo mucho. El matrimonio con un hombre al que apenas conocía, la perspectiva de un gran rango y responsabilidad, podría no pesar sobre una mujer con menos imaginación que Sophie, pero ella era más sensible de lo que le dejaba ver la mayor parte del tiempo.

Y mañana iba a aumentar el estrés contándole sus sospechas no resueltas, las razones por las que había abandonado Inglaterra. No estaba seguro de poder culparla si suspendía la boda. ¿Temería ella misma estar en peligro? Estaba convencido de que no lo estaría, no hasta que tuviera un hijo, y si esto no se resolvía, de un modo u otro, para entonces se la llevaría lejos y le enseñaría algo del mundo, hasta que se solucionara.

Cal sonrió con un poco de mal humor, dio un puñetazo a las almohadas y se dio la vuelta para intentar dormir. Razón de más para el celibato hasta el día de la boda.

Se quedó dormido, vagamente consciente de las campanadas de un lejano reloj de caja larga. *Uno, dos...*

Algo lo despertó, lo sacó del sueño superficial y lo hizo casi consciente, la sensación de que había alguien más en la habitación con él. Se quedó quieto, ignorando el picor entre los omóplatos que le recordaba que estaba desnudo de espaldas a la puerta, que no tenía ningún arma a mano, que las sábanas se le habían enrollado alrededor de las piernas, que alguien respiraba en la habitación y que era otro hombre.

Era una noche de luna. *Rueda hasta el borde de la cama, lejos de la puerta, sujeta el borde de las cortinas, tira de ellas hacia la ventana y deja entrar la luz de la luna y quita las sábanas de una patada, hay un buen candelabro pesado en el alféizar de la ventana.*

Estaba preparado para moverse cuando el aire cambió, una leve corriente de aire le rozó la mejilla y la puerta se cerró con un clic.

Tardó unos segundos preciosos en soltarse de las sábanas, llegar a la puerta, abrirla a un pasillo vacío y correr hacia la puerta que daba al pasillo principal. Vacío.

Se miró a sí mismo, completamente desnudo. Para cuando hubiera vuelto a su habitación y se hubiera puesto un mínimo de ropa, quienquiera que fuera ya se habría ido. No era un pensamiento reconfortante recordar que las habitaciones que siempre usaban sus tíos y su primo estaban a la vuelta de la esquina.

.

Capítulo quince – Donde Sophie visita un castillo

—Querida, claro que quieres estar a solas con mi sobrino. —Lady Peter fue bastante más comunicativa a la mañana siguiente, después del desayuno, cuando Sophie le preguntó si podía excusarse para dar un paseo con el duque.

—Parece que los caballeros tienen planes para los establos y la granja principal, y yo iba a sugerir que las damas dieran un paseo hasta Temple Folly, con vistas al lago, para hacer un picnic. Pero todos entenderemos si Calderbrook quiere mostrarte los alrededores. Eso sí, procurad ir en montura.

Cal estaba sentado en la cuadra hablando con un mozo mientras media docena de caballos eran conducidos por el establo. Se levantó y enarcó una ceja mientras ella se apresuraba a pasar bajo el arco, el mozo se fue.

—Gracias, Hooper. ¿Algún problema?

—No, siento haberte entretenido, pero tenía que disculparme con tu tía. —La ceja seguía levantada—. Es tu anfitriona, después de todo.

—Así es. Tienes muy buenos modales, señorita Wilmott. —Le tomó la mano con el apretado guante de piel de becerro, la giró y dejó caer un beso sobre la piel expuesta de su muñeca—. ¿Montas tan bien como llevas los carruajes?

—Espero que sí. —Sophie se encaramó al escalón de la cuadra y observó a los animales que daban vueltas—. Me gusta el bayo castrado.

—¿No es demasiado grande para ti? No he montado en ninguno de ellos, pero Hooper dice que todos tienen modales razonables, excepto esa bestia. —Señaló con la cabeza a un alazán espigado que daba vueltas por el patio mostrando el blanco de los ojos y manteniendo en vilo al muchacho que lo guiaba.

—Supongo que ese es el que vas a montar —se burló ella.

—No si voy a ir contigo. —Cal se giró, protegiéndola del ajetreado patio con su cuerpo—. Quiero cuidar de ti, Sophie. Quiero mantenerte a salvo.

Parecía un poco melodramático cuando lo único de lo que hablaban era de un castrado castaño que necesitaba unas cuantas lecciones de modales. ¿O no? Sophie tenía la incómoda sensación de que Cal estaba hablando de algo más que de caballos.

—Entonces, ¿cuál? —Se quitó el guante y le tocó la mejilla, suave tras el afeitado matutino. Se llevó los dedos a los labios, el aroma a limón le llegó a los sentidos, y los ojos de él se oscurecieron.

—*Sophie*. —El momento se alargó, la respiración de ella se acortó, entonces él sonrió y dijo —: El gris.

Cal lideró el ritmo despacio y lo mantuvo durante un kilómetro.

—¿Adónde vamos? —Ella había pensado que iba a enseñarle el parque, pero se dirigían fuera de él, hacia la línea de colinas que se alzaban hacia el oeste—. ¿Estamos saliendo de tus tierras?

—Vamos casi hasta el límite de donde el primer Thorne tenía su fortaleza. Allá —señaló con la mano la lejanía, donde las colinas se alzaban más altas—. Por allí corre el desfiladero de Cheddar. Jocelyn de Thorne era, por lo que parece, un barón ladrón local y tenía aquí su propio desfiladero en miniatura, que se adentraba en la cresta de la línea de colinas frente a nosotros.

Allí construyó un castillo y procedió a expandirse hacia el este, haciéndose con el control de tantas buenas tierras como pudo.

—¿Por matrimonio?

—Sospecho que por matrimonio, por batalla y por engaño. Su hijo era un terrateniente con cierto poder por aquí. Su nieto era lo bastante rico y poderoso para ser nombrado conde, y así continuó.

—¿Posees tierras más allá de la cresta?

—No. Hay minerales en la ladera más alejada y minas aquí y allá, pero es una tierra dura y los Thorne nunca se preocuparon por ella, no cuando había otras opciones más fáciles, ricas tierras de labranza y ricas herederas entre ellos y Bristol. Hay un pueblo al otro lado de la cresta, pero la carretera ni siquiera pasa por aquí y es un lugar pobre, o lo era cuando yo me fui.

—¿Y los pueblos de tu tierra?

—Brookwood es el más cercano y el más grande. Luego hay un par de aldeas, Rundene y Herriots End. Tengo que visitarlas pronto porque la mayor parte de la propiedad pertenece a la finca y por lo tanto son mi responsabilidad.

—¿Tu tío aún actúa para ti?

—No. —Cal usó los talones y el caballo gris pasó del paso despacio al galope. Cuando lo alcanzó, siguió hablando—. Cuando me fui, contraté a Prescott como secretario. Es, de hecho, mi asistente confidencial. Trata con mis agentes, cumple mis órdenes y confío plenamente en él; es lo bastante inteligente para hacer lo que yo haría en cualquier circunstancia, lo cual era necesario cuando estaba tanto tiempo fuera de casa.

Llegaron al límite del parque y Cal le abrió una puerta para que ella pasara a una mezcla de pequeños campos y bosques que se convertían en matorrales y páramos a medida que ascendían. Luego se desvió del campo abierto por un camino ancho que atravesaba el bosque y se adentraba en un valle empinado y estrecho. A través de los árboles, Sophie vislumbró afloramientos rocosos sobre sus cabezas.

—¿Dónde está el río?

—Está seco. La roca es caliza y el agua la corroe. Los arroyos recorren una corta distancia y luego desaparecen en simas u hoyos bastante pequeños, para reaparecer a kilómetros de distancia. En su día, un arroyo debió de cortar este desfiladero en miniatura, chocó contra una falla de la roca y desapareció bajo tierra. Aquí está el castillo.

Al principio no veía nada, solo una extensión de roca. Luego se dio cuenta de que eran las ruinas de una sencilla fortaleza: dos torreones y un tramo de muralla derruida, cubierta en algunos lugares por la hiedra y en otros por árboles jóvenes.

—¡Qué romántico! ¿Podemos entrar?

—Dudo que sea seguro. Hay que revisarlo a fondo antes de arriesgarse a entrar, pero confieso que sería interesante restaurarlo, convertir esta zona en parte del parque. Ven a ver el Arroyo del Duque. —Cal bajó de la silla y levantó las manos para ayudarla a bajar.

Fue fácil ponerle las manos sobre los hombros y deslizarse hacia abajo, los dedos de él firmes en su cintura, su cuerpo fuerte y firme contra el de ella. El beso fue inevitable, una tortura prolongada y deliciosa. Sophie sintió que su determinación se debilitaba, justo cuando Cal retrocedió y la soltó.

—En estos momentos me encantaría un chorro de agua fría —dijo con pesar.

—Sí —dijo Sophie con tanta seriedad que él se echó a reír—. Enséñame el arroyo.

—Desgraciadamente, ya no lo es. Toma. —La condujo al pie de una de las torres y le enseñó el tajo de piedra natural que había a su lado.

El agua solía brotar de aquí y, según una superstición muy arraigada, solo el duque podía beber de ella. Al día siguiente de la muerte de mi padre, se secó. Ni siquiera quedó un hilo de agua. Puedes imaginarte lo que se dijo por aquí. Hubo rumores de todo, desde una maldición sobre la casa ducal hasta que un desgraciado que bebió del arroyo causó la muerte. Y, para reforzar las habladurías supersticiosas, dos días después apareció un nuevo arroyo, justo allí.

La tomó de la mano y la ayudó a pasar por encima de unas piedras hasta llegar a un estrecho sendero. El sonido del agua se hizo más fuerte y Sophie se detuvo para olfatear.

—Es extraño... —pero Cal estaba avanzando hacia donde una estrecha grieta vertical en la roca arrojaba un torrente a una cuenca natural antes de desaparecer en otra grieta de la roca.

Se agachó, recogió agua con la palma de la mano, bebió y se sacudió las gotas, haciendo una mueca que la hizo bailar hacia atrás con una carcajada.

—¿Puedo beber algo?

—Por supuesto que no. Recuerda que es el Arroyo del Duque. Además, como la mayoría de las aguas termales, no sabe bien. Tengo agua en la alforja.

Sophie siguió a Cal a través de los árboles, por encima de las piedras caídas hasta el lugar donde habían dejado los caballos, y luego, tomando las riendas del bayo, bajó hasta una roca plana que formaba un asiento natural con vistas a la tierra.

—Esto es lo que tu antepasado vio y codició.

—Sí. —Desabrochó las alforjas y empezó a desempaquetar un frasco, dos vasos de cuerno y un paquete envuelto en papel encerado—. Esto nos ayudará a no desmoronarnos. —Se repartieron el pan y el queso, se sirvieron el agua, que resultó ser vino, y Sophie se acomodó para admirar las vistas.

—Esto es lo que codiciaba mi antepasado. —Cal se hizo eco de sus palabras, con voz sombría—. Creo que ha llegado el momento de contarte por qué me fui de Inglaterra. Cuando murió mi padre yo tenía siete años. Un niño sano y en forma. Mi tío, el hermano menor de mi padre, mi único pariente varón adulto, se convirtió en mi tutor. La hacienda no podría haber tenido mejor dueño, ni todas las partes del imperio ducal, si todo hubiera sido suyo. Que, por supuesto, lo sería si yo muriera.

El queso cayó de la mano de Sophie, rodó por la piedra y desapareció entre las aliagas bajo la roca.

—No querrás decir... No, claro que no...

—Empecé a enfermar con ataques feroces de enfermedad y fiebre que me dejaban exhausto. Perdía peso después de cada ataque, así que cada vez que enfermaba me daba con más fuerza. Y entonces empecé a tener accidentes cuando me recuperaba y estaba en forma para moverme. Me cayó una piedra desde el parapeto y falló por un palmo, más o menos la distancia a la que me falló un tiro en el bosque. Un cazador furtivo, sin duda, y un mortero defectuoso del que nadie se había dado cuenta, tal vez. Un peldaño tan pulido que resbalaba, donde me rompí un brazo. O la cincha desgastada que se hizo trizas. Aquella caída me rompió la pierna.

—Cal, los chicos jóvenes tienen accidentes.

—Es verdad. Eso creía yo. A Ralph también le pasaba alguna cosa, aunque extrañamente nunca le cayeron piedras cerca, ni le dispararon tan cerca que casi le arrancan una oreja. Los médicos se lamentaban de mi mala salud: alguna debilidad de la constitución, decían, alguna enfermedad incurable de la que tal vez saldría tan inexplicablemente como la había desarrollado. Ninguno de ellos sabía lo que era. Mi tía alentaba cualquier locura que se les ocurriera como tratamiento. Dios sabe cuánta sangre me drenaron. Llegué a Londres, me uní a la Temporada cuando solo tenía veinte años y me encontré mucho mejor. Era como si el aire de Calderbrook no

me sentara bien, pensé. Entonces Ralph se unió a mí. Dos días más tarde me atacaron unos soldados en un callejón de St. James's Street y me dieron por muerto. Ralph hizo que me llevaran a casa y entonces volvió la enfermedad. Había luchado contra los soldados de infantería y les había hecho mucho daño. No podía luchar contra esto.

Sophie se sintió mareada. Podía adivinar a dónde conducía todo esto, pero no se atrevía a creerlo.

—Oí al médico en la habitación de al lado hablando con su ayudante. Debieron de pensar que estaba dormido —continuó Cal—. Eran circunspectos, pero lo que dijeron me hizo dudar y, cuanto más pensaba, más sospechoso me parecía todo. Alguien me estaba envenenando sistemáticamente. Alguien estaba organizando accidentes. ¿Y quién podría ser sino mis herederos? Mi tío o mi primo. O ambos.

—¿Y entonces te fuiste?

—Me sentí como si huiera, pero no podía hacer otra cosa. Estaba muy débil y no podía demostrar nada. No me parecía muy sensato quedarme aquí y morir. ¿Y quién iba a creerme? Empecé a hacer preparativos, encontré a Prescott y organicé todo para que se hiciera cargo de mi agente mientras yo estaba fuera, le hice confidencias a Jared y descubrí que compartía mis sospechas. Comenzó como un experimento, pero mi salud mejoró a mitad de camino a través del Atlántico y nunca he tenido otro ataque de esa enfermedad y fiebre desde entonces.

—¿Y accidentes?

—Algunos. —Se encogió de hombros—. Muchos. Pero todos ellos se debieron a mi propia imprudencia o a los peligros de la situación en que me encontraba: avalanchas, ríos embravecidos, caídas de caballos. Una vez recuperadas las fuerzas y la salud, podría haber dado media vuelta, volver a Inglaterra y enfrentarme a la situación.

—¿Pero cómo? ¿Cómo vas a probar su inocencia? —*O su culpabilidad.*

Cal se encogió de hombros.

—En parte por eso no volví, no tenía ni idea de cómo afrontarlo. Y al final descubrí que estaba disfrutando, que me encantaba viajar. Estaba sano y era joven y tenía el control de mi vida, y podía manejar todo lo que tenía en casa a distancia. En poco tiempo tuve mujer e hija. Entonces murió Madeleine y supe que tenía que volver. No podía arrastrar a Isobel por el mundo, no podía seguir dejando mis responsabilidades a distancia. Casi habían pasado siete años. Necesitaba un heredero. Así que volví a casa para ver qué reacción provocaba.

Sacudió la cabeza y lanzó un mendrugo a los arbustos, haciendo que un mirlo lanzara gritos de pánico y se alejara volando colina abajo. Sophie podía sentir la frustración que desprendía en oleadas como el calor de un incendio.

—No he avanzado más. Mi tío y mi primo reaccionaron al verme de un modo que podría ser perfectamente inocente. Mi salud está bien. No he sufrido ningún accidente. —Se pasó los dedos por el pelo y respiró hondo—. O he pasado años en el extranjero y he abandonado Inglaterra solo por una imaginación febril, o hay un peligro real y te estoy arrastrando a él. Tenía que decírtelo, aunque no creo que corrieras peligro hasta que...

—¿Hasta que se supiera que llevo tu heredero?

—Exactamente. —En el silencio que siguió, Sophie casi podía oír cómo funcionaban los engranajes del cerebro de Cal—. No podía ir más allá sin decírtelo, pero no me sentía capaz de decir nada antes de... —Se detuvo y la miró de reojo.

—Antes de que supieras que podías confiar en mí —le dijo ella. Toda la situación era espantosa, pero debajo de eso estaba el cálido resplandor de que podía confiar en ella para esto, creer que ella lo apoyaría y no se reiría en su cara, ni lo rechazaría, ni cotillearía.

—Es mucho pedirte que hagas frente a esto. No te culparía si descubrieras que somos... incompatibles.

—Creo que somos muy compatibles. —De algún modo, ella se había movido y estaba sentada a su lado, con el brazo enlazado al suyo y la cabeza apoyada en su hombro. Cal inclinó el suyo para que coincidiera con el de ella y se sentaron, en silencio, compartiendo pensamientos, hasta que la memoria de ella sacó a relucir algo desconcertante que le había ocultado.

—Cal, te conté que Ralph estaba enamorado y quería casarse con una mujer que sabía que su padre desaprobaría. —Cal asintió—. Dijo que se habría casado con ella hace mucho tiempo, pero que su padre esperaba que cumpliera con su deber para con el ducado, que era un heredero y debía casarse bien y como correspondía.

Cal se irguió y giró para mirarla.

—Ralph es mayor de edad, mayor que tú. Tiene medios propios y sus propias tierras. No hay nada que le impida casarse donde desee y, sin embargo, su padre lo presionó para que se casara como si fuera el verdadero heredero. Fue el deseo de su padre que se casara conmigo, o con alguien como yo. Es Lord Peter quien está tratando esta herencia con una seriedad mortal.

El rostro de Cal estaba sombrío y ella recordó que aquel era el hombre que había sido como un padre para él. La sensación de traición debía de ser como una puñalada.

—Tu tía tampoco está contenta de verte casado.

—No —aceptó con rotundidad.

—Cal, ¿crees que podría haber sido ella todo este tiempo? ¿Quién mejor que una mujer para envenenar tu comida, o lo que sea que te hizo enfermar?

—¿Y los accidentes?

—Cualquiera con dinero puede emplear criminales para hacer cualquier cosa, me imagino.

—Diablos. —Él le dirigió una mirada de disculpa por su lenguaje y ella le devolvió la sonrisa, perdonándolo, y se dio cuenta de que estaba feliz de estar tan cerca de él, compartiendo sus secretos, aunque fueran tan sombríos—. Creía que solo había dos para investigar.

—Es casi imposible probar algo que no es —reflexionó Sophie. Si no vuelve a ocurrir nada que no puedas explicar con claridad, siempre seguirás sospechando de ellos. Así que vas a tener que exponerte a que te ataquen e investigar a partir de ahí mientras las pruebas estén frescas.

—Veo que estás decidida a poner en peligro a tu futuro marido. —Parecía divertido.

—Eres un hombre grande y fuerte, con inteligencia y poderosos recursos, ya no eres un joven enfermizo. Yo diría que cualquiera que intente matarte ahora es el que está en peligro.

—Hubo alguien en mi dormitorio anoche, después de las dos —dijo bruscamente—. Algo me despertó. Cuando me levanté y salí al pasillo, ya se había ido.

Sophie sintió que la sangre se le iba de la cara, pero mantuvo la voz tan firme como la de él.

—¿Con un cuchillo en la espalda?

—Sería difícil disfrazarlo de accidente. ¿Pondrían algo en el agua de la jarra junto a la cama, o una almohada en la cara, tal vez?

—No creo que se atrevieran a hacer algo así, serías demasiado fuerte para un solo hombre.

—Gracias. —El tono de Cal era ligero, y sus manos, que se apoyaban en sus rodillas dobladas, transmitían otro mensaje.

—¿Cuál es el plan? —Mientras hablaba, Sophie sintió que todo el cuerpo de Cal se ponía en alerta, tenso contra el suyo. Siguió su línea de visión ladera abajo y vio movimiento entre los árboles, que desapareció casi tan pronto como ella lo notó.

—¿Un ciervo?

—No. —Cal se relajó—. Jared. Me vigila las espaldas, me guste o no.

—Es tu empleado, ¿seguro que lo que quieres es lo que pasa? —No le gustaba el maestro de esgrima, pero le agradaba la idea de que estuviera detrás de Cal.

—Es, ante todo, mi amigo, y, después, alguien que trabaja para mí cuando le conviene. Le diré que lo hemos visto, se quedará mortificado. —La sonrisa de Cal era perversa—. Pero, ¿un plan? ¿Puedes hablar con mi tía? No tengas mucho tacto.

—¿Hablar de lo mucho que le debes por haberte criado como a un hijo? ¿De lo noble y desinteresado que es para ella que su propio hijo no herede un título ni ninguna de las tierras que su marido ha cuidado con tanta devoción? Luego observaré sus reacciones. Puedo hacerlo. ¿Cerrarás la puerta de tu dormitorio esta noche?

—Por supuesto que no. La dejaré abierta y dormiré con un cuchillo bajo la almohada y una pistola en la mesilla de noche.

—¿Por qué no haces que Hunt duerma en tu cuarto de estar con la puerta entreabierta?

—No necesito una niñera. Si alguien duerme conmigo, eres tú, y como hemos acordado, eso no va a ocurrir. Todavía.

—Sería muy fácil distraerse, echarse a sus brazos, decirle que realmente no quería esperar. Y, sin embargo, una parte de ella sí quería, una parte de ella tenía el temor supersticioso de que, si se acostaban juntos, quedaría embarazada de inmediato, rehén de cualquier destino maligno que esperara a Cal.

—Como testigo, otro par de ojos, otra mano en el cuchillo.

—Buena idea, pero no en mi salón, sino en el tuyo y con la puerta abierta entre las habitaciones. Me parece atractiva la idea de ponerte un guardaespaldas.

—¡No! No me gusta ese hombre, me hace pensar en una serpiente a punto de atacar, o en un halcón sentado en un árbol esperando a que algo indefenso, pequeño y peludo se le acerque.

—Sí, me parece una descripción perfecta. Y le confiaría mi vida, la tuya y la de Isobel.

—¿Dónde está? —Sophie recordó con culpabilidad que no había visto a la niña desde aquel incómodo encuentro inicial en el vestíbulo. Para ser sincera consigo misma, se había alegrado de ello. Isobel estaba resentida con ella, por alguna razón, y no tenía una idea clara de lo que podía hacer para arreglar las cosas.

—Le dije a Nanny Jenkins que la retuviera en el ala de la guardería, que le dijera que era una fiesta para adultos y no para niñas. Espero que eso la moleste hasta el punto de que haga casi cualquier cosa para que la consideren apta para unirse a los adultos. Si es capaz de comportarse durante unos días, se dará cuenta de que le gustas y de que no le vas a quitar a su padre.

—Sí, claro. —Sophie tenía dudas, pero Cal conocía a su propia hija, así que quizá funcionara—. ¿Qué más podemos hacer, aparte de asegurarnos de que los visitantes nocturnos se lleven un susto desagradable?

—Cualquier cosa que me presenten para comer o beber que sea solo para mí, fingiré consumirla y la haremos probar. En cuanto a los accidentes, esperamos a que ocurran y luego los analizamos. —Vio su expresión y alargó la mano para tocarle la mejilla—. Sophie, tenemos que saber la verdad y escondernos no va a ayudar. ¿Dejarás entrar a Jared en tu salón?

—Sí, a menos que ronque.

Le encantó oír la risa de Cal, estar entre sus brazos, sentir su fuerte cuerpo temblando de diversión. Era bueno volver a tener su boca en la suya. Y una tortura.

Capítulo dieciséis – Donde el duque sucumbe a la belleza de la naturaleza

—Sophie, déjame hacerte el amor. Vale, no —dijo Cal mientras ella emitía un sonido involuntario a medio camino entre la súplica y la protesta—. Eso no. Pero déjame darte placer, déjame tocarte, conocer tu cuerpo. Me muero de sed, Sophie, ten piedad.

Ella no estaba segura de lo que quería decir, o de cómo lo que fuera podría calmar su sed, darle placer. ¿Seguro que un hombre necesitaba hacer lo que Jonathan hizo, satisfacerse penetrando su cuerpo? Pero confiaba en Cal y también lo necesitaba.

—Sí —respondió contra su boca, y luego, cuando él se apartó para que ella pudiera ver el calor oscuro de sus ojos, preguntó—: ¿Dónde, Cal?

—Aquí. —Se puso en pie, volvió hacia los caballos y desenganchó el abrigo de detrás de la silla, extendiéndolo en el suelo al pie del mirador rocoso—. Aquí. La hierba es suave bajo el abrigo, nadie pasará a Jared, tanto por debajo como por encima del castillo la roca se eleva en un acantilado. Nadie de las aldeas del otro lado de la cresta puede bajar aquí.

—¿No? —El miedo luchaba con el deseo, y el deseo iba ganando.

—Allí hay otro mundo. Industrias, minas, pueblos sucios y destartados. Me alegro de que nuestro antepasado medieval decidiera que la minería no era para él. No me gustaría ser responsable de enviar a esos pobres diablos a una mina de plomo.

Tranquilizada, bajó de la roca y se unió a él en la espesa y frondosa hierba.

—Cal, no tengo experiencia. Todo fue muy rápido. —*Menos mal.*

—Hiciste bien en separarte de él. —Cal la tomó por los hombros y se la acercó—. Cuando un hombre le hace el amor a una mujer, con una mujer, no debe precipitarse, a menos que ambos quieran eso, la excitación de la urgencia. Debería haberte hecho el amor lentamente, darte placer, cuidarte. Déjame enseñarte, Sophie.

Ella puso las manos, con la palma hacia abajo, sobre el pecho del duque, sintió los latidos de su corazón, firmes y fuertes, y observó su rostro mientras las deslizaba hacia arriba, por debajo de la chaqueta deslizándose sobre el lino de su camisa, deteniéndose cuando sintió el pezón endurecerse bajo sus dedos. La dejó jugar, con las yemas de los dedos dando vueltas, luego con las uñas arañando, mientras él la miraba, con los ojos entornados por el deseo controlado. Cuando ella le quitó la chaqueta, él se encogió de hombros, se quitó la camisa y la dejó caer.

—Ay. —Ella se había imaginado cómo sería desnudo, pero los músculos, los huesos largos y el vello del pecho eran mucho más de lo que había imaginado. Era duro y tenía cicatrices en la piel que aún conservaban el tenue rubor dorado del cálido sol tropical.

Cal la acercó, su la piel dorada estaba caliente como si conservara aquel calor exótico y olía a jabón, a la colonia de limón que usaba después de afeitarse y a cuero y a sudor fresco. Sophie extendió las palmas de las manos sobre su espalda y las dejó bajar, siguiendo aquel fascinante triángulo masculino de hombros anchos y cintura estrecha.

Quería deslizar los dedos por debajo de la cinturilla de sus calzoncillos, pero se estaba dando cuenta de lo excitado que estaba, de que la evidencia de ello, dura contra su vientre, prometía algo considerablemente... más grande que la de Jonathan.

—Mi turno. —Sus dedos se afanaron en los cierres de la chaqueta corta que ella llevaba, sus nudillos chocando entre sí al moverse, enviando pequeñas descargas de sensación a través de sus

pechos. Luego la apartó y encontró los cierres de su falda larga de montar y se centró en ellos.

Le siguió el resto de la ropa, pero Sophie perdió la noción de lo que Cal estaba haciendo. *Sabe muy bien cómo desvestir a una mujer*, pensó vagamente, y luego dejó a un lado las especulaciones sobre cuántas mujeres, cuándo...

Sabía que no era virgen y no iba a ponerse celosa de su primera esposa, de cualquier mujer que hubiera conocido antes. Ella era su futuro y solo podía esperar que le fuera fiel.

Se dio cuenta de que las especulaciones le habían quitado la timidez. También su velocidad. El aire suave y cálido sobre su cuerpo, las manos callosas del jinete acariciando su piel, la hicieron darse cuenta de que estaba desnuda, que Cal le estaba poniendo su abrigo y que ella no tenía ni idea de lo que pretendía.

—¿Te sueltas el pelo?

—Luego no sabré recogermelo. —Qué expresión tenía su cara mientras la miraba.

—Volverás galopando. Se te caerá el sombrero y se te perderán los alfileres. Quítate todo y hazte una trenza.

—Tienes una respuesta para todo. —Ella le devolvió la sonrisa mientras alzaba las manos hacia los alfileres, luego tragó saliva cuando su mirada siguió la elevación de sus pechos al moverse. Había sentido mucho dolor cuando Jonathan la agarró al tenerla desnuda, pero en los ojos de Cal solo había adoración y ella quiso llorar por lo que había perdido aquella noche, que no fuera Cal quien le mostrase cómo era un hombre con una mujer aquella primera vez.

En lugar de eso, se sacudió el pelo y se inclinó hacia él para que pudiera peinarlo con sus largos dedos.

—Dorado como las guineas de oro —murmuró—. Eres tan bella, Sophie. Seguro que oyes eso todos los días, lo encantadora que eres, pero es algo más que la apariencia. A menudo una cara bonita esconde una mente egoísta, un alma fría. Es tan fácil enamorarse de la belleza exterior, equipararla con la bondad, la inteligencia o la amabilidad.

—Lo sé. —Se le escapó un pequeño y amargo acuerdo y se mordió el labio.

—¿Tu primer amante era un hombre guapo?

—Muy guapo. No quiero hablar de él. Me dejé llevar por ese cliché de que la belleza exterior es también un signo de belleza interior. Fui una tonta. —Miró al hombre arrodillado ante ella—. Cuando te miro, veo huesos fuertes y una voluntad firme. Veo buena apariencia, pero también veo las luchas que te han convertido en lo que eres, que han añadido acero a tu columna vertebral y cicatrices a tu cuerpo. Veo a un hombre guapo, pero no hermoso, a excepción del interior.

Cal cerró los ojos y ella se preguntó si lo habría avergonzado, si se habría avergonzado a sí misma cuando los volvió a abrir y la miró.

Cuando lo hizo, dijo simplemente:

—Me has robado las palabras. Deja que te muestre lo que siento por ti.

La tumbó de espaldas sobre el pesado forro de seda del abrigo y bajó a su lado apoyándose en un codo, con la piel de ante de sus calzones contra su cadera, el brazo izquierdo bajo sus hombros, la mano derecha tocándola, por fin, bajando por sus pechos hasta su vientre, subiendo de nuevo, acariciando, explorando, dejando un hormigueo, un doloroso rastro de placer.

Sophie se obligó a abrir los ojos y observó su rostro, asombrada por su expresión, su concentración. Se estremeció y él volvió a mirarla a la cara.

—¿Estás bien, Sophie?

—Sí, pero tú...

—Estoy en el cielo. Y en el purgatorio. —Se inclinó para besarla, capturando su boca, dejándola esconderse por la pura cercanía mientras su dedo jugueteaba con sus pezones,

pellizcándolos ligeramente hasta que los duros nódulos enviaron haces de doloroso placer desde sus pechos hasta su vientre, hasta su sexo. Ella gimió en su boca, se arqueó contra él cuando su mano bajó hasta el nido de rizos, se deslizó entre sus muslos, aunque los apretase instintivamente.

—Déjame entrar, Sophie. Déjame amarte.

Sus palabras fueron como una llave que la liberó y permitió que sus músculos se relajaran para él. Cal encontró su núcleo, su centro húmedo y dolorido, la tocó a la perfección con un suave e implacable movimiento tras otro y su mundo implosionó.

Gritó, pero la boca de Cal estaba allí para atrapar el sonido, sus manos estaban allí para mantenerla a salvo hasta que volviera en sí. Su voz estaba allí, llamándola.

—Sophie, Sophie, mi amor.

—¿Cal?

—¿Sí? —Le estaba acariciando la oreja, menos mal, porque no estaba segura de poder enfrentarse a él, no después de aquel torrente de pasión al que se había abandonado, la intimidad, el shock de sus palabras.

Sophie, mi amor. No lo decía en serio, por supuesto, no podía, pero la palabra, el concepto, no la abandonaban.

Me estoy enamorando de él. Debería estar aterrorizada después de lo que había pasado la última vez, pero lo único que sentía era la certeza sólida como una roca de que hacía bien en amarlo, de que él se preocupaba por ella, de que era un buen hombre y de que podía confiarle su corazón y el resto de su vida. *Qué tonta rechazar el amor por culpa de un mal hombre.*

—¿Sophie?

—Lo siento, estaba ensimismada en mis pensamientos. —Se acurrucó contra él, luego levantó la cabeza y se encontró con su mirada a través de la extensión desnuda de su pecho—. Estoy siendo muy egoísta, ¿no quieres que...? —Su voz se apagó. Sabía algunas de las cosas que él desearía que hiciera, pero no estaba segura de tener las palabras, ni siquiera el valor de mencionarlas.

—¿Querer qué? —Él sonreía, pero no se reía de su ignorancia.

—Que te dé placer. —Su mano pareció moverse por voluntad propia hacia la caída de sus calzones.

—¿Quieres o crees que debes? —Si no lo hubiera conocido tan bien, habría pensado que era una simple petición de información, pero ahora podía oír el deseo que había detrás de las palabras y su preocupación por evitar que se convirtiera en una exigencia.

—Quiero. —Era la verdad—. Enséñame. —Sus dedos ya estaban ocupados con los cierres y Cal levantó las caderas para dar un fuerte tirón de los calzones hacia abajo. Sophie mantuvo los ojos fijos en los de él mientras su mano lo exploraba, lo encontraba y lo rodeaba. Sus ojos se cerraron y sus labios se comprimieron en un gemido.

—Qué suave, como una seta.

Cal levantó los párpados.

—¿Cómo qué?

—Como piel de seta o ante. Tan suave y tan duro en el interior. —Fascinada, empezó a experimentar—. Tan móvil.

—Sophie. —Sonó como si los dientes de Cal estuvieran apretados—. ¿Nunca tocaste así a tu amante?

—No. —Ahora estaba apoyada en un codo, con el pelo arrastrándose por el pecho de Cal—. Solo... me penetró.

—Imbécil. —Cal cayó de espaldas con un grito ahogado—. Lo siento, me refiero a él. Ah, Dios, más fuerte, Sophie, así.

Se estiró y le cubrió la mano con la suya, apretó su tímido agarre, le mostró qué necesitaba que hiciera y luego la estrechó contra su pecho, besándola mientras se arqueaba en su agarre, moviéndose con ella hasta que se inclinó, su grito ronco contra sus labios, y cayó de espaldas.

La brisa se arremolinaba a su alrededor trayendo el aroma de la hierba triturada, el almizcle, la sal, el sudor. Estaba en el cielo. Sophie cerró los ojos y se durmió.

Se despertó con el arrullo de las palomas, el sonido lejano de las ovejas y la conciencia de que estaba sola sobre un abrigo arrugado.

—¿Cal?

Le vio volver a través del bosque llevando la botella de agua y un pañuelo grande, le echó agua y se agachó junto a ella para lavarse las manos.

—Estás vestida.

—Menos mal. —No podemos quedarnos desnudos en el bosque el resto del día, aunque me tientes. —Recogió su ropa y empezó a sacudirla y a dársela. Medias y ligueros, camisa, medias. Se arrodilló para atárselas y luego buscó su camisa.

Sabe el orden correcto para volver a poner la ropa, además de ser un experto en quitarla, pensó Sophie con pesar mientras se abrochaba las faldas y se las sacudía.

—Supongo que no tendrás un peine. —Fue extrañamente tranquilizador que negara con la cabeza. Al menos el hombre no salía equipado para la seducción al aire libre.

Consiguió hacerse una trenza razonable con la ayuda de un trozo de correa de cuero que Cal encontró en la alforja, luego la subió a la silla, montó en el caballo gris y se dirigió por el camino que se alejaba del castillo, silbando.

Sophie empujó al alazán a su lado.

—¿Dónde está Hunt?

—Estará detrás de nosotros, cubriéndonos. Mira, ahí está la manada de gamos.

Sophie siguió su dedo y admiró la manada, escuchó cómo hablaba del parque y su historia y pensó en lo que significaría amar a ese hombre y cómo iba a formar una familia con él.

Y entonces miró al otro lado y vio su rostro, animado, absorto, mientras hablaba de la tierra y de lo que significaba para él, y supo que, duque o no, amenazada o no, iba a seguir enamorándose de él y que lucharía codo con codo con él contra todo lo que les amenazara a ellos y a la familia que iban a tener.

—Hay un hombre del que siento una aversión totalmente irracional sin ninguna provocación. —Jared se recostó contra los paneles del salón y entrecerró los ojos hacia el grupo más cercano que hablaba mientras esperaban a que anunciaran la cena.

Cal cambió de postura para poder mirar hacia el objeto de la atención de Hunt.

—Míster Guaperas, el rubio.

Cal levantó las cejas y estudió a los hombres.

—¿A quién te refieres? ¿A Ransome? —Era el único hombre rubio y corpulento que había cerca. Jared asintió con un gruñido—. ¿Te parece guapo?

—Claro que no. Pero a las mujeres sí. Cuando volvía de los establos, oí a esas dos que están pendientes de cada una de sus palabras hablando maravillas de él. Tan guapo, con ese perfil, esos ojos azules —imitó en un improbable falsete que hizo que Cal soltara una carcajada—. Y también se cree el regalo de Dios para el sexo femenino. Míralo modestamente ejerciendo todo ese encanto. Me dan ganas de aplicar la punta de mi bota a su trasero perfecto.

—¿Estás celoso, Jared? —Estudió a Ransome con disimulado interés. Así que eso era lo que las mujeres pensaban que hacía guapo a un hombre, ¿no? A su lado, su amigo resopló.

Ransome movió la mirada por encima de las cabezas de las dos adorables damas de honor. ¿Qué era lo que atraía su interés? Entonces vio a Sophie, riendo, mientras se apartaba de Sir Tobias, captó la expresión depredadora, casi petulante, en el rostro de Ransome cuando la miró y vio cómo la expresión de Sophie se congelaba en una máscara al ver la atención del hombre sobre ella.

Jared, alerta a su lado, se giró ante el siseo que se le escapó.

—¿Qué pasa?

—Nada. Es solo mi imaginación. —Sophie había descrito a su amante como un hombre guapo. ¿Qué dijo de él? *Me equivoqué con él*. Por las pruebas que Cal había obtenido aquella mañana, tachó a aquel hombre de egoísta y torpe en la alcoba y allí, frente a él, había una arrogancia sin límites oculta tras una fachada de hombre apuesto y un encanto practicado.

Había llegado acompañado de Sir Toby, quien admitió que hacía años que no veía a Ransome, y Sophie, que había parecido encontrarse completamente bien hasta el momento en que Ransome bajó de la calesa, se había esfumado de repente alegando un dolor de cabeza.

No, no era su imaginación, seguramente. Pero si tenía razón, ¿qué hacía Ransome aquí? No era por invitación de Sophie, eso estaba claro, no con la forma en que estaba reaccionando ante él. Cal dejó su vaso y, a su lado, Hunt hizo lo mismo.

—¿A quién vamos a matar?

—A nadie. Ya está bien, esto no son las callejuelas de Buenos Aires. Quédate aquí, voy a hacer de amable anfitrión.

Ignorando el bufido de Jared, Cal se acercó y se insinuó en el grupo que rodeaba a Ransome, quien enseguida dejó de mirar seriamente a los ojos de la señorita Belinda Wraythorne (naturaleza dulce, gran herencia, dientes desafortunados) y asintió respetuosamente a su anfitrión.

—Tienes unos establos magníficos, Calderbrook. Tu tío nos los ha enseñado a fondo y tengo que confesar que te tengo envidia. Y eso solo por las instalaciones. El ganado es magnífico. Lord Peter me dijo que tienes tu propio semental para la cría.

Se interrumpió y miró a las jóvenes en tono de disculpa.

—Perdona, no deberías mencionar asuntos de granjas ante las damas. —Su sonrisa acarició a Lady Penelope Beauville (guapa, vivaracha, familia pobre, excelentes contactos) y ella se sonrojó y le devolvió el gesto.

El deseo de Jared de plantar su bota en las nalgas de Ransome le pareció perfectamente razonable a Cal. Mostró los dientes en una aproximación de sonrisa agradable.

—Mi tío creó la estirpe cuando yo era menor de edad y me he limitado a continuarla desde la distancia. —Lord Peter se acercaba a ellos, y se giró para abrir el grupo en señal de invitación.

Era la primera vez que veía a su tío aquí, en la casa ancestral de Cal, desde que había abandonado Inglaterra, y le sorprendió desagradablemente lo a gusto que parecía estar el anciano, lo natural que se había convertido su actitud en la del anfitrión.

—Ransome me ha felicitado por mis establos y sus ocupantes —dijo Cal—. Estaba diciendo lo mucho que los fuertes linajes debían a los días en que tú tenías el control aquí. —Cuidó mucho su expresión y su tono, pero la mirada de su tío se agudizó. Lord Peter no era tonto—. Parece que fue hace tiempo.

—Mucho tiempo —convino su tío, pero su mirada se desvió hacia su esposa, que mantenía la corte desde el sofá central, y luego hacia su hijo, con un pie en el borde de la piedra de la

chimenea y el codo apoyado en la repisa, totalmente relajado y como en casa—. Todos esperamos verte restablecido aquí con tu mujer.

—Y mi hija —dijo Cal, recordando con suavidad que era capaz de engendrar hijos y que seguramente tendría un heredero.

—¿Ya has formado una familia? —Intervino Ransome—. No tenía ni idea de que habías estado casado previamente, Calderbrook. Qué alegría para Soph... para la señorita Wilmott tener una hijastra.

Vaya, ¿el desliz con el nombre de Sophie había sido accidental o deliberado? Cal miró hacia donde estaba Sophie, de espaldas a ellos, y dejó que su afecto se reflejara en su expresión.

—Sophie va a ser una madre maravillosa y ya ha causado una gran impresión en Isobel. —Y eso era algo de lo que debía ocuparse antes de que pasara mucho más tiempo. Isobel ya pensó bastante en lo mucho que iba a odiar a su nueva madre, en odiarle a él por volver a casarse y en planear cómo castigarles a los dos.

La familiar y aguda punzada de amor por la niña se apoderó de él. Era valiente e inteligente y una auténtica luchadora, que combinaba la dureza de ambos progenitores con el aspecto y la habilidad de su madre para enroscar a los incautos alrededor de su dedo meñique. Era suya, la adoraba y le aterrorizaba.

¿Cómo protegía uno a su hijo en este mundo grande y peligroso lleno de tiburones tan bien disfrazados como Ransome? Pero en aquel momento no era por su hija por lo que necesitaba cargar la escopeta, sino por su prometida.

Capítulo diecisiete – Donde el duque sufre

Jonathan estaba hablando con Cal. El miedo recorrió la espina dorsal de Sophie y sintió que los pies casi le temblaban por las ganas de darse la vuelta y ver qué ocurría detrás de ella.

Sin embargo, el tono de la conversación no cambió, se oía de vez en cuando alguna risa, pero no ningún puñetazo en la mandíbula. Era evidente que Jonathan tenía la sensatez de no contrariar a Cal.

Poco a poco, sintió que sus hombros se relajaban y la charla social se hizo más fácil. Después de todo, ¿de qué tenía que preocuparse? Alguien podía estar intentando asesinar a su futuro marido, la niña que sería su hijastra la odiaba, tendría a un hombre peligroso durmiendo en su salón aquella noche, mantenía correspondencia secreta con un agente de investigación y su antiguo amante la chantajeaba. Una fiesta normal en una mansión ducal, sin duda.

Y ahora debía enfrentarse a su anfitriona, comportándose de una manera que sería falta de tacto e insensibilidad si la mujer era inocente, y posiblemente peligrosa si no lo era.

Sophie tomó un vaso de ratafia que en realidad no quería y se acercó a Lady Peter, que por el momento estaba sola en el sofá.

—Qué bien, tenía muchas ganas de hablar contigo. —Se sentó, bebió un sorbo y esperó, como era debido, a que la mujer mayor hablara.

—¿Te gusta lo que ves de Calderbrook Hall, señorita Wilmott?

—Es magnífico y estoy segura de que será un hogar maravilloso cuando vuelva a ser habitado por una familia. Seguro que es todo gracias a su dirección de los asuntos mientras Lord Peter era el tutor del duque. Qué difícil es administrar dos grandes casas al mismo tiempo.

—Yo no describiría Pointings Manor, nuestra propia casa de campo, como una gran casa. —La voz de Lady Peter no contenía gran afecto—. Es considerablemente más pequeña y antigua. Muy fácil de dejar a un lado mientras me necesitaban aquí.

—Aun así, debe haber sido un sacrificio. Y qué devoción al deber, criar a lo que, en efecto, debe haber sido otro hijo, cuando todo el tiempo el suyo, el mayor, no sería el heredero de todo esto. —Su gesto abarcó el salón, la casa, toda la propiedad ducal.

—Cuando una se casa con un hijo menor, se casa con su sentido del deber hacia la familia.

—Por supuesto. Encima el duque se fue al extranjero, a lugares muy peligrosos y lejanos. Seguro que el deber debió acudir en su ayuda y la impulsó a criar al señor Thorne para que, en caso de que ocurriese lo peor... —*¡Eso podría haberse dicho con más tacto, Sophie!*—, tu propio hijo pudiera estar a la altura de las circunstancias como heredero. Debo decir cuánto te admiro por ello.

El silencio que siguió a aquella observación de tan poco tacto fue tan prolongado que Sophie se arriesgó a mirar de reojo a su anfitriona. Lady Peter se estaba mordiendo el labio inferior, una demostración de emoción que parecía extrema para una mujer tan rigurosamente controlada.

—Por muy ambiciosa que sea una madre con su hijo, también es su deber criarlo con la esperanza de que se abra camino en el mundo dentro de la esfera en la que se encuentra —dijo con dignidad—. Para que Ralph hubiera triunfado como duque habría sido necesaria una tragedia y estoy segura de que nunca pensó en tal eventualidad.

Pero sí que lo pensó, o lo pensó su padre. Y a su lado, Lady Peter miraba a su marido con expresión ilegible.

¿Lord Peter? ¿Ambicioso por sí mismo y por Ralph, o solo por su hijo? ¿Un hombre que sacrificaría su propio honor y deber para ver a su hijo duque? No creyó ni por un momento que la mujer que estaba a su lado hubiera intentado envenenar a su sobrino mediante el matrimonio, y más bien pensó que la frialdad inicial de Lady Peter hacia ella se debía a la sospecha de que ninguna mujer era lo bastante buena para Cal. Pero algo perturbaba su paz interior, algo la hacía sospechar de las intenciones de su marido, aunque Sophie dudaba de haber articulado alguna vez esos temores para sí misma.

—La cena está servida, milady.

Lady Peter se incorporó como si la hubieran sacado de sus pensamientos, que estaban muy lejos, pero se puso en pie y supervisó el orden de sus invitados con serena autoridad. Al parecer, había decidido cierta informalidad para esta segunda cena y la larga mesa se había dividido en tres y se había añadido otra mesa redonda al vasto comedor. Los emparejamientos para entrar a cenar se habían cambiado, prestando menos atención al rango de los invitados y más a presentar a los que se habían separado la noche anterior.

Sophie se encontró con Toby a su izquierda y Lord Faversham, el marido de Christabel a su derecha, en una de las mesas rectangulares. Lady Beauville, la madre de Penelope, una de las damas de honor, fue acompañada a su asiento por el señor Wraythorne, el padre de Belinda, y finalmente se les unió Jonathan Ransome escoltando a la señora Pickering, quien, según dedujo Sophie, era amiga íntima de Lady Peter.

Jonathan comprobó las tarjetas y se sentó a mitad de la mesa, al alcance del oído de Sophie y en su línea de visión directa, ya que estaba sentada al pie de la mesa con el señor Wraythorne a la cabeza.

Bajo su firme dirección, la conversación giró en torno a cómo habían pasado el día los invitados. Toby estaba encantado con la oportunidad de comprar uno de los cachorros pointer de la camada que el jefe de los guardas de caza había mostrado a los hombres y la conversación derivó naturalmente hacia los caballos de los establos y luego hacia la evaluación de Lord Faversham de la campiña circundante para la caza.

A continuación, la señora Pickering les entretuvo durante diez minutos con una descripción planta por planta de su parterre recién diseñado y Sophie se relajó cuando se reveló la hasta entonces desconocida pasión de Lord Faversham por la jardinería y ambos arrastraron a todo el mundo a una discusión sobre si era mejor dejar los parques londinenses como estaban o debían ajardinarse con más parterres.

Había empezado a relajarse tanto que, cuando la discusión sobre jardinería decayó, Jonathan la pilló desprevenida.

—¿Cómo has pasado el día, señorita Wilmott? —Le preguntó con su sonrisa más encantadora.

—Explorando los confines del parque con el duque —respondió ella con una sonrisa tan calculada como la suya—. Vimos las ruinas del antiguo castillo medieval en las colinas y aprendí mucho sobre la historia de la zona.

—Fascinante —dijo él con calidez—. Te estás encariñando mucho con este lugar. Qué futuro tan maravilloso para ti.

—Así es. —Impregnó su asentimiento con un leve toque de reproche por su comentario tan personal y se volvió para mirar al hombre que estaba al otro lado de la mesa—. Señor Wraythorne, Belinda me ha dicho que está pensando en pasar una temporada en Weymouth a finales de año. ¿Es un lugar que conoce bien?

Por favor, que el señor Tanner haya encontrado algo, que escriba y que la carta llegue

mañana.

Los sonidos del otro lado de la puerta eran amortiguados, pero algo en su urgencia la despertó. Se quedó a oscuras y vio una línea de luz bajo la puerta del salón. La habitación estaba a oscuras cuando se retiró y la puerta no estaba cerrada, como se había acordado, pero no había indicios de que Jared Hunt estuviera dentro en el sofá, su silencioso e inoportuno guardaespaldas.

Los sonidos volvieron a sonar cuando Sophie se deslizó fuera de la cama, encontró su abrigo al tacto y se lo puso mientras se dirigía hacia la línea de luz. La cautela la hizo dudar, con la oreja pegada a los paneles antes de abrir la puerta, pero le pareció que el movimiento estaba más lejos, quizá en el salón que Cal no utilizaba. Cuando entró, no había nadie a la vista, pero pudo ver claramente, a través de dos habitaciones, el dormitorio de Cal, iluminado por varias velas.

—¿Cal? —Se levantó la falda y corrió, sin preocuparse de los pies descalzos, el pelo suelto y la bata a medio atar.

Estaba tumbado en la cama, con la piel gris y los ojos cerrados, y no se movió cuando ella irrumpió en la habitación.

Hunt, con un cuenco en las manos, se giró cuando ella entró.

—Quédate ahí.

—¿Por qué? —Preguntó Sophie, haciendo caso omiso de la orden. La quietud de Cal la detuvo—. Dios mío, no estará...

—No. Pero le han envenenado. —Hunt abrió la puerta del vestidor y metió el cuenco dentro—. Creo que se ha deshecho de todo lo que ha comido hoy y por fin he conseguido que bebiera un poco de agua.

Cuando tocó la frente de Cal, estaba seca, la piel tirante y caliente, y él movió la cabeza con inquietud como si la ligera presión de sus dedos le causara dolor. Sophie se puso de puntillas hacia Hunt.

—¿Deberíamos llamar al médico?

—¿Con qué fin? Antes no tenían ni idea de lo que le pasaba, y está sufriendo exactamente los mismos síntomas. Hacerle sangrar no servirá de nada.

—Yo intentaría enfriarlo y hacer que beba tanto como sea posible —dijo Sophie.

—Estoy de acuerdo. —El hombre moreno se quedó mirándola.

—Entonces hagámoslo.

—Será mejor que vuelvas a tu habitación, señorita Wilmott. —Miró a Cal—. No lleva nada puesto.

—¡Por el amor de Dios, señor Hunt! Estoy a punto de casarme con él. Creo que puedo aguantar ver su carne desnuda, dadas las circunstancias. Ayúdame con la ropa de cama. Necesitaremos toallas, pero no quiero involucrar a los sirvientes, ¿vale?

Empezó a quitarle las sábanas a Cal, que de repente gimió y se acurrucó.

—Parece que le duele mucho.

—Me dijo que en el pasado le provocaba una agonía insoportable. Calambres desgarradores en las tripas, dolores punzantes en las extremidades, un dolor de cabeza cegador.

Lloraré por él más tarde, se dijo a sí misma mientras retiraba las últimas sábanas. Era difícil creer que un hombre tan grande, fuerte y en forma pudiera caer tan bajo. *Ahora necesita que yo sea fuerte. Y cuando descubra quién lo ha hecho, lo mataré.*

—¿Tienes idea de qué veneno es?

—Puede ser arsénico. —Hunt volvió del vestidor con un montón de toallas y empezó a ponerlas alrededor del cuerpo de Cal—. Pero los síntomas no son del todo correctos.

—¿Y cómo se administra? —Colocó el resto de las toallas—. ¿Le duele que le toquen?

—No lo creo —dijo Hunt frunciendo el ceño—. En cuanto a cómo se lo ha tomado, estoy desconcertado. Ha tenido cuidado de no comer ni beber nada que no hayan compartido otras personas.

—¿Y las bebidas de antes de la cena? —Sophie se tumbó en la cama junto a Cal y empezó a masajearle la espalda hasta que la columna doblada se enderezó y se recostó con un suspiro—. Había grupos muy concurridos, a alguien se le podría haber caído algo en un vaso.

—Ralph Thorne no se acercó a él, le estuve vigilando.

—Pero su tío sí —le recordó Sophie—. ¿Puedes traer toallas mojadas para enfriarlo?

—¿Sophie? —Cal giró la cabeza sobre la almohada, con los ojos cerrados y una mano buscándola.

—Estoy aquí, el señor Hunt también. Nadie más. Tomó el vaso que le había dado Hunt y pasó el brazo por debajo de la cabeza de Cal—. ¿Puedes beberte esto? Vamos a enfriarte, pero tienes que beber agua.

Cal se incorporó, apoyó los codos y se sentó.

—Túmbate.

—No. Almohadas.

—Qué hombre tan terco.

Asustada por él, Sophie colocó almohadas bajo su espalda y volvió a ofrecerle agua. Esta vez bebió, tragó, esperó a que terminara un salvaje calambre de dolor y volvió a tomar el vaso.

Hunt regresó con toallas empapadas y empezó a colocarlas sobre el cuerpo caliente de Cal, haciéndole jadear. El maestro de esgrima hizo caso omiso de las protestas.

—¿Por qué no te tumbas?

—No voy a ceder —dijo Cal apretando los dientes—. Tengo que averiguar quién. Sophie, vete a la cama.

—Ahora sí que creo que estás enfermo —le espetó—. Estás ahí tumbado con cara de muerto, ¿y esperas que me vaya a la cama y te deje? Qué sueño tan reparador tendría, lleno de sueños agradables, estoy segura.

—Lo siento, Sophie, mi amor. —Cal esbozó una sonrisa.

—Entonces deja de decir tonterías y bébete esto —dijo ella enérgicamente, ignorando la punzada de placer que le produjo el cariñoso gesto.

—Qué mujer tan mandona —murmuró él. Pero tomó el vaso y se las arregló para sostenerlo él mismo.

Cuando los relojes marcaban las cuatro, Sophie empezaba a sentirse optimista. Le habían quitado las toallas mojadas y Cal estaba otra vez bajo las mantas, dormitando entre tragos de agua, y media hora después estaba doblado de dolor otra vez, había perdido toda el agua que le habían metido y tenía el color de la nieve sucia. Pero al menos le había bajado la temperatura, pensó mientras Cal tomaba el vaso con sus dos manos temblorosas y empezaba a beber con tenacidad.

Cuando los relojes dieron las siete, Sophie estaba a punto de dormirse de pie, Hunt parecía demacrado y Cal se estaba reanimando.

—Tenéis que bajar a desayunar. Vigilad a mi tío y a mi primo. Si uno de ellos, o los dos, creen que me han envenenado, lo delatarán de algún modo. Pero no digáis que he estado enfermo.

Sophie se interrumpió cuando la puerta se abrió y Michael Flynn entró equilibrando una bandeja con una taza.

El ayudante de cámara se detuvo en seco, dejó la bandeja y cerró la puerta bruscamente tras

de sí.

—¿Por qué no me habéis llamado?

—Nos las arreglamos —dijo Cal—. Ahora te necesito fresco. Jared, Sophie, preparaos para desayunar.

Sophie miró a Hunt, que se encogió de hombros.

—Tiene razón. Si hay alguien ahí fuera preparado para que Flynn venga corriendo gritando que Cal ha muerto, tenemos que estar ahí para verlo.

No quería dejarlo, pero sabía que Flynn era de confianza. Se arrastró hasta su habitación, llamó a Mary e inventó la historia de una noche atormentada por pesadillas para explicar sus ojos ensombrecidos y sus bostezos apenas reprimidos.

—Tengo que evitar comer queso por las noches —dijo mientras la criada la ayudaba a ponerse un vestido de mañana de muselina y le enhebraba una cinta en el pelo.

Jared ya estaba en la mesa del desayuno, Sophie tomó asiento al otro lado y jugueteó con las tostadas mientras los demás invitados llegaban, se sentaban y empezaban a comer y a hablar. Lady Peter entró y se sentó junto a Sophie para tomar su chocolate y su marido se sentó enfrente. Ralph encontró una silla libre y Jared cambió ligeramente de postura para que le mirara. Los tres Thorne parecían completamente normales, bien descansados, relajados -o todo lo relajada que Lady Peter se permitía estar- y perfectamente inocentes de cualquier cosa excepto, quizá, de un exceso de coñac la noche anterior por parte de Ralph.

Sus padres entraron y su madre le dirigió una mirada penetrante frunciendo el ceño, lo que no dejó a Sophie ninguna duda de que tenía un aspecto demacrado. Afortunadamente, su madre estaba demasiado lejos para hacer comentarios.

Es hora de dar un empujón.

—Me pregunto dónde se habrá metido Calderbrook —dijo Sophie—. Suele ser de los primeros en bajar.

La mano anillada que tenía a su lado seguía dando vueltas sin temblar. Cuando miró a Hunt, él enarcó las cejas y se encogió ligeramente de hombros. La familia Thorne o tenía nervios de acero o eran todos inocentes.

Y entonces se abrió la puerta y entró Cal.

Capítulo dieciocho – Donde el duque desenvaina la espada

Sophie soltó el asa de su taza de café y esta se estrelló contra el platillo, salpicando el paño con gotas de líquido marrón.

Cal tenía el aspecto de un hombre que se había pasado toda la noche despierto y gravemente enfermo. Tenía la piel pálida y tirante, los ojos ensombrecidos y andaba con cuidado. Sin embargo, nadie pareció notar nada raro cuando se sentó e hizo un gesto a un criado para que le trajera café. Las conversaciones se interrumpieron cuando la gente dio los buenos días y Cal respondió brevemente. Tal vez supusieron que simplemente tenía mucha resaca.

—El correo ha llegado, Excelencia —informó Renshaw a Cal—. Su correspondencia se ha llevado al despacho.

—Distribuye las cartas de nuestros invitados. —Cal miró a su alrededor—. Aquí somos informales, sentíos libres.

La carta estaba junto a su plato, ignorada, mientras ella sorbía su taza de café recién hecho e intentaba observar a Cal sin parecer ansiosa y sin llamar la atención sobre él.

La boca de Jared Hunt era una línea tensa que ella supuso que se debía a la frustración y Cal no hacía ningún ademán de comer ni de beberse el fuerte café negro.

—Esta mañana está lloviznando —observó Lady Peter—. Sugiero, señoras, que vayamos a coser a la Galería Larga. Quizá alguna de vosotras quiera tocar el piano.

Sophie emitió sonidos que, esperaba, significaban interés y acuerdo, consciente en todo momento de la mirada de su madre sobre su rostro y de Cal, que aparentemente se mantenía erguido en su silla solo por la fuerza de su voluntad.

Lo miró a los ojos y le comunicó moviendo la boca, pero sin articular sonido:

—Vete a la cama —Y se sonrojó cuando él enarcó una ceja y le dirigió una mirada que sugería que le gustaría acompañarlo. Tal vez, después de todo, no estaba a punto de morir.

—Sophie. —Dio un respingo con los nervios a flor de piel, y se encontró con su madre de pie junto a su silla.

—¿Mamá?

—¿Qué has estado haciendo? Tienes un aspecto horrible. ¿Estás enferma por algo?

—He pasado una noche muy agitada, mamá, y apenas he dormido. No sabría explicarlo. —Lo cual era cierto, no tenía ni idea de qué había puesto a Cal tan enfermo.

—Y Calderbrook también parece estar muy indispuesto.

—También el señor Thorne —murmuró Sophie—. Y el señor Hunt tampoco parece el mismo de siempre. Quizá bebieron mucho anoche.

—Espero que no. No me gusta pensar en jóvenes tan agradables bebiendo en exceso.

—No, mamá.

—¿Quién es tu corresponsal, querida?

—¿Corresponsal? Ah, tengo una carta. No me había dado cuenta. —Su madre no se movió. Aunque no insistiría en leer las cartas de su hija, sin duda esperaba que le dijera quién le escribía.

Sophie tomó un cuchillo sin usar, cortó el sello y desplegó parcialmente la primera hoja para mostrar el membrete del fabricante de bastones. ¿Por qué no la había abierto antes de que su

madre se pusiera a su lado?

—Es del fabricante de bastones. —Bajó la voz—. Le compré un bastón como regalo para Cal y me ha enviado la cuenta.

—¿A esta dirección?

—¿Y por qué tenía que ser tan inteligente su madre?

—Fui estúpida y me olvidé de darle nuestra dirección de Londres, pero le dije que venía aquí y para quién era el bastón para que pudiera grabar las iniciales de Cal en la banda de plata.

—Ya veo. Parece que tiene prisa con el dinero.

Sophie se encogió de hombros.

—Soy una clienta nueva, supongo que es un poco precavido. No es una tienda grande.

Por el rabillo del ojo podía ver a Hunt entablado con los demás hombres una seria discusión sobre los méritos rivales del billar, una visita a la sala de armas, la lectura de los periódicos en la biblioteca o desafiando la llovizna para dar un paseo. Inevitablemente, la mesa de billar y la sala de armas se impusieron y los hombres empezaron a abandonar la mesa y a salir rezagados.

Solo Sophie pareció darse cuenta de que Hunt se detenía junto a Cal, protegiéndolo en parte de la sala para que pudiera ponerse en pie con dificultad y hacer una pausa para recuperar el equilibrio.

—Quiero ver tus nuevos Manton —dijo Hunt cuando salieron de la habitación, metiéndole la mano bajo el codo mientras paseaban. Lo hizo muy bien.

—Creo que iré a acostarme, mamá. Si consigo dormir unas horas me sentiré mucho mejor. De lo contrario, seré una compañía nefasta.

—De acuerdo, querida. ¿Quieres que vaya a leerte mientras te acuestas?

—Gracias, pero no. Tal vez podrías explicárselo a Lady Peter y darle mis disculpas.

Sophie cerró la puerta de su dormitorio y se apoyó en ella con un suspiro de alivio. Flynn salió del vestidor.

—¿Estás sola, señorita Wilmott?

—Sí. Dime, ¿cómo está?

—Enfermo como un caballo —dijo francamente el ayudante de cámara—. Pero Hunt dice que no estaba tan mal como las veces anteriores a su partida.

Sophie se fijó en la manera informal en que hablaba del maestro de esgrima y se preguntó cómo se dirigía a Cal cuando estaban solos. Sospechaba que los tres habían entablado una estrecha amistad durante sus viajes.

—Ya no es un joven enfermizo —dijo—. Es fuerte y está en forma. Eso puede marcar la diferencia.

—Cierto, señora. —Flynn enderezó los cepillos del tocador—. Aun así, ambos creen que esta vez tomó una dosis menor de lo que fuera. He estado probando todo lo que hay aquí: la colonia, el polvo de dientes, el jabón de afeitar, el agua de la jarra que hay junto a la cama, aunque la llené yo mismo anoche.

—¿Cómo has probado las cosas?

—Las he probado yo mismo. Me bebí el agua, me afeité con el jabón, usé el polvo de dientes, me eché la colonia. Me siento como una pulga, pero puede que me lleve todo el día.

—Es muy leal de tu parte hacer eso. Por el amor de Dios, dínos si te encuentras mal.

El ayudante de cámara se encogió de hombros.

—Jared y el duque me salvaron la vida. Y no le importó quién o qué era yo. Me dio un trabajo, cambió mi vida. Le debo mucho a Cal... Le debo mucho a Su Excelencia.

Eso respondió a la pregunta de por qué eran tan cercanos los tres hombres. El duque, el

maestro de esgrima y el ayudante de cámara se conocían de sobra y, al parecer, estaban dispuestos a arriesgar el pellejo el uno por el otro. Sintió que la ansiedad por Cal retrocedía un poco. No podía hacer nada por el momento, lo mejor era ver qué tenía que decir el señor Tanner.

La nota estaba en un papel muy fino, sellado con una oblea encolada, no con cera, para que no se notara entre los pliegues del papel grueso que el tendero utilizaba para sus facturas. La extendió y leyó.

Señora, el sujeto ya ha intentado chantajear antes, habiendo seducido a la hija del vicario de una parroquia a unas diez millas de su casa de Cornualles. Sin embargo, el intento de extorsión no tuvo éxito, ya que la chica se lo dijo a su padre, que es uno de los párrocos de la escuela, tan a gusto en el campo de caza como en el presbiterio. Se dirigió al sujeto con su fusta y luego subió al púlpito para denunciarlo por un acto antinatural que no puedo describir en una carta a una dama, pero que involucraba ovejas.

Cuando el sujeto intentó rebatirlo con la verdad, nadie le creyó, o, mejor dicho, nadie quiso admitirlo, ya que la joven es muy querida en la zona. Sin embargo, los habitantes de la zona están muy orgullosos de su vicario por su firmeza, y mi agente pudo atar cabos fácilmente tras varias sesiones en las tabernas locales.

Continúo investigando, ya que es muy posible que haya estado implicado en negocios deshonorosos en otros lugares. Mi agente está intentando descubrir dónde ha estado desde ahora hasta su última estancia en la capital.

*Sigo siendo, señora, su obediente servidor a sus órdenes,
Josiah Tanner.*

¿Ovejas? ¿Ovejas? Qué indignante por parte del vicario, y qué inteligente. Había acusado a Jonathan de una perversión tan vergonzosa, y por su naturaleza tan secreta, que cualquier cantidad de furia y fanfarronería podría ser atribuida a la culpa. De hecho, le haría parecer más culpable.

¿Pero era suficiente para silenciarlo ahora? Tal vez había recuperado el equilibrio y el aplomo y podía reírse, decir que todo era una broma de unos amigos borrachos. Cornualles estaba muy lejos y, si mantenía la cabeza fría, podría lograrlo.

Tal vez lo mejor fuera esperar a ver si el agente del señor Tanner removía más rocas para revelar desagradables secretos bajo ellas. Le entraron ganas de enfrentarse a Jonathan, de echarle en cara aquel escandaloso rumor, pero si se daba cuenta de su farol, se quedaría sin armas, él estaría en guardia y el puro rencor podría hacerlo aún más peligroso.

Él parecía estar disfrutando en la fiesta de la casa, más allá de cualquier satisfacción que pudiera obtener atormentándola, así que pensó que estaba lo suficientemente a salvo por el momento.

La carta cabía fácilmente detrás del espejo de su tocador, y la factura del bastón la dejó sobre el escritorio. El engaño le resultaba incómodo, como unos zapatos demasiado apretados. Era otro punto a favor de Jonathan, que la había convertido en una disimuladora.

El reflejo que le devolvía el espejo del tocador no era ningún consuelo, parecía una mujer que había pasado la mayor parte de la noche despierta y aterrorizada. Una siesta de una hora sería una buena idea y al menos haría que su excusa ante su madre fuera veraz, lo cual era un pensamiento deprimentemente engañoso en sí mismo.

Sophie se despertó a las once, según el reloj de la repisa de la chimenea, y se quedó tumbada preguntándose por qué se sentía tan aprensiva. Cal. Estaba en la puerta de su habitación, con el pelo todavía despeinado y la bata arrugada, antes de que pudiera pararse a pensar. Pero la habitación estaba vacía, las sábanas sin doblar. Debería estar descansando, se inquietó.

Cuando llegó al vestíbulo, con el pelo apresuradamente alisado y las faldas sacudidas, no había señal de vida, excepto por el siempre presente criado junto a la puerta principal.

—Buenos días. —Repasó su memoria—. James. ¿Dónde está Su Excelencia?

Sonrió, luego controló su rostro antes de que el mayordomo la pillara.

—En la sala de armas, señorita Wilmott. ¿Le muestro el camino?

—No, me basta una explicación. Tengo que aprender a orientarme.

—Por esa puerta, señorita, y por el pasillo a la izquierda al final, baje los seis escalones, a la derecha...

—...seis escalones, a la derecha, tercera puerta a otro pasillo, debe ser ahí. —Podía oír voces y escuchó el acero chocando. Sophie corrió.

Estaba sudando como un cerdo, sentía los músculos del estómago como si el diablo se los estuviera haciendo pasar por un manguito y le dolía todo, pero el ejercicio estaba sacando los restos del veneno de su organismo y quienquiera que lo hubiera puesto allí debía estar ahora convencidísimo de que había fracasado.

Su primo y su tío estaban en la habitación junto con todos los invitados masculinos, varios de los cuales sostenían floretes preparados para un combate con Jared. Habían desplazado la larga mesa hacia un lado, dejando espacio de sobra para un par de esgrimistas, y habilitando asientos improvisados para los asistentes que no estaban apoyados contra las paredes y los armarios de las armas.

El maestro de esgrima lanzó un desafío casualmente cuando Cal se lo llevó a un lado y le sugirió que sería buena idea que demostrara que estaba vivito y coleando. Jared no tardó en apostar un nuevo y elegante florete que había traído consigo a que nadie podría desarmarlo.

—¿Cuánto pagan los perdedores? —Preguntó Ransome.

—Nada. Me gusta pelear. —Jared enseñó los dientes con una sonrisa que demostró a Cal que su amigo seguía sin simpatizar con el otro hombre, aunque, naturalmente, no había dicho nada sobre el secreto de Sophie ni sobre sus propias sospechas.

—Empezaré yo —Le ofreció. Lo mejor era terminar la demostración mientras pudiera mantenerse en pie. Aunque le dolía mucho, aunque se sentía débil, descubrió que podía luchar y sacar fuerzas de algún sitio. Se había fortalecido con todos esos años de viaje, todos los peligros y las aventuras y la incesante necesidad de mantenerse en forma para cuidar de su pequeña casa.

Jared estaba siendo cuidadoso, más que cuidadoso, estaba haciendo quedar bien a Cal, pero, aun así, podía sentirse satisfecho consigo mismo. Allí. Una apertura repentina, una estocada, la finta esperada de Jared, la recuperación, y Cal se deslizó con un corte que habría hecho volar la espada de un hombre menor.

Solo que este no era un hombre menor. Jared mantuvo agarrado su florete, se retorció, miró a Cal a los ojos y este, leyendo el mensaje, dejó que su agarre se debilitara. Su florete se apartó y el extremo romo de la espada de Jared le tocó la garganta.

Mientras una oleada de aplausos recorría la sala, Cal levantó las manos, con la palma hacia fuera, en señal de rendición, se dirigió a una silla y se desplomó en ella con una muestra de agotamiento que no necesitaba fingir.

—Eres demasiado bueno, Hunt.

—Tú tampoco estás mal, Excelencia. —Jared apenas había sudado—. Pero yo te enseñé. —Entre risas se volvió hacia los otros hombres—. ¿Quién es el siguiente?

—Yo mismo. —Jonathan Ransome tomó un florete y se dirigió al centro de la sala mientras un movimiento junto a la puerta atraía la mirada de Cal.

¿Sophie? Tenía los labios blancos, pero se escabulló detrás de la fila de hombres que

observaban el comienzo de la nueva competición y se arrodilló junto a su silla sin ser vista.

—¿Qué estás haciendo? —Le preguntó en un susurro furioso—. Deberías estar tumbado, no esforzándote, y mucho menos luchando.

—Estoy disimulando —susurró él, disfrutando de la sensación de acercar tanto los labios a la oreja de ella, sintiendo las cosquillas de sus rizos en la nariz, inhalando el perfume ligero y especiado que llevaba—. Y el ejercicio me ha sentado bien, he sudado el resto del veneno.

—Te estaba buscando, y entonces oí el choque del acero, estaba muy preocupada.

—Creías que Jared me iba a hacer trizas, ¿no?

Él mantuvo la mano en su hombro mientras ella se arrodillaba junto a su silla. No debería estar aquí, no en esta sala llena de hombres, y no iba a llamar la atención sobre ella levantándose para cederle la silla. En un momento iba a tener que sacarla de la habitación, pero disfrutó de la sensación de su cálida piel bajo su mano.

—No lo sé —murmuró ella con resentimiento, mientras arqueaba el cuello para permitirle un mejor acceso—. Los hombres siempre parecéis batiros en duelo a la menor provocación. ¿Con quién está luchando ahora? Vaya.

—¿No te gusta Ransome?

Sophie se encogió de hombros.

—Es demasiado engreído.

—Es muy guapo, o eso me han dicho.

Hizo un sonido complicado, una mezcla entre un bufido y un resoplido.

—No me llama la atención.

Eso es mentira. La mano de él se detuvo en el hombro de ella. Sabía que Sophie no le había mentado, pero tampoco era cierto. Ahora tenía el cuerpo rígido y anoche había ignorado deliberadamente a Ransome, aunque él había reaccionado ante ella. Todas las sospechas de la noche anterior volvieron a su mente.

—Sophie... —No, no era el momento ni el lugar.

Jared estaba concentrado en Ransome, que era un esgrimista al que le gustaban las florituras, y aun así era bueno. Tenía una intensidad, respaldada por unas habilidades sólidas, que lo hacían muy peligroso. Justo cuando lo pensaba, hubo una ráfaga de movimientos, Jared se abalanzó y los pies de Ransome se resbalaron, cayendo al suelo con un ruido sordo.

—He tenido suerte. —Jared extendió la mano—. Has girado el talón en esa losa irregular.

No es un buen perdedor, pensó Cal, al ver la furia en los ojos del hombre y la artificialidad de su sonrisa cuando apartó la mano de Jared y se puso en pie.

Sophie se sumó a los aplausos con ganas. Iba a llegar al fondo del asunto. Pero todavía no.

—Será mejor que vuelvas a escabullirte —le murmuró al oído—. Yo también me voy, a ver a Isobel, tú primero.

Ella se levantó y salió de puntillas y Cal se puso en pie, captando la atención de los invitados que habían estado en medio de una discusión técnica sobre el último movimiento de Jared.

—Tengo que ir a comprobar unas cosas. Si me disculpan, caballeros. Llamad si queréis un refresco.

Se puso el abrigo y alcanzó a Sophie en la primera esquina. Ella se giró al oír el ruido de sus pies sobre las losas, le rodeó el cuello con los brazos y le besó en la boca. Cal se dejó llevar por el ímpetu hasta la pared, apoyó los hombros en el revestimiento y disfrutó de la sensación de que una mujer furiosa le besase con furia.

—Un día te voy a dar una buena —le espetó cuando salió a tomar aire—. Deberías estar en la cama descansando, ¿y qué haces? Empiezas una pelea. Estuviste magnífico y me pareció

emocionante, pero estoy furiosa conmigo misma y contigo.

—¿Magnífico? Jared me desarmó.

—Es un profesional y, además, le dejaste sacar lo mejor de ti justo al final. Nunca había visto a un hombre vallar, y tus... —Se interrumpió, mordiéndose el labio—. Tus... músculos me distrajeran bastante.

Qué ridículamente halagador. Cal controló su sonrisa, agachó la cabeza y besó a Sophie muy a fondo para asegurarse de que estaba lo más excitada y distraída posible antes de soltarla.

—Tengo que ir a ver a Isobel.

—Iré contigo.

—Jared acaba de hacer una exhibición con Ransome —observó, dándole una oportunidad por si quería aprovecharla.

—Sí —respondió con indiferencia.

—No puedo decir que me guste ese hombre. Habría pensado que Sir Toby tendría mejor juicio. Ransome es superficial.

—Toby no le ha visto en años, supongo que habrá olvidado cómo es.

—¿Ya lo conocías?

—Sí, lo conocí la última vez que estuvo en la ciudad. Su voz era completamente incolora.

Confía en mí, por el amor de Dios, mujer. No le había dicho nada acerca de su amante que le permitiera objetar violentamente en su favor. Si estaba en lo cierto y Ransome era el hombre, tenía que ignorarlo, a menos que ella le pidiera que lo echara o que el hombre la insultara o requiriera intimidad no deseada.

Le inquietaba la idea de que ahora que había atrapado al duque dejaría de ser sincera con él. La franqueza de Sophie era algo que valoraba profundamente.

Capítulo diecinueve – Donde Sophie hace magia

Sophie tomó su bordado antes de subir con Cal a la guardería. Tenía una idea sobre cómo tratar a Isobel y le sería un accesorio útil.

—¿Se enrabietará de nuevo? —Preguntó cuando Cal se detuvo en la puerta.

—Puede que sí. —Cuando ella tomó aire para hablar y luego cerró los labios con firmeza, él la miró con una sonrisa—. Gracias por no decirme que me fuera a descansar.

Abrió la puerta de un empujón y se encontró con una escena que le encogió el corazón. Nanny Jenkins, con las manos en las caderas, se enfrentaba a Isobel, que había adoptado la misma postura.

—No me gusta esta casa. No me gustan mis clases. Quiero salir.

—Saldrás cuando tu padre te lo diga y no antes.

—Soy una dama ahora que papá es duque. Tienes que hacer lo que yo diga.

—Una dama tiene modales y conoce su deber —dijo la galesa—. Tu padre me ha puesto a cargo de ti. Es tu deber convertirte en una joven educada, bien informada y con buenos modales.

—Qué aburrido.

—Supongo que eres demasiado joven para que la señora Jenkins te cuide en lugar de una niñera. —Sophie entró en la habitación—. Obviamente, tu padre confía en lo adulta e inteligente que eres, pero todavía no es así. Buenos días, señora Jenkins. ¿Puedo unirme a la conversación?

La señora Jenkins hizo una reverencia, Sophie sonrió y tomó asiento en la ventana, sacudió su bordado y se sentó.

—Buenos días, señorita Wilmott. Buenos días, Excelencia.

—¡Papá!

—Señora Jenkins. Isobel. He venido a ver cómo van las clases. —Cal se agachó y levantó a la niña, le besó la mejilla y la volvió a dejar en el suelo.

Isobel se sacudió los tirabuzones.

—Me estoy esforzando mucho. No me gusta esta casa.

—Aún no la conoces. Pero si la señora Jenkins cree que te has portado bien esta mañana, después de comer puedes salir a explorarla. Con dos criados, señora Jenkins, no vaya a ser que luego haya que pescarla del lago.

—Gracias, Excelencia. Hemos estado estudiando la conducta. Como tenemos visita, Isobel, me gustaría que fueras a saludar a la señorita Wilmott y conversar educadamente mientras tu padre y yo nos sentamos tranquilamente aquí. —Por la forma en que miraba a Cal, Sophie se dio cuenta de que se encontraba mal.

Isobel, con el labio inferior levantado, se acercó a Sophie, que colocó su bordado en el asiento de al lado.

—Buenos días, señorita Wilmott. Bienvenida a la guardería. Espero que tu estancia sea agradable.

—Buenos días, Lady Isobel. Gracias, me lo estoy pasando muy bien.

Isobel se volvió con una sonrisa de satisfacción y marchó hacia la señora Jenkins, que se limitó a despedirla con la mano.

—Conversación, Isobel.

Sophie se acercó con una pequeña silla para que estuviera frente a ella.

—Tengo un bordado en el que trabajar. ¿Coses, Lady Isobel?

—No.

Se hizo el silencio. Sophie, que se había enfrentado a situaciones sociales más desalentadoras, hizo plácidamente una fila de nudos franceses y esperó.

—¿Por qué cosas? ¿Por qué no compras lo que quieres?

—Es interesante crear exactamente lo que me gustaría y sentirme satisfecha cuando lo he hecho. Es un regalo para mi madre, una funda para su lavabo.

—No tengo madre. —*Y tú no lo vas a ser*, prometió la feroz mirada marrón.

—Pero tienes padre. Podrías bordar sus iniciales en un pañuelo, así pensaría en ti cada vez que lo mirara. —Sophie sacó un gran cuadrado liso de lino fino del bolso, donde lo había guardado pensando precisamente en eso, lo alisó en el asiento de al lado y retomó el bordado.

—No conozco a nadie que haga eso. Nanny Jenkins hace punto.

—Me tienes a mí. —Sophie miró por encima de la cabeza oscura hacia donde Cal estaba tumbado en la maltrecha *chaise longue*, con las manos cruzadas sobre el vientre plano y los ojos cerrados. A su lado, la señora Jenkins tejía plácidamente algo gris y con encaje.

—No te gusto. —Isobel pisó la alfombra con un dedo del pie.

—¿Por qué dices eso? No te conozco.

—Fui maleducada contigo. Nanny Jenkins dice que a la gente no le gustan las personas que son maleducadas.

—Es difícil, estoy de acuerdo. Pero ayuda si sabes por qué alguien es maleducado. Pensaste que iba a ocupar el lugar de tu madre y que tu padre no te querría tanto si se casaba conmigo. —Sophie delineó una rosa con puntadas firmes, con los ojos fijos en la labor.

—¿Cómo lo sabes? —Cuando levantó la vista, Isobel la miraba con la boca abierta.

—Porque mi madre se volvió a casar después de la muerte de mi padre, así que sé lo fácil que es preocuparse y sentir celos. Pero he conocido a mi nuevo padrastro y ahora lo quiero mucho, y mi madre me sigue queriendo tanto como siempre, y ahora también tengo a mi padrastro. Nunca podrá ocupar el lugar de mi verdadero padre, es otro tipo de papá. Yo sería otro tipo de mamá para ti.

—Ah. —Sophie pensó en silencio mientras enhebraba la aguja con un rosa más intenso—. ¿Tengo que llamarte mamá?

—No, si no quieres. Podemos pensar en un nombre juntas.

—¿Me enseñas a hacer un pañuelo para papá?

—Claro que sí.

Cal se despertó con olor a tiza y lavanda. Se tumbó escuchando los chasquidos cerca de su oído y, más lejos, el murmullo de voces femeninas, una suave y grave, otra más aguda y que amenazaba con escaparse de un susurro.

Sabía que estaba en la guardería sin molestarse en abrir los ojos. Se sentía cálido, relajado y considerablemente mejor que cuando había cedido a la insistencia de la señora Jenkins de acostarse y descansar.

Se preguntó vagamente qué magia había creado Sophie para hechizar a Isobel y luego se dejó llevar de nuevo hacia el sueño. Tiempo suficiente para levantarse y sacar músculo, como sospechaba que iba a tener que hacer si Ransome seguía inquietando tanto a Sophie. Nadie iba a angustiar a la mujer que él...

Sophie vio que Cal se estiraba y empezaba a incorporarse, y guardó el cuadrado de lino con la letra C dibujada a lápiz en su bolso de costura.

—No se lo digas a papá, será un regalo sorpresa.

—¿Volverás y me enseñarás a coserlo? ¿Por favor?

—Por supuesto. —Dijo en un susurro, luego levantó la voz—: Ha sonado el gong de aviso para el almuerzo, Excelencia.

—¿He estado durmiendo y descuidando a tres señoras? —Cal se levantó y se pasó una mano por la cara—. Qué terrible ejemplo de malos modales para mi hija. Tengo que bajar a lavarme y cambiarme, he venido directamente del combate de esgrima.

—Nos hemos entretenido muy bien, pero me gustaría que me acompañaras a mi habitación. —Sophie se despidió, poniéndose un dedo en los labios en advertencia a Isobel, que obviamente estaba que reventaba con su secreto, y dejó que Cal la tomara del brazo en las escaleras.

Su color había vuelto a la normalidad y solo las sombras oscuras bajo sus ojos delataban que había estado atormentado por el dolor y la enfermedad durante la mayor parte de la noche.

—Eres una hechicera —dijo—. ¿Qué hiciste para domar a la niña?

—Recuerdo que uno de nuestros mozos de cuadra me enseñó a manejar un potro tan salvaje que nadie podía ponerle un ronزال. Jim se sentaba en la valla, puliendo un poco de cuero, sin prestar la menor atención al animal. El potro se volvía insoportablemente curioso y se acercaba cada vez más hasta que le golpeaba con el hocico para llamar su atención. Entonces sacaba una mano, sin mirarlo, y lo acariciaba. Al cabo de unos días podía hacer cualquier cosa con él. A Isobel le preocupa que intente sustituir a su madre y que tú la quieras menos si... si tienes a otra persona en tu vida. Le dije que tengo un padrastro y la entiendo. Y ahora tenemos un secreto que ocultarte y ella lo adora.

—¿Qué secreto? —Sonaba tan suspicaz que ella se rio.

—Es un secreto. Cal, tienes mucho mejor aspecto, me siento aliviada.

La acercó a él y apoyó la mejilla en su cabeza.

—Durante la noche, cuando estaba muy mal, supe que estabas ahí. Debería haber tenido fuerzas para echarte y no infligirte aquello.

—Por supuesto —dijo Sophie, frotando la mejilla contra la parte delantera de su camisa—. Y debería haberme dado cuenta de lo bien que me habría sentido si me hubiera vuelto a la cama a dormir y te hubiera dejado allí. No me habría preocupado lo más mínimo.

—Eres malvada. —No la soltó.

—¿Te preocupa y te hiere el orgullo que te viera cuando estabas enfermo?

—Hmm. —Supuso que estaba de acuerdo.

—Vamos a casarnos, Cal. Necesito conocerte, comprenderte. Ahora sé que cuando todo se despoja de ti y sufres, sigues siendo valiente y sigues luchando. —La mano que había estado acariciando su espalda se quedó muy quieta—. Quiero que seamos sinceros el uno con el otro.

—Sí, me parece bien. —La soltó y empezó a caminar a paso ligero por el pasillo hacia sus habitaciones—. Ahora debemos darnos prisa si quiero lavarme y cambiarme para no llegar tarde al almuerzo. Y tengo que enviar una nota a Prescott. Le necesitare aquí si las cosas se... complican.

¿Qué había dicho? Tal vez lo había avergonzado con lo que él vio como un exceso de sensibilidad. O tal vez sabía instintivamente que ella le ocultaba algo.

Sophie entró en su salón desde el pasillo interior y dejó su bolso de costura. Sonó el reloj, una fina nota plateada, y se volvió hacia la puerta de la alcoba. Llegaría tarde al almuerzo. No había necesidad de llamar a Mary, su vestido estaba en perfecto estado, al igual que su cabello, según el espejo. Solo tenía que lavarse las manos.

Tenía la mano puesta en la puerta de la habitación cuando sintió una punzada de conciencia

que le advirtió que no estaba sola. Se giró y allí estaba Jonathan, tumbado en la cama imitando inconscientemente a Cal en la tumbona del cuarto de los niños.

—Sal de aquí. Ya.

—Tenemos que hablar, Sophie querida.

—Aquí no y ahora tampoco. Van a ir todos a almorzar.

—Ideal para una charla rápida y privada, ¿no crees? —Se levantó y caminó hacia ella. Sophie se mantuvo firme, con la barbilla en alto, pero él siguió acercándose hasta que estuvieron mano a mano—. No me lo estoy pasando muy bien aquí, Sophie. No me siento muy bienvenido, por cómo me miras y por cómo me mira tu duque. Y su manso maestro de esgrima. He sido paciente, pero quiero dinero. Ahora.

—Ya te lo he dicho, no tengo.

—Pregúntale a tu duque, él te dará lo que quieras. Llévatelo a la cama y complácelo. Me mentiste, ¿verdad Sophie? Me hiciste creer que compartías su cama. Pero no es así, ¿verdad? Lo he comprobado.

—Así que eras tú el que fue a la habitación de Cal la primera noche. —El alivio de no haber sido alguien con un cuchillo o una ampolla de veneno debió de notarse en su voz, porque Jonathan la miró con extrañeza.

—No voy a ser paciente mucho más tiempo, Sophie. Quiero quinientas libras para mañana por la noche o empezaré a contarlo.

—Y yo se lo contaré al duque y te matará. Es al menos tan bueno como tú con el estoque, ya lo has visto esta mañana.

—No creo que lo hagas, Sophie. —Se movió, forzándola contra el tocador—. Mira lo que tienes que perder: toda esta riqueza, todo este estatus. Serás una buena chica y harás lo que yo te diga. Y, solo por los viejos tiempos, creo que ahora me cobraré un beso.

Echó la mano a la espalda en busca del cepillo, se abalanzó cuando la mano derecha de él se cerró sobre su pecho y se retorció cuando la otra mano subió para agarrar el pesado cepillo de dorso plateado. Salió volando y se estrelló contra el cristal de una acuarela que había junto a la puerta, haciéndolo añicos. El retroceso de Sophie la lanzó al otro lado del tocador, esparciendo botellas y cajas hasta estrellarlas contra el suelo.

—Putastúpida. —Jonathan la levantó de un tirón y ella se incorporó luchando, pataleando y arañando mientras él la arrastraba hacia la cama.

El ruido de la puerta de la sala de estar al abrirse parecía formar parte de la lucha, hasta que se oyó un rugido de rabia y alguien le quitó a Jonathan de encima. Sophie retrocedió y cayó sobre la cama mientras Cal golpeaba al hombre al otro lado de la habitación.

—Sophie, ¿estás herida? —Se colocó entre ella y el hombre caído.

—No creo. Quizá magullada. —Con esfuerzo, evitó que le temblara la voz. Cal parecía incandescente, si adivinaba lo conmocionada que estaba, no podía imaginar lo que haría a continuación.

—Bien. Entonces no necesito destripar a esta escoria antes de matarlo.

Jonathan se puso en pie tambaleándose.

—No cometerías un asesinato.

—Yo que tú no apostarías por ello —dijo Jared Hunt, y ella se dio cuenta de que había seguido a Cal a la habitación, con Flynn pisándole los talones—. Él quizá no, pero yo sí.

—Ahora quieres protegerla, pero espera a que te diga lo que es. Le quité a Doña Virtudes...

—La virginidad, sí, lo sé. —Cal sonaba aburrido, en todo caso.

Sophie se quedó mirando la espalda ancha, los puños que se apretaban y aflojaban

lentamente, deseando poder verle la cara. ¿Cómo había sabido que era Jonathan?

—Una decisión muy mala por parte de la señorita Wilmott, tomar a algo como tú como amante, pero era joven e inocente y todos cometemos errores. El tuyo, Ransome, fue acercarte a menos de cien millas de ella otra vez.

—Apuesto a que no contó qué más pasó esa noche, quién más la tuvo. —Jonathan se pasó el dorso de la mano por la boca sangrante.

—Nadie más —dijo Cal con total seguridad—. Pero Sophie te humilló y por eso no has vuelto a Londres desde entonces. ¿Por qué? ¿Te amenazó con contarle a todo el mundo lo patéticas que son tus habilidades en la cama?

Cal parecía poseído por algún tipo de magia negra. Sophie apartó a Flynn, que intentaba quitarle las pulseras para comprobar si tenía moratones en las muñecas, y se levantó de la cama.

—Creía que nos íbamos a fugar —dijo, sentándose con elegancia en la silla más cercana antes de que sus rodillas cedieran—. Era la noche del baile de máscaras de Lady Houghley y sabía que no me echaría de menos en horas. Me llevó a una mísera cervecería al otro lado del Támesis, donde obviamente era conocido, dado el número de zoquetes borrachos que lo saludaban. Me arrastró hasta un dormitorio repelente y me dijo que, si no le dejaba hacer lo que quería, invitaría también a todos sus amigos. Así que lo hice. Se estaba emborrachando y después bebió más y se desmayó. Lo ató a los postes de la cama con su corbata y mis medias y tomé una cinta de seda rosa de mi camisa y la ató con un bonito lazo alrededor de su... —Agitó una mano, buscando la palabra adecuada.

—¿Pene? —Sugirió Flynn.

—Eso. Pene. Para entonces era del tamaño de un pasacintas, así que esa es exactamente la palabra adecuada.

Cal soltó una carcajada y Jonathan se puso rojo.

—Luego bajé las escaleras y descubrí que estaba cerca del río. Un barquero me llevó al otro lado, encontré un coche de caballos y volví al baile justo antes de que me desenmascararan. Nadie supo nunca que había desaparecido.

Se arriesgó a echar un vistazo al perfil de Cal y descubrió que sonreía, aunque sombríamente.

—Jonathan desapareció de Londres y no volví a verle hasta antes de venir aquí. Está intentando chantajearme.

—¿De veras? —Cal juntó los dedos de las manos y crujió los nudillos siniestramente—. Así que es un mentiroso, un violador y un extorsionador.

—No puedes desafiarle —observó Hunt—. No es un caballero.

—No. Lástima.

—No soy la primera —dijo Sophie. Ya no le temblaban las piernas, así que se levantó, tomó la carta de Tanner de entre los restos de su maletín y se la entregó a Cal.

Su mirada pasó del encabezamiento de la carta a la cara de ella y luego volvió a la carta.

—Además, parece que le gustan las ovejas.

—¡Eso no es verdad! Ese maldito párroco...

—Pero todo lo demás es cierto, ¿no? Vamos, Ransome, deberías admitirlo. Puede que me dé reparo enfrentarme a ti en un campo de honor, pero no tengo inconveniente en sacarte una confesión a golpes.

—Muy bien, lo admito. Todo.

—¿Incluso lo de la oveja? —Preguntó Flynn y obtuvo una mirada asesina como respuesta.

—Pero no puedes decir nada, no sin mantener su nombre fuera de esto. —Señaló a Sophie con la cabeza y Cal gruñó en el fondo de su pecho.

—Ese amigo tuyo americano, ¿sigue atracado en Bristol, Jared?

—Sí, estará allí más o menos una semana, aprovisionándose para su viaje a las Indias Orientales. ¿Estás pensando lo que yo creo? ¿Entregarle a este buen trabajador como miembro de la tripulación?

—¡No puedes hacer eso! —Jonathan se lanzó hacia la puerta. Cal lo agarró por el cuello y lo levantó, jadeando y forcejeando.

—Te haría mucho bien. El capitán Lucas dirige un barco hermético, con mucho trabajo estimulante y latigazos para los que rehúyen. Se dirige a una zona muy colorida, lo disfrutarás. Cazadores de cabezas, todo un libro de texto de enfermedades tropicales, tifones, piratas. Grandes marineros rudos y muy frustrados que recibirán con los brazos abiertos a un guapo y joven compañero de barco.

Tiró a Jonathan al suelo y lo dejó abriéndose el paño del cuello en un esfuerzo por respirar.

—Flynn, llévatelo y enciérralo en su habitación y dile a los criados que se encuentra mal y que no lo molesten. Yo que tú lo ataría a la cama. Ah, y llévate una pistola cargada. Jared, ¿puedes llevarlo a Bristol mañana temprano? Llévate contigo a Flynn. Pídele a Wilkins en los establos que te consiga un carruaje y unos mozos de cuadra que mantengan la boca cerrada.

Cal esperó hasta que Flynn y Hunt arrastraron al forcejeante y protestón Jonathan a través de la puerta y luego la cerró tras ellos.

—¿No vas a pedir clemencia por él? Después de todo, fue tu primer amante.

Así que estaba enfadado con ella. Sophie pensó que no podía culparle. No. Es una amenaza para las mujeres, condenado por su propia boca. Si esto llegara a los tribunales iría a la cárcel durante años, tal y como están las cosas, tiene una oportunidad. Si trabaja duro para ese capitán podría empezar una nueva vida en el este.

—Pero no podías confiarme esto, ¿verdad, Sophie? Te arriesgaste a contarme la mitad de la historia, que no eras virgen, y juzgaste correctamente que no había diferencia para mí. Pero me ocultaste el resto, me mentiste en Ludgate Hill, no tenías fe en que pudieras dejarme ayudarte y protegerte. No buscaba amor en este encuentro, lo sabes. Pero esperaba honestidad.

Capítulo veinte – Donde Sophie no se quita las perlas

Así que Jonathan ha ganado después de todo. Amo a este hombre que ya no quiere mi amor y no pude confiar en él cuando lo que necesitaba era confianza. Pero tenía que intentarlo.

—Pensé que, si te lo decía, lo matarías en un duelo. Eres el Duque Perdido, con las habladurías arremolinándose a tu alrededor por esa larga ausencia. Probablemente no te colgarían por matar a un hombre en un duelo, ¿pero cómo podía estar segura? Y luego, cuando descubrí que alguien intentaba matarte, ¿cómo sabía que no se aprovecharían de tal situación, fabricando pruebas, tal vez, para condenarte?

—En otras palabras, ¿me estabas protegiendo? —Preguntó Cal, con todo el aspecto de un duque, desde el desdén de su voz hasta las rígidas líneas de su rostro.

—Fue mi error, mi falta de juicio. Me correspondía a mí resolverlo.

—Sophie, estás prometida conmigo. Yo protejo lo que es mío. Si no puedo hacerlo, soy menos hombre de lo que debería ser.

—He herido tu orgullo, por lo que te pido disculpas. —Su tono no era conciliador, pero estaba tan enfadada como él. *Al diablo el orgullo masculino. ¿Por qué debería luchar para salvar este matrimonio?*—. Supongo que deseas cancelar el compromiso. Explicaré a todo el mundo que el esplendor de este lugar me ha sobrepasado, incapaz de cumplir con los altos estándares que se esperan de la esposa de un duque. Estoy segura de que recibirás mucha empatía.

—No pensé que fueras cobarde, Sophie. Ni cruel. ¿Qué pensará Isobel? Ha perdido a su madre, ahora ya no sientes que puedes asumir ese papel.

—Podría ser muy feliz criando a Isobel como mi hija. ¿Pero pasar mi vida casada contigo? Creo que no.

—Te casarás conmigo, Sophie. Te has acercado demasiado, sabes demasiados secretos. Además, te deseo, y nosotros los duques conseguimos lo que queremos, ¿no es así?

—Eso parece. ¿Cómo pretendes forzarme?

—¿Quién ha hablado de forzar? Me dijiste que te arrepentirías de haber mentido conmigo antes del día de nuestra boda. Bueno, me has estado mintiendo, Sophie, así que creo que me mentirás de nuevo, te arrepientas o no. No eres una falda que mariposea, esperas casarte con los hombres con los que te acuestas.

—¿Pretendes obligarme?

—No, Sophie. Pretendo seducirte esta noche. Ahora no, ya hemos hecho esperar bastante a nuestros invitados para el almuerzo, ¿no crees?

Se acercó a la ventana, la abrió de par en par y tiró de la manivela, esperando en silencio hasta que apareció Mary.

—Un gato ha entrado por la ventana con un pájaro que había cazado. Ha sembrado el caos y la señorita Wilmott se ha hecho daño al caerse persiguiéndolo. Límpialo, por favor, y cuidado con los cristales rotos. Vamos, señorita Wilmott.

—Tú... —Apartó el brazo en cuanto salieron por la puerta—. No me seducirás. No lo permitiré.

Cal se limitó a sonreír.

La historia del gato y el gorrión explicaba tanto el retraso como el aspecto alterado de Sophie para satisfacción del grupo que se reunía alrededor de la mesa. Dos señoritas declararon que les aterrorizaban los pájaros en la casa, Lady Peter expresó su disgusto por que se permitiera que un gato de establo se acercara a la mansión y la madre de Sophie sacudió la cabeza ante la idea de que su hija persiguiera animales por su dormitorio de una manera tan impulsiva.

—Deberías haber llamado a un criado, Sophie —le reprendió.

—Ah, y Ransome no nos acompañará —dijo Cal cuando entró Jared, con el rostro inexpresivo mientras se enderezaba las pulseras y ocupaba su lugar con unas palabras de disculpa—. No parecía encontrarse muy bien. Me pareció abstraído y, desde luego, el almuerzo era lo último que tenía en mente.

Sophie estaba lo bastante cerca como para oír a su madre murmurarle a Lady Peter:

—En mi opinión, no es una pérdida para la compañía. Siempre pensé que había algo raro en ese joven.

Ojalá me hubieras dicho eso a mí, mamá. Aunque probablemente estaba demasiado enamorada como para prestarle atención.

—Demasiado guapo para su propio bien —observó Lady Peter—. Les da una opinión exagerada de sus propios encantos. —Miró con el ceño fruncido a dos de las damas de honor que se lamentaban de la ausencia del simpático señor Ransome.

A pesar de todo, a Sophie le divertía ver cómo sus ojos se volvían hacia Toby, felizmente inconscientes de que estaba a punto de convertirse en el objeto de sus coqueteos.

Para Sophie, la tarde se alargó y se hizo muy pesada, aunque todos los invitados parecían divertirse, desde las coquetas damas de honor hasta los caballeros que habían salido a caballo cuando amainó la llovizna.

Cal fue el anfitrión perfecto, metiéndose con las damas más jóvenes, encantando a las mayores y encontrando entretenimiento para todos los caballeros, tanto si querían leer en la biblioteca como tomar prestado un hacha.

Ella charló, paseó por la terraza y pasó una hora con Isobel ayudándola con sus bordados. Cada vez que bajaba las escaleras, Cal aparecía como por arte de magia y ella era consciente de la sensual mirada de sus pesados párpados. Le respondía sonriendo dulcemente cada vez que sus miradas se cruzaban e intentaba ocultar el temblor de anticipación cuando las manecillas de los relojes giraban alrededor de sus esferas.

Aquella furiosa negativa a casarse con él no había sido más que conmoción y reacción, ella lo sabía perfectamente y sospechaba que Cal también. Ahora estaba segura de que lo amaba. Le quería, estaba enamorada de él, le deseaba. Rechazarlo por despecho, porque estaba enfadado con ella, porque no apreciaba sus motivos, solo la perjudicaría a ella y lo castigaría a él simplemente porque se había sentido engañado.

Ella también se sentía incómoda por sus motivos para negarse a hacer el amor plenamente antes del día de su boda. La sospecha de que no se había comprometido plenamente en este matrimonio seguía acosándola. No tenía ninguna virginidad que perder y había intimado con Cal tanto como era posible, sin ese acto final de unión, así que, ¿había insistido en esperar hasta la noche de bodas fingiendo que el fiasco con Jonathan nunca había ocurrido?

Le parecía una hipocresía haber insistido en negárselo a ambos, como si la respetabilidad y hacer «lo correcto» fueran más importantes que sus sentimientos mutuos.

Inquieta, Sophie abandonó el pequeño salón, dejando a las señoras mayores discutiendo en voz baja el último caso de estafa y a las más jóvenes diseccionando a fondo los últimos números de *La Belle Assemblée*, y fue en busca del ama de llaves.

Encontró a la señora Fairfax en el salón chino, arreglando grandes cuencos de rosas rojas y blancas.

—Esperaba que tuvieras tiempo para hablarme de la gestión de la casa —le explicó—. Sin entrar en detalles, por supuesto, pero para hacerme una idea de lo que supone ser la señora de algo tan grande, y con un ama de llaves tan experimentada como tú entre el personal. —Era una declaración, un compromiso, que sabía que había estado evitando hacer.

El ama de llaves sonrió.

—Por supuesto, señorita Wilmott. Estaré encantada, si no le importa que le dé los últimos toques a esto. —Cortó algunos tallos, ajustó algunas frondas de helecho y se apartó—. ¿Qué le parece?

—Son una combinación de colores muy llamativa.

—Una de nuestras tradiciones de Calderbrook. —La señora Fairfax barrió los adornos en la cesta que había sostenido las rosas—. Es una alegría tener al duque de vuelta en la residencia y observarlas de nuevo. Estas son para la rosa roja de Lancaster y la rosa blanca de York que se combinaron en la Rosa Tudor para marcar el final de las Guerras de las Rosas. El primer conde de Calderbrook fue ennoblecido por el rey Enrique VII y la familia siempre exhibe rosas rojas y blancas en homenaje a los Tudor cada vez que florecen.

—¿Qué otras tradiciones hay? —Sophie recogió los recortes de flores y las hojas de helecho y siguió a la señora Fairfax hasta el vestíbulo.

—Está la guirnalda de hiedra del viejo castillo que decora el escudo de armas. —El ama de llaves señaló el lugar donde un antiguo y maltrecho escudo colgaba en lo alto de la pared, envuelto en frescas hebras verdes de hiedra—. El asado de venado del rebaño del parque el primer domingo de cada mes, la recogida de agua del Arroyo del Duque, el izado de la bandera cada vez que el duque está en la residencia y la recompensa anual del duque, que es una gran celebración en el aniversario de la creación del ducado el primer día de septiembre de 1662.

Abrió la puerta oculta bajo la curva de la escalera.

—Esas son las principales tradiciones. Si quiere bajar, señorita Wilmott, le enseñaré las escaleras. Por supuesto, hay otras cosas que son especiales para esta casa, como los pasteles de especias que el cocinero hace para el duque, las grandes balanzas en las que los miembros de la familia son pesados anualmente, las hierbas que esparzo en la almohada del duque para promover el sueño...

La señora Fairfax recorrió el laberinto, invadiendo los dominios del cocinero, el territorio del mayordomo, todo con un cortés saludo y la noticia de que la nueva ama estaba con ella. Sophie se mareó con los nombres y los puestos, los entresijos de la sala de pastelería y el armario de confitería, la guarida del mozo y la carbonera, la bóveda de plata y la bodega, y tuvo que ser reanimada con vino en el propio salón del ama de llaves.

—Estoy muy impresionada, señora Fairfax, como esperaba estarlo, considerando lo bien que se mantiene la casa por encima de las escaleras y lo eficientemente que funciona todo.

La mujer mayor sonrió, elogió la supervisión de la casa por parte de Lady Peter y murmuró acerca del placer que todos tenían por el regreso del duque.

—Y saber que pronto daremos la bienvenida a una nueva duquesa, ¡eso sí que es poner la guinda al pastel!

Sophie estaba un poco achispada por los efectos de dos copas de potente vino y la cabeza llena de información cuando por fin subió las escaleras con el sonido del gong de vestir resonando todavía por el vestíbulo.

—¿Dónde has estado? —Le preguntó Toby, poniéndose a su altura a mitad de la escalera.

—Disfrutando de un exceso de domesticidad.

Arrugó la nariz.

—Suenan aburrido.

—La verdad es que fue sorprendentemente relajante. —Sin duda le había ayudado a decidir qué hacer con las amenazas de seducción de Cal aquella noche. Enfrentaría el fuego con el fuego y descubriría si podían cerrar la brecha que se había abierto entre ellos.

Sophie dejó que Mary la desnudara y, tras terminar el baño, despidió a la doncella.

—¿Y el peinado? ¿No quiere que se lo quite y se lo cepille?

—Me ocupo yo de eso, Mary. Me relajará.

Relajar no era exactamente lo que tenía en mente, provocador era más el efecto que buscaba, pero no podía decírselo a Mary.

—Sí, señorita. —La sirvienta la ayudó a ponerse el camisón y la bata y recogió el vestido de noche, guardó las perlas que Sophie se había puesto y se fue con un movimiento de cabeza—. Buenas noches, señorita.

Sophie sacó rápidamente el vestido y se lo volvió a poner. Lo había elegido porque podía abrochárselo sola y no dependía de cordones apretados para que le quedara bien. Abrió el joyero y se puso el collar de perlas, cerró la puerta, apagó las velas y se dirigió de puntillas al salón de Cal, donde se acurrucó en una silla cerca de la puerta del dormitorio y se dispuso a esperar.

Había contado con que él no se entretuviera con el brandy o la mesa de billar, no con la promesa de seducción en su mente, y fue recompensada con el resplandor de la luz bajo la puerta y el sonido de voces masculinas después de solo media hora.

—...con pinta de sórdido —dijo Flynn—. Le dije que dejara de buscar compasión. No tiene nada malo excepto un gancho de derecha en la cara.

—Es un espécimen lamentable.

La voz del ayudante de cámara se desvaneció, las puertas de los armarios se cerraron, se oyeron salpicaduras de agua y voces más lejanas. Estarían en el vestidor. Después de quizás diez minutos Flynn debe haber vuelto a la alcoba.

—La señorita Sophie tiene agallas al enfrentarse a Ransome como lo hizo.

—Las tiene —dijo Cal—. Eso es todo, Michael, gracias. Te dejaré volver con tu sórdido prisionero. Hunt subirá a relevarte en breve.

Sophie oyó cerrarse la puerta de la alcoba y el chasquido de la llave en la cerradura. Se levantó, se sacudió las faldas, respiró hondo y abrió la puerta que conectaba las habitaciones.

Cal giró la llave en la cerradura mientras el susurro de una corriente de aire le rozaba los tobillos desnudos bajo el dobladillo de la bata. Alguien había entrado en su habitación detrás de él, había abierto una ventana o una puerta. Se acercó despreocupadamente a la cómoda que había junto a la puerta y deslizó la mano bajo el montón de camisas que había encima. Cuando se volvió, tenía en la mano una de las pistolas de duelo. Su compañera estaba debajo de la almohada.

—¿Tienes puntería? —Preguntó Sophie. Estaba completamente vestida, con el pelo todavía recogido en su intrincado arreglo formal, y su voz era perfectamente firme.

Ah, sí, Sophie tiene agallas.

—Demasiada. —Aflojó el martillo y lo apoyó en el pecho con una silenciosa plegaria de agradecimiento por no haberse limitado a girar y disparar.

—Fue Jonathan el que entró a tu habitación esa noche —dijo, cerrando la puerta y entrando más en la habitación—. Intentó chantajearme para que me acostara con él y le dije que pasaba

todas las noches contigo. Fue a comprobarlo.

—Un asesino menos del que preocuparse. Sophie, ¿qué haces aquí?

—Esperando a que me seduzcas. —Se acercó al tocador y empezó a examinar los pinceles plateados que había sobre él.

Cal sintió que los restos de su enfado con ella se desvanecían como una pompa de jabón a la luz del sol. No podía seguir enfadado con Sophie porque, sencillamente, le hacía perder los estribos con una franqueza siempre desarmante. Pero no iba a dejar que se saliera con la suya tan fácilmente.

—No funciona así. Tú te quedas en tu alcoba y yo voy y ejerzo mi maldad sobre ti.

—No sabía que había reglas —dijo ella con seriedad—. Qué complicado. —La muy bruja se estaba riendo de él.

—¿Qué le has dicho a tu criada? Esperaba encontrarte en la cama con tu camisón más bonito. —Cal se acercó un poco más, esperando a ver si se echaba atrás. No tenía intención de asustarla, aunque la probabilidad de que algo asustara a Sophie empezaba a parecer improbable.

Ella no retrocedió, simplemente se alejó del tocador y se acercó a las estanterías.

—Le dije que me peinaría yo misma y todo eso. No me gustaba la idea de quedarme sentada en la cama esperando pasivamente. Levantó la mano y tomó un libro—. ¿Qué lees en la cama? ¿Filosofía?

—Sí, me ayuda a dormir. —La observó volver a colocar el libro en su sitio y pasar las yemas de los dedos por el lomo. Sintió un hormigueo en cada protuberancia de su columna vertebral. Luego, ella recorrió con dos dedos un ejemplar bellamente repujado y él tuvo que cerrar los ojos. *Maldita sea, ¿quién se supone que está seduciendo a quién aquí?*

—¿Sigues enfadado conmigo? —Se apartó de la estantería y le miró, ya sin bromas, con el rostro serio y una pequeña línea entre las cejas.

—No. Creo que entiendo por qué hiciste lo que hiciste. ¿Sigues decidida a no casarte conmigo?

—No. Creo que entiendo por qué reaccionaste como lo hiciste. —Sonrió de repente, una sonrisa viva y feliz que le obligó a devolverle la sonrisa—. Me alegro de que podamos hablar de ello. —Hizo girar el pequeño anillo de perlas que siempre llevaba, de repente se sentía insegura—. ¿Significa esto que no vas a seducirme?

—Eso es cólera y frustración. Nunca te impondría algo así, Sophie.

—Lo sé. Pero es decepcionante. Estaba deseando que me sedujeras.

—¿Antes de nuestra noche de bodas? —Preguntó él, con todos sus instintos sensuales cuidadosamente controlados sacudiéndose los grilletes y llamando la atención.

—Pensé en ello y creo que estaba siendo tonta, fingiendo algo que creía que debía querer cuando, en realidad, te quiero a ti, Cal.

—¿Aquí? —No se movería, no hasta estar seguro, porque una vez que la tocara no estaría seguro de poder parar.

—Sí. —Sophie asintió. Levantó las manos e hizo algo en la nuca, luego tiró de su faja. Con un pequeño movimiento, se quitó el vestido de noche de los hombros y se quedó de pie, iluminada por el candelabro de seis brazos del tocador, completamente desnuda excepto por sus perlas.

Capítulo veintiuno – Donde la muerte sigue al amor

—¿Quién es el que está seduciendo aquí exactamente? —Por algún milagro aún podía hablar. La belleza de Sophie desnuda a la luz del sol en la ladera fue hermosa, pero estaban tan expuestos al aire libre que eran conscientes de cierta urgencia y tensión. Además, él se había concentrado en tranquilizarla, en darle placer.

Sus recuerdos de Sophie fueron su suavidad y sus curvas y rizos enmarañados, jadeos de placer y su dulce sabor. Ahora la mujer entera estaba ante él, un poco ruborizada, cierto, pero potentemente seductora y naturalmente sensual a la luz de las velas.

Mantuvo la mirada clavada en su rostro mientras volvía a levantar las manos y empezaba a soltarse el cabello, rizo a rizo. Estaba soñando, por supuesto. Ninguna mujer, salvo la cortesana más experta, podía alimentar sus fantasías con una sensualidad tan inocente, franca y delicada.

En ese momento, se puso nerviosa, el rubor se volvió rosado y sus manos cayeron en el gesto ancestral de una mano sobre el triángulo femenino de rizos y el otro brazo sobre sus pechos. Ya no era una diosa erótica, sino Sophie, y eso era mucho mejor. Sophie, tímida y curiosa, sensual y aún inocente, Sophie llena de valor para venir y mostrarle lo que necesitaba.

—Ah, Sophie. —Se movió para tomarla en sus brazos y ella se acurrucó contra la seda de su bata, su nariz, que era entrañablemente fría, presionada contra su esternón desnudo a través de la brecha en las solapas—. Me alegro de que hayas cambiado de opinión.

—¿Sobre esto?

—Y sobre casarte conmigo. —Se inclinó y la tomó en brazos, un peso satisfactorio. Ella se acomodó contra su pecho con un movimiento y un pequeño suspiro—. No te pongas cómoda ahí. —La dejó caer sobre la colcha y ella chilló cuando su trasero desnudo chocó con el fresco satén azul oscuro; luego se tumbó como una Venus en una piscina, mirándole mientras él se quitaba la bata.

La franca admiración con que Sophie lo miraba debería haberlo exaltado. En cambio, le aterraba. ¿Y si no estaba a la altura de lo que ella creía ver en él? ¿Y si la decepcionaba o la hería por alguna torpeza?

Su cuerpo no tenía dudas y vio cómo sus ojos se abrían de par en par al apartar la mirada de su rostro. Y de repente Cal tampoco tuvo dudas. Él no era un dios y ella no era una diosa. Eran dos mortales que se querían y que estaban a punto de hacer el amor. Nada real era perfecto, y Sophie era real y él también.

—¿En qué estás pensando?

—En la naturaleza de la realidad y en la importancia de la imperfección. Tu realidad, mis imperfecciones.

—Filosofía. Espero que eso no signifique que estás a punto de irte a dormir. —Su sonrisa era totalmente malvada.

—Claro que no. —Y entonces él se tumbó en la cama a su lado y pudo acariciar sus curvas suaves y frescas con manos que recordaban cada subida y bajada, y ahora podían persistir, excitarla, provocarla para que olvidara su timidez. Pasó largos minutos en sus pechos, lamiendo, chupando y atormentando los pezones ansiosos hasta convertirlos en picos duros, preguntándose si podría hacerla correrse solo con eso, parecía tan receptiva.

Pero las caderas de ella estaban inquietas, se levantaban un poco, empujaban contra el

impaciente impulso de su erección de un modo que amenazaba con hacerle perder totalmente el control si se quedaba donde estaba. Aún era demasiado pronto, pensó, a pesar de su apasionada respuesta, y ella era demasiado nueva en esto como para precipitarse.

Cal se deslizó por la cama, separó sus muslos y empezó a hacer el amor en los secretos ocultos de Sophie. Dio un pequeño grito cuando él deslizó un dedo y luego otro en su interior, pero fue sorpresa, no dolor, y empezó a moverse contra su mano, con la respiración entrecortada. Cuando él la besó allí, su lengua buscando la dura perla de su excitación, ella gritó, luego se separó casi instantáneamente y él casi perdió el control cuando su aroma y su sabor inundaron sus sentidos.

—¿Sophie?

Cuando abrió los ojos, Cal estaba encima de ella, apoyado en los codos, con las caderas encajando perfectamente entre sus muslos abiertos.

—Cal.

—¿Quién creías que era? —Su voz era burlona, pero sus ojos estaban oscuros y cargados de deseo.

—Quiero decir... ¡Oh, Cal! —Parece que aún podía hacer alguna que otra broma.

—Mírame, Sophie. —Los párpados se le caían, pero consiguió abrirlos para sostenerle la mirada mientras él se movía un poco hasta que lo sintió presionándola. Le dolió cuando Jonathan le hizo eso, urgente y rápido, y sintió un pequeño temblor de ansiedad cuando Cal entró en ella.

Y entonces todo fue bien, y todo lo bueno se convirtió en increíble e íntimo y tierno y feroz y el mundo se convirtió en la sensación de Cal dentro de ella, Cal encima de ella, hasta que la opresión ya familiar empezó a alcanzar alturas imposibles, casi dolorosas, y entonces se hizo añicos y ella gritó el nombre de Cal al romperse y le oyó gritar el suyo y todo se arremolinó en una suave oscuridad aterciopelada y en la seguridad de sus brazos.

Parecía que alguien estaba dando golpes en un tambor grande y gritando, lo cual era injusto, porque Sophie tenía mucho sueño y estaba cómoda y calentita.

—Quédate aquí —dijo una voz... la de Cal... con brusquedad, y entonces sintió aire fresco en el cuerpo por un momento cuando las sábanas se levantaron y Sophie se despertó del todo.

Estaba en la cama de Cal y se veía la tenue luz del amanecer a través del hueco de las cortinas; el ritmo del tambor se convirtió en las repetidas llamadas a la puerta y los gritos en la voz de Hunt, grave y urgente.

Cal se estaba poniendo la bata mientras abría la puerta y Sophie se zambulló bajo las sábanas cuando todo volvió a su memoria. Estaba desnuda, en la cama de Cal, habían hecho el amor la noche anterior y había sido perfecto, y ahora...

—Está muerto —dijo Jared Hunt al cerrarse la puerta.

—¿Quién? —Preguntó Cal bruscamente.

—Ransome. —Era Flynn—. Anoche se quejaba. Le dolían el estómago y la cabeza. Pensé que era un farol, que quería que bajara la guardia. Le di mucha agua porque dijo que tenía sed, pero no hambre. Luego siguió gimiendo, así que le di láudano para ayudarle a dormir. Lo calmó, pero seguía inquieto cuando lo encerré y lo dejé. Cuando volví a entrar estaba tranquilo, así que fui a mirar y estaba frío y muerto. Había estado enfermo. Muy enfermo.

—¿Y no comió nada? —Preguntó Cal.

—Nada —dijo Flynn—. Ni siquiera llevaba pastillas o caramelos en los bolsillos, porque lo registré cuando lo metí en la habitación por si llevaba un cuchillo. Parece que tenía la misma enfermedad que tú.

Sophie se levantó de debajo de las sábanas, apretándolas contra su pecho.

—¿De dónde salió el láudano? ¿Y el agua?

Los tres hombres se giraron para mirarla. Flynn se interesó enseguida por la chimenea y Hunt enarcó una ceja y se giró para quedar en ángulo con ella.

—Del vestidor de Cal... de Su Excelencia, los dos —dijo Flynn—. No hemos necesitado el láudano desde que Hunt se rompió el dedo del pie en Calcuta. El agua era de la gran jarra que trajo la criada ayer por la tarde.

—No bebí de la jarra de mi habitación antes de enfermar —dijo Cal lentamente—. Creo que ese día solo bebí café, cerveza, vino y brandy. Ah, y una taza de té después de cenar, cuando nos reunimos con las señoras.

—Pero bebiste agua de la jarra después de enfermar —dijo Flynn—. Mucha. La vaciaste. Y no estás muerto, de hecho, te recuperaste bastante rápido.

—Pero sería la forma más fácil de envenenar a alguien. —Sophie casi dejó caer las sábanas mientras se retorció para sentarse más cómodamente.

—Caballeros, a mi salón. —Cal los acompañó a la salida y les siguió los pasos—. Vuelvo enseguida —dijo por encima del hombro.

Sophie se rodeó las piernas dobladas con los brazos y se estremeció. *Jonathan muerto. Jonathan... ¿envenenado?* Lo temía y le disgustada, pero una vez, aunque se había equivocado, lo amó y nadie merecía morir solo y desamparado.

El agua de la alcoba de Cal. Si la hubiera bebido anoche, ¿estaría muerto ahora?

Volvió a enterrarse en la cama, en el hueco aún caliente que había dejado el cuerpo de Cal. Apartó la mayoría de las almohadas, algunas las dejó en el suelo, otras las empujó contra el cabecero. Al quitarlas, le llegó a la nariz el dulce aroma a heno de la paja de la cama. Paja de cama, tomillo y alguna hierba que no reconoció. Debía de ser la almohada de la que había hablado la señora Fairfax, parte de las tradiciones que la casa estaba adoptando ahora que el duque había vuelto a la residencia.

Tradiciones...

—Aquí tienes tu camisón, bata y zapatillas. —Cal estaba de pie junto a la cama—. ¿Qué pasa? —Dejó caer la ropa y se sentó a su lado—. ¿Sophie? Sé que es un shock, una cosa horrible, por muy cerdo que fuera, pero...

—No. —Se levantó de la cama, se puso la ropa y se agachó para meter los pies en las zapatillas—. Cal, mira esto. —Le puso la almohada en las manos—. Y la hiedra de la torre del castillo alrededor del escudo de armas del vestíbulo y tu bandera ondeando sobre esta casa. Tradiciones.

La miró fijamente y ella casi pudo ver los pensamientos que le rondaban por la cabeza, los cálculos y los recuerdos.

—El Arroyo del Duque. Tiene que serlo. Vamos. —Casi la empujó al salón. Flynn y Hunt se levantaron, pero Cal les hizo señas para que volvieran a sus asientos—. Jared, ¿te acuerdas del Arroyo del Duque? Michael, ¿quién trajo el agua para la jarra? ¿Te dijeron algo en particular?

—No. —Flynn frunció el ceño pensativo—. Ahora que lo pienso, no noté que la trajeran, o la habría revisado, tomado un sorbo o dos. Podría haber sido la criada que trajo la almohada con todas las hierbas. Dijo algo sobre lo bueno que era tener todas las viejas tradiciones de nuevo, pero estaba aquí cuando llegué. Podría haber tenido tanto la jarra como la almohada. Le quité el relleno y me aseguré de que fuera seguro, pero todo son hierbas normales. —Se movió con incomodidad—. Me equivoqué, ¿no? No debería haber pasado por alto el agua. Estaba demasiado ocupado pensando en Ransome.

Cal se encogió de hombros.

—Todos teníamos otras cosas en la cabeza.

—Me pondré en contacto con la chica, averiguaré quién se lo dio para que lo subiera.

—Creo que yo puedo responder a eso. —Todos se volvieron para mirar a Sophie como si la silla en la que estaba acurrucada hubiera hablado—. La señora Fairfax.

—¿La señora Fairfax? Nunca. La conozco desde que era pequeño.

—El duque ha vuelto, así que el ama de llaves pide agua del arroyo para ti, y solo para ti. Deben haber estado alborotados, preparándose para la fiesta de la casa. Probablemente ayer alguien fue a buscar el agua. Flynn, es un arroyo cerca del viejo castillo, existe la superstición de que solo el duque bebe de él.

—Lo que hace que sea un objetivo seguro una vez que está en la casa. —El ayudante de cámara asintió en señal de comprensión—. No debería haber riesgo de que nadie más lo beba.

—No estoy seguro de que sea eso. —Cal frunció el ceño—. Empiezo a ver un patrón. Pero déjalo por ahora, y que nadie toque el agua que queda en esta suite hasta que estemos seguros. Michael, comprueba las habitaciones de Ransome y no dejes rastro de que estuviste allí anoche. Volvemos todos a la cama y esperamos a que suene la alarma cuando las criadas traigan las bandejas del té de la mañana. No, será mejor que pases y te ofrezcas a llevarla a la chica del pasillo, dile que tiene mala reputación y que no quieres que la lleva a la cama. Nos ahorraremos que encuentre un cadáver.

Los dos hombres se marcharon con gesto adusto y Cal abrió la puerta del salón de Sophie.

—Será mejor que vuelvas a tu cama antes de que llegue tu criada.

—Cal. —Se agarró a las solapas de su bata en el umbral—. Ha sido un asesinato. No podemos mantenerlo en secreto y encubrirlo.

—Si fue un asesinato, entonces el juez de paz más cercano es mi tío, lo cual es un pequeño problema. Si no lo fue, entonces tengo una idea que hay que investigar.

—El señor Tanner, el agente que investigó a Jonathan para mí, sabrá todo sobre su casa y qué parientes están todavía allí. Le escribiré y le preguntaré.

—¿Y que el hombre sepa que tu chantajista ha muerto conveniente y misteriosamente? Tanner puede ser un buen hombre, pero prefiero no dar rehenes a la fortuna. Un poco de investigación en la biblioteca debería localizar probables Ransome de Cornualles si no hay nada en su equipaje. Sir Toby me lo presentó como «de Penzance». Lo enterraremos aquí temporalmente hasta que sepamos cuáles son los deseos de su familia.

Le dio un beso rápido.

—Sophie, mi amor, así no es como esperaba despertarme contigo la primera mañana que pasamos juntos. ¿Estás bien sola?

—Por supuesto. —*Sophie, mi amor. Oh, Cal*—. Ve tú, yo estaré bien.

Estaba segura de que él ya estaba en otra parte de su cabeza, planeando y calculando. Fue a su habitación, recordó dónde había dejado el vestido de noche y las horquillas la noche anterior, corrió a la cama de Cal, lo recogió todo y huyó antes de que le entrara la tentación de quedarse y preocuparse por él. O de besarle.

Guardó las perlas y el vestido, amontonó las horquillas en el tocador y se metió en la cama porque le pareció la mejor manera de parecer que había dormido. Dar vueltas en la cama le resultó bastante fácil. El cuerpo le dolía placenteramente en lugares inesperados, nada que ver con el dolor que sentía después de que Jonathan se acostara con ella. Le preocupaba un poco que eso pudiera estropear las cosas con Cal, que la persiguiera la imagen del otro hombre, la miseria de aquella experiencia. Pero hacer el amor con Cal era tan diferente que parecía algo totalmente

distinto.

Aprender a hacer el amor con Cal iba a ser maravilloso. Se acurrucó en las almohadas, abrazando una contra sí, pero su suavidad no sustituía al duro cuerpo de Cal.

Cuerpo. En algún lugar bajo este techo Jonathan yacía frío y descarnado después de sufrir todo lo que Cal había sufrido la otra noche, solo que peor, porque lo había matado y había estado solo. Ni siquiera había sido capaz de llegar hasta el timbre y pedir ayuda, al parecer. Nadie se merecía eso.

Mary llegó una hora más tarde, apagada y pálida.

—Señorita Wilmott, es horrible. El señor Ransome enfermó y murió esta noche.

—¡No! —Se sentó, frotándose los ojos—. Mary, qué horrible. ¿Qué le ha pasado? ¿Intoxicación alimentaria? Tal vez otras personas también estén enfermas.

—No lo creo, señora. La señora Fairfax ha enviado a todas las criadas para comprobarlo. Nos comimos todas las sobras en el salón de los sirvientes anoche y todos estamos bien. Aunque el cocinero aún lo está asimilando. Han mandado llamar al doctor Paulson del pueblo.

No había necesidad de actuar ahora. Sophie se lavó y vistió apresuradamente, se decidió por un sombrío vestido de mañana de muselina gris y lila y fue a buscar a su madre. Se encontró con ella en la puerta, con una mano levantada para llamar.

—Pasa, mamá. ¿No es horrible? Justo iba a verte.

—Su Excelencia dijo que el señor Ransome no se encontraba bien anoche, debe haber sido eso. Tan repentino. Quizás fue un fallo cardíaco o un ataque, aunque era un hombre joven y parecía estar en forma.

Los invitados se reunieron abajo, apagados y tendiendo a apiñarse en pequeños grupos, especulando. Sophie, que permanecía fuera del estudio de Cal, oyó al médico hablando con Lord Peter y Cal y se dio cuenta de que Hunt y Flynn debían de haber eliminado todas las pruebas de vómito.

El médico, anciano y sobrecogido por lo que le rodeaba, parecía haber echado un rápido vistazo al cadáver, anunció que no había indicios de autolesiones ni lesiones y sugirió un ataque cerebral.

Se apartó de la puerta del estudio cuando oyó movimiento en el interior y regresó al salón, donde Lord Peter, en el papel de juez, anunció que estaba satisfecho con el veredicto del médico y que entregaría el cadáver para que fuera enterrado provisionalmente en el cementerio de la parroquia, a la espera de que se conocieran los deseos de la familia.

—Hace demasiado calor para tenerlo colgado durante días, ni siquiera en la bodega —dijo, con una desafortunada falta de sensibilidad, y Lady Beauville emitió un gemido bajo mientras se deslizaba al suelo desmayada.

A la hora del almuerzo, que todos tomaron, los ánimos se habían reanimado lo suficiente como para que todos estuvieran de acuerdo en que la fiesta continuaría.

—Es muy triste, pero no estaba emparentado con nadie de aquí —dijo Lady Peter—. Naturalmente, los caballeros asistirán al funeral.

Cal apartó a Sophie después de la comida.

—¿Nos acompañas a la biblioteca? Hay algo de lo que quiero hablar.

Hunt y Flynn ya estaban allí, con varios mapas extendidos sobre la gran mesa. Sophie pudo ver que algunos eran mapas de la finca, otros eran planos más toscos y antiguos.

—¿Es sobre el Arroyo del Duque? —Preguntó mientras le hacían sitio para sentarse.

—Sí. —Cal asintió—. Empecé a enfermarme después de la muerte de mi padre y la deducción obvia fue que era porque ahora yo era el duque y alguien quería acabar conmigo. Nadie había

enfermado antes con esos síntomas, y mucho menos mi padre, que solía beber agua del arroyo con regularidad. Era supersticioso al respecto.

—Pero su arroyo se secó —dijo Hunt.

—Exacto. —Los lugareños lo consideraron un presagio de mala suerte relacionado con su muerte, pero dos días después apareció un nuevo arroyo. Eso confirmó todas las historias: el arroyo murió con el viejo duque y volvió a nacer con el nuevo... ya te puedes imaginar.

—¿Y bebiste el agua y enfermaste?

—No, por eso nunca lo relacioné. Evité beberla porque la había probado en tiempos de mi padre en el arroyo original (en secreto, por supuesto) y no me gustó el sabor. Típica agua de balneario. Parecía que tenía mucho hierro. Por supuesto, todos los antiguos criados murmuraron por no mantener las tradiciones.

—¿Y de alguna manera te la dieron?

—Sí, pero no sé cómo. —Se encogió de hombros—. Bueno, sí que lo sé. Lo añadían a las cosas, estoy seguro, porque era lo tradicional, lo correcto. Fui un joven tonto, ignorando las viejas costumbres que mi padre había observado, por eso lo corrigieron. Dudo que notara el sabor en el chocolate o el caldo, por ejemplo. Nadie pretendía hacer daño, solo era una tradición inofensiva pero importante para ellos.

—Entonces, ¿el agua antigua era segura y la nueva no?

—Esa parece la única explicación porque, verás, tomé un trago cuando tú y yo estábamos allí, Sophie. Y esa noche me enfermé. Lo bebí directamente de la fuente.

—¿Entonces nadie está tratando de asesinarte? —El alivio era indescriptible.

Cal la miró fijamente, con el rostro sombrío.

—Demonios. ¿Qué he hecho?

Capítulo veintidós – Donde el duque rompe un corazón

—Nada. No has hecho nada. —¿Qué le pasaba a Cal?

—¿Nada? He creído a mi tío o a mi primo capaces de asesinar. He compartido esa calumnia con otras cuatro personas. Dejé este país y mis deberes y responsabilidades durante años por ello. ¿Y dices que no he hecho nada?

—Actuaste para salvar tu vida con la información que tenías. Y te salvó la vida. Cada vez estabas más débil. Ninguno de tus familiares se dio cuenta de lo que pasaba ni se preocupó por investigar. Tarde o temprano, tu bienintencionada familia te habría drogado con agua suficiente para matarte.

—¿Y cómo explicas los accidentes? —Sophie quería sacudirle. Cal, desgarrado por la duda y atormentado por la culpa, no era el hombre que ella conocía, el hombre al que amaba.

—Si elimino las veces que me puse enfermo por el agua, o débil y probablemente torpe por ello, entonces lo que queda es sin duda el mismo número de percances y lesiones que le ocurren a cualquier adolescente.

—Pero las pruebas circunstanciales apuntaban a juego sucio. Podría seguir siéndolo, por lo que sabemos. Tal vez sabían lo del agua y dejaron que la naturaleza siguiera su curso. No lo sé. Me gustan tus tíos y hasta contemplé casarme con tu primo, por el amor de Dios.

—Todavía tenemos que demostrar que es el agua de arroyo —señaló Hunt.

—Lo que significa rastrear la fuente. —Cal volvió a concentrarse, para gran alivio de Sophie—. Debe de estar al otro lado de la cresta, en un arroyo subterráneo que surgió después de la muerte de mi padre. Y, del mismo modo, la fuente del antiguo arroyo debe de estar allí, bloqueada. —Se pasó la mano por la cara—. ¿Cómo demostrar qué agua corre por dónde?

Chasqueó los dedos.

—El azulador de la lavandería. Sophie, ¿puedes ir y pedirle a la señora Fairfax todo el azulador de la casa?

—¿Y para qué le digo que lo quiero?

—Para un experimento de drenaje de tierras —sugirió Cal, que ya estaba inclinado de nuevo sobre los mapas.

Sophie regresó con la información de que, por una vez, la admirable señora Fairfax estaba teniendo problemas para ocultar su irritación con los extraños comienzos de la calidad y estaba, mientras hablaba, garabateando un frenético pedido de nuevos suministros antes de que llegara el día de la colada. Descubrió que los hombres habían trazado líneas sobre el mapa más antiguo que mostraba las colinas más allá del viejo castillo y Flynn tenía una hoja de papel y estaba haciendo copias de dos secciones de la tierra más cercana a la cresta, dibujando vías fluviales en tinta azul.

—Necesitamos más de un color como marcador —murmuró Cal.

—¿El ocre amarillo que se usa para pintar los edificios de la granja? —Sugirió Hunt—. Ayer me di cuenta de que acaban de empezar y hay muchos edificios. El material está muy concentrado.

—Sabemos que tarda dos días desde la fuente hasta el arroyo debido al retraso que se produjo cuando murió el arroyo viejo y empezó el nuevo. —Cal se sentó y estudió los planos—. Yo me encargaré del azul, tú del amarillo y cada uno dosificaremos todos los posibles agujeros de

nuestra sección, luego pondremos vigilancia en el arroyo Cuando hayamos acotado la zona, podemos repetirlo hasta que solo haya una fuente posible. —Se volvió para mirar a Sophie—. ¿Quieres venir conmigo?

—Por supuesto.

—Iré a hablar con Isobel unos minutos. Sentirá que algo va mal, por muy cuidadosos que sean todos a su alrededor.

—Le pediré a las damas que la incluyan en sus actividades de hoy, ¿te parece bien? —Sugirió Sophie—. Eso les dará algo en lo que pensar aparte de Jonathan y son lo bastante sensatas como para no empezar a cotillear delante de ella. No tardaré.

Sophie se puso su vestido de montar y rogó a las invitadas que ayudaran a Isobel, explicándoles que Cal estaba muy ocupado y que ella sentía que debía apoyarlo.

Si se quedaban con la impresión de que estaba haciendo los preparativos para el funeral y poniéndose en contacto con la familia de Jonathan, mejor que mejor. También le dijo que Prescott ya estaba trabajando en los preparativos.

Cabalaron en dirección al viejo castillo y luego se separaron a un kilómetro y medio de él, Flynn y Hunt a galope hacia el norte, Cal y ella por un camino sinuoso que iba desde el límite del parque hacia las colinas, siguiendo el contorno hasta que se abrieron paso por las laderas orientadas al norte.

Casi de inmediato notó la diferencia.

—Huelo a humo de carbón.

Cal asintió con la cabeza, señalando el camino que seguían ahora, cubierto de barro y agitado por las ruedas de las carretas.

—Hay pequeñas industrias dispersas por toda la zona.

Se adentraron en pequeños valles secos que Cal marcó en el mapa, desmontando de vez en cuando para comprobar el tamaño de los árboles que crecían en el fondo o para buscar la erosión del agua en las piedras. Poco a poco, el sonido de la industria, del martillo sobre el metal, se hizo más fuerte, los olores empeoraron y subieron por otro valle que, según los cálculos de Sophie, se elevaba por un lado hasta la cresta de la colina sobre el castillo.

Penachos de humo negro colgaban por encima de los árboles y pasaban por profundas hendiduras en las rocas, algunas crudas y nuevas, otras cubiertas de maleza.

—Es donde salen a la superficie los filones de minerales: plata, aunque no hay mucha, zinc, plomo y algo de hierro. Al este extraen carbón —dijo Cal. Mientras hablaba, apareció un vagón vacío, cubierto de polvo de carbón en los laterales y la base. El conductor los miró fijamente, pero no se detuvo.

—Oigo agua —dijo Sophie, y el sonido se hizo más fuerte a medida que avanzaban.

—Mira. —Cal instó a su caballo a subir por la orilla junto a ellos. Esto es una presa que desvía la corriente hacia allí, y por ahí solía ir el arroyo. —Señaló hacia abajo, donde una zanja seca pasaba por debajo de la carretera y desaparecía. Debió de desembocar en un agujero que había por allí para salir cerca del castillo. —Desmontó, se arrodilló, metió la mano en el agua, bebió un sorbo cauteloso y escupió—. Sabe como el agua del viejo arroyo, a algún mineral. Pero es pura, no huele y es bastante clara.

Volvió a montar y siguieron cabalgando, con el arroyo desviado burbujeando y riéndose a su lado, y de repente se encontraron en un pueblo. Sophie ahogó un grito al salir del verdor del bosque y encontrarse con el barro, la suciedad y la industria. Las casitas bajas se apiñaban alrededor de callejuelas enlodadas y el humo y el ruido llenaban el aire de los talleres de los alrededores.

Los niños salieron corriendo al acercarse, la mayoría de ellos, vio Sophie con angustia, vestidos con harapos y descalzos. Todos parecían distraídos con algún tipo de trabajo, a juzgar por los gritos procedentes de los talleres que los hacían volver corriendo al interior.

Cal se detuvo al borde de un tosco puente de tablones. Lo habían hecho sobre el arroyo, que cruzaba el carril más grande en un mar de barro antes de desembocar en una cuenca circular, medio atascada de rocas. Mientras observaban, se estaban vertiendo más y algunos hombres las agitaban con largas varas y cepillos.

—Eso es una canaleta de lavado —le gritó Cal por encima del estruendo—. Para limpiar el mineral antes de fundirlo.

Los hombres empezaron a salir de los talleres, sudorosos, sucios y, a los ojos de Sophie, hostiles.

—Quédate detrás de mí. —Cal hizo andar a su caballo y cruzó el puente—. Por una vez, Sophie no se sintió inclinada a rebatir sus órdenes. Lo último que necesitaban en aquel momento era una pelea porque a Cal le molestara la forma en que los hombres la miraban.

—¿Buscas a alguien? —Preguntó el hombre más grande.

—Solo estoy de paso por aquí. Tienes un buen caudal de agua. Veo que tuvieron que desviar el arroyo.

—Sí, hace muchos años. ¿Y a ti qué te importa? —El hombre entrecerró los ojos inyectados en sangre—. Tenemos derechos para la minería en toda esta colina.

—No lo dudo. Que tengas un buen día. —Cal dejó que el caballo se alejara al paso y ella trotó para cabalgar a su lado. La mirada hostil de los aldeanos se sentía como una presión física sobre su espalda. El arroyo surgió de las canaletas de lavado y siguió corriendo, descolorido y siniestro. Los caballos chapotearon en el líquido que bajaba de unos cobertizos para unirse al arroyo y Sophie sintió arcadas por el olor.

—Huele a pozos negros y pocilgas. —Cal instó al caballo a trotar hasta que se alejaron del hedor y doblaron la esquina, fuera de la vista del pueblo—. Si este es nuestro arroyo, la fuente del arroyo, entonces es un milagro que no estuviera muerto después de un trago. Mira, se va por ahí abajo.

Desmontó, le tiró las riendas a Sophie y se abrió paso entre los arbustos, emergiendo unos minutos después, sombrero en mano, con hojas en el pelo y una larga mancha de barro en la manga.

—Creo que es aquí. —Tomó dos de los paquetes de azulador de la alforja y se internó de nuevo entre los arbustos. Cuando volvió, se limpió las manos empolvadas en la hierba, dejando largas manchas azules—. No me apetece lavármelas en esa agua. —Parecía tener náuseas.

—No me sorprende. —Sophie se dio cuenta de que estaba temblando por la reacción—. Esa suciedad... y supongo que también hay cosas venenosas en el mineral.

—Imagino que sí. Ciertamente, los vapores del plomo lo son, y no tengo ni idea de qué más se lava. Imagino que ha ido acumulando depósitos por todo el sistema subterráneo a lo largo de los años y que ahora es más fuerte que al principio. No es de extrañar que matara a Ransome.

—Pero no a ti.

—He pillado algunas cosas bastante exóticas en mis viajes, he estado tan enfermo como un perro en un montón de lugares, al igual que Flynn y Hunt. Creo que fortalece el sistema. Y esta vez solo tomé un trago. Ransome se sentía bastante mal, me imagino, y debe haberse bebido la mayor parte de la jarra antes de darse cuenta de lo asqueroso que sabía.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Reunirnos con los otros que deberían venir por este camino desde la dirección opuesta,

volver a casa y organizar un equipo de vigilantes para el arroyo Si no fluye azul en dos días, entonces tenemos el arroyo equivocado, pero el desvío es demasiada coincidencia si ese es el caso.

Siguieron cabalgando en silencio, Sophie confundida por el alivio, el persistente horror por la muerte de Jonathan y la creciente preocupación por Cal, que parecía perdido en una oscura ensoñación, con los hombros rígidos y el rostro sombrío.

Finalmente, mientras cabalgaban por un claro tan distinto del sombrío pueblecito que parecía de otro mundo, Sophie no pudo soportarlo más.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no te sientes aliviado?

—Lo estoy —dijo él sombríamente—. Aliviado y sintiéndome condenadamente culpable. ¿Cómo diablos voy a disculparme con mi tío y con Ralph sin decirles lo que he creído durante tanto tiempo? No puedo decírselo y, sin embargo, no puedo dejar de sentir que debo confesar todo el maldito lío.

—Por supuesto que no debes decírselo —dijo Sophie secamente—. Ya les has hecho bastante daño marchándote, no puedes aliviar tu propia conciencia confesando lo que sospechabas; nunca se recuperarían de ello. Lo que pensaste era comprensible, dadas todas las pruebas y el hecho de que no estabas en posición de investigar más. Puedes lamentar haberte visto obligado a sospechar de ellos, pero regodearte en la culpa es autocomplaciente. Y confesar haría infelices a todos.

—¡Ay! Puedes darme muy fuerte cuando quieres, Sophie. ¿Has estado hablando con Jared?

—¿Con Hunt? No, ¿por qué debería? No estoy nada segura de que me caiga bien, aunque creo que te es completamente leal.

—Piensa que soy demasiado propenso a sentirme culpable. Fui lo bastante estúpido, mientras estaba borracho, para revolcarme -como tú tan dolorosamente dijiste- en mis sentimientos por Madeleine, y él me dio una paliza con el tema de que la culpa estaba fuera de lugar.

—Cal, ¿qué sentías por ella si te hacía sentir tan culpable?

—No podía amarla. Lo intenté, aunque no sabía lo que debía sentir, lo que ella esperaba de mí. Pero ella me quería. Al principio pensé que me había atrapado porque quería un caballero inglés, creía que yo la llevaría a Londres, que tenía grandes contactos y mucho dinero. Y puede que así fuera al principio, su padre era bastante mercenario. Pero se las arregló para enamorarse de mí. Tenías razón, esa primera noche cuando te escuché en la galería con Sir Toby. El amor es una ilusión, una trampa. Nunca es igual, nunca está equilibrado. Conduce a celos, miseria y malentendidos. Mira lo que tenemos, Sophie, deseo y amistad. Eso es fuerte, durará, es una buena base para un matrimonio. —Bajó las manos y dejó que el caballo siguiera andando, luego volvió a frenar cuando Sophie no le siguió.

—¿No crees que el amor podría crecer después del matrimonio?

—¿Por qué lo querrías? ¿Qué añade? Solo angustia cuando se acaba, eso es todo.

Sophie volvió a sentirse mal. Por su propia boca había condenado este matrimonio.

—Cal, ¿cómo era el matrimonio de tus padres? Estaban enamorados, ¿verdad?

—¿Cómo lo has adivinado?

Sophie se encogió de hombros.

—Eso no era lo normal en los matrimonios aristocráticos de aquella época, mucho menos que ahora.

—Provocaron un escándalo. Ella estaba prometida a otro, mi padre la vio, se enamoró de ella, se batió en duelo con el amante descartado, que se pegó un tiro una semana después. Arruinó la reputación de mi madre y casi convirtió a mi padre en un paria, pero ambos parecían

ajenos a todo eso porque se tenían el uno al otro. Nadie más importaba.

Y tú no, por la amargura de tu voz, adivinó, con el corazón doliéndole por el niño que estaba fuera de esa intensidad.

—Cuando ella murió, el corazón de mi padre quedó destrozado.

Y entonces te prometiste a ti mismo que nunca harías algo tan tonto como enamorarte. Luego te casas con una mujer que te ama y ves lo infeliz que eso la hizo... así que añades la culpa a una mezcla de emociones tan tóxica como esa agua de arroyo. Y yo te amo.

—Lo siento mucho —consiguió decir.

Cal se encogió de hombros.

—Fue trágico para ellos, una lección para mí. Cuando te oí aquella noche en el baile, apenas podía creerme mi buena suerte. Eres guapa, inteligente... y estamos totalmente de acuerdo en lo que es un buen matrimonio. —Se inclinó sobre la silla de montar y le dio un beso en los labios.

No le pareció extraño que ella guardara silencio mientras cabalgaban. Tal vez supuso que estaba conmovida por lo que habían encontrado, o que estaba cansada después de los horrores de la mañana, o que estaba digiriendo felizmente la buena noticia de que él se sentía incapaz de amar y lo veía como una desventaja positiva para un matrimonio.

—Ahí están. —Cal levantó una mano en señal de saludo cuando Hunt y Flynn aparecieron por un recodo de la carretera.

Los demás dieron media vuelta, ya que su ruta había sido la más corta, y Sophie se sentó a pensar mientras Cal les hablaba del pueblo minero, del arroyo desviado y del agua contaminada.

Volvió a ser consciente de su entorno cuando empezaron a discutir los planes para la vigilancia del arroyo.

—No podemos cubrirlo nosotros tres, ni siquiera cuatro, con la incorporación de Prescott. No durante dos días y dos noches sin que nos echen de menos —dijo Hunt.

—Se lo diremos a Hooper. Le confiaría cualquier secreto. Ha sido el jefe de cuadra aquí durante años, y es abuelo de Ben, mi criado.

Desmontaron y, cuando los mozos se llevaron los caballos, Cal se dirigió a una de las cajas vacías que había en un rincón y le hizo un gesto a Hooper para que les siguiera.

Le costó un poco explicar por qué Cal había sospechado del agua en primer lugar, pero el viejo mozo de cuadra asintió inteligentemente con la cabeza, haciendo una pregunta aquí y otra allá.

—¿Así que cree que eso es lo que mató al señor Ransome, Excelencia? Me preguntaba si no habría habido juego sucio, si no habría traído algún peligro con él desde Londres. No era un joven que me gustara.

—¿Juego sucio? —Dijo Flynn—. No iba dirigida al señor Ransome, eso es seguro. Ha estado ocurriendo durante años. Bebió agua destinada al duque...

Sophie no estaba segura, pero pensó que Hunt había pateado a Flynn, que se estremeció, luego enrojeció y cerró la boca con un chasquido.

Afuera algo se cerró y todos se quedaron callados.

—Lo más probable es que haya sido un accidente —dijo Cal cuando ya no se oyeron más ruidos—. Pero tenemos que probarlo, de ahí el tinte. Habrá que vigilar el agua. De día es bastante fácil, pero de noche necesitaremos linternas y los vigilantes tendrán que estar despiertos, así que mejor que sean turnos cortos de dos hombres. ¿En quién puede confiar de su personal para que no cotillee?

—En todos, Excelencia. Yo respondería por todos ellos. Un mal negocio este, el agua envenenada. Podrías haber muerto si él no la hubiera bebido por error. Déjemelo a mí y les diré a

los muchachos que queremos averiguar adónde va el agua. Entenderán que no podemos dejar que aparezca a sabiendas en otro lugar, que mate al ganado, tal vez, o a algún extraño que beba. Y verán que no pueden hablar de ello en caso de que uno de los vecinos piense que es una buena idea culpar de cada oveja muerta a nuestra agua.

—Muy bien, Hooper. Será mejor que empecemos con un par, por si acaso, y que se cambien cada tres horas. Necesitarán linternas...

Sophie estaba demasiado inquieta para escuchar detalles. Cal le había enseñado los establos rápidamente en su primera visita relámpago y ella le había prometido un paseo tranquilo por el espacioso cuadrilátero con su gran abrevadero de piedra en el centro. Ya había visitado casas de diseño menos elegante.

En el segundo establo había un gran cazador gris que se giró y vino a sorberle la mano cuando se la tendió.

—Eres muy bonito —le dijo. También estaba bastante abrigado y su montura estaba despreocupadamente tirada en la puerta del establo. Se le enredó el pie con la brida.

Sophie la recogió, observando el trozo sucio. Alguien había entrado y desensillado al caballo a toda prisa. Se inclinó para mirar y vio que al menos había puesto agua en el cubo y heno en la red. Tal vez habían llamado al mozo de cuadra y no tardaría en volver.

El ruido de los hombres que salían del otro lado la hizo volver. Hooper cruzó el patio con su paso de jinete y llamó a un grupo de mozos de cuadra. Flynn y Hunt regresaron a la casa y Cal se quedó mirando a su alrededor. Cuando la vio, su sonrisa transformó su rostro, ahuyentando la mirada sombría que empezaba a perseguirla.

—Ahí estás. Dios, Sophie, creo que eres lo único que me mantiene cuerdo aquí. Tengo un montón de emociones arremolinándose en mi interior y luego estás tú. Sin emociones, sin dramas, solo sentido común y amistad.

Le puso la mano en el codo y le dio un pequeño apretón.

Podría darte tanta emoción que no sabrías qué te ha golpeado, pensó sombríamente. Te quiero, desgraciado, y no puedes verlo y no me atrevo a decírtelo, porque ¿y si te horrorizas y tienes que fingir por lástima? ¿Y si tenemos que empezar a mentirnos el uno al otro? No creo que pueda seguir así.

Capítulo veintitrés – Donde el duque confiesa

Tengo que decirle que quiero poner fin al compromiso. Es lo único honorable que puedo hacer, no puedo seguir fingiendo que todo esto se trata de deseo y amistad y de un matrimonio adecuado para los dos.

—Cal —dijo Sophie cuando estuvieron dentro de la casa, al pie de la gran escalera—. ¿Qué vas a hacer? ¿Hablar con Lord Peter? —Tarde o temprano, había que advertir a toda la casa sobre el agua, pero ella suponía, conociéndolo, que su conciencia lo llevaría a buscar a su tío de inmediato.

—¿Ahora? No creo que pueda soportar enfrentarme a él, todavía no, no con esta... revelación sobre lo equivocado que he estado con él todos estos años. Necesito tiempo, Sophie, tiempo para hacerlo bien. Tiempo para decidir si le digo lo que sospechaba. O no. —Se miró las manos, todavía manchadas de tinte azul, hierba machacada y tierra—. Tengo que lavarme y cambiarme. Y pensar. Te veré en la cena.

Lo miró subir las escaleras, sintiendo dolor por él, y se dio la vuelta. La paz de la rosaleta la llamaba. Tal vez sentarse allí, en medio de la paz perfumada, la ayudaría a despejar la mente.

Diez minutos más tarde, Sophie se puso en pie, cuadró los hombros y regresó a la casa. Nunca le había mentado a Cal y no iba a hacerlo ahora. Le diría que no podía casarse con él y le explicaría por qué. Le rogaría, por su honor, que no le mintiera sobre sus propios sentimientos y le haría ver lo imposible que sería para ellos casarse ahora. Qué desgraciados serían los dos. No estaba segura de cómo iba a explicárselo a Isobel, pero, por muy herida que estuviera la niña, era mejor que creciera en el seno de un matrimonio infeliz.

La subida de las escaleras le pareció montañosa, el pasillo hasta el ala del duque, interminable, como un pasadizo en una pesadilla en la que, por muy rápido que corrieras, nunca llegabas a ninguna parte. Entonces tuvo bajo la mano el picaporte de la puerta de su alcoba, la abrió sin llamar y entró, cerrándola tras de sí sin apartar los ojos del hombre que estaba en medio de la habitación.

Cal, desnudo hasta la cintura, permanecía inmóvil frente a ella y ella se sintió mareada por un momento, recordando la sensación de aquel cuerpo bajo sus manos, su peso sobre ella, el calor de su deseo. Tenía que hablar ahora, de lo contrario estaría en sus brazos, besándole, y perdería los nervios y nunca haría lo correcto.

Él puso mala cara, como si ella ya se lo hubiera dicho. Sus ojos se oscurecieron mientras la miraba, y luego, cuando habló, su voz era áspera.

—Sophie, vete inmediatamente. Sabes que no deberías estar aquí. Vete.

Fue suficiente para quitarle cualquier pensamiento erótico de la cabeza. Su severidad lo hizo más fácil.

—Cal, he venido a decirte que no puedo casarme contigo... —Entonces se dio cuenta de que su atención no estaba realmente en ella, sino en algo por encima de su hombro, y se volvió lentamente, muerta de miedo.

—Ralph. Me has asustado...

Ralph Thorne tenía los labios blancos, pero la mano que sostenía la pistola de cañón largo estaba bien firme, apuntando directamente al pecho de Cal.

—¿No puedes comportarte de forma convencional, Sophie? —Exigió, sonando ridículamente como un carabiniro irritado.

Extrañamente, ella no sintió ningunas ganas de reírse.

—Ralph, ¿qué haces aquí con eso? Suéltalo antes de que alguien salga herido.

—Creo que esa es la intención —dijo Cal—. Mi primo está aquí para proteger a su padre. Parece que ha oído algo.

Llevaba ropa de montar y ella se dio cuenta de lo que había pasado.

—En los establos, era tu caballo gris el que estaba allí, ¿no? ¿O estabas en algún lugar del vestíbulo cuando entramos?

—Ambas cosas —dijo Ralph con fuerza—. No puedo vivir más con esto, con la sospecha. Te oí decir que el agua que bebió Ransome estaba envenenada, que era para ti. Y luego, en el vestíbulo... —Su rostro estaba ceniciento.

—Demonios. —Cal hizo ademán de pasarse la mano por la cara, pero la dejó caer cuando Ralph sacudió la pistola—. Sophie, ¿por qué no puedes casarte conmigo?

Ella lo había olvidado todo. Era increíble cómo el brillo siniestro del cañón de una pistola era suficiente para sacarle a uno de la cabeza las cosas más importantes.

—Yo...

—Olvídate de tu maldita vida amorosa. ¿Qué piensas hacer con mi padre? —Ralph movió la pistola y Sophie se dio cuenta de que había cosas más fascinantes que el cañón de una pistola.

—Siempre has sospechado que intentaba matarme, ¿verdad? —Dijo Cal con el aire de un hombre que por fin ha resuelto un enigma. Por el rabillo del ojo, cuando pudo apartar su mirada de la pistola, se dio cuenta de que Cal se movía cada vez más rápido. Esperaba que no estuviera a punto de intentar algo heroico, como arrojararse delante de la pistola.

—Y él sospecha de ti —continuó—. No pude distinguir las miradas que intercepté entre vosotros, pero es eso, ¿no?

—¿Por qué has tenido que volver? —Preguntó Ralph—. Pensé que estabas a salvo allí, lejos de nosotros.

—Porque era mi deber volver. Porque soy el duque y porque no podía vivir sospechando que dos personas a las que quería como a un padre y a un hermano intentaban matarme. Necesitaba convertirme en duque de Calderbrook, necesitaba encontrar una esposa y necesitaba, por encima de todo, resolver este misterio y conseguir algo de paz. —Se apartó ligeramente de Sophie y el cañón de la pistola le siguió.

Sophie dejó que su propio peso se desplazara, abriendo un poco más la brecha. Ralph tenía muy buena puntería, oyó hablar que había ganado apuestas de tiro al blanco. Si podían mantenerlo entretenido, seguramente Flynn vendría pronto.

—Pensamos que podría ser cualquiera de vosotros, o ambos —dijo ella.

—Pero no son ninguno de los dos —añadió Cal, haciendo que Ralph volviera a girar la cabeza hacia él—. Fue un accidente, simple y llanamente. Un arroyo desviado y ensuciado por la industria y los desechos de un pueblo, un joven torpe porque estaba debilitado por el agua envenenada y todos los accidentes que les ocurren a los adolescentes. Eso era todo. No hay villanos, Ralph, no hay culpa.

—No estás pensando, Ralph. —El cañón de la pistola volvió a girar hacia Sophie—. Esto no consigue nada. Ya has oído a Cal, no cree que haya habido juego sucio por parte de nadie. Le romperías el corazón a tu padre si le disparas. Te colgarían por nada. Mataría a Lord Peter...

La puerta se abrió y Flynn entró a grandes zancadas, medio oculto tras un montón de camisas dobladas. Ralph dio el primer paso, sacudió la mano, Cal se lanzó hacia un lado, chocando contra

Sophie y haciéndola caer al suelo mientras el disparo rugía en sus oídos junto con el grito de Flynn y el impacto de su aterrizaje.

Alguien no paraba de sollozar:

—Dios mío, Dios mío —Flynn juraba, luego se oyó el sonido de los nudillos golpeando la carne y un ruido sordo. Su corazón latía como un martillo, no podía ver y el peso de Cal la inmovilizaba. Su peso muerto.

—¿Cal? ¿Excelencia? —El peso se movió y rodó fuera de ella y ahí estaba Flynn, con la cara blanca y la camisa empapada de sangre, igual que los nudillos.

—Señorita Wilmott...

—No te preocupes por mí. Estás herido. —Se puso de rodillas—. La sangre.

—No es mía. —Flynn tomó una de las camisas y la puso sobre el hombro derecho de Cal—. Ve a por Hunt. Demonios, está sangrando como un cerdo.

Sophie se puso en pie. Habían disparado a Cal. Sangraba porque se había lanzado para recibir la bala que iba dirigida a ella. Al otro lado, Ralph estaba inconsciente, con la marca roja de los nudillos de Flynn en la barbilla. Abrió la puerta de un tirón y echó a correr, luego se obligó a caminar con calma al llegar a la cabecera de la escalera. Renshaw estaba, afortunadamente, caminando por el pasillo de abajo.

—Renshaw, ¿sabes dónde está el señor Hunt?

—Sí, señorita Wilmott, acaba de ir al estudio y está hablando con el señor Prescott, creo.

—Diles a ambos que vayan a la alcoba de Su Excelencia inmediatamente. —Logró esbozar una sonrisa—. Gracias, Renshaw.

En la habitación de Cal, Ralph estaba sentado contra la pared, con la cabeza entre las manos y Flynn discutía con Cal.

—Quédate donde estás, maldita sea. Quédate quieto.

—Creo que la bala me ha atravesado. —La voz de Cal estaba tensa, pero era coherente—. Noto humedad bajo la espalda, creo que tienes que taponar los dos agujeros.

Flynn volvió a maldecir mientras tomaba otra camisa.

Sophie se arrodilló a su lado.

—Deja que le apriete esta en el hombro, luego inclínalo para que descansa contra mí para que puedas ocuparte de la espalda. —Le dolería. Podría estar muriéndose. Ella no iba a llorar. No iba a llorar. Ya habría tiempo para eso más tarde.

—Me desangraré sobre ti. —Las palabras salieron entre jadeos mientras Flynn lo levantaba y Sophie lo rodeaba con su brazo libre.

—Vale, tendría que haberlo pensado de antemano, pero también te estás desangrando sobre la alfombra, que probablemente sea más valiosa que mi bata.

—¿Estás... siendo graciosa?

—Sí —admitió—. Hunt y Prescott estarán aquí en un minuto y es mejor que te desangres sobre ellos.

—Bien. —Su voz se apagó, luego se fortaleció—. ¿Por qué no te casas conmigo, Sophie?

—No puedo hablar de eso ahora. Flynn está aquí.

—No está escuchando.

—No, no lo estoy —murmuró Flynn.

—Sigue siendo graciosa conmigo... un poco más. —La voz de Cal se estaba apagando de nuevo.

Quizás si pudiera captar su atención podría mantenerlo consciente.

—Porque te quiero. —Pero ahora estaba inconsciente.

Flynn emitió un sonido que se le escapó, la puerta se abrió y Hunt y Prescott entraron. Le quitaron a Cal de los brazos. Sophie se encontró sentada en el suelo, cubierta de sangre y enfrentándose a Ralph, que sollozaba en silencio.

—Basta —le espetó—. Contrólate y haz algo útil.

—Llama al médico —dijo Hunt desde la cabecera de la cama.

—Fue un accidente —dijo Cal, con la voz entrecortada—. Me enseñó la pistola y se disparó. Fue un accidente.

—Intentó matarte. A ti o a la señorita Wilmott —intervino Flynn, indignado.

—Fue un accidente —repitió Cal—. Todos vosotros, escuchadme. Sophie... ve con Ralph, llama al doctor, asegúrate de que no diga nada estúpido. Está en estado de shock.

—Vamos. —Se levantó, tomó a Ralph por el brazo y tiró—. Levántate, trata de ser útil.

Su apariencia, Ralph temblando y ella cubierta de sangre, galvanizó la casa. Un mozo de cuadra fue enviado al galope en busca del médico, la señora Fairfax fue corriendo a por vendas y sales aromáticas, Renshaw envió criados para ayudar a Hunt y a los otros hombres mientras él iba a por el brandy.

Sophie tuvo de repente un pensamiento horrible y bajó corriendo a la cocina.

—¿Dónde está el agua del Arroyo del Duque?

—Aquí, señorita. ¿Subo un poco?

—No. —Vertió el contenido de la jarra en el fregadero—. Lávalo bien. Friégalo. ¿Hay más?

—Sí, señorita...

—Tírala toda, ¿me oyes? Está envenenada, contaminada con residuos de la mina. Hierve un poco de agua de la bomba y súbela.

Dejando atrás un tumulto de preguntas, corrió escaleras arriba y encontró a Lord Peter sacudiendo a Ralph por los hombros mientras un grupo de invitados se apiñaba a su alrededor.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué habéis hecho?

—Cal... disparado.

Se oyeron gritos, pero Sophie vio la cara de Lord Peter, vio su expresión de horror. Pero no se sorprendió. *Todo este tiempo pensaba que era Ralph. Y Ralph pensó que era él.*

Se abrió paso a codazos hasta los dos Thorne.

—Fue un accidente. Estaban mirando un arma, yo estaba allí.

Pensó que Lord Peter se desmayaría.

—Ralph, deja de pensar en ti mismo y cuida de tu padre. —Casi se estremeció por la necesidad de señalarlo, de gritar que todo era culpa suya, pero eso no era lo que Cal quería—. Por favor, todos, no hay nada que podáis hacer, bajad...

—Sophie. —Su padrastro estaba a su lado—. Estás cubierta de sangre.

—Estoy bien. Es la sangre de Cal. Discúlpame.

—Vamos, querida, deja que tu madre te lleve a tu habitación.

—No. Gracias, padrastro. Debo estar con él —Se alejó de ellos y nadie la siguió.

Se detuvo ante la puerta de su dormitorio, sujetando el picaporte, deseando abrirla. Había estado sangrando demasiado. ¿Y si Hunt no podía...? *No. Valentía.* Levantó la barbilla, abrió la puerta y cuatro cabezas se giraron al oír el sonido y Cal... Cal le sonrió.

—Han llamado al médico. Están hirviendo agua y... ah, ahí están la señora Fairfax y Renshaw. Les he dicho en la cocina que tiren toda el agua del Arroyo del Duque. Está contaminada y es peligrosa, eso es lo que mató a Ransome.

—¿El señor Ransome? Dios mío. —La señora Fairfax dejó el rollo de vendas que llevaba y se apresuró a salir.

—¿Se ha detenido la hemorragia?

Hunt levantó la vista tras hacer un nudo en las vendas del hombro de Cal.

—Bastará por el momento. Parece una herida bastante limpia, le atraviesa el hombro. Siempre que no haya astillas de hueso o vasos sanguíneos mellados y debilitados, todo debería ir bien. El médico tendrá que sondear, por supuesto, para asegurarse. He mandado llamar a Harknett, no a ese viejo tonto del pueblo. Podría llevar más tiempo, pero es un hombre mejor, según he oído.

—Gracias, Jared. Ahora me siento mucho mejor. —La risita de Cal fue débil.

El maestro de esgrima hizo una mueca.

—Pensé que querías la verdad sin adornos.

—Quizás la señorita Wilmott prefiere una versión menos cruda.

—No. No la prefiero. —Sophie descubrió que sus piernas, posiblemente, habrían preferido una descripción menos gráfica de lo que Cal aún tenía que soportar. De hecho, su visión empezaba a estrecharse de forma alarmante. Se sentó antes de caerse.

—Espero que no dejes que desangre a Cal. Ya ha perdido bastante.

Hubo murmullos de acuerdo y luego Cal dijo:

—Fuera todos, tengo que hablar con Sophie.

Se fueron sin discutir. Tal vez, pensó con tristeza, oyeron la nota sombría en la voz de Cal. Lo había decepcionado y ahora tenía que lidiar con eso, además de la crisis de Ralph y una herida de bala.

—Sophie, lo siento. Rompí nuestro acuerdo y lo has notado. Parece que has llegado a conocerme muy rápido, debería haber adivinado que no podía ocultártelo.

—¿Ocultar qué?

—Lo que siento por ti. —Cal se revolvió contra las almohadas—. Me gustaría poder tocarte, pero me alegro de no poder hacerlo. Me sería imposible si estuvieras más cerca.

Sophie se hundió en la silla.

—Cal, no lo entiendo. Creo que tienes fiebre.

—Te prometí el matrimonio que querías, con el tipo de hombre que buscabas. Un matrimonio sin ninguna pretensión de amor que enturbiara las cosas, sin emociones confusas. Ya lo obtuviste de Ransome. Te dijo que te quería, te enseñó que no puedes fiarte de un hombre que dice eso. —Cuando ella no respondió, dijo simplemente—: No he podido evitarlo. Me he enamorado de ti, Sophie.

—Pero esta misma tarde me dijiste que no habías amado a Madeleine, que no sabías amar...

—No, no la amaba, no sabía amarla. Pero te amo a ti. No puedo explicar lo que siento de ninguna otra manera. Y tú lo has sentido y por eso no puedes casarte conmigo. Lo comprendo. Que me aspen si sé cómo persuadirte para que te arriesgues de nuevo. Podría decirte que somos amigos, que somos amantes, que no te impondré mis sentimientos ni te presionaré para que sientas cosas, digas cosas, que no quieres decir, pero no se me da bien suplicar, Sophie. No creo ser muy convincente y, aunque lo fuera, ¿cómo puedo intentarlo y convencerte?

—¿Eso es todo? —Logró preguntar, apretando los brazos del sillón con fuerza para no arrojarse a sus brazos. *Me ama.*

—Sí. Patético, ¿no? Moriría por ti, Sophie.

—Lo sé, porque casi lo haces ahora mismo. Y no es patético, es valiente y honesto de tu parte y confiaste en que te escucharía y entendería. Cal, lo siento, pero...

Por supuesto que lo sentía. Sophie era dulce y amable y eran amigos. Por supuesto que lamentaría que él los hubiera metido a ambos en este lío. El dolor en su hombro era casi

intolerable y, sin embargo, concentrarse en soportarlo era lo único que lo detenía de balbucear, haciendo un completo y vergonzoso ridículo.

—Lo siento, pero yo también he incumplido nuestro acuerdo.

Ella le estaba sonriendo y por un momento él no pudo entender sus palabras, lo que significaban.

—Pero tú... Sophie, ¿estás diciendo que estás enamorada de mí? —Estaba febril, alucinando, fantaseando con lo que tanto deseaba—. ¿Y por eso no te vas a casar conmigo?

—Sí. No pensé que fuera justo decírtelo y no podría soportar vivir contigo y no decírtelo. Pero, si me amas y yo te amo, entonces todo se vuelve más sencillo.

Se levantó y se acercó a la cama, sentándose con cuidado a su lado para no hundirla.

—Sí, claro, puedes soportar ser tan poco elegante como para amar a tu esposa.

—Tus padres se las arreglaron sin meterse en el lío en el que se metieron los míos. —Sus dedos encontraron los de ella y se entrelazaron con ellos—. Tendremos que tener cuidado y no dar un mal ejemplo a jóvenes impresionables.

—Claro —convino ella solemnemente—. Cal, ¿te duele mucho el hombro?

—Me siento como si alguien me hubiera atravesado con un objeto contundente, sí. Si me besas, me aliviará el dolor.

—El médico me diría que no te excite demasiado. —Se puso de pie, claramente tratando de averiguar cómo besar a un hombre boca abajo sin ejercer presión sobre su cuerpo.

—El médico no está aquí.

—Cierto. —Sophie se inclinó, puso las manos a ambos lados de la cabeza de Cal en el cabecero y se inclinó para besarlo. Era una agonía en la espalda, una agonía igual por no poder tocarlo, pero tan dulce, tan diferente, sentir sus labios debajo de los suyos y no encima. Sintió el sabor de la sangre donde debió haberse mordido el labio y se apartó con cuidado, pero regresó cuando él gruñó en protesta.

Cuando llamaron a la puerta, saltó tanto que casi pierde el control y se desploma sobre él. Sophie se las arregló para ponerse de pie justo cuando la cabeza de Flynn apareció por la puerta.

—El doctor Harknett está aquí.

Hunt lo hizo pasar, un hombre alto, delgado y de aspecto serio que inspiraba confianza con su falta de modales.

—Sí, bueno, tendremos que echar un vistazo a fondo. —Sophie sintió que la habitación comenzaba a cerrarse de nuevo—. La señorita tiene que irse. —No era una pregunta.

—Lo hará —dijo Cal con una mirada que parecía una caricia—. Ese vestido manchado de sangre me hace sentir muy débil. —Hunt resopló, el doctor arqueó una ceja y Flynn fue a abrirle la puerta de la sala de estar de Cal.

—Iré a cambiarme —dijo Sophie con dignidad, salió, cerró la puerta con un firme clic de la cerradura y luego la abrió un centímetro. Se sentó en una silla lo más cerca posible de la puerta y esperó. Cal había recibido esa bala por ella. No podía quitarle el dolor, pero sentía que debía compartirlo. Hubo una conversación, un gruñido, silencio, un jadeo que le puso los pelos de punta, varias palabras cuyo significado agradeció no conocer y luego el médico dijo, con toda claridad:

—Prepárate, Excelencia. Señor Hunt, si puede sujetarlo...

Capítulo veinticuatro – Donde el duque y la duquesa desaparecen

Cuando volvió en sí y se incorporó, la alfombra estaba muy suave y mullida. Sophie volvió a sentarse temblorosamente en la silla y escuchó.

—Descansa ahora, Excelencia. Está bastante limpia, no hay peligro de más hemorragias una vez que se asiente. Tendrás algo de fiebre en las próximas veinticuatro horas, pero se deberá a la pérdida de sangre. Ya sabes cómo detectarlo si se infecta. Excelente. Llamaré de nuevo mañana. Beba mucha agua, nada de alcohol.

Sophie volvió de puntillas a la habitación de su cama y tiró de la campanilla. Cal se iba a poner bien. Cal la amaba.

Cal me ama.

Mary entró, seguida de cerca por su madre. Exclamaron ante el estado de su vestido, la ayudaron a desvestirse y su madre insistió en envolverla en una manta mientras Mary preparaba un baño caliente.

—Estarás en estado de shock. Qué cosa tan espantosa. El querido Cal podría haber muerto.

—Lo sé. Pero el médico parece muy optimista y cree que se recuperará pronto. ¿Cómo está Ralph?

—Casi postrado, y su padre está igual de mal. Lady Peter está fuera de sí.

—Quizás podrías ir y decirle que el doctor dice que la herida está limpia, que hay poco riesgo de infección y que Cal solo necesita descansar para curarse. Seguro que se calma.

—Eres muy considerada, querida. —Su madre la abrazó y se levantó—. Si hubiera sido yo y alguien hubiera disparado al querido Lucas, me costaría perdonarlo. Iré a tranquilizarla.

Sophie se metió agradecida en el agua humeante y se tumbó, tratando de imaginar la tensión a la que habían estado sometidos los dos hombres durante años, cada uno convencido de que el otro estaba tramando un asesinato. Iba a haber conversaciones muy duras en casa de los Thorne.

Se incorporó de repente, dejando caer agua en todas direcciones. *Isobel*. ¿Había oído algo? ¿Le habían dicho que su padre estaba herido?

—¿Mary? Por favor, ve y dile a Nanny Jenkins que me traiga a Lady Isobel. Asegúrate de que no se alborote, no quiero que se alarme.

Mary las hizo pasar justo cuando Sophie se ataba el fajín de su vestido.

—Hola, señorita Sophie. —La niña miró a su alrededor con interés—. Nunca había estado aquí.

—Es mi habitación. Isobel, te tengo que decir algo. —Se sentó y colocó a la niña entre sus rodillas, con las manos sobre los hombros, y la miró a los ojos—. ¿Confías en que te diré la verdad?

—Sí. Somos amigas y vas a casarte con papá.

—Ha habido un accidente. Papá ha recibido un disparo en el hombro. Se pondrá bien, pero ahora está muy dolorido y apenado.

Los ojos de Isobel se abrieron de par en par y luego, alarmanamente, se llenaron de lágrimas.

—Está muerto, como mamá.

—No, Isobel, no lo está. Puedes venir a verle, pero no hagas ruido y no te subas a la cama

porque le duele mucho el hombro.

—¿De verdad que se pondrá bien? —Se le escapó una lágrima.

—De verdad. ¿Vamos a ver si está despierto?

—De acuerdo. ¿Por qué fue un accidente?

—El primo Ralph disparó una pistola y le dio a papá por error. Está muy disgustado y lo siente, así que no debes ser mala persona con él porque no era su intención. Espera aquí, voy a ver. —Miró hacia la puerta y vio que habían enrollado la horrible alfombra y se la habían llevado.

Cal tenía los ojos cerrados, pero los abrió al oír la puerta.

—¿Te apetece una visita?

—Sí. Isabel. Ven aquí, cariño. —La mirada que le dirigió a Sophie estaba llena de dudas, pero ella asintió para tranquilizarla.

—La señorita Sophie dice que el primo Ralph te disparó por accidente y que no debo gritarle porque lo siente mucho y que no debo saltar en la cama porque te duele el hombro y no vas a morir como mamá.

—Es cierto. Ven y dame un beso.

A Sophie se le nublaron los ojos misteriosamente. Olfateó, parpadeó y extendió la mano.

—Ven, Isabel. No debemos cansar a papá.

—¿Cómo vas a llamar a la señorita Sophie cuando esté casada conmigo? —Preguntó Cal, saliendo de un vigoroso beso en la nariz.

—Mamá Sophie, por supuesto. ¿Estarás mejor mañana, papá?

—Puede que pasen uno o dos días antes de que papá pueda levantarse. —Sophie la tomó de la mano y la llevó hacia la puerta—. Pero te visitaremos y puedes venir a mi habitación para que podamos trabajar en el secreto —susurró.

Entregó a la niña a su nodriza con un beso y volvió con Cal.

—¿Cómo estás?

—Tan débil como un gatito. Dios, Sophie, nunca pensé que todo esto te pondría en peligro.

—Yo tampoco. No podíamos haberlo previsto. Cal, vi la cara de Lord Peter, sospechaba de Ralph tanto como Ralph de él. Ninguno te quería muerto, pero ambos pensaban que el otro sí. He enviado un mensaje a Lady Peter que debería tranquilizarla diciéndole que fue un accidente, pero la pobre mujer tendrá mucho trabajo con los dos revolcándose en un pantano de culpa, alivio e incomodidad.

—Será mejor que hable con ellos.

—No hasta pasado mañana como muy pronto. El médico dice que mañana tendrás fiebre.

—¿Por qué no estás en la cena? Es un vestido muy bonito. —Para un hombre en su estado, la mirada de sus ojos era positivamente vivaz.

—Me he perdido la cena. Pensé que podría tomarla aquí y servirte el caldo con una cuchara, de una manera adecuadamente femenina. A menos que prefieras que lo haga Flynn.

—No, está horrible vestido de muselina y encaje y sus modales de esposa dejan mucho que desear. Además, te quiero y no quiero perderte de vista.

Flynn sacó una mesa, una bandeja llena de comida y el mejor caldo de carne del cocinero. Apoyó a Cal sobre un montón de almohadas y luego se apartó con tacto.

—Esto es totalmente indigno —refunfuñó Cal entre cucharadas de caldo.

—Puedes verlo como una práctica para cuando tengas noventa y nueve años y estés viejo.

—No me apetece envejecer. Tengo ganas de hacerte el amor. Funcionaría si me tumbara aquí y tú te sentaras a horcajadas sobre mí y...

—No voy a hacer tal cosa. Iré a cenar, dejaré la bandeja, cerraré la puerta y me iré a la cama contigo. Y yo me quedaré a un lado de la cama y tú te quedarás donde estás, y si estás tan animado que puedes contemplar la idea de hacer el amor, entonces podemos hablar.

—¿Vas a ser una esposa dominante, Sophie querida?

—Ya lo creo —dijo ella con cariño y se inclinó para besarle.

Como estaba previsto, Cal estaba febril al día siguiente, pero para alarma de Sophie, a la mañana siguiente lo encontró sentado en el borde de la cama, maldiciendo en voz baja mientras Flynn le colocaba una camisa sobre el brazo vendado.

—Vuelve a la cama ahora mismo.

—Sophie, soy el duque de Calderbrook. Tengo una casa llena de invitados, un par de parientes que están, sin duda, en un estado de confusión mental y una bella prometida a la que hacer el amor.

—Cal. —Pero cuando miró a su alrededor Flynn se había retirado.

—Tanto mi madre como mi padrastro están atendiendo perfectamente a los invitados y le dijeron firmemente a Lady Peter que se olvide de todo excepto de sus hombres. Si quieres hablar con ellos les diré que suban al salón, pero si crees que vas a empezar a merodear por esta casa...

—Sophie, mi amor, ven aquí.

Lo hizo, sin darse cuenta, y una fuerte mano izquierda la agarró, la tiró a la cama y la besó a conciencia.

—¿Doy la sensación de que estoy a las puertas de la muerte? —Preguntó Cal cuando por fin la soltó para que tomara aire.

—No. —Sophie pensó en abanicarse, pero decidió que eso lo pondría demasiado gallito—. Pero si quieres volver a hacerlo hoy, harás lo que te pido y te quedarás en el salón.

Sus ojos desarrollaron esa mirada sensual y pesada que le producía escalofríos.

—Mi amor, estoy a tus órdenes. ¿Cuándo exactamente?

Su tío y su primo entraron a verle, con aspecto de aristócratas camino de la guillotina, y salieron una hora más tarde con aspecto agitado pero aliviado.

Lady Peter, que había estado en el extremo receptor de angustiosas confesiones, lloró sobre Sophie, lo que fue una experiencia alarmante, e Isobel la agobió con su constante parloteo y sus exigencias de que le enseñara a hacer nudos franceses en las dos horas que pasaron juntas, a pesar de que le habían asegurado que harían un pañuelo muy nudoso.

—Estoy agotada. —Sophie se desplomó en el sofá del salón de Cal—. Me gustaría quedarme en la cama una semana, y tú sí que deberías hacerlo.

Se sentía como si alguien le hubiera hecho pasar por el manguito del lavadero, aunque no lo hubiese admitido ni bajo tortura. Pero el filete que Flynn había pasado de contrabando ante la atenta mirada de Sophie compensaba un día de caldo y, en su opinión, podía hacer casi cualquier cosa, siempre que lo hiciera tumbado bocarriba.

—Puedo arreglarlo. —Tomó el pergamino doblado que tenía sobre la mesa—. Licencia de matrimonio. No tenemos capellán en casa, pero el vicario ha pasado por aquí y podemos casarnos dentro de cuatro días, aquí en la capilla. Pensé que era tiempo suficiente para dejar al cocinero preparar un banquete, a la señora Fairfax limpiar el lugar desde los áticos a los sótanos y a los jardineros diezmar los parterres.

—¿Cuatro días? Cal, no tengo nada que ponerme. Y deja de poner esa cara.

—Un hombre puede soñar. Y no me digas que tu madre te ha dejado venir aquí sin un baúl lleno de vestidos nuevos.

—Sí, pero... no íbamos a casarnos todavía.

—Eso era cuando no estábamos enamorados. Ahora lo estamos. —Lo cual era un milagro tan improbable que seguía pensando que estaba soñando—. ¿De verdad quieres esperar?

—No. —Cuando ella le sonreía así, se preguntaba cómo podía permanecer sentado, cuando lo único que deseaba era estrecharla entre sus brazos y besarla hasta dejarla sin sentido—. No, no quiero. Y ya tenemos la casa llena de invitados. Todas mis damas de honor están aquí también. ¿Quién será tu padrino? Hunt, supongo.

—No. Hablé con él esta mañana. Se lo he pedido a Ralph.

—¿A Ralph? Pero si él... —Se interrumpió y él la miró a la cara, disfrutando de lo que pensaba detrás de aquellos preciosos ojos azules—. No podrías enviar una señal más clara al mundo de que fue un accidente, y a los Thorne de que confías en ambos.

—Exacto. Y, Sophie, quiero que duermas en tu propia cama hasta entonces. Creo que casarme con la mujer que amo me ha convertido en un romántico.

Todas las chicas sueñan con el día perfecto de su boda. Sophie se dio cuenta de que había dejado de soñar después de escapar de Jonathan, aquella noche en Londres. Ahora no tenía necesidad de soñar, porque aquello era la realidad y el hombre de sus fantasías tenía rostro. El de Cal.

La capilla era más pequeña que una iglesia, sin una larga nave y un presbiterio que atravesar, así que pudo ver su expresión desde el momento en que cruzó la puerta del brazo de su padrastro.

Cal estaba pálido y sin sonrisa, pero Sophie no cometió el error de creer que no estaba contento. Lo conocía demasiado bien como para confundir aquella mirada con otra cosa que no fuera un sentimiento intenso.

A medio camino entre las filas de bancos, se detuvo, se agarró el velo y se lo echó hacia atrás porque no quería mirarle a través de la niebla de gasa de seda. Entonces él sonrió y le tendió la mano y, por lo que ella supo después, corrió esos últimos pasos hasta llegar a su lado.

La ceremonia transcurrió como si estuvieran en una burbuja de cristal de colores y sonidos nítidamente enfocados, y lo que ocurría al otro lado del cristal era simplemente un borrón. Había otras personas allí, personas a las que ella quería -su madre y su padrastro, la pequeña Isobel, Toby- y sentía su amor rodeándolos a ella y a Cal, pero no eran reales, no como él. No eran reales como su mano en la de él o su anillo en el dedo de ella.

Cuando el vicario dijo que ya podía besar a la novia, todo volvió a su ser y cayó en los brazos de Cal entre el aroma de las rosas, el murmullo de las voces felices y el sonido de su madre sollozando alegremente en su pañuelo.

—Estás preciosa —le dijo Cal mientras volvían al altar, con la mano firme sobre el brazo de ella.

—Mi madre mandó a buscar mi vestido de novia. —Miró la brillante seda azul pálido, las cintas plateadas que había elegido porque hacían juego con los ojos de Cal, el ramo de flores «amor en la niebla», las que Cal dijo que hacían juego con los suyos.

—Es exquisito, pero habrías estado preciosa hasta con una sábana, caminando hacia mí, con el velo hacia atrás, tus ojos diciéndome cuánto me amas.

El desayuno nupcial duró toda la tarde hasta que finalmente se agotaron todos los brindis habituales. Cal se levantó.

—Antes de que mi esposa y yo emprendamos nuestro viaje de bodas, quería decir unas palabras —anunció. Sophie cerró la boca de golpe e intentó aparentar que sabía de qué estaba hablando. ¿Viaje de novios? ¿Qué viaje de novios? Pensó que esta noche habría un baile y un

bufé y que después podrían escaparse a su suite. Lo cual habría sido estupendo, aunque ella quería estar a solas con él en ese mismo instante—. Se ha brindado y se han dado buenos deseos, pero quiero terminar dando las gracias a algunas personas sin las cuales no estaría aquí hoy con mi encantadora duquesa a mi lado. En los años anteriores a mi mayoría de edad, mis tíos y mi primo Ralph fueron los padres que perdí y el hermano que nunca tuve. Trabajaron desinteresadamente por el bien de mi hacienda sin pensar en sí mismos y tengo con ellos una deuda que no puedo pagar.

Sophie miró a través de la larga mesa hacia donde Lord Peter se enjugaba los ojos sin pudor, su esposa tenía la cara enterrada en la servilleta y Ralph estaba blanco de emoción.

—¡Por los Thorne! —Cal levantó su copa y el brindis resonó en la sala—. Y luego están Jared Hunt, Michael Flynn y George Prescott, que me apoyaron durante mi a veces peligroso viaje de autodescubrimiento alrededor del mundo. ¡Por mis buenos amigos!

A Sophie se le saltaban las lágrimas. Cal se sentó y le entregó un pañuelo de bolsillo impecable.

—¿Qué viaje de novios? —Susurró mientras se secaba los ojos.

—Confía en mí.

Los invitados les siguieron escaleras abajo hasta el carruaje que les esperaba, otro detrás cargado de baúles.

—No te vuelvas a ir fuera siete años —dijo Lord Peter, estrechando la mano de Cal antes de inclinarse para besarle la mejilla. Cal tomó a Isobel, la besó y se la entregó a su tío para que la tomara en brazos, en un gesto de total confianza.

Sophie saludó con la mano hasta que la casa se perdió de vista en la curva del camino de entrada.

—Cal, ¿adónde vamos? No he hecho ningún preparativo. ¿Quién ha metido todos esos baúles en la maleta?

—Espera y verás —dijo él—. Y déjame besarte mientras tanto, Excelencia.

Cuando el carruaje se detuvo, ella estaba algo desarreglada y se había quitado la cofia. El tiempo volaba cuando estaba en los brazos de Cal, pero no tan rápido. ¿Y cómo había llegado Flynn hasta aquí para bajar los escalones y ayudarla a salir? Y... ¿seguro que esto era la parte trasera de Calderbrook House?

—Rápido. —Cal la tomó del brazo y la apresuró hacia una pequeña puerta que nunca había notado antes. Subieron por una pequeña escalera de servicio y se detuvieron en el umbral de otra puerta donde Cal, haciendo caso omiso de su hombro herido, la levantó en brazos y la llevó hasta el fondo.

—Cal, este es tu dormitorio —dijo Sophie mientras la ponía en pie.

—Lo sé. —Su sonrisa era contagiosa, malvada y triunfante. La puerta exterior de esta ala está cerrada, nadie excepto Flynn y el cocinero saben que estamos aquí. Flynn nos traerá comida y luego desaparecerá de nuevo. Pensé que podríamos mantener el engaño durante al menos cuatro días, mientras el carruaje y el coche de equipajes lleno de baúles vacíos se dirigen a una de las granjas lejanas de la finca. Si te apetece respirar aire fresco, las escaleras de ahí fuera llegan hasta abajo. ¿Qué te parece?

—Creo que eres un genio —dijo ella, y lo dijo en serio.

—Creo que, después de llevar a mi esposa al otro lado del umbral, la siguiente parte de la tradición matrimonial es que me la lleve a la cama. ¿Le parece bien a Su Excelencia?

—Sí. —Le había echado mucho de menos, aunque solo habían pasado unos días. Sophie contuvo su deseo de arrancarse la ropa y luego la de él y dejó que Cal marcara el ritmo,

desnudándola lentamente, como si fuera un frágil regalo envuelto, sus dedos y sus labios acariciando cada centímetro de piel a medida que la descubría.

Cuando solo llevaba puestas las medias, los ligeros y las perlas, se volvió hacia él y le quitó el elegante traje de novio con el mismo tierno cuidado, apartándole el abrigo y la camisa del hombro herido y fuertemente vendado. Se estaba curando bien, le dijo que se sentía motivado por el deseo de hacerle el amor día y noche. Ahora que estaba desnudo, su excitado cuerpo estaba claramente dispuesto a complacerla.

—Hay tantas cosas que quiero hacer, tantas formas de hacerte el amor —dijo Cal mientras la subía a la cama y la seguía hacia abajo—. Pero esta primera vez como marido y mujer solo quiero hacer esto. —Se deslizó dentro de ella de un solo golpe y luego se detuvo, mirándola—. Quiero hacerte el amor muy despacio, observándote, convenciéndome de que esto es real, de que eres mía de verdad.

Fue exquisito y lento, y se movieron juntos, sin palabras, mirándose a los ojos, diciendo todo lo que necesitaban con sus cuerpos mientras el aire fresco los bañaba con el aroma de la hierba cortada y el sonido del canto de los pájaros al atardecer y, a lo lejos, la música de donde sus seres queridos celebraban su boda.

—Ven conmigo, Sophie —susurró Cal cuando la tensión había llegado al punto de convertirse en una exquisita tortura—. Ven conmigo, amor mío, cariño mío, corazón mío.

Y ella lo hizo, volaron libres, volvieron a casa, se convirtieron en uno. Conversos por fin al amor.

FIN

Sobre la autora

Louise Allen vive en la costa norte de Norfolk, cerca de la ciudad costera de Cromer, que data del siglo XVIII. Es una apasionada coleccionista de efemérides y grabados de finales de la época georgiana y de la Regencia, y autora de más de setenta novelas románticas históricas y obras de prosa no narrativa, ambientadas principalmente en los periodos georgiano y de la Regencia. También escribe sobre la vida georgiana en <http://janeaustenslondon.com/>

Encontrarás información detallada sobre todos sus libros, con extractos y enlaces de compra, en www.louiseallenregency.com

Espero que hayas disfrutado de este libro y me encantaría que dejaras una reseña. Cada reseña me ayuda a conectar con los lectores y a mejorar el próximo libro.

Muchas gracias,

Louise.

Engaños peligrosos

Amando al duque perdido

La amante del maestro de espadas

El engaño peligroso del vizconde